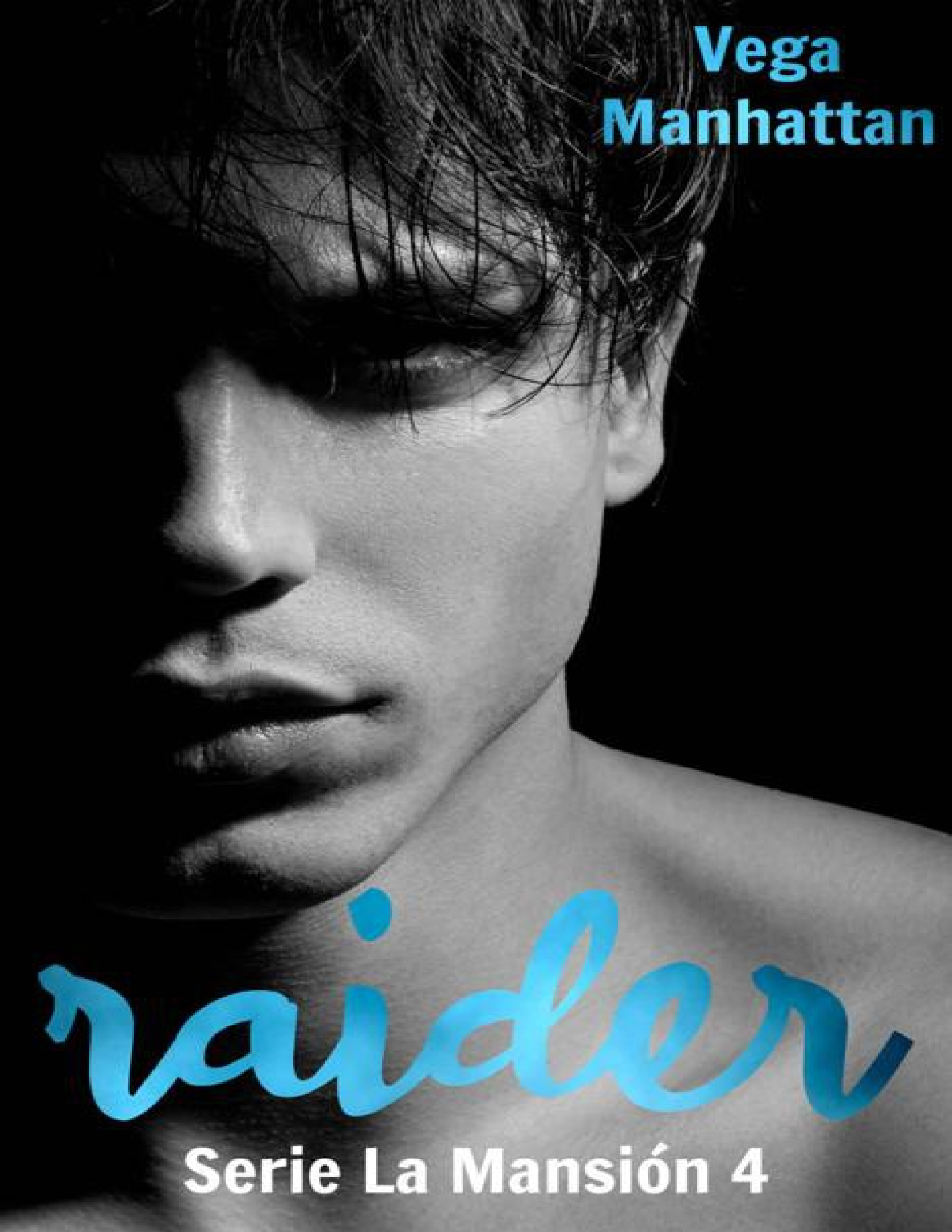

Vega Manhattan
raider
Serie La Mansión 4

Raider

Serie La Mansión 4

©Vega Manhattan

1.ª Edición: Marzo, 2024

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, venderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él, es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos y lugares son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

NOTA DE LA AUTORA

Si ya has recorrido el emocionante y a veces enrevesado camino junto a Raven, Rain y Romeo, entonces sabrás de sobra que La Mansión no es solo un montón de ladrillos, cemento y pintura descascarada; es todo un universo en sí mismo, un mundo rebosante de amor, retos que parecen insuperables y, por supuesto, una multitud de momentos inolvidables que se nos han quedado grabados en la memoria.

Esos instantes son como esas fotos viejas, algo descoloridas, pero llenas de significado, que guardamos en el rincón más cálido de nuestro corazón y que, de vez en cuando, sacamos del baúl de los recuerdos para mirarlas con una sonrisa melancólica y nostálgica.

Si por alguna razón todavía no has tenido la oportunidad, o el placer diría yo, de conocer a estos chicos tan increíblemente únicos y fascinantes, te animo a retroceder un poco en el tiempo, como quien rebobina una cinta antigua, y empezar desde el principio. Verás que cada una de sus historias, aunque se puedan disfrutar por separado, son en realidad piezas clave, imprescindibles, de un rompecabezas mucho más grande y complejo.

Es como un intrincado tejido de vidas y destinos entrelazados que solo podrás comprender del todo si te metes de lleno en cada una de ellas, explorando sus sueños, sus miedos, sus victorias y hasta sus más ocultas debilidades.

Y ahora, con un cúmulo de emociones revueltas en el pecho y una pizca de nostalgia asomando por la esquina de los ojos, llegamos al final de esta aventura. Ese momento agridulce, entre la emoción y la tristeza, que tanto hemos esperado y que, a la vez, quisiéramos que nunca llegase.

Es esa sensación extraña, casi indescriptible, que tenemos cuando algo nos encanta, nos fascina tanto, que no queremos que se acabe nunca.

Porque decir adiós, seamos honestos, siempre da un poco de pena, ¿verdad? Es ese vacío, esa sensación de pérdida, que sentimos cuando una etapa maravillosa de nuestra vida está a punto de concluir.

Como el último capítulo de un libro que no queremos cerrar.

Pero no nos pongamos tristes, que no es momento para lágrimas; más bien pintemos una gran sonrisa en la cara porque…

¡Es el turno de Raider!

Ese personaje tan enigmático, misterioso y lleno de un carisma que lo hace inolvidable, ha estado esperando su momento para saltar al escenario y ser el protagonista del show.

Las puertas de La Mansión, grandes y siempre acogedoras, se abren de par en par, extendiendo una invitación silenciosa pero irresistible. Te invitan a cruzar el umbral, una vez más, a sumergirte de nuevo, y por última vez, en ese lugar que ha sido testigo de innumerables risas, lágrimas y momentos que nos han dejado sin aliento, antes de que sus puertas vuelvan a cerrarse,

con un susurro apenas audible.

Y, esta vez, parece que es para siempre.

Así que disfruta de Raider, el broche de oro, el último acto para La Mansión, cerrando una etapa, pero dejando la puerta entornada, apenas abierta, a todo lo que está por venir.

Y hablando de lo que está por venir…

Hasta la próxima, querida lectora. Nos veremos muy pronto, porque te aseguro que tenemos muchísimas historias más por compartir, vivir, experimentar…

Y, por supuesto, atesorar.

Con todo mi cariño,

Vega Manhattan

raider

Serie La Mansión 4

Vega Manhattan

SINOPSIS

Raider había dejado atrás su pasado, dedicándose a ayudar a otros como forma de olvidar.

Tori, por su parte, permaneció en La Mansión, persiguiendo su sueño de convertirse en la escritora que siempre deseó ser.

Sus caminos, separados por años y decisiones, parecían destinados a no volver a cruzarse. Al menos todavía.

Pero el destino, con su tendencia a jugar cartas inesperadas, tenía otros planes para ellos.

Un trágico accidente se convierte en el cruel arquitecto de su reencuentro: Tori necesita desesperadamente un médico, y Raider es el único que puede ayudarla. Este giro del destino no solo pone a prueba su profesionalismo, sino también reabre heridas que aún debían ser sanadas. Y no están preparados para ello…

La cercanía forzada trae consigo recuerdos, arrepentimientos y la ineludible verdad de que sus corazones aún guardan cicatrices que solo el otro puede entender. Ante ellos se presenta una encrucijada: ceder ante el orgullo y las sombras del ayer o abrazar el presente, que insiste en unirlos de nuevo.

En La Mansión, donde comenzó su historia, Raider y Tori tendrán que decidir si el amor es suficiente para superar los fantasmas del pasado y si están dispuestos a darle una segunda oportunidad a lo que una vez fue un amor inolvidable.

Las puertas de La Mansión se abren para dar la bienvenida a los últimos protagonistas de la nueva serie de Vega Manhattan.

¿Nos acompañas en esta nueva aventura?

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

SINOPSIS

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

El diario de Raider

Adiós, Carmichael

NOVELAS

Vega Manhattan

«A ti, que eres parte de La Mansión, porque también es tu creación.»

«Dicen que el amor siempre encuentra su camino hacia la luz, sin importar cuánto intentemos mantenerlo en la oscuridad…»



Introducción

En el corazón de la enigmática mansión, testigo de incontables historias, nos adentramos en un nuevo capítulo: la compleja y fascinante vida de Raider.

Este capítulo promete ser tan intenso y vibrante como los episodios pasados que todavía resuenan con fuerza en estos muros antiguos.

Raider, cuya complejidad de carácter se asemeja a los intrincados pasillos de esta morada ancestral, ha aprendido a través de las experiencias vividas que el amor es un laberinto de emociones, un camino tortuoso donde cada paso puede llevarlo hacia un refugio seguro, cálido y acogedor…

O a un abismo insondable, oscuro y desconocido.

Él sabe que el amor puede ser un salvador, un faro de luz en la oscuridad más profunda. Pero también ha experimentado su lado más sombrío y doloroso, aquel que tiene el poder de herir profundamente no solo al amante, sino también a la persona amada.

Dejando cicatrices visibles y duraderas.

Esta dualidad del amor le ha hecho creer a Raider que, a veces, la única solución ante el dolor abrumador es la distancia. La idea de que alejarse de la tentación puede ser el camino más sensato se enreda en su mente, pero surge la duda: ¿puede, realmente, el tiempo o la distancia hacer que el amor se desvanezca?

Y si así fuera, ¿sería ese amor verdadero?

Mientras las sombras de La Mansión susurran historias pasadas, Raider se encuentra inmerso en una lucha interna. Por un lado, anhela seguir el consejo de su mente, buscando refugio en la lógica y la razón. Por otro, su corazón se debate entre el deseo de rendirse a sus sentimientos más profundos y el temor palpable a las consecuencias de tal rendición.

Dicen que el amor siempre encuentra su camino hacia la luz, sin importar cuánto intentemos mantenerlo en la oscuridad…

Y en este lugar mágico y ancestral, donde cada rincón, cada grieta en las paredes tiene una historia que contar, pronto sabremos si en el caso de Raider ganará la lógica y la razón de su mente…

O si, al final, será el corazón, ese eterno soñador, quien dictará su destino…



Capítulo 1

Años atrás, muy lejos de La Mansión…

En un rincón remoto del mundo, distante de la civilización y los avances de la modernidad, se erguía un modesto hospital, más bien una agrupación de chozas que un establecimiento médico propiamente dicho.

En este lugar, azotado por un sol implacable y donde el agua era más una ilusión que una certeza, se encontraba él: un médico, lejos de lo que alguna vez consideró su hogar, en un paraje donde las paredes desgastadas y pálidas eran testigos del empeño diario por hacer mucho con muy poco.

Por lograr lo imposible.

Era un día como cualquier otro. El sol apenas asomaba en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosas. Pero allí, la normalidad era un concepto ajeno.

La jornada empezó con el eco sordo de la desesperación, cuando una silueta se aproximó, cargando en sus brazos algo más que el mero peso físico de un ser; llevaba consigo la abrumadora carga de la desesperanza. Al llegar hasta el médico, la madre extendió sus brazos revelando su carga.

Era un niño.

Excesivamente pequeño y silencioso, con una fiebre que no necesitaba termómetro para ser medida y cuya frágil respiración parecía a punto de extinguirse con cada suspiro.

Sin perder un segundo, el médico acogió al pequeño, percibiendo la severidad de su estado. La clínica, a pesar de su limitado arsenal, se transformó en un frenético campo de batalla donde cada decisión era crítica, cada acción, una carrera contra el tiempo.

Las horas transcurrían mientras él trabajaba con incansable determinación, administrando los escasos y preciados medicamentos con meticulosa precisión, su mente, buscando en cada rincón del conocimiento adquirido cualquier solución posible. A su alrededor, el mundo parecía detenerse, la atención de todos fijada en la frágil y pequeña figura que luchaba por mantenerse aferrada a la vida.

Mientras el sol avanzaba, marcando el inexorable paso del tiempo, la batalla se inclinaba hacia un desenlace que el médico se negaba a aceptar. La comunidad, unida en una tensa espera, confiaba en las capacidades de este hombre que había llegado desde lejanas tierras para sanar.

Pero en esta cruel ruleta del destino, no todas las apuestas resultan ganadoras, y la medicina, por más avanzada que sea, a veces topa con barreras que no puede superar.

A pesar de sus esfuerzos, el débil latido del niño se esfumó, dejando tras de sí un silencio ensordecedor.

La madre, con un sollozo desgarrador, acunó el cuerpo inerte de su hijo, un crudo recordatorio de la efímera naturaleza de la vida.

El médico, testigo de este dolor, sintió cómo su corazón se encogía. Por un momento, permaneció inmóvil, compartiendo en silencio el luto, su mano temblorosa posándose brevemente sobre el hombro de la madre en un gesto de consuelo.

Impotente…

No había palabras que pudieran abordar la magnitud de tal pérdida, solo el silencio compartido y el pesar en sus ojos.

Finalmente, con el dolor oprimiendo su pecho, el médico se retiró lentamente. Se alejó, con pasos vacilantes, hacia un rincón apartado, buscando refugio. Su mirada clavada en el vacío, las manos aún temblorosas, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

No podía respirar.

Necesitaba salir de allí.

Rodeado por las estrechas paredes de su despacho, las dudas lo asaltaban, y la culpa lo golpeaba con fuerza. Se preguntaba si habría algo más que pudiera haber hecho.

Conocía las respuestas a estas tortuosas preguntas; había hecho todo lo posible.

También sabía que esa trágica despedida sería la primera, pero, por desgracia, no sería la última.

Y aceptar esta realidad no era tarea fácil.

La noche invitó a una profunda reflexión. En este remoto lugar, el enfrentamiento diario con la muerte convertía cada victoria en un milagro y cada derrota en una herida imborrable en el alma. El médico entendió que el dolor y la sensación de impotencia formarían parte de su existencia en este olvidado rincón del mundo, donde cada amanecer era una promesa de vida y muerte entrelazadas.

Aquí, la delgada línea entre la existencia y el olvido era palpable, y a veces, a pesar de la más feroz de las batallas, la muerte se coronaba vencedora.

En esos momentos, lo único que quedaba era la cruda realidad de su propia impotencia, un lastre que llevaría consigo, día tras día, en este apartado lugar. Pero se prometió continuar luchando con todas sus fuerzas, sabiendo que aunque no siempre sería capaz de vencer, nunca cejaría en su empeño.

Por cada vida que no lograra salvar, se esforzaría todavía más por aquellas que aún podía alcanzar.

En este olvidado rincón del mundo, enfrentaría cada nuevo amanecer, sin importar cuán desgarrador pudiera ser.



Capítulo 2

«Mis piernas flaquearon en el mismo instante en que sentí sus labios sobre los míos, como si, de repente, toda mi fortaleza se esfumara, dejándome a merced de aquel torbellino de sensaciones».

Con un brazo firmemente alrededor de mi cintura, sosteniéndome para evitar que cayera al suelo…»

—Como si de un saco de patatas se tratase… —refunfuñó Tori, con un deje de sarcasmo en su voz que podría rivalizar con el de cualquier comentarista de reality show en su mejor día.

«… y la otra mano posada delicadamente en mi cuello, devoró mis labios con una intensidad que me dejó sin aliento, como si intentara absorber mi alma a través de aquel beso.

Dios mío, pensé que iba a desmayarme allí mismo…»

—En aquel momento tan cinematográfico que ni el más prestigioso director de Hollywood podría haber orquestado mejor, ni siquiera si le dieran un presupuesto ilimitado y a Leonardo DiCaprio como protagonista… —masculló, su tono lleno de incredulidad y desdén.

Puso los ojos en blanco en una clara señal de exasperación al repasar la última línea que había escrito, como si estuviera frente a la encarnación misma de la cursilería y el melodrama.

Como si su propio texto se hubiera vestido de gala solo para recibir el premio a la mayor concentración de clichés por párrafo.

—¡Oh, por favor! —exclamó con frustración.

Con un suspiro, presionó la tecla de eliminar, decidida a intentarlo una vez más, aspirando a crear algo que no se sintiera digno de un premio Razzie a la peor escena romántica jamás escrita, sino algo que al menos pudiera competir en las ligas menores de la escritura romántica.

«Levanté mis manos…»

—Que temblaban con la inocencia y la anticipación de una adolescente en su primer encuentro amoroso… —una mueca de disgusto dibujada en sus labios.

«Y las enlacé alrededor de su cuello, ajustando el ángulo de mi cabeza para sumergirnos aún

más en la profundidad del beso, lo que provocó que ambos emitiéramos un gemido al unísono, resonando como si fuéramos los personajes principales en una ópera dedicada a los gemidos sincronizados.»

—¿Pero qué clase de tontería es esta…? —resopló.

«Su lengua, dominante y exigente…»

—Como un pintor ante su lienzo en un arrebato de inspiración… —bufó, su frustración creciendo por momentos.

«La mía, respondiendo con igual fervor y audacia.»

—Como si estuviese interpretando el papel de mi vida en una audición para una épica historia de amor prohibido… —su nariz, arrugada.

«—Dios, nena…»

—¡Venga ya, hombre! —exclamó Tori con una frustración tan palpable que bien podría haber servido de musa para una tragicomedia shakespeariana.

No es que Shakespeare estuviera en la habitación, pero si lo hubiera estado, seguro que tomaría nota.

Tori se levantó de su silla con tal ímpetu que casi tropieza con sus propios pies, tan absorta estaba en su propio torbellino de tormento creativo que por poco no se da de bruces contra el duro y frío suelo.

Un suelo que, afortunadamente, no tuvo el placer de conocer su frente.

—¡Menuda mierda! —proclamó con una vehemencia digna de una dramaturga de los tiempos modernos, cuyo último acto fue rechazado por sobrepasar los límites del dramatismo permitido.

Vamos, que ni las telenovelas en su punto álgido.

Pero es que Tori tenía razones para sentirse así en ese preciso instante. Porque estaba, sin lugar a dudas, frente a la más horrenda, la más espantosa atrocidad literaria que jamás había osado escribir.

—Pero no un desastre cualquiera —añadió en voz alta, subrayando su desdén con cada palabra

que salía de su boca— Un desastre monumental —de esos que hacen historia, pero por las razones equivocadas—. Un auténtico despropósito, te lo digo yo…

¿A quién se lo decía? Porque estaba sola en la habitación…

Ni yo, que soy la narradora omnipresente de esta historia, lo sé.

¿Tal vez a algún ser superior?

¿A las musas que no acudieron a su llamado?

¿O es que la pobre Tori ya estaba empezando a perder la cabeza?

Lo cual no estaría muy desacertado, ya que para ser escritora… Muy bien no hay que estar, ¿verdad? Porque una termina desarrollando un complejo de Dios mezclado con inferioridad que ni te cuento.

Pero ese no es el caso… Así que, volvamos a centrarnos en Tori, nuestra protagonista en este melodrama literario.

—En la historia de la literatura, juro que no se ha escrito nunca semejante bazofia. Pero ¡por los dioses! ¡¿Nena?!

Una carcajada irónica, teñida de una amargura que rozaba lo cómico, se escapó de sus labios tras pronunciar ese apelativo tan cargado de desdén.

La voz de Tori oscilaba entre la risa y el sollozo, un cóctel de emociones tan complejo que era imposible saber si estaba a punto de deshacerse en lágrimas o de estallar en risas.

Su expresión era todo un enigma, como si estuviera interpretando a la vez a la heroína y a la villana de su propia obra.

Con cada negativa de su cabeza, mientras repasaba mentalmente cada cliché empleado, cada frase trillada, su horror literario se multiplicaba exponencialmente.

—¿Nena? —el apodo retumbaba en su mente con una ironía mordaz— ¿Existe algo peorrrrr que esto? —preguntó, alargando la “r” en un gesto teatral, como si cada sílaba destilase su profunda decepción y desprecio por lo que acababa de crear.

¿Y qué puede pasar cuando una desafía al destino o a los dioses o a lo que sea que mueva los hilos?

¿Recibir un rayo divino por herejía literaria?

¿Que te caiga un piano encima como en los dibujos animados?

—¡Oh, joder! —exclamó cuando, intentando salir del estrecho espacio entre la silla y la mesa, como si estuviera practicando una especie de ballet extremo con obstáculos, Tori se golpeó la rodilla con tal fuerza que la habitación pareció girar a su alrededor.

¡Toma ya, destino!

Parece que sí existe algo peor…

La invadió un dolor tan agudo, tan penetrante, que sintió que todo a su alrededor se distorsionaba. Era ese tipo de dolor que se clava profundo, que te roba el aliento y te obliga a replantearte cada decisión que te ha llevado a ese preciso momento de la existencia.

Como decidir usar tacones nuevos el día que sabías que tendrías que correr para alcanzar el autobús.

Como ese momento en el que decides ver un episodio más a las tres de la mañana sabiendo que tu alarma suena a las seis.

Ahí, en ese instante de claridad provocado por el dolor, Tori tuvo una epifanía: tal vez, solo tal vez, debería empezar a replantearse su relación con la escritura romántica…

O al menos con su mobiliario.

Lo que siguió, mientras se agarraba la rodilla recién golpeada, intentando vanamente mitigar el dolor con el calor de sus manos, y daba saltos a la pata coja, fue una secuencia de maldiciones tan colorida y diversa que habría hecho sonrojar a un marinero veterano. Un verdadero festival de improperios, dignos del repertorio de un camionero poeta, si es que tal figura pudiera existir en el reino de lo real o lo imaginado.

Y es que el dolor del golpe fue tan intenso que bien podría compararse con aquel momento en que, por accidente, golpeas tu dedo pequeño del pie contra la esquina de la cama. Ese tipo de dolor que te hace maldecir en idiomas que ni siquiera sabías que conocías, dejando a quienes te rodean preguntándose si has sido poseído o simplemente eres un genio políglota de los juramentos.

—¡Me cago en la leche! —exclamó, con una voz que parecía emanar directamente de un ser proveniente de las profundidades del inframundo.

Enfadada con el mundo, pero sobre todo consigo misma por haber parido semejante bazofia literaria, con una mano todavía sobre la rodilla y saltando a la pata coja, salió de la habitación como quien huye de la escena de un crimen.

Un crimen contra la literatura, podría decirse.

Cuando llegó al comedor, sin haberse matado por el camino mientras bajaba los dichosos escalones de la escalera de caracol hasta la planta baja, como si participara en una carrera de obstáculos en un concurso de televisión para el cual claramente no se había inscrito, las voces cesaron y seis pares de ojos se posaron sobre ella, que volvía a estar sobre una pierna, al escucharla decir con un dramatismo que rozaba lo teatral:

—Estoy acabada, ¡completamente acabada!

Como si anunciara el final de su carrera con la dramática finalidad de un telón cayendo al final de una mala obra de teatro, marcando el fin de su breve y tumultuosa incursión en el mundo de la escritura romántico-erótica.

Cada uno de los habitantes de La Mansión que estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, miraron un instante a Tori para, seguidamente, después de un “Ah…” generalizado,

que sonó más descoordinado que una orquesta sin director, volver a lo que estaban haciendo: desayunar.

Vamos, que la ignoraron con toda la elegancia de quienes han visto demasiadas escenas dramáticas antes de las nueve de la mañana.

Dejando caer todo su peso sobre las dos piernas, dejando caer los hombros como si tuviera sobre ellos todo el peso del mundo, o al menos el de una mala crítica literaria, arrastrando los pies, Tori se acercó hasta la mesa y se sentó.

Se acomodó, reflexionando sobre su melodramática declaración, preguntándose si su carrera literaria estaba realmente en ruinas o si simplemente había exagerado un poco.

Como de costumbre.

—¡Pero haz algo, italiano del demonio! —gruñó Raven, exasperado mientras volvía, con un ímpetu renovado, al acalorado debate en el que estaba inmerso antes de que su hija irrumpiera en la escena.

Con un gesto teatral, el médico señalaba con el dedo acusador al moreno de ojos negros que, por su parte, resopló con una mezcla de resignación y aburrimiento. Y por cómo lo hizo, era evidente que no era la primera vez que lo hacía esa mañana, como si ya tuviera práctica en ignorar acusaciones antes del desayuno.

—¿Qué quieres que haga? —Romeo se encogió de hombros, desplegando ese aire de quien se lava las manos en un asunto que claramente lo involucra.

Con despreocupación, se dedicó a darle un mordisco teatral al croissant que tenía en la mano, como si el acto de comer fuera el escudo definitivo contra las complicaciones del mundo exterior.

—Volverte a tu país, por ejemplo. ¡Y llevarte a esa panda de mafiosos contigo! —exclamó Raven, cuya exasperación había alcanzado niveles estratosféricos.

La historia detrás de su frustración era de película: tras la muerte del capo de la mafia, los seguidores de la familia Bianchi que no aceptaban a otro que no fuera Romeo al mando, decidieron, en un giro de guion inesperado, abandonar al nuevo capo y, para sorpresa de todos menos del destino, seguir a Romeo hasta Greenville.

—¿Y qué tengo yo que ver con ellos? —soltó Romeo con una mezcla de inocencia fingida y genuina perplejidad.

—¡Son hombres de tu padre! —exclamó Raven, casi al borde de un aneurisma.

Si la situación no fuera tan tensa, habría sido cómico ver cómo su indignación se peleaba con su incredulidad.

—Tú lo has dicho, de mi padre —Romeo se encogió de hombros, intentando desmarcarse de la herencia familiar como quien intenta devolver un regalo indeseado. —Además, eran…

Raven resopló, un sonido que parecía cargar con él todo el peso de su frustración.

—¿Crees que ellos se reformarán? ¿Crees que algo así es posible para gente a la que no le ha importado mancharse las manos de sangre?—dijo Raven, entendiendo equivocadamente el comentario de su amigo, que se refería a que su padre ya no estaba en el mundo de los vivos.

Romeo lo meditó un instante.

—Yo lo hice —le recordó Romeo, aunque, evidentemente, su caso no era el mismo.

No era el típico cuento de redención que se ve en las películas, pero sí era un testimonio de que, al menos, existía la posibilidad de escapar de ese mundo sombrío y violento.

La pregunta real era: ¿Es realmente posible dejar atrás un pasado manchado de sangre?

¿O no?

—Tú no has sido uno de ellos nunca —dijo el médico con convicción.

Por fortuna, pensó Romeo, y seguramente todos los allí presentes también.

La idea de que él pudiera estar incluso remotamente involucrado en las actividades sombrías de su familia era impensable.

—Si ni matar a un mosquito puedes —resopló Beth, su mujer, con una sonrisa juguetona en los labios.

Un comentario que, aunque hecho en tono de burla, llevaba una esencia de verdad ineludible. Y es que, en efecto, ella tenía que enfrentarse a cada mosquito si no quería acabar llena de ronchas.

—Imagina dirigir a una panda de mafiosos —era impensable para ella, y seguro que para todos los que conocieran, aunque fuera superficialmente, a Romeo.

—Yo tampoco sé qué hacen aquí —Romeo negó con la cabeza, su mirada perdida en el horizonte de su propia conciencia mientras miraba a su mujer. —Terminarán yéndose por sí mismos —dijo entonces el italiano, con un tono que intentaba ser optimista.

—O no —interrumpió Rain, captando la atención de todos con su intervención.

Su comentario, cargado de la gravedad de su posición como sheriff, transformaba la naturaleza de la conversación de una mera discusión a una cuestión de seguridad y futuro para la comunidad.

—Por lo que Kevin averiguó —continuó Rain, su voz impregnada de una seriedad que lograba captar la atención de todos en la habitación—, están preguntando por la zona para alquilar un local y abrir un negocio.

Todos los demás abrieron los ojos de par en par, la sorpresa evidente en sus rostros. La idea de que aquellos asociados a la mafia estuvieran considerando emprender en negocios legales era, cuando menos, inesperada.

—¿Estás de broma? —Raven fue el primero en romper el silencio, su incredulidad tan palpable que casi se podía tocar.

—Para nada —afirmó Rain con seriedad.

Romeo puso los ojos en blanco al escuchar al sheriff. Su reacción era la de alguien que, aunque deseaba fervientemente la reforma de sus antiguos asociados, no había anticipado que su búsqueda de un nuevo comienzo los llevara a su propio patio trasero.

—No fue eso lo que quise decir cuando les dije que deberían buscar otro tipo de vida. Al menos no me refería a aquí, precisamente —confesó Romeo, entre la exasperación y la sorpresa.

Era evidente que, aunque había impulsado la idea de un cambio, la proximidad de este le resultaba tan cómoda como un par de zapatos apretados.

—¿Se lo explicaste en italiano? —preguntó Raven, con esa mofa tan característica en su voz, insinuando claramente que debía de ser así por la aparente ignorancia del italiano sobre su propio idioma natal.

—*Tu mi ami* —sonrió Romeo, guiándole un ojo a Raven.

A pesar de la tensión, su respuesta, un simple “tú me amas” en italiano, era una muestra de la complicidad y el cariño entre los dos.

—Lejos —gruñó el médico, su respuesta cortante, pero no carente de afecto—. Te quiero lejos.

—Ja —Romeo, tras tragar lo que le quedaba de croissant, miró al médico con una sonrisa torcida y de suficiencia en sus labios— ¿Qué sería de ti sin mí? ¿Qué harías sin mi presencia? No, hombre, no te deseo mal alguno.

—Serás capullo —bufó Raven, aunque era evidente que, a su manera, se estaba divirtiendo con la discusión.

Por algo, siempre las provocaba.

—Además, hace mucho que soy ciudadano americano. Un bombero condecorado además —el orgullo en su voz, como si ese detalle fuera la carta de triunfo que justificara su presencia y acciones en cualquier escenario, borrando cualquier duda sobre su derecho a estar allí—. Moriré en este país.

—No lo dudes. El cómo es lo que debería preocuparte —gruñó Raven, dando a entender, por su tono de voz, que la amenaza podía ser por sus propias manos.

Romeo, lejos de asustarse o de preocuparse, soltó una sonora carcajada, como si el riesgo de enfrentarse a Raven fuera un condimento más en el desayuno de su vida.

—¿Vas a hacer realidad tus sueños? —preguntó, divertido, elevando una ceja de manera cómplice, como si estuviera a punto de desvelar el mayor secreto de la humanidad.

—¿Cómo sabes que sueño con eso? —Raven le siguió el juego verbal, con una mirada chispeante de curiosidad y un tono que rozaba lo desafiante.

Una enorme sonrisa se formó en los labios de Romeo, como si acabara de ganar una ronda en un juego que solo ellos dos conocían las reglas.

—Por cómo me llamas cuando te quedas dormido en el sofá con la boca abierta, babeando el cojín que, por cierto, hay que lavar más a menudo gracias a ti. Eso ya es para que te lo mires, eh, que es sentarte en cualquier lado y dar cabezazos como si fueras una de esas figuritas bobblehead. Eso es síntoma de persona mayor, de esas que se quedan fritas en los semáforos.

—Mayor la hostia que te voy a dar un día —gruñó Raven, entre la amenaza y la promesa, una sonrisa maliciosa asomando a sus labios—. Y bien lejos que te voy a mandar. A otro país… ¡¿Qué digo?! ¡A otro continente para ser preciso! Y si puede ser en una isla desierta, rodeado de tiburones hambrientos y sin conexión a internet, mucho mejor. Y sin cerveza —añadió como sentencia final, sabiendo que eso sería el golpe de gracia.

Romeo soltó otra sonora carcajada. Su risa, sin embargo, fue cortada por el vigésimo gemido lastimero, solo que esa vez había sonado más fuerte, más desesperado, de Tori.

—¿A mí también me querrás lejos cuando mi carrera fracase?

Chloe puso los ojos en blanco al escuchar a su sobrina. Desde luego, era digna hija de su marido…

—No te preocupes, si fracasas, siempre podrás convertirte en la capo de esa panda de mafiosos —dijo Rain.

Su voz, lejos de teñirse con el sarcasmo esperado, sonó con una seriedad tal que atrajo las miradas de todos los comensales, como si trataran de descifrar el verdadero significado detrás de sus palabras.

Rain, notando el silencio que se había apoderado del lugar, no se inmutó en lo más mínimo.

Como casi nunca se inmutaba…

Excepto cuando se trataba de su mujer, Camila. En su presencia, Rain parecía transformarse, como si ella poseyera un mando a distancia capaz de sintonizar las frecuencias de sus emociones.

—O siempre podrás ayudarlos a reformarse —terminó de decir Rain, lanzando al aire esa frase con un intento de aligerar el ambiente.

Al ver que todos seguían en silencio, con tranquilidad, Rain se encogió de hombros, adoptando una expresión de quien ha lanzado la toalla al ver que su chiste no ha calado como esperaba.

Ignorando las miradas inquisitivas que le lanzaban, como si intentaran descifrar si hablaba en serio o solo añadía leña al fuego, se sirvió otra taza de café bajo el escrutinio general y, tras saborear un sorbo del líquido caliente, se dispuso a leer el periódico.

Sí, en un mundo dominado por lo digital, donde las pantallas eran las reinas indiscutibles y el papel un recuerdo de tiempos más sencillos, Rain se aferraba a la tradición del papel, un hábito tan raro y singular como los unicornios bailando claqué o la integridad en la política.

Una rareza digna de museo.

—Simplemente Rain… —suspiró Camila, mientras negaba con la cabeza, una expresión de

resignación y una profunda comprensión teñían su rostro.

No necesitaba decir nada más.

—Gracias —dijo entonces Tori, con un tono que destilaba un sarcasmo tan fino que casi se podía cortar con un cuchillo—. Es un alivio saber que si mi carrera como escritora se va al traste, no tendré todo perdido y que me puedo encargar de liderar a una panda de ex-mafiosos.

Su comentario, cargado de ironía, fue acompañado por otro suspiro.

—Ya me siento mucho mejor, sí, señor —añadió con un tono que rozaba lo absurdo.

La reacción de los demás no se hizo esperar.

Uno tras otro, todos los presentes, incluido el gato, pusieron los ojos en blanco.

—Bueno, al menos tenemos un plan B —dijo Raven en tono sarcástico—. Aunque personalmente, preferiría que mi hija no acabara liderando un sindicato del crimen.

Esta vez, incluso el gato pareció estar de acuerdo, emitiendo un maullido corto que sonó sospechosamente como un bufido de desaprobación.

Romeo arqueó una ceja, añadiendo su propia chispa al fuego.

—Realmente creo que Tori sería una excelente capo. Quiero decir, ya tiene experiencia manejando a la persona más difícil del mundo —señaló a Raven—. Lo otro sería pan comido.

—Capullo —gruñó Raven.

Tori soltó un gemido, uno de esos llenos de resignación y un toque de humor negro.

—Siempre que estés bien con que lidere la lista del paro… —su tono llevaba un matiz de broma, pero detrás de sus palabras había una verdad ineludible.

Y ahí estás tú, querida lectora, probablemente pensando lo mismo que todos los demás: que lo que Tori ya lideraba con maestría era la lista del dramatismo. Tenía un talento innato para exagerar las situaciones, dándoles un toque de novela que a veces resultaba cómico.

Y exagerado.

—Tranquila, eso no ocurrirá. Ese puesto es, y será, de tu hermano —dijo entonces Raven, soltando un suspiro que parecía llevarse consigo la pesadez de sus propias palabras.

Era un intento de aligerar el ambiente, recordándole a su hija que, a pesar de todo, siempre había alguien más en una situación más dramática que la propia.

—¿Para qué soy bueno? —preguntó el susodicho, haciendo su entrada en el salón.

Siete pares de ojos se volvieron hacia él, mirando cómo el alto rubio se acercaba a la mesa con una enorme sonrisa en la cara.

—Para nada —dijo entonces Tori antes de poder evitarlo, un comentario que escapó de sus labios más rápido de lo que su cerebro pudo procesar si era una buena idea decirlo en voz alta.

Rebel la miró de mala manera, una mueca de asco dibujada en su rostro que podría haber ganado premios por su expresividad.

—Al menos no me dedico a escribir porno —dijo, intentando molestar a su hermana con un comentario que buscaba tocar una fibra sensible, aunque lo cierto era que más bien rozaba la línea del cliché fraternal.

—No, tú lo ves —dijo entonces su padre, un comentario que, lejos de ser un golpe bajo, fue recibido con una carcajada por parte de Rebel, quien, lejos de sentirse avergonzado, rio.

—Sí —dijo entre risas, reconociéndolo abiertamente y sin un ápice de vergüenza.

¿Para qué negarlo? Estaba en esa edad en la que tenía las hormonas muy alteradas.

Y llevaba en esa edad una década…

—No escribe porno, es literatura erótica —se quejó su madre mientras esperaba a que su hijo se sentase a su lado para estirar el brazo y estamparle la palma abierta de la mano en la cabeza.

—Literatura… —bufó Rebel después de soltar un sonoro "Auch", frotándose el lugar del impacto como si eso pudiera aliviar no solo el dolor físico, sino también el golpe a su ego—. Desde luego, os tiene bien comido el cerebro —bufó.

Rain dejó cuidadosamente el periódico sobre la mesa y miró a Tori. Era esa habilidad para leer entre líneas, para entender lo que no se decía, lo que lo hacía tan bueno en lo suyo.

—¿Cuánto te ha pedido? —preguntó, directo al grano.

Su intuición le decía que si Rebel estaba enfadado con su hermana era, posiblemente, porque esta no le había querido dar dinero.

Observar a Rebel haciendo señas nada sutiles a su hermana con la cabeza, rogándole silenciosamente que no revelara nada, casi confirmaba sus sospechas.

—Quinientos —dijo Tori, confirmando las sospechas de Rain, quien no pudo evitar inflarse de orgullo, casi como un pavo real, al ver confirmada su teoría.

Si es que era sheriff por algo…

—Chivata —se quejó Rebel.

—¿Quinientos? —Chloe frunció el ceño, su sorpresa era evidente, casi palpable— ¡¿Para qué quieres quinientos dólares ahora?! —preguntó con incredulidad.

—Para nada… —dijo este, intentando desviar la conversación hacia aguas menos turbulentas.

—Para… —comenzó Tori.

—Para nada —la interrumpió Rebel, enarcando las cejas—. Pero vamos, ¿qué son quinientos dólares para ella? ¡Si ha ganado una pasta con la novela! Eso es solo calderilla.

—¡¿Calderilla?! —gimió Chloe, llevándose las manos a la cabeza como si el mundo entero se le viniera encima.

En ese momento, se preguntaba si en algún rincón de su árbol genealógico se escondía la explicación a semejante locura.

¿Era posible que la propensión al drama y la extravagancia se transmitiera a través de los genes? O, quizás, ¿todo era culpa del excéntrico de su marido y su peculiar herencia genética?

—Calderilla adelantada, además, de una segunda y tercera novelas que aún no escribí y con las que, al paso que voy y visto lo visto, ¡no terminaré nunca! —exclamó Tori, de repente perdiendo los estribos, golpeando la mesa con una fuerza que dejó a todos en la habitación sumidos en un completo y sepulcral silencio.

—¿Otra noche en vela? —preguntó Chloe, aunque más que pregunta, sonaba a constatación de un hecho.

La respuesta, por supuesto, ya la conocía, pues era el pan de cada día en la vida de Tori.

Además, Tori tampoco podía ocultarlo, porque en el momento en que la falta de sueño hacía de las suyas, se le formaban dos círculos oscuros debajo de sus ojos, un distintivo tan claro como el que llevaba en ese preciso momento. Eran como inquilinos morosos y no deseados que se negaban a abandonar su propiedad, aferrándose a su piel como si tuvieran derecho de pernada sobre ella.

Chloe observó cómo el pecho de Tori subía y bajaba, marcado por la ansiedad que parecía ser su fiel compañera de batallas.

Era común en ella.

Lo de la ansiedad, quiero decir. Y lo de no dormir también.

Y, por ende, lo de las ojeras de oso panda también.

Su sobrina asintió con la cabeza, una sombra de cansancio flotando en su mirada, pero no perdió la oportunidad de regalarle una sonrisa a su padre cuando este, como si fuera el héroe del día, rellenó su taza con un café tan cargado que prometía despertar hasta a los muertos.

—Y no he escrito nada —dijo Tori, soltando un suspiro que parecía arrastrar toda su frustración y cansancio acumulado—. Nada decente —se apresuró a especificar al captar la mirada de escepticismo que se dibujaba en el rostro de los presentes. Sus palabras parecían tan creíbles como un político en campaña, llenas de promesas, pero vacías de resultados—. Porque mierda he escrito como para hacerme un traje de gala.

Chloe gimió al escucharla.

Su padre, intentando mantener una expresión severa que no le salía del todo natural, la reprendió con un tono que buscaba ser firme.

—Tori Nolan —dijo, intentando ponerle un alto, más movido por el gemido de Chloe que por convicción propia.

Porque vamos a ser sinceros, Tori ya había superado con creces la edad en la que las palabras empezaban a tener otro peso.

Pero a Chloe, eso, por alguna razón, todavía no le terminaba de cuadrar.

—Es la pura verdad —se defendió Tori, con una indiferencia que rozaba lo teatral, como si estuviera ensayando para una obra en la que el drama fuera el protagonista.

—¿Tan verdad como lo exagerada que eres? —rio Romeo, enviando una mirada cómplice a los demás.

—¿Te estás riendo de mí? —lo miró Tori, frunciendo el ceño, incapaz de ocultar su molestia mientras Romeo soltaba una carcajada.

Si había algo en lo que Tori destacaba, aparte de en su bloqueo de escritora, era en llevar el drama a niveles extremos.

—Jamás me atrevería —dijo él entre risas, cogiendo un croissant, partiéndolo con una precisión que rozaba lo ceremonial, le untó una generosa capa de mermelada de fresa y se lo pasó a Tori—. Toma, las penas con dulces son menos penas.

—Pero estoy a dieta… —murmuró Tori, aunque sus acciones decían todo lo contrario, devorando el croissant como si fuera el último manjar en la tierra, sus gemidos de placer eran testimonio suficiente de su disfrute.

—Ya veo, ya —rio Romeo, observándola con una mezcla de diversión y cariño, contento de haber logrado su objetivo de animarla, aunque fuera solo un poco.

Y es que los últimos días no habían sido fáciles para Tori, atrapada en las garras de lo que parecía ser un bloqueo creativo monumental.

—No siempre tiene que salir algo bueno —intervino Camila, siempre equilibrada, intentando ofrecer una perspectiva calmada a la tormenta de emociones—. Así que tómate tu tiempo, la historia fluirá cuando menos te lo esperes.

—No sé yo… —suspiró Tori, que lucía derrotada, su expresión era el vivo retrato de la desolación.

—Pero entiendo que tenga que ser frustrante pasarse horas delante de una pantalla y que nada de lo que escribas te convenza —comentó Beth, mostrando una gran empatía.

—Sí, es una auténtica mierda —dijo Tori, con la boca aún llena de croissant, su voz, un eco de desesperación.

Chloe gimió, otra vez.

—Tori Nolan… —la reprendió su padre, aunque esta vez su voz sonaba más a resignación que a regaño.

—Lo siento —empezó ella, todavía masticando con esa mezcla de descaro y apuro que solo se ve en las películas, más por reflejo que por un arrepentimiento verdadero.

Porque, seamos sinceros, el arrepentimiento genuino es tan raro como encontrar una dieta en la que se permitan las patatas fritas para desayunar.

—Pero si lo leyeras… —empezó a decir Tori con ese tono que te hace pensar que si acabara la frase, el mundo tal como lo conocemos podría tener un sentido diferente— Entenderías… —fue lo que no terminó de decir, dejando la frase suspendida en el aire.

—Es bueno —dijo entonces Rebel, para sorpresa de todos los presentes, que probablemente esperaban algo más en la línea de una crítica destructiva o un silencio incómodo.

Sí, Rebel, el menos esperado crítico literario del siglo XXI.

—¿Qué? —preguntó Tori con el ceño fruncido, como si no pudiera creer lo que sus oídos le estaban transmitiendo. Su expresión era la viva imagen de la confusión, como si le hubieran dicho que los unicornios existen y están de oferta en la tienda de la esquina.

—Lo que escribiste es bueno —Rebel se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa.

Como si decir algo positivo no le costara más que pronunciar su propio nombre.

—¿Lo has leído? —Tori lo preguntó tan bajito que lo raro fue que Rebel no entendiera que eso no era nada bueno, como si revelar que había leído sus escritos secretos fuera comparable a admitir que había descubierto la fórmula secreta de la Coca-Cola.

Como tampoco entendió el chico, al parecer, los gestos de negación que les estaban haciendo su padre, sus tíos y tías con la cabeza, y por qué su madre miraba al cielo como pidiendo ayuda.

—Sí. Y me parece bueno —dijo con sinceridad Rebel, como si la honestidad fuera su superpoder menos conocido—. Será mejor cuando acabes la escena, que los dejaste a los dos… —negó con la cabeza, dejando la frase en el aire como si fuera obvio el destino trágico o cómico (quién sabe) de los personajes.

Tori gimió, un sonido que era mitad desesperación, mitad incredulidad. Como si la idea de que alguien pudiera encontrar bueno lo que ella consideraba un montón de garabatos sin sentido fuera más difícil de aceptar que un elefante en una tienda de porcelana.

—¡¿Pero por qué lo lees?! —exclamó, con esa mezcla de indignación y sorpresa que solo puede venir de alguien que se siente injustamente expuesto.

Rebel se encogió de hombros otra vez, como si fuera su respuesta universal para todo, desde "¿qué quieres para cenar?", hasta "¿qué sentido tiene la vida?"

—Lo dejaste a la vista —dijo él, como toda explicación, como si eso justificara su intrusión en la privacidad literaria de Tori.

Ah, ¿pero es que existía la privacidad en aquel lugar?
Porque según tengo entendido, brillaba por su ausencia.

—¡Lo dejé a la vista en mi cuarto! ¡El cual estaba con la puerta cerrada! —exclamó ella, como si su habitación fuera un santuario sagrado donde las leyes de la privacidad deberían ser respetadas más que en cualquier otro lugar del mundo.

Algo que debería ser así en cualquier lugar.

En cualquier lugar, menos en La Mansión, por supuesto.

—Pues eso —dijo él, como toda explicación, con un aire de "¿y qué más da?", como si el concepto de privacidad fuera tan ajeno para él como para un reality show.

—Lo mismo necesita los quinientos dólares para que le hagan una lobotomía —dijo Romeo, riendo y negando con la cabeza a la vez, como si la idea de Rebel necesitando una cirugía para mejorar su capacidad mental fuera la broma del año.

Y es que Rebel, a veces, parecía que no daba para más, como si su cerebro tuviera una capacidad limitada de almacenamiento y ya estuviera lleno con datos sobre cómo irritar a su hermana de la manera más eficiente posible.

—¡No tenías por qué leerlo! —exclamó Tori, como si estuviera a punto de iniciar una revolución en defensa de los diarios personales y las notas secretas.

—Joder, ¡encima que te digo que es bueno! —se quejó el guapo rubio, como si no entendiera por qué no estaba recibiendo un desfile en su honor por haber dicho algo agradable por una vez en su vida.

—Ni aunque… —Tori carraspeó, como si estuviera reconsiderando su posición en el universo — ¿De verdad crees que es bueno? —preguntó, como si, de repente, la aprobación de Rebel fuera el sello de calidad que necesitaba para creer en su propio talento.

Rebel asintió con la cabeza, con esa seguridad que solo puede venir de alguien que sabe que está a punto de cambiar el curso de un río con una sola palabra.

—Bastante, sí —dijo, sonando tan convincente que por un momento podrías creer que era un crítico literario disfrazado de hermano molesto.

—Oh… —parecía que el enfado de Tori se iba disipando.

—Claro que lo tienes que terminar… —dijo él, como si fuera el mentor sabio que todo escritor novato desea tener en su vida.

—Sí, claro —dijo ella, hinchando el pecho con un nuevo sentido de propósito, como si, de repente, las palabras fluyeran en su mente como el agua en un río desbordado—. Pero ya sabiendo que no es tan malo… —añadió, con una sonrisa que empezaba a dibujarse en su rostro, visualizando su nombre en las portadas de los libros en las librerías.

Otra vez.

—¡Qué va a ser malo! No eres una superventas porque escribas mal, Tori, recuerda eso. Eres buena, muy buena —dijo él, con esa facilidad para dar ánimos que, al parecer, le venía de serie.

—¿Será? —Tori era un pavo real ya, pavoneándose con la cola desplegada, lista para conquistar el mundo con sus palabras.

—Pues claro… —dijo él, con la certeza de quien sabe que está diciendo exactamente lo que el otro necesita escuchar.

Romeo miró a Beth, que lo miraba a él, sin necesidad de decirse nada, sabían cómo iba a acabar la cosa. Ellos y todos los demás presentes en la mesa, como si estuvieran viendo el

preludio de una comedia romántica en la que ya saben que los protagonistas acabarán juntos, sin importar cuántos malentendidos y situaciones extremas tengan que superar en el camino.

—Gracias —dijo ella, emocionada, como si esas palabras fueran el empujón que necesitaba para lanzarse al vacío con la certeza de que sus alas literarias la sostendrían—. Creo que era lo que necesitaba escuchar para volver a escribir.

—Me alegro —dijo él, mirándola con todo el encanto de quien se sabe encantador, y es consciente del efecto que sus palabras tenían en los demás y lo utilizara solo para fines nobles (o casi siempre).

Chloe gimió anticipadamente, como si estuviera viendo en cámara lenta el desastre que se avecinaba y no pudiera hacer nada para detenerlo.

—Pues sí —sonrió Tori, que se lo estaba tragando todo.

Era evidente que había olvidado, por completo, que estaba tratando con Rebel, maestro de los giros inesperados y las peticiones absurdas.

—Por eso, cuando yo necesite ayuda, ahí estarás tú, claro —dijo Rebel, poniendo sobre la mesa su carta maestra, como si estuviera jugando al póker y acabara de revelar un as bajo la manga.

—Claro —dijo Tori, lógica y solidaria, sin poder concebir un mundo en el que los hermanos no se apoyaran mutuamente, sin importar cuán descabelladas fueran sus peticiones.

—Bien. Porque ahora necesito quinientos dólares —dijo él con la misma naturalidad con la que pediría un vaso de agua.

—Claro… —Tori asintió con la cabeza, automáticamente, como si estuviera programada para responder de esa manera.

Hasta que dejó de hacerlo porque, por fin, se dio cuenta de la magnitud de lo que estaba aceptando.

—¡Quinientas mierdas te voy a dar! —exclamó, finalmente despertando de su trance de hermana complaciente y entrando en modo guerrera defensora de su cartera.

Chloe, en medio de un torrente de emociones, no pudo más que sollozar, una reacción que dejó a Raven prácticamente encogiéndose de hombros en señal de rendición, como si estuviera diciendo “yo ya hice todo lo humanamente posible”.

Entre tanto drama, Romeo, fiel a su naturaleza de buscar el lado cómico de la vida, soltó una carcajada contagiosa que, inevitablemente, arrastró a Beth y a Camila en su remolino de risas.

Rain, con calma, se sirvió otra taza de café. Sosteniendo la taza con ambas manos, levantó la vista hacia Chloe.

Al encontrarse con los ojos verdes de Rain, ¿o eran azules?, Chloe experimentó un momento de pura comedia: con la tostada suspendida en el aire, a medio camino entre la mesa y su boca abierta.

—Ya deberías estar acostumbrada —comentó Rain con ese tono de sheriff que no admite réplica, aunque en el fondo se escondiera una chispa de humor.

Chloe, todavía en su estado de shock cómico, bajó la mano lentamente.

—¿Acostumbrada a qué exactamente? —replicó, con una mezcla de incredulidad y sarcasmo, esa clase de sarcasmo afilado que podría cortar diamantes—. ¿A su vocabulario digno de una película de bajo presupuesto o a su dramatismo excesivo, propio de una diva de Broadway en pleno apogeo? —preguntó, refiriéndose a Tori— ¿O quizás al maestro del desastre que parí? ¿Al campeón olímpico de saltos argumentales sin red de seguridad? —añadió, dándole a Rebel una mirada que destilaba una mezcla perfecta de exasperación maternal y una pizca de orgullo, como si cada travesura suya añadiera un trofeo invisible a la estantería familiar del absurdo.

Rain, imperturbable ante el dramatismo familiar, se encogió de hombros con naturalidad.

—¿A todo? —propuso, con un tono que sugería que la pregunta era más bien una afirmación disfrazada.

Chloe, haciendo caso omiso al grito ofendido de Tori, asintió con resignación.

—Sí, debería estar acostumbrada —suspiró Chloe, añadiendo una capa extra de dramatismo a la conversación, en un claro intento de imitar el teatro diario que protagonizaban su sobrina, su hijo y, cómo no, su esposo.

Porque, al final del día, los Nolan eran una tropa de personajes dignos de cualquier comedia, donde incluso el hijo más pequeño tenía su papel estelar, demostrando que el talento para el entretenimiento era, de hecho, un rasgo heredado, garantizando que no hubiera un solo día sin sorpresas.

La incertidumbre de lo que vendría a continuación era una constante, mezclando curiosidad y, por qué no, un poco de miedo, en una emocionante expectativa: ¿qué nuevo giro tomaría la historia de los habitantes de La Mansión al día siguiente?



Capítulo 3

—¡No pensarás dejarme así! —exclamó al otro lado de la línea Riley, su voz cargada de un dramatismo digno de una telenovela barata, justo en el momento en que Tori aceptó la llamada de teléfono con un movimiento teatral de su dedo índice.

—¿Te gustó? —preguntó Tori, su inseguridad bailando en su voz, como siempre que lanzaba esa cuestión al vacío, esperando aterrizar en oídos comprensivos.

Era el eterno dilema de una escritora novel; bueno, en realidad, de cualquier escritora, porque aunque tuvieras años luz de experiencia, la sombra de la inseguridad en lo que escribes es como ese pariente pesado en las reuniones familiares: siempre está presente.

—¿Estás buscando inflar tu ego? —preguntó Riley, su voz teñida de un escepticismo divertido mientras probablemente rodaba los ojos, algo que Tori podía imaginar perfectamente sin necesidad de verla.

—No exactamente, pero ya que lo mencionas, un empujoncito al ego no me vendría nada mal. Sobre todo después de la odisea emocional de estos días —confesó Tori, dejándose caer dramáticamente en uno de los butacones del salón—. Te juro que hubo un momento en que pensé que mi carrera como escritora había acabado antes incluso de despegar. Que lo de "Heaven", mi primera novela, había sido un golpe de suerte, y ya está.

—Suerte la nuestra de toparnos con un personaje como el poli de tu libro. Estoy convencida de que han aumentado los delitos entre las mujeres solo por intentar ser arrestadas por alguien así y comprobar si de verdad existe ese tipo de espécimen en las comisarías —rio Riley, añadiendo combustible al fuego de la fantasía.

—Exagerada —Tori se unió a la risa, aunque en el fondo, un pedacito de ella quería creer en esa locura.

—Bueno, ya me contarás si algún día te llaman para sacarme de un calabozo —bromeó Riley, su risa resonando a través del teléfono.

Tori negó con la cabeza, la imagen de Riley siendo arrestada por alguna travesura impensable le vino a la mente. Imagen que, considerando que Riley, quien era como una prima para ella, estaba más loca que una cabra en patines, no era tan descabellada.

Y si alguien tenía dudas, solo tenía que preguntarle a Romeo y a Beth sobre su hija…

No, mejor aún, que le preguntasen a Rebel, con quien esa maravillosa locura ambulante compartía piso en la ciudad. Dado que los dos se llevaban apenas unos meses de diferencia y ambos estaban estudiando en la misma universidad, ¿qué mejor idea que vivir juntos, como lo habían hecho toda su vida?

Como en ocasiones te tocó a ti hacerlo, reflexionó Tori, pensando en…

Pero rápidamente, sacudió la cabeza, deshaciéndose de esos pensamientos que no venían al

caso, y volvió al presente.

A la realidad, que a veces parecía más ficticia que sus propias historias.

—Por cierto —dijo Riley, cambiando el tono a uno más serio de repente, y Tori, como si la viera, se la imaginó frunciendo el ceño, sus ojos grises clavados en un punto imaginario del espacio—, si alguna vez pasa algo así…

—¿Qué demonios va a pasar algo así? —la interrumpió Tori, su tono lleno de incredulidad y un "¿estás de broma?"— Vamos, Riley, sabes que eres una loca de primera, pero hasta tú tienes un límite con la ley, ¿no? Con la familia que tienes…

—¡Porque puede pasar! Nadie está exento de que lo detengan —insistió Riley, su tono desafiante.

—Ves demasiadas películas —bufó Tori, desestimando la idea con un gesto imaginario de la mano.

—Repito —continuó Riley, imperturbable ante la incredulidad de Tori—. Si algo así pasa, por favor, ven tú sola. No le digas a mi padre adónde vas porque es capaz de dejarme ahí encerrada unos días más por pura diversión.

—¿A cuál de tus dos padres te refieres? —inquirió Tori, haciendo alusión a la peculiar situación familiar de Riley, con un padre biológico, Trevor, y un padre adoptivo, Romeo.

La relación que Riley mantenía con ambos era algo que Tori siempre había admirado, considerando la suerte que tenía de tener no uno, sino dos figuras paternas en su vida.

Riley meditó un momento antes de responder.

—A ninguno de los dos —dijo finalmente—. Porque en un abrir y cerrar de ojos, el otro estaría al tanto, y entonces sí que estaría en problemas.

Y es que sus padres, aparte de ser compañeros de trabajo, compartían una amistad sólida, y cuando se trataba de Riley, solían estar bastante en sintonía.

Si no lo estaban, siempre encontraban la manera de llegar a un acuerdo.

—Y digo yo… ¿No sería más fácil evitar que te detengan en primer lugar? Digo, como plan de vida en general —sugirió Tori, intentando inyectar un poco de sentido común en la conversación.

—Ya, bueno —Tori pudo imaginarse a Riley encogiéndose de hombros, con esa actitud de quien considera todas las posibilidades, incluso las más improbables—. De todo puede pasar en esta vida. Mira lo que le pasó a Kira.

Tori rodó los ojos ante la mención.

—Kira es un personaje de ficción, Riley.

—Pero bien podría ser una historia real. ¿Por qué crees, si no, que tu libro ha tenido tanto éxito? Es algo que nos puede pasar a cualquiera —insistió Riley, su tono adquiriendo esa calidad de quien cree firmemente en las posibilidades infinitas del destino.

—¿Tener la mala suerte de ser detenidas por error, acusadas falsamente de un crimen, y luego conocer a un detective sexy y millonario que no solo se encargará de desentrañar la verdad, sino que además se obsesionará con nosotras hasta el punto de abandonar su vida de donjuán y no tener ojos para nadie más? — Tori siguió, delineando el argumento de una novela típica con un tono de voz cargado de sarcasmo— ¿Un tipo tan irresistiblemente atractivo y carismático, que no solo nos hará una propuesta indecorosa: "Te quiero en mi cama, debajo de mí" —citó una de las líneas más memorables de la historia—, y que, además, después de una serie de encuentros apasionados y una obsesión incontrolable por nuestro cuerpo, se enamorará perdidamente de nosotras? —terminó de preguntar Tori en un tono de "por favor, ¡que eso solo ocurre en las novelas!"

—¡Exactamente! —exclamó Riley, su voz vibrante, con una mezcla de emoción y quizás, un toque de deseo.

Tori no pudo evitar bufar ante la idea.

—Sigue soñando —dijo Tori, intentando inyectar un poco de realismo en la conversación, esa pizca de sentido común que a veces parecía evaporarse cuando hablaba con Riley.

A ver, que Tori podría ser muy dramática, la reina del drama en verdad, pero cuando se trataba de compararse con Riley, de repente se convertía en la voz de la razón.

Que sí, que a Tori le encantaba sumergirse en mundos de fantasía tanto como a la siguiente persona, especialmente cuando esos mundos surgían de su propia pluma. Pero había una línea, fina, pero firme, entre la imaginación y la realidad, una línea que Riley parecía cruzar con la misma facilidad con la que se saltaba las normas de tráfico.

Riley, por su parte, solo rio ante la advertencia de Tori, una risa llena de desafío y un toque de esa locura que Tori tanto adoraba y temía a partes iguales.

—Pues eso hago —rio Riley, su risa tan contagiosa que Tori no pudo evitar sonreír.

—Pues como no despiertes pronto, te vas a llevar una sorpresa — advirtió Tori, su tono adquiriendo una seriedad que no pretendía, pero siempre que tocaban ese tema, se ponía así.

—Eso lo dices tú, con tu vasta experiencia en el tema —la respuesta de Riley estaba teñida de ironía y sorna.

Y es que ambas sabían que, en cuestiones del corazón, Tori tenía su propia historia de amor y desamor, una que aún le dolía.

Cuando se trataba de hombres, las cosas no siempre le habían ido tan bien.

—Sí, y a pesar de todo, incluso yo puedo diferenciar entre la ficción y la realidad —replicó Tori, intentando mantener la compostura.

—Qué aburrida eres —suspiró Riley, aunque sin maldad—. Entonces, ¿cuándo me mandas la siguiente parte? Me muero por saber qué pasa después de esa noche.

—Cuando la escriba —respondió Tori, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Riley emitió un sonido de frustración.

—No sé por qué no esperas a tenerlo todo terminado para mandármelo.

—Te lo mando cuando ponga la palabra fin. ¿Prefieres eso? —preguntó Tori, planteando la cuestión como si considerara seriamente la opción.

—¡No! —exclamó Riley, rápidamente retractándose ante la idea.

—Podría buscar otra lectora cero, si eso te hace feliz —amenazó Tori, juguetona.

—Te desheredo, Tori, te lo advierto —respondió Riley, su tono fingiendo indignación.

Tori no pudo evitar reír.

—¿A qué herencia te refieres? ¿A tu colección de vestidos sexis o a tu montaña de maquillaje y productos de cuidado de la piel?

—Que sepas que eso vale un dineral —dijo Riley, ofendida, pero con un toque de humor.

—No lo dudo —suspiró Tori, recordando cuántas veces había contribuido a esa colección.

Justo entonces, el timbre sonó, y Tori, murmurando algo ininteligible, se levantó del butacón para ir a abrir.

—En serio, ¿hay algo que crees que debería cambiar? ¿Algo que añadir? —preguntó, su voz adquiriendo ese tono de escritora preocupada por su obra.

—Hmmm… No, ya sabes que soy la primera en decirte si algo no me gusta. Por ahora, dejaría todo como está. No puedo decir mucho más hasta saber cómo continúa —respondió Riley, su sinceridad, algo que Tori siempre había apreciado enormemente.

—Bien —dijo Tori, llegando a la puerta y abriéndola—. Buenos días, Carlton —saludó al ver a uno de los trabajadores de la empresa de paquetería del pueblo en la puerta.

Pero la sonrisa que adornaba los labios de Tori murió en el instante en que vio que el hombre sostenía tres girasoles en su mano.

—Tori… —el hombre extendió la mano para entregarle las flores— Flores para ti.

—¿Flores? —preguntó Riley al otro lado del teléfono al escuchar al repartidor, su curiosidad despertada— ¿Qué tipo de flores?

—Gracias, Carlton —dijo Tori, intentando mantener la sonrisa mientras despedía al mensajero. Con el ceño fruncido, examinó las flores que ahora sostenía en su mano.

—¿Tori? —la llamó Riley, todavía al teléfono.

—Sí…

—¿Te han mandado flores? —la emoción en su voz era evidente—¡¿Quién…?!

—Son girasoles —dijo Tori, su voz temblorosa, su cuerpo cortado por la sorpresa y la inquietud.

Riley también se quedó en silencio, repentinamente.

—¿Girasoles? ¿Como los que te mandaban aquí? —la preocupación era palpable en su voz.

—Sí —admitió Tori, a quien tampoco le gustaba nada de esto, no le daba muy buen rollo.

Entró en casa, no sin antes echar un vistazo afuera, alrededor, y cerró la puerta.

—Qué raro, ¿no? —preguntó Riley.

—Un poco, sí…

Tori había estado unos meses viviendo en la ciudad, con Riley y con Rebel, después de que su novela saliera a la venta y mientras asistía a varios eventos y firmas de libros. Desde que su novela llenó las estanterías de las librerías y los grandes centros comerciales, a la editorial le llegaron muchas ofrendas, sobre todo flores. Tres girasoles fueron los primeros en llegar.

"De tu primer y mayor fan", decía la nota.

Le hizo ilusión la primera vez que los vio, claro. Y la segunda. Y la tercera. No le hizo ilusión alguna cuando esos girasoles llegaron como regalo hasta el piso donde vivía con su familia.

Quienquiera que fuera, sabía dónde vivía. Y eso no era muy normal, que digamos.

Pero la aventura de Tori terminó y volvió a casa. Hacía semanas que estaba allí, encerrada, de nuevo, enfrascada en la que sería su segunda historia. Y recibir esas flores allí significaba que quien fuera ese admirador, volvía a saber dónde vivía.

—Joder, qué repelús —dijo entonces, sacudiendo el cuerpo con un escalofrío.

—Hombre, normal no es —dijo Riley, compartiendo la inquietud de Tori—. Con la cantidad de locos que hay por ahí…

Sin pensárselo dos veces, Tori, movida por un impulso que ni ella misma entendía completamente, marchó hacia la cocina y arrojó los girasoles a la basura.

—Habrá sido una coincidencia… —murmuró, más en un intento de convencerse a sí misma que por verdadera creencia en sus palabras.

—¿Tú crees? —la duda en la voz de Riley era palpable, claramente no compartía el optimismo de Tori.

—Hmmm… —masculló Tori, su mente corriendo a mil por hora, tratando de encontrar una explicación razonable a lo sucedido.

—No sé, Tori. No me gusta ni un pelo todo este tema —admitió Riley, su tono ahora reflejando una inquietud genuina que resonaba a través de la línea telefónica—. Primero en la ciudad y ahora aquí. ¿No te parece, no sé, un poco… obsesivo?

Tori suspiró, sabiendo que, en el fondo, Riley tenía un punto. La idea de que alguien la siguiera tan de cerca, que supiera tanto de sus movimientos como para enviarle girasoles tanto en la ciudad como ahora, en su refugio personal, era inquietante.

Pero admitir eso en voz alta significaba abrir una caja de Pandora que Tori prefería mantener cerrada y sellada bajo siete llaves.

Intentando mantener la ligereza, aunque su estómago se retorcía con una ansiedad que no quería reconocer, Tori bromeó.

—¿Qué puedo decir? Tengo un fan muy dedicado.

Riley no se rio.

—O un stalker muy persistente —dijo, su tono sombrío, como un presagio de tormentas en el horizonte.

—No seas exagerada —replicó Tori, la reina del drama por excelencia, intentando restarle importancia al asunto con una ola desenfadada de su mano, como si pudiera dispersar la atmósfera de preocupación con solo un gesto.

Era un papel cómico, si se pensaba bien, la dramaturga intentando calmar los nervios de su audiencia, cuando usualmente era al revés.

—Vivo en La Mansión, aquí no me pasará nada —afirmó con una seguridad que deseó sentir.

—Eso no lo dudes, pero espera a que tu padre, el mío y Rain se enteren… —Riley pintó un cuadro que a Tori no le gustó nada, uno lleno de sobreprotección y posibles restricciones a su libertad.

—Riley, no, no exageremos las cosas —le advirtió Tori, intentando mantener la calma y la racionalidad en una situación que parecía desafiar ambas.

—Pero es que yo no creo que esté exagerando… —la firmeza en la voz de Riley era difícil de ignorar.

—Bueno, pues ya te digo yo que sí. Si vuelve a ocurrir, yo seré la primera en decirles, pero por una coincidencia así… —Tori trató de minimizar el asunto, aunque en el fondo, una parte de ella sabía que quizás Riley tenía un punto.

—Tori, ¿eso te parece una coincidencia solo? —la pregunta de Riley era legítima, y Tori se encontró sin una respuesta convincente.

No, pero ¿qué más podía ser?

Tori se conocía; sabía que tenía una tendencia a dramatizar, a ver sombras donde quizás solo había la luz de la luna. No quería caer en la trampa de su propia imaginación, no sin pruebas concretas.

—Seguro que es alguno de los tíos o Rebel —eso era lo que Tori quería creer, que todo se trataba de algo elaborado por alguien de su círculo cercano.

—O Raider, no te jode —bufó Riley, claramente no convencida por ninguna de las teorías tranquilizadoras de Tori.

—Si hay alguien que sé que no sería, créeme, es Raider —dijo Tori, su voz temblando

ligeramente al evocar recuerdos que preferiría mantener enterrados.

No después de todo, pensó; su mente, un torbellino de emociones contradictorias.

—Tori, lo siento, yo… —comenzó Riley, su voz teñida de arrepentimiento por haber tocado un tema delicado.

—Está bien —cortó Tori, necesitando cambiar de tema.

De aire.

De todo.

Regresó al salón y se sentó frente al ordenador portátil, decidida a sumergirse en el mundo que había creado en su última historia.

—Ahora déjame que voy a ver qué hago con ese par… —dijo, refiriéndose a los protagonistas de su novela, buscando refugio en la ficción.

—Vale… —Riley dudó antes de preguntar, su voz apenas un susurro— ¿Pero estás bien?

—¡Perfectamente! —exclamó Tori, con más fuerza de la que realmente sentía.

¡¿Por qué no iba a estarlo?!



Capítulo 4

Tori cogió la camisa blanca que descansaba pulcramente sobre la cama. Con movimientos rápidos, pero precisos, se la puso. Una vez que se aseguró de que cada botón encontrara su respectivo ojal, se dirigió hacia el espejo de pie que se erguía majestuoso en un rincón de su habitación.

Este no era un espejo cualquiera, sino un mueble cargado de historia y misterio, un antiguo guardián de reflejos que había pertenecido a su abuelo Carmichael, un personaje tan enigmático como encantador.

Ante su reflejo, Tori procedió a domar su media melena morena y ondulada y se cogió una cola. Utilizó una horquilla aquí y otra allá, en una batalla estratégica contra aquellos mechones cortos y rebeldes que parecían tener vida propia.

Tras asegurarse de que su cabello no planeaba ninguna revuelta inminente, se aplicó un toque ligero de colonia, esa fragancia suave y fresca que había conquistado su nariz y su corazón por igual, y salió de la habitación con prisa, dejando tras de sí un rastro efímero de su aroma.

Bajó los escalones de dos en dos, una práctica que, aunque sabía que desafiaba todas las leyes de la seguridad doméstica, había perfeccionado a lo largo de los años. Su presencia, acompañada del sonido apresurado de sus pasos, captó la atención de Chloe de forma instantánea.

La cabeza de Chloe, impulsada por la curiosidad y una pizca de preocupación, asomó por la puerta de la cocina como si fuera la primera espectadora de una obra de teatro inesperada.

—¿Vas a trabajar? —preguntó Chloe al verla vestida con el uniforme de trabajo.

Tori se detuvo un momento para mirar a su tía y se acercó a ella.

Al entrar en la cocina, se encontró con un escenario familiar: Chloe, Camila y Raven estaban allí, preparando la cena.

—Sí —respondió Tori, con un tono de voz que reflejaba tanto resignación como determinación—. Sherryl ha sufrido un percance y Carly se encuentra en un apuro; no tiene a nadie más en quien confiar para cubrir su turno.

Mientras compartía su inesperado cambio de planes, Tori se acercó a su padre, que estaba inmerso en la tarea de preparar una bandeja de canapés que bien podrían haber sido obra de un artista culinario con aspiraciones de estrella Michelin.

La tentación fue demasiado grande, y, sin poder resistirse, cogió uno y lo probó, saboreando cada matiz de su exquisita creación.

—Necesitas descansar —le aconsejó él, levantando la vista para mirarla con esa expresión de preocupación que solo los padres saben proyectar—. Así estás, pareciendo un zombi.

—Gracias —respondió Tori, soltando una carcajada al escuchar el comentario de su padre—. Eres un genio levantando la autoestima.

—Te la bajas tú sola con ese ritmo de vida —replicó su padre, en un tono que mezclaba humor y seriedad.

—Tiene razón, Tori. Se te ve agotada. Realmente deberías tomar un descanso —aconsejó Camila, sonando preocupada al notar cómo las ojeras marcadas bajo los ojos de Tori parecían profundizarse más con cada día que pasaba.

—Lo haré. Mañana me quedaré en la cama todo el día, recuperando el sueño perdido —prometió Tori, con una solemnidad que habría convencido a cualquiera que no la conociera lo suficientemente bien.

—Ja —bufó Chloe, escéptica.

La mirada que intercambiaron los demás no dejó lugar a dudas: todos sabían que esa promesa era más un deseo que una realidad.

Era evidente para ellos que Tori, con su naturaleza inquieta, raramente se permitía un momento de pausa.

Y es que Tori, con su corona invisible de reina del melodrama, era un torbellino humano, un manojo de nervios que parecía incapaz de encontrar el botón de pausa en su vida.

Desde pequeña había sido así, impulsada por una energía inagotable que la llevaba a embarcarse en toda clase de travesuras y aventuras.

—De verdad, lo que no alcanzo a comprender es cómo has logrado conservar todos tus dientes intactos —gimió Chloe, su tono era mitad burla, mitad preocupación, mientras revivía mentalmente las innumerables ocasiones en las que había tenido que intervenir, corazón en mano, gritando a los cuatro vientos para detener a Tori justo antes de que su más reciente aventura terminase en un desastre dental.

Realmente, que Tori todavía sonriera con todos sus dientes en su lugar era poco menos que un milagro.

—Milagro divino, sin duda —-Camila se unió a la conversación con una risa que destilaba diversión y un toque de ironía.

—¿Milagro? Yo diría que más bien se debe a Raider —intervino Raven con un suspiro, aportando un toque de pragmatismo a la discusión—. Si no fuera por él, quién sabe si aún estarías aquí para contarlo —agregó, haciendo énfasis en el papel fundamental que Raider había desempeñado en la vida de Tori, siempre velando por su bienestar y seguridad.

Si no fuera por él, lo mismo mi corazón seguiría vivo, pensó Tori, su mente vagando hacia territorios dolorosos, hacia recuerdos y sentimientos que prefería mantener encerrados.

El nombre de Raider era como una llave que abría puertas a emociones que Tori luchaba por mantener a raya, una mención que siempre conseguía remover algo profundo dentro de ella.

Con un carraspeo estratégico, intentando ocultar la turbulencia emocional que le provocaba escuchar ese nombre, y evitando a toda costa profundizar en cualquier conversación que lo involucrara, Tori desvió rápidamente el tema.

Pero las miradas llenas de una comprensión y preocupación no disimuladas de Chloe y Camila no le pasaron desapercibidas.

Estaba claro. Ellas sabían.

Sabían bien…

Forzando una sonrisa, aunque sus ojos traicionaban la tempestad interna que intentaba aplacar, Tori extendió la mano hacia el plato de canapés.

No pudo evitar reír cuando su padre, en un gesto juguetón, le dio un golpecito en la mano que, aunque suave, sirvió para anclarla de nuevo en la realidad del momento.

—Dejadme algo para cenar, porfa —suplicó Tori, con un dramatismo teatral que no dejaba lugar a dudas de su auténtica hambre después de un día larguísimo de trabajo.

Todos en la familia sabían que, si no encontraba algo preparado a su regreso, Tori era capaz de lanzarse sobre cualquier alimento a la vista, sin importar las posibles consecuencias gastrointestinales que pudieran seguir.

En ese instante, el temor a posibles indigestiones era lo último en su mente.

Se acercó a cada uno de los presentes, repartiendo besos de despedida, una táctica perfecta para evadir la cocina y, más importante aún, la conversación que había escalado a un nivel de intensidad y personalidad que simplemente era demasiado para ella.

Tan rápido como había aparecido, la sonrisa forzada que había pintado en su rostro se esfumó una vez que se marchó, desapareciendo en el aire como si nunca hubiera estado allí.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rebel, su preocupación palpable en la voz mientras entraba en la cocina, notando de inmediato la expresión sombría que Tori llevaba en su rostro al salir—. Estaba blanca como el papel.

A pesar de las habituales discusiones fraternales, ese tipo de peleas típicas entre hermanos, nada podía mermar la preocupación que sentía por su hermana, una preocupación que, a menudo, superaba con creces lo que sus palabras podían expresar.

Quizás, incluso, más de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir.

Camila lanzó un suspiro, un suspiro tan melancólico y profundo que, por un momento, el tiempo pareció detenerse en la cocina. Con un gesto lento, casi teatral, dejó reposar el cuchillo sobre la tabla de cortar, y su mirada se perdió en la lejanía, como si pudiera vislumbrar más allá de las paredes de su hogar.

—Todavía les duele —murmuró, su voz teñida de tristeza.

Se refería, por supuesto, a Tori y a su hijo, plenamente consciente de esa herida abierta que seguía supurando en el corazón de ambos.

A pesar de los años transcurridos, el tiempo no había logrado cicatrizar completamente aquel dolor.

Aunque hacía tiempo que no veía el rostro de Raider, lo conocía muy bien. Su voz, cada vez que hablaban por teléfono, revelaba nostalgia, un eco de lo que una vez fue.

Y siempre, sin falta, él preguntaba por Tori.

Era como un ritual, una necesidad que demostraba que, a pesar de la distancia y del pasado, Tori seguía ocupando un espacio irremplazable en su corazón.

No habían logrado superar su separación; eso estaba tan claro como el agua. Y para Camila, observar el dolor en los ojos de Tori cada vez que el nombre de Raider surgía en la conversación, lo cual ocurría con una frecuencia dolorosa, era como recibir un puñal directo al alma.

Rebel lo entendió sin necesidad de más palabras, rompió el silencio con su característico pragmatismo, aunque en esta ocasión, teñido de una franqueza casi brutal.

—Pues que dejen de hacer los gilipollas —su lenguaje provocó un gemido de reprobación por parte de Chloe— y vuelvan de una vez.

Rebel pronunció esas palabras con la seguridad de quien ve la solución a un problema complejo en la simple acción de enfrentarlo, obviando, tal vez por juventud o tal vez por esperanza, las razones que habían empujado a Tori y Raider a tomar caminos separados.

Razones que, además, solo ellos dos conocían.

—No sé yo si eso ocurrirá alguna vez —suspiró Camila.

Su voz, cargada de un pesar que parecía venir de lo más profundo de su ser, reflejaba el agotamiento emocional de quien ha sido testigo de una saga de amor y desamor, de encuentros y desencuentros, que parecía no tener fin.

La posibilidad de una reconciliación entre Tori y Raider, aunque deseada por todos, se antojaba distante.

Casi utópica.

¿Qué había pasado con ellos para llegar a ese punto crítico, ese momento de inflexión en el que él decidiera alejarse por años?

—Complicado es si el zopenco de tu hijo insiste en seguir lejos —comentó Rebel con un tono que mezclaba la preocupación con la exasperación, mientras se dirigía hacia donde estaban los canapés.

Movía sus pasos con la misma determinación y firmeza con la que enfrentaría cualquier desafío.

—Entre zopencos os entendéis, ¿eh? —se mofó Raven, lanzando una mirada cargada de ironía hacia Rebel.

A diferencia de Tori, quien momentos antes había recibido una torta juguetona en la mano al intentar apropiarse de uno de los bocaditos, Rebel no tuvo tal suerte. Su padre, que preparaba los canapés con el mismo cuidado y precisión con los que un cirujano llevaría a cabo su trabajo, no estaba dispuesto a tolerar más intromisiones en su cocina.

—Auch —se quejó Rebel por el dolor.

—¿Te quieres esperar a la cena? —gruñó su padre.

Resoplando, Rebel demostró que su voluntad era tan firme como su apetito insaciable. Con un movimiento ágil, le dio la vuelta a su padre, quien, a pesar de ser superado en altura por apenas unos pocos centímetros, imponía bastante.

Con destreza, Rebel consiguió su objetivo: un canapé.

—Serás… —gruñó el médico, su queja interrumpida por la risa contagiosa de su hijo, quien, satisfecho con su fechoría, se alejó corriendo hacia el otro extremo de la cocina.

—Delicioso —declaró Rebel, su voz amortiguada por el bocado que saboreaba con exagerada satisfacción.

Mientras masticaba exageradamente, una sonrisa pícara se dibujó en sus labios, provocando una sonrisa en los rostros de los demás.

Que buena falta hacía.

—¡Quita, coño! —exclamó Raven, cuya sonrisa, que hasta hace un momento brillaba, se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, transformándose en una mirada que podría congelar el mismísimo infierno.

Mirada dirigida hacia un italiano tocapelotas que, al llegar, en un acto de osadía, no solo había tenido la audacia de coger un canapé del plato, sino que ¡había cometido el sacrilegio de coger dos!

—No están mal —dijo Romeo, alargando sus palabras con una mezcla de descaro e inocencia fingida, solo por el placer de tocar un poco las narices al médico.

—Todavía me llevas esposado —bufó Raven, su voz teñida de un fastidio dramático, mientras le enseñaba a Rain, que justo en ese momento entraba en la cocina como quien entra en una zona de guerra, el cuchillo que tenía en la mano, agitándolo en el aire como si fuera un trofeo.

O una advertencia.

—Es un cuchillo de untar, no un bisturí —suspiró Rain, su tono cargado de una paciencia que solo años de aguantar a ese par podían otorgar.

—Pobres presos a los que les toque compartir celda contigo —rio Romeo, añadiendo leña al fuego con su comentario.

El italiano, junto con Beth, también se pusieron manos a la obra, dispuestos a preparar la cena para todos.

Romeo soltó una carcajada al captar la mirada asesina de Raven, esa que prometía venganza y tormento.

—Por cierto, ¿a dónde iba Tori con tanta prisa? —cambió de tema Romeo, intentando, quizás, desviar la atención de su reciente travesura.

—A trabajar —dijeron los adultos que interactuaron con ella.

—Huye de Raider —dijo entonces Rebel, con una sonrisa traviesa, haciendo que tanto Camila como Chloe y Raven, en un acto sincronizado de exasperación, pusieran los ojos en blanco.

—Entiendo —dijo Romeo, asintiendo con la cabeza, su expresión denotando que, efectivamente, comprendía la situación mucho más de lo que sus palabras podían expresar.

—Vaya par —suspiró Beth, sacudiendo la cabeza con un gesto de resignación.

—Algún día tendrán que enfrentarse a lo que sea que les haya ocurrido —comentó Romeo, su voz cargada de un presagio que parecía ir más allá de la mera observación.

—Y será pronto —susurró Rain, de repente y solo para sí mismo, en un tono cargado de algo oscuro, misterioso, casi como si hablara más consigo mismo que con el resto.

Entonces cogió algo de la basura que había abierto para tirar algunos desechos y lo mostró a los demás.

—¿Qué es esto? —preguntó, sosteniendo tres girasoles.

La mirada del sheriff, mientras los demás se encogían de hombros, incapaces de descifrar el significado de aquellos girasoles, bailó entre Raven y Romeo, quienes, al captar la profundidad de su pregunta, le devolvieron al sheriff una mirada cargada de preocupación.

Y es que Romeo sabía…

Y, por ende, los demás también.



—Dos Cosmopolitan y un Jack Daniels —sonrió Tori, su voz resonando alegremente mientras ponía con cuidado las bebidas delante de los clientes que estaban sentados a la mesa.

—¡Gracias! —exclamaron al unísono los forasteros, cuyas caras irradiaban la felicidad y la emoción de quienes, al parecer, tenían mucho que celebrar.

Y mucho por disfrutar, pensó Tori, mientras veía cómo los clientes alzaban sus copas en un brindis silencioso, un momento de alegría pura que ella adoraba presenciar.

Tras asegurarse de que estaban satisfechos, recogió las copas vacías en la bandeja y volvió detrás de la barra. Allí, con movimientos prácticos y ágiles, recogió los recipientes vacíos y se dispuso a seguir trabajando, limpiando y preparando el siguiente pedido.

En ese momento, uno de los habituales del pub y excompañero de clases del colegio de Tori, Spencer, llegó y tomó asiento en su lugar habitual de la barra, en el lado que solía ocupar siempre, como si ese pedazo de madera tuviera su nombre grabado invisible para todos menos para él.

Con la familiaridad que viene de la costumbre, no tuvo que decir nada antes de que Tori, conociendo ya sus gustos, le pusiera por delante su bebida habitual.

—Bienvenido, Spencer —lo saludó Tori, su sonrisa amplia y genuina iluminando su rostro mientras ponía la copa de Bourbon frente a él—. ¿Hoy no toca guardia?

Spencer trabajaba como celador en el hospital y siempre que se encontraban, Tori hablaba un poquito con él.

Era tímido, pero ella conseguía sacarle alguna sonrisa.

—Hoy no, tengo la noche libre —respondió él, tartamudeando un poco por los nervios.

—Perfecto. Si te hacen trabajar mucho, me dices y le echo la bronca a mi padre —bromeó ella, haciéndolo sonreír—. Que disfrutes —añadió, y tras un guiño cómplice, se giró para atender a otro cliente, dejando a Spencer con una sonrisa tímida en los labios, esa sonrisa de quien se siente en casa.

—Se le ha quedado una cara de enamorado… —comentó Leo, el otro camarero del pub, con una sonrisa traviesa dibujándose en su rostro.

Además de compañero de trabajo, Leo también compartía con Tori un pasado lleno de recuerdos de su época de colegio, lo que añadía una capa extra de complicidad a su amistad. Su comentario, impregnado de mofa, fue lanzado en el momento en que Tori se acercaba a su lado, preparándose para atender otro pedido.

Tori, sin perder el ritmo ni la concentración, lanzó una mirada fugaz hacia Spencer antes de volver a sumergirse en su tarea. Comenzó a preparar otro trago con la destreza y la eficiencia de quien ha repetido el mismo gesto incontables veces.

Como si sus manos tuvieran vida propia.

—Exagerado —rio Tori—. A saber cómo tratáis al pobre cuando no estoy yo.

—Será cómo nos trata él cuando no estás tú —replicó Leo, su voz adoptando un timbre de indignación claramente fingida. Con un aire de conspiración, añadió—: Se le ha iluminado la cara al verte. Hoy no será el tipo que da repelús —el sarcasmo en su voz.

—El pobre —suspiró Tori, su expresión suavizándose en un gesto de genuina compasión, una muestra de la empatía que siempre la había caracterizado—. No lo pasó nada bien —admitió, su voz bajando un tono, cargada de la gravedad de los recuerdos de un pasado menos amable.

Sufrió acoso escolar, y aunque ella intentó muchas veces intervenir, sus esfuerzos no siempre fueron suficientes.

—Pero algo extraño es, no me jodas —comentó Leo, siempre listo para añadir un toque de humor a cualquier situación, sin importar cuán sombría pudiera parecer.

El guapo y alto moreno de pelo largo recogido en una coleta, con ese aire de galán de telenovela que parecía llevar consigo como una segunda piel, se acercó a Tori imitando un enamoramiento exagerado. Batió sus pestañas y puso una cara de adoración cómicamente

exagerada, como si estuviera intentando ganar el premio al mejor actor de drama en un festival de cine de bajo presupuesto.

—Así te mira —dijo Leo, con un brillo juguetón en sus ojos, antes de permitir que una sonrisa tonta adornara su rostro. Sin más preámbulo, se inclinó hacia delante y plantó un rápido, pero suave beso en la mejilla de Tori. —Así, ¿te acuerdas? —añadió, evocando un recuerdo que se remontaba a años atrás, a aquellos días inocentes de la primaria, cuando Spencer había hecho exactamente eso: acercarse a Tori y dejar un beso en su mejilla, un gesto tan dulce como temerario para la época.

Aquel gesto, tan inocente y puro, le había costado a Spencer convertirse en la burla de sus compañeros durante los años restantes del colegio, marcándolo con una etiqueta que llevó como una pesada cadena.

Y teniendo en cuenta que aún estaban en primaria, esos años no fueron pocos, sino una eternidad en términos de drama infantil.

—Capullo —rio Tori.

Con la mano que tenía libre, lo empujó suavemente lejos de ella, un gesto que, aunque pretendía ser de rechazo, estaba cargado de afecto y complicidad.

—Eso me dijo mi ex cuando vino a recoger las cosas a casa hace dos días —dijo entonces Leo, su tono cambiando repentinamente a uno más serio, casi como si un interruptor se hubiera accionado, cambiando la atmósfera de ligereza por una de gravedad—. Capullo —resopló— ¿Capullo yo? ¡Pero si el que me engañó fue él! —la indignación en su voz era palpable, y la injusticia que sentía era evidente.

Tras entregar las bebidas que tenía preparadas, Leo volvió detrás de la barra y, apoyando su cadera en ella, se cruzó de brazos y esperó a que Tori estuviese libre y lo mirase para continuar su relato.

—¿Te lo puedes creer? —indignado era poco para describir el tono de Leo, quien, con su voz cargada de frustración y desilusión, parecía buscar no solo consuelo sino también comprensión en su compañera de trabajo.

Tori, por su parte, se encogió levemente de hombros, su expresión era una mezcla de empatía y resignación, como si estuviera acostumbrada a escuchar historias de corazones rotos, pero, aun así, sintiera cada una de ellas como si fuese la primera vez.

—Tampoco es que me extrañe —dijo, su voz llena de esa honestidad cruda que la caracterizaba, esa capacidad de decir las cosas como eran, sin adornos ni rodeos.

—No te caía bien, ¿eh? —bromeó Leo, intentando aliviar el peso del momento con una sonrisa torcida, una que no llegaba a sus ojos, como si en ese intento de humor buscara un respiro para su dolor.

—Ni bien ni mal —respondió Tori, mirando fijamente a su compañero con esos espectaculares y extraños ojos color miel—. Él es como es, el que lo ha aguantado has sido tú. No se te puede culpar, cuando estamos enamorados, dejamos de ver. ¡Nos cegamos! —exclamó, poniéndole un

poco de drama a su voz, como era su naturaleza, gestualizando con las manos para enfatizar lo que decía, como si estuviera interpretando el papel principal en el teatro de la vida.

Leo se quedó mirándola, impresionado no solo por la intensidad de su mirada, sino también por la verdad en sus palabras. Enarcó sus cejas, una mueca de sorpresa y reflexión adornando su rostro.

—¿Por qué tengo la sensación de que, más que de mí, estás hablando de ti?

—Sensación errónea —dijo ella rápidamente, desviando la mirada y volviendo a servir una copa con más ímpetu del necesario, como si en ese gesto pudiese ocultar su vulnerabilidad, como si la velocidad con la que movía sus manos pudiera borrar cualquier rastro de emoción en su rostro.

—Ya —rio Leo, como si reconociera en la evasiva de Tori un espejo de su propia tendencia a esquivar las verdades incómodas—. La cuestión es que, aunque me siento dolido, porque que te engañen nunca es plato de buen gusto, por otra parte, siento alivio. ¿Eso significa que no lo quería tanto como yo pensaba? —la pregunta era retórica, un intento de darle sentido a sus propios sentimientos.

—Hmmm… O que, simplemente, no estabas tan ciego como todos creíamos. Solo insistías en no ver las cosas —Tori le devolvió la mirada.

Leo, ahí plantado con una expresión que bailaba entre la preocupación y el recuerdo, se quedó pensando un instante más largo de lo habitual. Sus ojos, normalmente llenos de chispa y viveza, se perdieron en un mar de momentos felices y amargos. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón —terminó suspirando, arrastrando las palabras.

—De puede nada, la tengo —replicó Tori, con una sonrisa que trataba de ser arrogante.

—¿Escribir romántica te ha convertido en una especie de coach sentimental? —bromeó Leo, intentando cambiar el tono de la conversación hacia algo más ligero.

—Mírame —dijo Tori, incorporándose con una gracia teatral y, con sus manos, señaló su cuerpo de arriba abajo, una mueca juguetona en sus labios, su nariz arrugada en una expresión de fingido desdén—. ¡Más sola que la una! ¿Crees tú que yo podría dar consejos a nadie?

Leo no pudo contener una carcajada.

—Estás sola porque quieres. Y lo sabes —afirmó entre risas.

—Buah —exclamó Tori, rodando los ojos con exageración, aunque en su interior sabía que había algo de verdad en las palabras de Leo.

Era una de esas verdades incómodas que se disfrazan de broma, pero que en el fondo, pesan.

—No te da tiempo a levantar la mano cuando la mitad de los hombres del pub, qué digo del pub, ¡del pueblo!, estarían haciendo cola en La Mansión.

—¿Te imaginas? —Tori soltó tremenda carcajada. Se imaginó la escena, tan absurda y tan tierna a la vez, y no pudo evitar reír aún más fuerte—. Ya me imagino a mi padre y mis tíos

armados hasta los dientes con una escopeta cada uno, como si fueran a protagonizar la última defensa épica del honor familiar —dejó la copa encima de la barra para el cliente que se la había pedido y volvió a mirar a Leo, cuyo escalofrío era evidente ante la mención de su familia protectora.

—Calla —dijo con repelús, un escalofrío recorriéndole el cuerpo, como si las palabras de Tori hubieran invocado fantasmas del pasado—. Todavía recuerdo el primer día que fui a tu casa para jugar, estoy traumatizado desde entonces.

Tori no pudo dejar de reír al recordar el interrogatorio intimidante al que le sometieron. Y eso que solo tenía doce años, una edad en la que lo más peligroso que debería enfrentar serían los deberes de matemáticas, no una inspección familiar al estilo comando de élite.

—¡Por eso no llevaba a nadie a casa! —rio ella, recordando cómo había querido proteger a sus amigos de la sobreprotección de su familia.

—Doce años, creo recordar —dijo Leo, uniéndose a la risa, aunque con un tono de broma melancólica, como si estuviese rememorando una época más sencilla, pero no por ello menos aterradora—. Vamos, porque nací gay si no… Del miedo que tuve, me convierto y todo —bromeó el camarero.

La carcajada que soltaron los dos resonó en todo el pub.

—Lo peor es que no cambian —dijo Tori, limpiándose las lágrimas de los ojos provocadas por la risa, su tono volviéndose un poco más serio, pero aún teñido de cariño por su familia.

—Tampoco has salido tan mal —Leo le guiñó un ojo.

—No, supongo que no lo han hecho nada mal —concedió Tori, una sonrisa suave adornando su rostro al pensar en su familia.

—También porque tenías a Raider —dijo Leo, haciendo que la sonrisa de Tori desapareciera de repente.

Él suspiró en el mismo instante en que lo nombró, como si fuera consciente del peso que sus palabras llevaban consigo.

—¿Hasta cuándo, Tori? —preguntó, entonces, en un susurro, su duda cargada de preocupación por el bienestar emocional de su amiga.

Tori negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió entonces, con la tristeza, de repente, en su voz, una tristeza profunda que hablaba de heridas aún abiertas y de recuerdos que, a pesar del tiempo, seguían teniendo un inmenso poder sobre ella.

Era evidente que Raider seguía ocupando un espacio significativo en su corazón, un espacio que ella aún no sabía cómo manejar.

Ni superar.



Capítulo 5

—¡Oh, joder! —exclamó Tori, soltando una de esas perlas lingüísticas que salen naturalmente en situaciones de máxima tensión, cuando, al adentrarse en el almacén que se escondía en las profundidades del sótano para recoger un par de trastos que necesitaban para dejar el local limpio antes de echar el cierre, la luz, esa bombilla solitaria que colgaba de un hilo, balanceándose casi como si estuviese haciendo un número de trapecio con un cable que ya había visto mejores días, después de parpadear un par de veces, decidió que era su momento de brillar, pero al revés.

Y se apagó.

Con el susto en el cuerpo, porque, vamos a ser honestas, por muy poco miedosa que te consideres, la oscuridad tiene ese no sé qué que qué sé yo que no es amiga de nadie, Tori estiró los brazos como quien se prepara para un abrazo no deseado y, lentamente, palpando el aire con las manos y soltando maldiciones en arameo, un idioma que, gracias a su padre, dominaba muy bien en lo que a palabras malsonantes se refería y, mientras golpeaba su rodilla con objetos traicioneros que juraría que se habían materializado justo en ese momento solo para molestar (vamos, que con la luz encendida seguro que no existían), llegó a tientas hasta el interruptor de la luz y lo pulsó. Con más esperanza que convicción.

Pero aquello no se encendía.

Nada.

Ni un mísero destello.

—Joder, y el móvil arriba —bufó, al caer en la cuenta de que se lo había dejado en el bolso, un bolso que estaba cómodamente instalado dentro de su taquilla, probablemente burlándose de ella en estos momentos de necesidad lumínica.

Sin más opciones que considerar, Tori abrió la puerta del almacén como quien abre la puerta a un nuevo mundo y suspiró de alivio al descubrir que, fuera, la civilización todavía contaba con el invento de Edison.

Corriendo cual cría asustada, esa que ve sombras hasta en los susurros, llegó hasta las escaleras, lista para escapar. Pero justo antes de que su pie se decidiera a conquistar el primer escalón, un ruido a sus espaldas llamó su atención como si el destino le dijera: “¿A dónde vas tan rápido?”

Todavía con el corazón haciendo el solo de batería de una canción de rock, latiendo a mil por hora y diciéndose a sí misma “no mires hacia atrás, sabes perfectamente que le dices eso a la gente que, en las películas de terror, hace exactamente lo que no tiene que hacer: es decir, lo contrario a lo sensato, lo que tú, en un giro irónico del destino, estás a punto de hacer en este preciso instante. Escuchar un ruido sospechoso y, en vez de correr en la dirección opuesta, ir hacia el ruido con la curiosidad de un gato que, definitivamente, no ha escuchado el dicho de que la curiosidad mató al gato.”

Sí, fue precisamente lo que hizo Tori. Pura naturaleza humana.

O estupidez, según prefieras llamarlo.

Porque en estos casos, la línea entre valentía y falta de sentido común es más delgada que la paciencia de un profesor de yoga atascado en el tráfico.

La cuestión es que Tori giró su cabeza, preparándose mentalmente para el peor de los encuentros, quizás un monstruo sacado de las más oscuras pesadillas o un asesino en serie con una máscara de hockey.

Pero, oh sorpresa, gritó, no de terror, sino de sorpresa mayúscula, cuando su cuerpo chocó, no con una criatura de otro mundo, sino con alguien muy de este plano terrenal.

Ese momento en el que su corazón pasó de tocar un solo de Metallica a una balada de los Beatles en nanosegundos, fue tan cinematográfico que, si tuviera palomitas, se sentaría a ver el desenlace.

Pero aquí no hay tiempo para snacks, porque la vida real no tiene pausa, y menos aún en situaciones tan absurdamente imprevisibles como esta.

—Hey, ¡para! ¡Soy yo! —exclamó Leo, quejándose de dolor cuando Tori, en un acto reflejo digno de un boxeador en pleno ring, comenzó a golpearle con una fuerza que ni ella sabía que poseía.

Tori, por fin, miró a su compañero y suspiró de alivio, aunque aún con el corazón queriendo escaparse de su pecho.

—¿Pero qué haces aquí? ¡¿Quieres matarme del susto?! —le reprochó, aunque más aliviada que enojada.

Leo la soltó y levantó las manos en señal de rendición, como si de repente se encontrara en medio de una negociación de paz.

—Solo venía a buscarte después de que se fuera la luz. Pensé que quizás necesitarías ayuda, o al menos alguien que comparta el susto contigo.

Tori suspiró. Otra vez.

—Pensé que fue solo la bombilla del almacén la que había decidido abandonarnos a nuestra suerte —suspiró.

—Pues no —dijo Leo, con un tono que sugería que la oscuridad había sido un poco más democrática de lo esperado, extendiendo su reinado de sombras a todo el local por un momento.

Miró con el ceño fruncido a Tori al ver que seguía pálida.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado, pero también un poco divertido.

—Sí… Es solo que… —Tori miró hacia atrás, como si esperara que las sombras le devolvieran la mirada, recordando esos pasos imaginarios que le habían parecido escuchar allí— Nada, ni caso —dijo entonces, negando con la cabeza como quien intenta deshacerse de una idea

molesta, y comenzando a subir los escalones con menos entusiasmo del habitual.

—¿Desde cuándo eres miedosa? —rio entonces Leo, encontrando un humor peculiar en la situación, como quien descubre un lado desconocido de un viejo amigo.

Tori, la valiente, asustada por la oscuridad.

¡Quién lo diría!

—No lo soy —se defendió ella, molesta no tanto por la implicación como por la simple idea de que alguien, especialmente Leo, pudiese pensar que sí.

Y era cierto, no lo era.

O eso creía ella firmemente.

Al menos, hasta ese momento. Hasta que ese pequeño incidente en el sótano le había dado una perspectiva un tanto diferente sobre la oscuridad y sus propios límites.

Y la culpa era de Riley, quien con sus historias de terror y su talento para meter miedo en el cuerpo con nada más que palabras, había hecho mella en su usualmente inquebrantable coraje.

Tomar nota mental: deshacerme de esa loca tremendista cuando la vea, pensó, resoplando mentalmente mientras subía las escaleras, ya con la luz de su lado pero con un nuevo respeto, quizás incluso un poco de temor, hacia la oscuridad.

Y todo lo que esta podía esconder.

Y todo por tres girasoles, ¡habrase visto!, bufó en su mente mientras negaba repetidamente con la cabeza.



—¡Nos vemos! —exclamó Leo mientras, con un gesto teatral de la mano y una sonrisa en su cansado rostro, se despedía de Tori. Le guiñó un ojo y le lanzó un beso al aire, como si fuera una estrella de cine despidiéndose de sus fans.

Tori no pudo evitar sonreír ante la escena, sacudiendo la cabeza mientras reía, pensando que su amigo no tenía remedio. Al verlo alejarse dando saltitos, como si estuviera protagonizando su propio musical en la acera, rio.

—Está como una cabra —rio Tori.

Pero no una cabra cualquiera, sino una de esas cabras montesas que hacen piruetas en los acantilados.

Tori, divertida, pero también sintiéndose como si hubiera corrido un maratón con obstáculos debido al ajetreo de la noche, se dispuso a buscar la llave de su coche en el bolso, ese bolso que,

en sus mejores días, podría competir en misterio y capacidad con el famoso bolso de Mary Poppins.

No era de extrañar que, al meter la mano, pareciera que se sumergía en un abismo sin fondo.

Vamos a ver qué tesoro encuentro hoy, pensó con un resoplido cuando sus dedos no encontraron inmediatamente la llave.

Refunfuñando por lo bajo, decidió volcar el contenido del bolso sobre el capó delantero del coche, una especie de ceremonia de excavación arqueológica personal. Entre la funda de las gafas, el neceser, que contenía lo que ella denominaba "cosas de suma importancia para la supervivencia", y la cartera, apareció una foto de su padre con sus tíos.

—¿Y esto? ¿Desde cuándo está aquí? —se preguntó, incrédula.

A su lado, un juguete del gato confirmaba la teoría de que su bolso era un portal a otra dimensión.

Poniendo los ojos en blanco, Tori optó por dejar las preguntas para otro momento. A fin de cuentas, había aprendido que, en ciertas ocasiones, la ignorancia era una bendición. Y lo de la foto, definitivamente, era un misterio que no tenía ganas de resolver en ese instante.

La certeza de que alguno de sus familiares, ese trío de zumbados como cariñosamente los llamaba, estaba detrás de la incógnita de la foto, no la sorprendía.

Típico de ellos, pensó con una mezcla de resignación y cariño.

Pero incluso después de una exhaustiva búsqueda, la llave del coche brillaba por su ausencia.

—Mierda —resopló con frustración.

¿Dónde demonios podía estar?

Mordiéndose el labio inferior, comenzó a hacer un repaso mental de todos los lugares posibles.

—Como no se haya caído en el casillero… —murmuró, refiriéndose al lugar sagrado donde, supuestamente, deberían estar a salvo sus pertenencias mientras trabajaba.

Y, por si fuera poco, el dichoso casillero estaba en el sótano, cerca del almacén que recientemente había tenido un episodio digno de una película de terror por un corte de luz.

Echó un vistazo hacia donde había visto a Leo por última vez, esperando contra toda esperanza que su amigo todavía estuviera por ahí, pero solo encontró el vacío de la noche.

—¿Y si lo llamo? —se preguntó, aunque la idea se desvaneció tan rápido como vino. No era momento de mostrar debilidad, ni de dejar que el miedo hiciera nido en su mente— Vamos, Tori. ¿Desde cuándo eres miedosa? Exactamente, ¡desde nunca! —se autoconvenció, recordándose que estaba en Greenville, un lugar donde lo más peligroso que podía pasar era que se te acabara el helado en pleno verano.

Armándose de valor, recogió su bolso ya nuevamente abarrotado de misterios sin resolver y lo cerró con determinación. Giró sobre sus talones, lanzando una mirada desafiante al pub ya

cerrado y oscuro como si fuera el escenario de su próxima aventura.

—Mataré a Riley —gruñó, sintiendo cómo el miedo intentaba, una vez más, apoderarse de ella.

Pero Tori no era de las que se rendían fácilmente. Con cada paso que daba, se recordaba a sí misma que era una guerrera urbana, lista para enfrentar lo desconocido, incluso si eso significaba aventurarse sola en la oscuridad.

Después de todo, ¿qué era la vida sin un poco de emoción?



Tori nunca había experimentado una carrera tan frenética en su vida.

Si ya había sido veloz como un rayo cuando entró en el pub, bajó al sótano, corrió hasta la taquilla (donde, por un golpe de suerte, la llave estaba tan perfectamente colocada que casi brillaba bajo la escasa luz, como si estuviera esperando por ella), la agarró con una rapidez que ni ella misma se esperaba y volvió a subir las escaleras dos peldaños a la vez, saliendo del pub y cerrándolo a cal y canto de nuevo con una destreza que ni el más experimentado de los cerrajeros podría haber superado, eso no era nada comparado con la velocidad sobrehumana con la que corrió hasta su coche, el corazón golpeando con fuerza en su pecho.

¿Y qué crees que ocurrió cuando llegó al coche, casi sin aliento, con el corazón a punto de saltarse un latido?

Pues lo que sucede en cualquier película de terror de bajo presupuesto, pero que te hace saltar del sofá: la llave, junto con su bolso, decidieron hacer un espectacular salto mortal hacia el suelo.

—¡Joder! —exclamó con una mezcla de frustración y pánico, agachándose para recoger todo en un torbellino de manos temblorosas.

Con la destreza de un malabarista en sus peores días, consiguió juntar sus pertenencias y, tras varios intentos fallidos que habrían hecho reír a cualquiera que lo viera (si no fuera porque estaba completamente sola), logró introducir la llave en la cerradura de su camioneta, que sí, era un modelo más bien antiguo, pero oye, a ella le encantaba.

Era su nave espacial particular en este mundo caótico.

Finalmente, logró entrar en el coche y cerró la puerta y todos los pestillos con un rápido movimiento.

Pero el susto todavía no había terminado, oh no.

Porque justo cuando estaba a punto de suspirar aliviada, una sombra fugaz reflejada en el espejo retrovisor la hizo soltar un grito que bien podría haber despertado a los muertos. En un

movimiento digno de piloto de Fórmula Uno, arrancó el coche y salió disparada de aquel lugar que, aunque estaba perfectamente iluminado, nunca antes le había parecido tan aterradoramente oscuro.

Tardó un rato en volver a respirar otra vez una vez que ya estaba en la carretera. Solo entonces, dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones y se permitió que su corazón volviese a latir con menos intensidad, como si, de alguna manera, el simple acto de conducir por esa carretera solitaria le devolviera un poco de calma a su ajetreada vida.

Ah, pero esa calma era tan engañosa como un cielo despejado en pleno invierno.

—Riley… —solo un nombre dicho en un gruñido era suficiente para desatar una tormenta de pensamientos en su cabeza.

Y es que su adorada prima la había dejado paranoica. Y no sería por los intentos de Tori de que eso no sucediese, ni por las lógicas explicaciones que se daba a ella misma en un intento de convencerse de que estaba exagerando.

No, al parecer la neurosis de Riley le había calado bien hondo, como esas melodías pegajosas que no puedes sacarte de la cabeza ni con el mejor de los esfuerzos.

—Eso es porque tú también piensas como ella —suspiró, una mezcla de resignación y un toquecillo de irritación en su voz.

Sí, exactamente por eso. Porque las malditas flores la habían asustado.

¿Cómo no iban a hacerlo?

En un mundo donde enviar flores podría ser visto como un gesto romántico, en su caso, se sentía más como una señal de alarma. Pero tenía que centrarse y darse cuenta de que podía ser una simple casualidad.

¡Era posible!

Aunque claro, en el fondo, la palabra “casualidad” le sonaba tan probable como encontrar un unicornio en su jardín.

—Demasiada casualidad… —gimió cuando las palabras salieron de su boca, un murmullo que sonaba a derrota.

Movió un poco la cabeza, intentando sacudirse esos pensamientos y centrarse en lo verdaderamente importante: la carretera.

Se conocía ese lugar como la palma de su mano, era el camino que siempre cogía para llegar o para salir de La Mansión. No estaba demasiado iluminado, pero la luz tenue de las farolas esporádicamente colocadas a lo largo del camino era suficiente para conducir sin problemas.

Aunque, claro, eso no hacía nada por disipar el aire misterioso que siempre parecía rodear el lugar.

Tori, decidida a relajarse de una vez por todas, alargó la mano y giró la rueda de la radio de la camioneta, aumentando el volumen a una de sus baladas favoritas de los 80 que, por algún acto

de destino o mera coincidencia, era lo que estaba puesto en la radio en ese momento: Angel, de Aerosmith.

Cantando, se dejó llevar por la letra de una canción que, muchas veces, le había hecho soltar alguna que otra lágrima. Cómo no iba a hacerlo con lo que se decía en ella…

La música tiene esa capacidad mágica de transportarte a otros mundos, de hacerte sentir cosas que pensabas olvidadas o, en el caso de Tori, de ofrecerte un breve respiro en medio del caos.

Y cuando más tranquila estaba, cuando por un momento creyó que podría, finalmente, dejar atrás los fantasmas que la perseguían…

—¡Oh, joder! —exclamó de repente, su voz rompiendo el tranquilo y casi sagrado ambiente que la música había creado.

Dio un volantazo instintivo y desesperado al ver lo que emergía frente a ella. El control del coche se esfumó en un instante; las ruedas emitieron un chillido agudo, una protesta contra el asfalto, mientras Tori luchaba con todas sus fuerzas para recuperar el dominio del vehículo.

Su corazón latía al compás frenético de una balada de los 80, una melodía que, hasta ese preciso momento, había sido su consuelo.

El coche derrapó de manera violenta, un giro incontrolable que borró la delgada línea entre la seguridad y el peligro. Se adentró entre los arbustos al borde del camino, que, lejos de ser meros espectadores, se convirtieron en parte de una escena caótica, arañando la pintura y estrellando el cristal al impactar, como si decidieran unirse a la fiesta de la destrucción sin ser invitados.

Cada esfuerzo de Tori por estabilizar el coche solo parecía llevarla a una situación aún más precaria. Un recordatorio de que, a veces, cuanto más intentas arreglar algo, más lo estropeas.

Y entonces, como si el destino hubiera trazado ya su camino, el coche se precipitó al vacío.

En un momento de terror absoluto, el vehículo cayó por un precipicio, con la gravedad dictando su vertiginoso descenso hacia el inevitable final, como si la tierra misma quisiera darle un abrazo mortal.

La caída se sintió eterna, un descenso hacia la oscuridad interrumpido solo por el golpe sordo del coche al impactar contra el suelo, quedando boca abajo en un silencio ensordecedor.

A pesar de la violencia del impacto, la música seguía sonando, un contraste surrealista con la brutalidad del momento.

Baby, you're my angel.

Come and save me tonight.

La canción de Aerosmith resonaba dentro del habitáculo, transformándose de un consuelo a una súplica, un deseo de salvación en medio del caos absoluto.

Finalmente, todo se detuvo.

El coche, ahora un montón de metal deformado y silencioso, yacía boca abajo, inmóvil. Tori,

suspendida en su cinturón de seguridad, solo podía oír el eco de la música que gradualmente se desvanecía, como el último aliento de esperanza en medio de la desesperación.

—Ven y sálvame… —susurró Tori antes de cerrar los ojos, entregándose al destino que la carretera, esa noche, había decidido para ella.



Capítulo 6

Los pasos acelerados de un par de botas descoloridas y maltrechas, de esas que habían conocido días mejores y ahora susurraban historias de mil y una aventuras con cada crujido de su cuero, resonaron por los pasillos del hospital.

Un eco de urgencia que parecía querer competir con el frenético latir de un corazón, que si fuera audible, seguramente haría que cualquiera a su alrededor pensara que estaba a punto de saltar del pecho y darle un jodido ataque al pobre desgraciado dueño.

No era para menos, después de todo, considerando la razón por la que estaba allí, corriendo como si el mismísimo diablo le pisara los talones.

"*Raider… Será mejor que vuelvas. Es Tori.*"

Aquellas palabras retumbaban en su cabeza, un mantra tortuoso que lo perseguía sin descanso desde el momento en que las escuchó.

Un zumbido constante que no dejaba de recordarle el motivo de su carrera desesperada.

Con un gesto casi teatral, Raider sacudió la cabeza, intentando alejar esos pensamientos que lo asediaban sin piedad, como si con el simple movimiento pudiera deshacerse de la carga que le oprimía el pecho. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que casi podía jurar que sintió el esmalte de los dientes chocar, un dolor que en cualquier otra circunstancia le habría arrancado una mueca, pero que en ese instante era nada, insensible al dolor físico, sumergido como estaba en un mar de miedo y angustia.

Un miedo visceral, profundo, que lo consumía con cada paso que lo acercaba a su destino.

Y ahí, a unos pocos metros que parecieron estirarse como un mal chiste del destino, Raider vislumbró una figura vestida con la impoluta bata blanca que tanto conocía. No importaba que estuviera de espaldas, no había error posible; lo conocía demasiado bien.

Sin dudarlo, aumentó el ritmo de sus pasos, cada uno resonando con una determinación feroz, hasta colocarse delante de él.

—¿Dónde está? —las palabras brotaron de sus labios sin preámbulos, sin saludos ni cortesías.

Nada.

Solo la urgencia cruda y la necesidad desesperada de saber.

Raven levantó la mirada de los papeles que leía y fijó sus ojos en Raider. Lentamente, como si cada movimiento fuera medido, levantó la cabeza, enfrentando la tormenta que veía reflejada en los ojos de quien era como su hijo.

—Raider…

—¿Dónde está? —la impaciencia de Raider se desbordaba por cada poro de su piel.

No había lugar para rodeos ni eufemismos; quería respuestas y las quería ya.

—Papá… —suspiró Rebel al pararse al lado de Raider. Había sido el encargado de recoger a Raider en el aeropuerto más cercano y de llevarlo, directamente, hacia el hospital.

En esa palabra que había pronunciado en un suspiro, Rebel le pedía a su padre que le diera una respuesta a Raider. Porque, por más que lo intentara, nadie, ni siquiera las paredes de aquel hospital impregnadas de historias y secretos, detendrían a su primo.

Encontraría a Tori, aunque tuviera que revisar cada rincón, cada habitación, cada espacio de ese laberinto de pasillos y habitaciones. No había obstáculo lo suficientemente grande ni escondite lo suficientemente pequeño como para disuadirlo de su misión.

Rebel lo conocía muy bien, siempre lo había considerado así, familia, aunque quizás el término se quedaba corto para describir la profundidad de su vínculo.

Para él, Raider era más, mucho más, como el hermano mayor que nunca tuvo.

Aquel que te enseña a montar bicicleta, que te defiende en el colegio, y que te cuenta los secretos para enfrentar el mundo.

Que Raider decidiera alejarse de la vida de todos hacía años le había hecho más daño de lo que nadie podía imaginar. Se sintió solo, abandonado. Como si de repente, el faro que guiaba su camino hubiera sido apagado en medio de la noche más oscura.

Pero ahora volvía a estar allí.

Aunque no por una buena razón.

—Te pedí que no lo trajeras directamente al hospital —sí, su padre le había pedido eso, con una voz tan seria que casi podías verle ponerse la corbata al hablar—. Te esperan en casa —dijo entonces, mirando a quien consideraba su sobrino, con esa mirada que intentaba ser severa, pero que se perdía en el cariño de años compartidos.

Una risa irónica salió de la garganta de Rebel.

—Sabías que pedías un imposible —dijo el chico, con una sonrisa juguetona dibujándose en su rostro, era el vivo retrato de su padre, tanto en apariencia como en ese espíritu indomable.

—¿Dónde está? —insistió de nuevo Raider, que no estaba para tener paciencia.

La urgencia y la frustración se mezclaban en su voz, creando un cóctel de emociones que estaba a punto de desbordarse.

—Acaban de volver a llevarla a la UCI después de hacerle algunas pruebas —reveló Raven, su voz tranquila, contrastando con la tempestad que se desataba en Raider.

Y antes de que este pudiera girar sobre sus talones y lanzarse hacia allí mismo, impulsado por un instinto casi primitivo, Raven lo agarró del brazo con una firmeza sorprendente.

—No te dejarán entrar.

La noticia le cayó como un jarro de agua fría.

Raider se deshizo del agarre con un furioso movimiento.

—¿No me dejarán entrar ellos o no me dejarás tú? —la pregunta de Raider salió disparada con un tono defensivo, cargado de esa mezcla de incredulidad y desafío que solo Raider sabía ponerles a las palabras.

Raven, por su parte, enarcó las cejas, sorprendido y, por qué no, quizás un poco divertido ante la osadía de su sobrino. No tenía razones para comportarse de manera tan hostil con él, pero podía entenderlo.

Hasta cierto punto.

A fin de cuentas, cuando de Tori se trataba, Raider siempre había sido más impulso que lógica.

Más corazón que cabeza.

Por eso que se marchase lejos, después de terminar la relación, era algo que nunca había entendido.

—Si estás aquí como familia o como ex de mi hija, estás en el lugar equivocado. Para eso, vete a La Mansión y espera como los demás. También puedes darte media vuelta, volver por donde viniste y regresar allí donde sea que estuvieras, en medio de la selva, porque has hecho tu viaje en balde, mi querido sobrino —la voz de Raven era firme, pero detrás de esa severidad había un matiz de preocupación genuina, no solo por su hija, sino también por Raider.

Raider apretó todavía más la mandíbula, y también sus puños, incluso aquel en el que agarraba, con fuerza, una carpeta que traía con él.

—Estoy aquí como su médico —dijo con la voz grave, dura, inflexible.

Las cejas de Raven volvieron a subir, esta vez tocando, casi, el nacimiento de su pelo.

—¿Por qué crees que aceptaré algo así? —inquirió Raven, con un tono mezcla de incredulidad y sarcasmo, como si le hubieran propuesto cruzar el Atlántico en patinete.

Como si la idea le pareciera más que una locura.

Algo que no tenía sentido, porque…

—¿No es por eso por lo que me buscaste? —Raider levantó la carpeta que llevaba agarrada en una mano, mostrándosela al médico.

Era la carpeta que Raven le había hecho llegar con Rebel cuando lo recogió en el aeropuerto, para que se empapara de todo lo concerniente a Tori.

—Bueno, hasta los genios se equivocan —soltó Raven, con una seriedad que cortaba el ambiente.

—Maldita sea —Raider se pasó las manos por el pelo, su frustración alcanzando niveles extremos—. Soy el mejor —declaró Raider, con una seguridad que no surgía del ego, sino de la cruda realidad—. Y lo sabes.

Como su mentor, que durante un tiempo había sido ese hombre que tenía enfrente, Raider no lo decía por arrogancia.

Era, simplemente, un hecho.

—Y para tu hija quieres al mejor —matizó, clavando las palabras.

Raven asintió varias veces con la cabeza.

—Sí, hubo un tiempo en el que pensé que lo eras… —murmuró, y ambos sabían que se refería a años atrás.

Y no, precisamente, en su papel de médico, sino en un capítulo anterior de sus vidas.

El cuerpo de Raider se puso más tenso de lo que estaba, si eso era siquiera posible.

Raven lo miró de arriba abajo, desde su pelo largo y desgreñado, hasta esa barba de meses que lo hacía lucir mucho mayor de lo que era, pasando por la ropa que antes había vestido un cuerpo ancho y atlético, pero que a día de hoy parecía que había perdido toda la musculatura, como si el mundo hubiera decidido exprimirlo hasta dejarlo seco. Estaba demasiado delgado, incluso para llevar ese par de botas medio destrozadas que parecían haber vivido demasiadas aventuras.

Era evidente que donde venía, las cosas no eran fáciles. Que él no lo había tenido que pasar nada fácil, como si la vida hubiera decidido jugar a los dardos con su destino.

Cuando los ojos color miel de Raven se encontraron con unos turbulentos ojos color azul, una mueca se formó en sus labios.

—No me iré sin verla —dijo Raider, antes de que el médico pudiera decir otra cosa, como mandarlo a casa, por ejemplo—. Necesito verla —dijo, la necesidad y la vulnerabilidad en su voz.

Incluso había un ruego en ella.

Raven suspiró pesadamente, pero terminó asintiendo con la cabeza, como si en ese momento, toda su resistencia se derrumbara.

—Solo un minuto.

—Soy su médico —insistió Raider, tenaz.

—No, todavía no lo eres… —la voz de Raven se perdió en el aire, cargada de un pasado no resuelto y un futuro incierto.

Como una historia que aún estaba esperando ser escrita.



Era un iluso, al parecer.

Uno de esos que aún cree en los cuentos de hadas y finales felices, pero la realidad, esa señora sin filtros ni piedad, tenía otros planes.

—No es esto a lo que me refería —dijo Raider, con esa voz que intentaba ser firme, pero que se quebraba.

Era incapaz, completamente incapaz, de quitar los ojos de Tori.

Ahí estaba ella, tumbada en una cama que parecía más una prisión de almohadas que un lugar de descanso, con una pierna y un brazo escayolados. Llena de cables, de tubos y de máquinas por todos lados, que pitaban y zumbaban, creando una sinfonía que nadie quería escuchar.

Raider tragó saliva, un acto tan simple que se convirtió en la hazaña más difícil del mundo en ese momento. Era como si cada gota que bajaba por su garganta llevara consigo un trozo de la angustia que sentía.

—Tampoco era así como tenía que volver a verla —susurró más para sí mismo que para nadie más.

—No creo que a ella le gustase que la vieras así tampoco —dijo Raven, que se encontraba de pie, al lado de su sobrino, mirando también por el cristal que los separaba de su hija. —Ni siquiera querría verte, ya que estamos.

En eso somos diferentes, pensó Raider mientras la miraba a través del cristal.

—Pero no creo que esté en condiciones de elegir —suspiró pesadamente Raven, un sonido cargado de derrota y resignación.

Raven puso su mano en el hombro de su sobrino y le dio un pequeño apretón.

—Un minuto —dijo entonces, concediéndole un poco de privacidad, si es que eso era posible en ese pequeño cubículo donde se encontraba, en aquel espacio que hacía de antesala, de intermediario entre el exterior y la habitación donde Tori se encontraba.

Se sentía más como un limbo, un lugar entre dos mundos donde la esperanza y la desesperación se daban la mano.

Raider asintió con la cabeza.

—Gracias —susurró Raider, su voz cargada de sinceridad y agradecimiento por el gesto considerado de su tío.

En ese momento, mientras la puerta se cerraba con un suave clic detrás de él, Raider se encontró inmerso en un mar de reflexiones. Deslizó las manos en los bolsillos de su pantalón, como buscando refugio en esa simple acción, y cerró los ojos por un instante fugaz. Quizás, en el fondo de su corazón, albergaba la esperanza, aunque sabía que era vana, de que al abrirlos nuevamente, la realidad que lo confrontaba cambiaría mágicamente.

“—¿No puedes andar? —Tori había lanzado esa pregunta al aire el día que sus destinos se cruzaron, aquel día en que Raider llegó a La Mansión junto a Rain.

Era el momento en que los adultos finalmente habían bajado la guardia, dejando de prestarles atención, sumergidos en sus propias conversaciones y asuntos.

Raider, con la vulnerabilidad escondida tras una máscara de indiferencia, no había respondido. Se limitó a encogerse de hombros, un gesto que escondía mucho más de lo que revelaba.

La pequeña morena de ojos enormes y expresivos lo miró con una intensidad que parecía perforar todas las barreras. Movió su cabeza ligeramente, como si tratara de descifrar un enigma particularmente complicado, y frunció el ceño, una mueca de determinación pintada en su rostro.

—Lo harás, porque yo te ayudaré —declaró con una firmeza que desafiaba su corta edad.

—¿Por qué? —la pregunta de Raider no buscaba realmente una respuesta. Era más un eco de todas las veces que se había preguntado, en la soledad de sus pensamientos, por qué después de todo lo que había vivido, después de cada tormenta que había atravesado, ahora parecía que todos los que llegaban a su vida querían ofrecerle una mano.

Se preguntaba, en un rincón sombrío de su mente, si realmente lo merecía.

Tori se encogió de hombros, su gesto simple, pero cargado de significado.

—Porque somos familia —respondió, como si eso explicara todo, como si esa palabra, “familia”, fuera la llave maestra que abría todas las puertas, incluso aquellas que Raider había creído cerradas para siempre. Su tono llevaba implícito un “¿es que no es evidente?”, como si la respuesta fuera la más natural del mundo.

Esa fue la primera vez que Tori extendió su mano hacia él.

Y él, superando la maraña de dudas y temores, la aceptó.”

—Ahora me toca a mí —susurró Raider, sus palabras, una declaración de intenciones.

Miraba a quien durante mucho tiempo había sido la persona más importante en su vida.

A quien había sido su todo.

¿Acaso no lo sigue siendo?

—Vas a salir de esta —juró.



Capítulo 7

Tras escuchar un “adelante”, Raider abrió la puerta del despacho que ahora pertenecía a su tío y entró.

—Ponme al día —dijo, cerrando la puerta tras de sí con un movimiento seguro y decidido.

Raven, dejando a un lado los papeles que estaba leyendo, le ofreció un asiento frente a él con un gesto de su mano.

—¿No prefieres tomarte un tiempo para descansar? —inquirió con una leve preocupación.

—No seré capaz de hacerlo —reconoció Raider, su mirada azul intensa denotaba una determinación férrea.

—Pues te hace falta, tanto como una buena comida —insistió Raven, buscando su bienestar.

—Habrá tiempo para eso después… —contestó Raider, su voz reflejaba una mezcla de urgencia y resignación.

—Para poder hacerte cargo de mi hija, primero tienes que cuidar de ti mismo —dijo Raven, esperando que su mensaje calara hondo—. Si no entiendes eso…

Raider suspiró, la realidad de las palabras de su tío calando finalmente.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —sonrió Raven, su ego tan inflado como siempre, pero con un toque de cariño.

A pesar de sí mismo, una sonrisa se dibujó en los labios de Raider.

—Supongo que hay cosas que nunca cambian —admitió, sintiéndose algo más relajado.

—Por suerte para todos. ¿Qué sería de La Mansión sin mí? —bromeó Raven.

—Eso me pregunto yo —respondió Raider, su sonrisa se amplió, un destello de humor en sus ojos.

—Tu madre debe estar ansiosa por verte. Y Rain también — mencionó Raven, cambiando el tono—. Ya les costó aceptar que fuera Rebel quien te buscase en el aeropuerto y no ellos, pero te necesitaba con la mente fría para que leyeses el historial —sonrió—. Tu madre no se habría callado en todo el camino.

Raider también sonrió, aunque fue una sonrisa triste.

—Yo también tengo ganas de verlos —confesó Raider, la añoranza tiñendo su voz.

Eran sus padres, su verdadera familia. En cuanto a su familia biológica, no había vuelto a saber nada de ellos, algo por lo que estaba agradecido a Rain, su padre adoptivo. Sabía que era gracias a él.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Raven, su tono era suave, sin juzgar, simplemente buscando entender.

—Demasiado… —la respuesta de Raider llevaba un peso de reproche hacia sí mismo por haberse alejado tanto tiempo, por no haber regresado antes.

Por las circunstancias que lo obligaron a volver.

—¿Piensas quedarte? —preguntó entonces Raven, tocando el tema del futuro, de un compromiso a largo plazo.

Raider abrió la boca para responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta. No estaba seguro de qué decir.

—Entiendo… —suspiró Raven, notando la lucha interna de su sobrino, y volvió a centrarse en el presente colocando una carpeta delante de Raider—. Has leído todo esto —comentó, señalando los documentos que Raider había traído consigo al llegar. Luego, añadió algunos papeles más encima—. Estos son los resultados de las pruebas que le hemos hecho hoy —explicó, y colocó un sobre grande al lado—. Aquí están las radiografías.

Raider, sin perder tiempo, las extrajo del sobre, se levantó y se acercó al visor. Las colocó cuidadosamente.

Raider observaba atentamente las imágenes iluminadas ante él, su expresión concentrada y profesional. Raven, por su parte, esperaba pacientemente, sabiendo que la experiencia de Raider como cirujano traumatólogo podría ofrecer nuevas perspectivas sobre el estado de Tori.

—Estas fracturas son complejas —comenzó Raider, señalando el área del fémur y la tibia en la pierna de Tori, así como la complejidad adicional de la fractura en el brazo, específicamente en el radio y el cúbito.

Raven se levantó y se acercó a su sobrino, colocándose a su lado y mirando, también, las radiografías.

—¿Ves esto? —preguntó Raider señalando un punto en concreto en la pierna y luego moviendo su dedo hacia un punto en el brazo— La cirugía de urgencias realizada fue para estabilizar las fracturas mediante la inserción de placas y tornillos ortopédicos. Sin embargo, observo problemas en la alineación ósea y en la consolidación de las fracturas. Además, los daños en los ligamentos y en el tejido blando circundante complicarán significativamente la rehabilitación.

Raven asintió, absorbiendo la información.

—¿Qué sugieres? —preguntó, su voz teñida de preocupación.

—La cirugía adicional es inevitable —explicó Raider, su tono firme—. Han hecho un trabajo bastante bueno en la cirugía de urgencias, mejor de lo que me esperaba. Afortunadamente, no hay daño en la médula espinal. Pero es crucial corregir la alineación de las fracturas para asegurar una recuperación óptima. Además, la reparación de los ligamentos y el tratamiento de los tejidos blandos dañados son fundamentales para restaurar la funcionalidad y minimizar el

dolor y la discapacidad a largo plazo.

—¿Y qué implica eso para la rehabilitación de Tori? —inquirió Raven, intentando anticipar el camino que les esperaba.

Raven suspiró, se cruzó de brazos y continuó mirando las radiografías que tenía delante.

—No será fácil. La rehabilitación será intensiva y, en muchas ocasiones, insoportable —admitió Raider—. Después de la cirugía, y una vez que las heridas hayan sanado lo suficiente como para comenzar la fisioterapia, Tori tendrá que enfrentarse a un programa riguroso. Le costará sostener su peso inicialmente, debido al daño en los tejidos blandos y los ligamentos, lo que requerirá el uso de terapias de soporte como muletas o silla de ruedas temporalmente. La hidroterapia, para fortalecer los músculos sin poner demasiada presión sobre las fracturas reparadas, será fundamental.

—¿En la piscina?

—En la piscina de La Mansión —concordó Raider—, estoy convencido de que podemos adaptarla con todo el equipo necesario para que Tori pueda llevar a cabo su recuperación allí. Considerando la casa, gracias a las modificaciones previas hechas para Carmichael, ya está parcialmente adaptada para una silla de ruedas, pero necesita algunos cambios. Preferiría acondicionar una habitación específicamente con toda la maquinaria y equipo necesario para su rehabilitación. La conoces, Raven, será mucho más conveniente para ella de esta manera. No necesitará desplazarse constantemente, lo cual me permitirá organizar y aprovechar el tiempo de rehabilitación de manera mucho más eficiente.

Raven se pasó una mano por el cabello, procesando la información.

—Hablaré con tus padres y tus tíos…

—Sabes que harán todo lo que puedan y más.

Así eran los habitantes de La Mansión. Todos para uno, al igual que los mosqueteros.

—Y me encargaré de conseguir todo el equipo necesario. Simplemente, hazme una lista de todo lo que necesitas.

—Perfecto. Yo también puedo aportar recursos para adquirir material y estoy seguro de que alguna que otra máquina.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Raven.

Raider suspiró y lo meditó un momento.

—De mucho tiempo. De meses… —su tío asintió con la cabeza y él continuó—. La cirugía debe ser inmediata. Me encargaré de organizar todo, empezaré hoy mismo a hacer llamadas. Necesito algunas pruebas adicionales también antes de proceder, como resonancias magnéticas para evaluar el estado de los tejidos blandos y planificar con precisión la reparación de los ligamentos.

—Lo que haga falta.

—La cirugía será importante, pero también será crucial la rehabilitación. Será, como te digo, dura y larga si lo que queremos conseguir es que Tori pueda volver a su nivel de actividad anterior —explicó Raider—. Pero con una cirugía exitosa y un compromiso firme con la rehabilitación, es posible una recuperación completa.

—¿Estás seguro? —la voz de Raven vibraba con un matiz de esperanza, casi como si se aferrara a la más mínima posibilidad de un desenlace favorable.

Los ojos de Raider se encontraron con los de su tío, y en ese breve intercambio de miradas, entendió la profundidad de la pregunta. No era solo una cuestión de confianza o de habilidad; era el miedo tangible a enfrentar las consecuencias de un futuro incierto.

Sabía que su tío le preguntaba por los riesgos, por ese temor latente de que las cosas no salieran según lo planeado, de enfrentarse a un resultado que ninguno de los dos deseaba siquiera imaginar.

—Puede terminar en una silla de ruedas para siempre —las palabras salieron de su boca con una mezcla de realismo y pesar.

Por un instante, el peso de esa posibilidad pareció colgar en el aire, una sombra sobre sus esperanzas. Pero tan rápido como apareció, Raider sacudió la cabeza, desechando ese pensamiento con una determinación férrea. No iba a rendirse, no sin luchar con todas sus fuerzas.

—La cirugía no será un camino de rosas, y como en toda operación, las cosas pueden salir mal —era consciente de los desafíos que tenían por delante—. Pero no realizarla tampoco es una opción.

—Entiendo… —también era cirujano, lo entendía.

—Me dejaré la vida en ello. Tori se recuperará. Haré que sea así —juró, con una convicción que resonaba en cada palabra, en cada sílaba.

Era más que una promesa; era un voto inquebrantable.

Un asentimiento silencioso era todo lo que Raven, aliviado, podía ofrecer en ese momento.

Y es que desde el momento en que lo llamaron para decirle que a su hija había tenido un accidente, sintió que el mundo se le venía encima y no veía luz por ningún lado.

—Además, estamos hablando de Tori, no se dará por vencida fácilmente.

Raven soltó una risa suave, cargada de entendimiento.

—Tampoco facilitará las cosas —comentó, con un profundo conocimiento de su hija.

La perspectiva de que tendría que colaborar estrechamente con Raider añadía una capa adicional de complejidad a la situación.

Era evidente para ambos lo que Raven insinuaba.

—En cuanto a los recursos, ¿cómo estamos? —indagó Raider, buscando asegurar lo mejor para Tori.

—No te preocupes por eso —respondió Raven con confianza—. Entre lo que Carmichael y yo hicimos, nos aseguramos de que el hospital estuviera bien equipado.

—Estoy acostumbrado a trabajar con los recursos disponibles, sea cual sea su nivel de modernidad —comenzó Raider, desplegando una actitud de adaptabilidad mientras se sentaba de nuevo, cruzando las manos con decisión—. No me preocupa si no contamos con la última tecnología, pero es crucial saber con qué equipo contamos. El primer paso es conformar el equipo médico, tarea de la cual me encargaré personalmente para asegurarme de que estén aquí mañana mismo. Confío plenamente en mis colegas y amigos; sé que no me decepcionarán. Es esencial que estén plenamente informados sobre los detalles específicos de las fracturas y el daño a los tejidos blandos. Me involucraré directamente en la planificación de la cirugía con el equipo para asegurar el mejor enfoque posible.

La sonrisa de Raven fue inevitable, suavizando las líneas de preocupación que habían marcado su rostro.

—Hablas como todo un doctor —comentó, su tono revelando un matiz de orgullo mezclado con sorpresa.

¿Cuándo había madurado tanto Raider?, se preguntaba internamente, observando la transformación del muchacho en el profesional que tenía delante.

—Aprendí de los mejores —respondió Raider con un tono de humildad y gratitud, lanzando una mirada significativa hacia Raven.

En ese momento, un velo de melancolía cubrió la conversación, los recuerdos de aquellos tiempos más inocentes y simples aflorando en ambos.

Eran días en los que Raider, aún un novato en la vida y en la medicina, no portaba las cicatrices visibles de las batallas que ahora lo definían.

Días en los que Tori, libre de las ataduras de cables y máquinas, visitaba el hospital no por necesidad, sino para ver al joven que hacía que sus ojos brillaran con la luz del primer amor.

Un pasado lleno de promesas y esperanzas, ahora eclipsado por la realidad presente.

Un suspiro se escapó de los labios de Raven, una exhalación cargada de recuerdos y anhelos de un tiempo que, sabía, no regresaría.

—¿Cuándo crees que podrá realizarse la cirugía? —inquirió, intentando volver al presente, con un carraspeo que buscaba disipar el peso de la nostalgia.

Esa pregunta, formulada con la voz ligeramente temblorosa, pero firme, era más que una simple duda sobre tiempos y fechas. Era una declaración de confianza.

Con ella, estaba diciéndole a Raider, sin necesidad de palabras adicionales, que confiaba plenamente en él.

Que ponía a su hija en sus manos.

Raider captó el significado de inmediato, entendía perfectamente lo que significaba esa

confianza para un padre, el acto de fe que implicaba dejar en sus manos lo más preciado de su vida.

Y no les iba a fallar. A ninguno de los dos.

—Considerando que Tori ha estado sedada desde el accidente, preferiría no demorar el procedimiento más de dos días, tres a lo sumo. Es el tiempo necesario para asegurarnos de que todo esté perfectamente preparado. En cuanto a la rehabilitación —prosiguió Raider, su tono reflejando tanto su profesionalismo como su compromiso—, estableceremos coordinación con un fisioterapeuta especializado en lesiones ortopédicas complejas. Buscaremos a alguien capaz de personalizar el programa de rehabilitación para adaptarlo a las necesidades únicas de Tori y modificarlo según su evolución.

La respuesta de Raven fue un asentimiento, encontrando un consuelo en la experiencia y el detalle de la planificación de Raider.

—Pero insisto en tomar la responsabilidad directa de la rehabilitación —añadió Raider, un destello de determinación en su mirada—. Nadie más que yo se encargará de ello.

Esta declaración no pareció sorprender a Raven en lo más mínimo.

—Claro, siempre y cuando tú, en tu doble papel de director del hospital y padre, me lo permitas. Aunque quiero creer que me buscaste y me pusiste al tanto de su historia clínica nada más poner un pie en el país porque me quieres a mí.

Raven hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La verdad era que sí, así era exactamente.

La complicidad entre ellos era palpable, incluso en una situación tan tensa como esa.

—Porque sabes que nadie se dejará la piel como yo cuando se trata de Tori —continuó Raider, su voz cargada de una determinación férrea.

No era solo su profesionalismo lo que lo impulsaba; esto era personal, algo que le llegaba hasta lo más profundo del alma. Era la clase de compromiso que iba más allá de lo profesional; era personal, visceral.

De eso no había duda tampoco, pero había un “pero”, uno que Raven no podía ignorar por más que quisiera.

—Mi hija no querría verte —comenzó Raven, reposando su mirada sobre Raider después de acomodarse en su silla detrás del escritorio, frente a su interlocutor. Su tono era serio, casi sombrío—, y mucho menos aceptaría que la vieras en un estado tan vulnerable. Nunca me lo perdonaría si, además, te designo como su médico. Imagínate, ella en esa cama de hospital, y tú entrando por la puerta como su salvador… No, definitivamente, no se lo tomaría bien.

Hubo una pausa, un momento cargado de tensión no expresada, como si el aire se hubiera vuelto denso, casi palpable, antes de que Raider hablase.

—Pero… —intervino Raider, sabiendo que la frase continuaba así.

—Pero, como bien has mencionado, deseo lo mejor para ella, y todos estamos conscientes, ella incluida, de que el mejor eres tú —afirmó Raven con una convicción que brotaba tanto del respeto profesional como de la desesperación de un padre.

—No fallaré —prometió Raider, con una firmeza en su voz que parecía cortar el aire cargado de dudas y temores.

Era una promesa no solo a Raven, sino a sí mismo, un compromiso inquebrantable.

Su decisión de estudiar medicina no había sido fruto del azar, sino motivada por el profundo deseo de ayudar a los demás. Este deseo se fortaleció tras dos eventos críticos en su vida: primero, un accidente grave que él mismo sufrió en su infancia; segundo, el desafío enfrentado por su madre tras las consecuencias de otro accidente devastador. Estas experiencias lo marcaron profundamente, orientando su vocación hacia la cirugía traumatológica. Motivado por la notable recuperación de su madre, quien logró sobreponerse significativamente bajo el cuidado de especialistas, optó por especializarse en este campo. Esta elección se vio reforzada al tener la oportunidad de aplicar sus conocimientos y habilidades en el tratamiento de su madre, lo que contribuyó significativamente a su mejoría.

Su habilidad para transformar dolor en esperanza era su verdadera vocación.

Menos cuando de Tori se trata…, pensó.

—Me da igual lo que haya pasado entre vosotros —dijo entonces Raven, su voz firme, cortando cualquier intento de excusa o justificación antes incluso de que pudieran ser formuladas —, no te he guardado rencor nunca y nunca lo haré. Pero no será fácil. Si ella se recupera, no será una paciente sencilla, y necesito un compromiso firme de tu parte. Lo que no toleraré es que abandones la lucha o que tus sentimientos personales te impidan enfrentar esta situación con la seriedad y profesionalidad que merece.

Al oír esto, Raider apretó los dientes.

Aquello no era justo.

—Sabes que yo no… —respiró profundamente— No me iré. No hasta que ella pueda caminar por sí misma de nuevo —afirmó con una determinación que parecía nacer de lo más profundo de su ser.

—Te odiará —Raven dejó la frase en el aire, insinuando un resentimiento aún más profundo del que ya existía, como si desenterrara fantasmas del pasado que ambos preferirían dejar olvidados.

—Lo soportaré —prometió Raider, deseando en su interior estar a la altura de esas palabras.

—No será fácil —repitió Raven, con un suspiro.

—No la dejaré sola en esto, tío —aseguró Raider, mirando a Raven directamente a los ojos con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas—. No la abandonaré, puedes confiar en mí.

Era una declaración de lealtad, un juramento que iba más allá de lo profesional.

Fue entonces cuando Raven lanzó la pregunta que había estado latente entre ellos, como un fantasma esperando ser confrontado.

—Entonces, ¿por qué la abandonaste hace cinco años?



Capítulo 8

Era una sensación extraña, casi surreal, volver a casa después de tantos años lejos.

Era como abrir un libro que has dejado a medias y encontrarlo justo en la misma página donde lo dejaste, aunque esperabas que el tiempo hubiera añadido algunos capítulos nuevos.

Y para su sorpresa, todo continuaba igual, o casi igual, como si el tiempo hubiera decidido tomar un descanso y dejar todo en pausa.

—¿Qué es eso? —preguntó Raider, frunciendo el ceño en una mezcla de confusión y curiosidad, señalando lo que parecía…— Oh, vamos —miró un momento a Rebel, quien había abierto el maletero de la camioneta y gimió antes de volver a posar los ojos sobre el objeto en cuestión—. ¡No me jodas!

—Bueno, eso lo hiciste tú mismo —resopló Rebel, con una mezcla de sarcasmo y resignación en su voz.

Y sin más, se dispuso a bajar la mochila de Raider, ese era todo el equipaje que llevaba consigo. Para Raider, la vida era simple, sin complicaciones. Tampoco necesitaba más.

De hecho, incluso le sobraban cosas.

—Tori —suspiró Raider, negando con la cabeza como si intentara alejar los recuerdos junto con el gesto.

Con las manos en las caderas, miraba la horrible cosa allí, a lo lejos, como si intentara descifrar un enigma.

—Después de que te fueras, tuvo una época… —Rebel, que ya había cerrado el maletero, se paró al lado de Raider y negó con la cabeza a la vez que bufaba, buscando las palabras adecuadas para describir lo indescriptible—. Digamos que difícil. Ahora, que también la puedes llamar *emo* o locura transitoria. Aunque lo de transitorio no, porque zumbada sigue.

Raider lo miró de mala manera al escucharlo, sus ojos destilando irritación.

Rebel, por su parte, puso los ojos en blanco.

—Sois ex, ¿qué más te da? —insistió Rebel, con esa despreocupación que parecía caracterizar cada palabra que salía de su boca.

—Pues me da —dijo Raider, con firmeza en su voz.

—En fin… —suspiró Rebel— ¿Ves la pintura negra que está tapando esa parte? —preguntó entonces, señalando con el dedo a lo lejos— Pues eso es del día antes del accidente —dijo, sin esperar a que Raider respondiera—. Sí, está como una cabra. Y con el tiempo no ha hecho más que empeorar.

—Señor… —es que Raider no podía creer lo que estaba viendo.

—Yo soy partidario de deshacernos de la dichosa casa del árbol —a eso era a lo que tanta atención le mostraban—. Pero mi madre se niega, dice que es una especie de terapia para ella. Y, como siempre, los tíos y las tías la apoyan. Y mi padre… Bueno, jamás le llevaría la contraria, ya lo sabes —resopló Rebel, con un tono de voz que oscilaba entre la frustración y la incredulidad —. No sé qué terapia puede tener el dibujar cosas monstruosas, pero bueno —fingió un escalofrío—. Hasta un niño de tres años dibuja mejor. Eso es…

—Los dibujos de un paciente con esquizofrenia —una mueca apareció en los labios de Raider al ver los horrorosos dibujos, si es que se les podía llamar así, que adornaban lo que antes era una preciosa casa del árbol.

Y es que dibujar nunca fue el fuerte de Tori. Si Raider le tenía que hacer las tareas para clase, era una clara muestra de que el arte y ella estaban en ligas diferentes.

La pintura, el dibujo, cualquier forma de expresión artística que requiriera de habilidad manual parecía ser su criptonita.

Era casi cómico, considerando cómo se esforzaba, frunciendo el ceño ante un papel en blanco como si pudiera intimidar a las formas y colores para que se acomodaran a su voluntad.

Raider, por otro lado, aunque tampoco se consideraba un Picasso en potencia, tenía un manejo del lápiz y el pincel suficientemente decente como para sacar de apuros a Tori.

—¿Verdad? —Rebel sonó feliz porque alguien, por una vez, pensara como él—. Cuando le abras la pierna y el brazo, aprovecha y ábrele también el cerebro, a ver si así mejora. Auch —se quejó entonces, cuando una mano se estampó en su cabeza.

—No hables así de tu hermana —se quejó Romeo—. Y si hay algún cerebro que abrir, ese sería el tuyo.

—Joder. Tengo sentimientos, ¿sabéis? Y estoy harto de las preferencias —resopló Rebel, cual crío pataleando por atención.

—Raider —sonrió el italiano, mirando a su sobrino con un brillo especial en los ojos, ignorando al otro—. Bienvenido a casa —y se fundió en un abrazo con él, un gesto que encerraba años de cariño y complicidad.

—¿Ves? ¡A mí nunca me das un abrazo! —se quejó el guapo rubio, que más bien parecía una versión joven de Raven, con un tono de voz que oscilaba entre el reproche y la envidia.

—El día que te pierda de vista, te lo daré —sonrió Romeo, metiéndose con él en una muestra de cariño familiar típica.

—No sé para qué vengo a veces —protestó Rebel—. La próxima vez me quedaré en la ciudad.

—¿Para estudiar? —preguntó Romeo con una elevación de ceja que insinuaba incredulidad.

—Tampoco te pases —rio Rebel, sin poder evitarlo.

Lo de estudiar…

No es que no fuera lo suyo, porque la verdad era que se le daba bien. No necesitaba echar

mucho tiempo para aprenderse algo de memoria, fortuna de tener una mente privilegiada.

Pero es que era tan aburrido…

Además, él no había encontrado todavía el sentido de su vida y eso, a su edad, era mucho más importante, ¿no?

—Raider, ¡hijo! —exclamó Camila desde el porche de la casa, su voz teñida de una mezcla de alegría y sorpresa, como si aún no pudiera creer que el momento que había estado esperando durante tanto tiempo finalmente hubiera llegado.

Raider desvió la mirada hasta ella y caminó a grandes zancadas para reencontrarse con sus padres. Rain, que acababa de llegar hacía unos minutos del trabajo, con la esperanza de encontrar a su hijo ya en casa, ayudaba a su mujer a bajar los escalones.

O mejor dicho, lo intentaba.

Porque ella le dio un manotazo para que la dejara en paz, demostrando que su independencia no era algo que estuviera dispuesta a negociar, ni siquiera con él.

Podía sola, su cojera era mucho más leve y, lo que era más importante, sus dolores también habían disminuido. Y todo eso era gracias a su hijo, el hijo que, por fin y después de un lustro, tenía de nuevo cerca.

Raider llegó hasta su madre y la cogió al vuelo, encerrándola entre sus brazos en un gran abrazo mientras ella reía y lloraba a la vez.

—Qué delgado estás —se quejó ella cuando la dejó de nuevo en el suelo, cogiendo la cara de su hijo entre las manos, examinándolo con ojos de madre que todo lo ven—. Y agotado —dijo mirándolo a los ojos.

—Tú estás más guapa que nunca —sonrió él, con ese encanto que siempre había sabido usar para suavizar cualquier situación.

—Será pelota… —bufó Rebel desde un lado, incapaz de resistirse a meter su cuña de humor, incluso en un momento tan emotivo.

—Campeón —llegó el turno de Rain, que abrazó a su único hijo con fuerza—. Te he echado de menos.

—Yo también —confesó Raider cuando volvió a mirarlo a los ojos.

Su padre le dio un par de palmaditas en el hombro y lo miró sonriendo, un gesto que era tanto un saludo como una bienvenida.

Pero la mirada de Raider se desvió en el momento en que una mujer de aspecto cansado, pero con una sonrisa que iluminaba su rostro, se acercó a ellos.

Chloe, con el pelo corto un tanto revuelto y con unas enormes ojeras, era la imagen de la resiliencia y la esperanza. Se paró frente a él y, notando la tensión en el cuerpo de Raider, ella sonrió todavía más.

—Bienvenido a casa —dijo ella y lo abrazó también.

Raider, dejando que su cuerpo soltase toda la tensión que no sabía que llevaba encima, respiró y la estrechó contra su cuerpo.

—Lo siento —dijo él, las palabras cargadas de un peso que había llevado en silencio—. Lo siento mucho… Pero te juro que volverá a ser la de siempre.

Se refería a Tori.

—No lo dudo —suspiró ella y se separó de él, con una mirada que decía que, a pesar de todo, la esperanza nunca había muerto—. Creo que Beth tendrá trabajo al volver a casa. No me dirás que quieres mantener esas greñas y esa barba, ¿no?

—¿Para qué esperar? —una menuda mujer de pelo castaño apareció entonces, con las manos en las caderas y una mirada desafiante que escondía un cariño inmenso. Miró a Raider—. Joder, primo, pues sí que me vas a dar trabajo —una mueca en sus labios.

—¡Riley! —exclamó él, feliz de ver a esa pequeñaja que corrió a lanzarse a sus brazos.

—No te perdonaré que nos abandonases tanto tiempo. No pensarás volver a marcharte, ¿verdad? —sus palabras eran un reproche ligero.

Raider sonrió tímidamente y Riley resopló al entenderlo.

—De verdad, no hay quien os entienda… —suspiró Riley.

—A mí me abrazó más fuerte —dijo entonces Rebel, lanzando una mirada traviesa a Riley.

Esta lo miró con una mueca de asco, tan teatral como genuina.

—Eso no te lo crees ni tú —bufó, desechando su afirmación con un desdén exagerado.

—Celosa… —prosiguió Rebel, la palabra colgando en el aire entre ellos.

—Capullo… —la réplica de Riley fue inmediata.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian —sonrió Raider, mientras los dejaba atrás, discutiendo.

Como siempre.



Raider se dejó caer en su cama, y un suspiro pesado y prolongado se escapó de sus labios, de esos que te hacen darte cuenta de que has estado reteniendo el aire sin siquiera notarlo.

Con los brazos apoyados sobre sus rodillas, dejó caer la cabeza sobre las palmas de sus manos, un gesto que hablaba tanto de agotamiento como de alivio.

Por una parte, el viejo refrán de "Hogar, dulce hogar" cobraba todo el sentido del mundo. Después de años, finalmente estaba de vuelta, y más importante aún, se sentía en casa.

Pero, por otra parte…

“Raider estaba ahí, apoyado casualmente contra el escritorio de su cuarto, sumido en sus pensamientos, cuando de repente la puerta se abrió de golpe. Ni siquiera había tenido tiempo de procesar el sonido cuando, sin más preámbulo y sin esperar un "adelante" o cualquier señal de invitación, apareció ella, Tori, como un rayo de sol irrumpiendo en la habitación, con esa energía contagiosa que siempre la caracterizaba.

Entró en la habitación con una enorme sonrisa que iluminaba su rostro, esa sonrisa que a Raider siempre le parecía que tenía el poder de iluminar hasta el rincón más oscuro de cualquier lugar.

Sin esperar un segundo más, y sin siquiera preocuparse por si la puerta se cerraba detrás de ella o no, Tori corrió hacia él. Raider apenas pudo reaccionar, su sorpresa fue tal que se quedó mudo, observándola mientras ella, en un impulso lleno de felicidad y quizás un poco de locura, se lanzaba a sus brazos.

Atrapado en el torbellino que era Tori, no tuvo más remedio que atraparla, riendo ante la situación tan inesperada pero increíblemente agradable.

—¿Qué haces? —logró preguntar finalmente Raider, entre risas, incapaz de resistirse a la alegría que Tori siempre parecía traer consigo.

Ella, manteniendo sus brazos alrededor de su cuello en un abrazo que decía más que mil palabras, lo miró directamente a los ojos.

Había algo en esa mirada, algo puro y sincero que hizo que el corazón de Raider se detuviera por un momento.

—Te echaba de menos —confesó ella, con esa gran sonrisa que le hacía olvidar todo lo demás.

Raider sintió cómo algo en su interior se removía, un vuelco en el corazón que no esperaba. La simpleza de sus palabras, el sentimiento detrás de ellas, era algo que no podía tomarse a la ligera.

—¿Por qué? Si estoy aquí. Y me has visto hace menos de cinco minutos —respondió él, intentando hacer una broma, intentando aligerar el momento, pero la verdad era que esas palabras habían calado hondo.

Ella se encogió de hombros, y por un momento, la sonrisa se desvaneció de sus labios, reemplazada por una expresión más seria.

Más vulnerable.

—Me siento feliz y me da miedo que desaparezcas —admitió, y en sus palabras había un eco

de temor, una confesión de cuánto significaba para ella.

Como desapareció mi madre.

Como desapareció Carmichael.

Eso era lo que seguramente ella pensaba en ese momento.

—No voy a desaparecer —juró él, con una firmeza que esperaba que le transmitiera toda la certeza que él mismo sentía.

Quería que ella supiera, que ella creyera, que estaría ahí, siempre, sin importar qué.

Entonces, como si las nubes se disiparan y el sol volviera a brillar, ella sonrió de nuevo, y en un gesto espontáneo, le plantó un beso en los labios.

Un beso que, para Raider, fue como una promesa, un sello de algo inquebrantable entre ellos.

—Nos van a pillar —susurró Raider a continuación, su voz teñida de una mezcla de preocupación y excitación, consciente del peligro, pero encantado con la aventura de estar con su chica en su dormitorio.

Tori, siempre ella, volvió a encogerse de hombros, restándole importancia a la posibilidad de ser descubiertos, y le dio otro beso, más audaz y desafiante.

Y luego, igual que había llegado, como un torbellino, como una fuerza de la naturaleza que nadie podía detener, se marchó, dejando a Raider con una sonrisa tonta en los labios y un corazón latiendo a mil por hora, preguntándose cómo había tenido tanta suerte de tener a alguien como Tori en su vida."

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Riley, apareciendo en la puerta con una curiosidad que parecía rozar la complicidad, como si intuyera la tormenta de sentimientos detrás de ese gesto tan simple.

Raider negó con la cabeza rápidamente, intentando ocultar las huellas de sus recuerdos, esos momentos tan vividos que por un segundo había olvidado que solo eran eso, recuerdos.

—Yo… Nada —dijo, tratando de disimular la profundidad de sus pensamientos.

—Llamé a la puerta, pero no contestabas. Si molesto —dijo Riley, mostrándole los utensilios de peluquería que llevaba consigo, una invitación a cambiar de aspecto y quizás, también, a cambiar de tema—, vuelvo después…

—No, pasa —respondió él, sacudiéndose la melancolía con un gesto y ofreciendo una sonrisa. —Solo estaba distraído.

—¿Pensando en Tori? —preguntó Riley, lanzando un suspiro que se llenó de comprensión al ver cómo la mención de su nombre transformaba la expresión de Raider— ¿Sabes? A ella le pasa lo mismo que a ti.

—¿El qué? —la pregunta de Raider fue cautelosa, como si estuviera en la frontera de querer saber y temer la respuesta.

Pero Riley, con ese aire de quien conoce secretos que los demás apenas pueden imaginar, no ofreció una respuesta directa.

En lugar de eso, su sonrisa se ensanchó, prometedora y llena de complicidad.

—Ya lo verás… —dejó la frase suspendida en el aire, como una promesa o una premonición, alimentando la intriga y la anticipación en Raider.

Entonces, Riley levantó la mano con la cual sostenía la tijera y jugueteó con ella al abrir y cerrarla, simulando cortes al aire.

—¿Manos a la obra? Porque créeme, no le gustarás nada así —Riley frunció el ceño con una mueca de disgusto al mirar a su primo.

—No creo que le guste la idea de verme de ninguna de las maneras —resopló Raider, su voz cargada con una mezcla de resignación y humor ácido.

—Hmmm…



Capítulo 9

—Maldita sea… —un suspiro cargado de frustración y desaliento se coló a través de la línea, resonando en el espacio como una señal inequívoca de la tormenta emocional que se desataba al otro lado.

No hacía falta verlo para imaginar a su amigo, con los nervios a flor de piel, pasándose las manos por el cabello en un gesto de desesperación, tirando de él como si de alguna manera eso pudiera aliviar la tensión que lo consumía.

—No me jodas, Raider —la voz sonaba ahogada, como si cada palabra le costase un gran esfuerzo.

Raider podía visualizarlo perfectamente, con la angustia marcada en su rostro, enfrentándose a la cruda realidad de la situación.

—La cosa no pinta bien —confesó su amigo, y se notaba que cada sílaba le costaba un mundo.

Era difícil, tremendamente difícil, hablar así de alguien a quien ambos conocían tan íntimamente, a quien querían.

Era como si al verbalizar la gravedad de la situación, la hicieran más real, más palpable, y por ende, más aterradora.

—¿Me vas a ayudar o no? —la pregunta de Raider no era solo un llamado a la acción, era un grito desesperado por agarrarse a cualquier atisbo de esperanza, por diminuto que fuera.

—Pues sinceramente no lo sé, porque mis expectativas, viendo lo que veo ahora mismo —su amigo había recibido las pruebas por correo electrónico, una fría muestra de la realidad que enfrentaban—, no son tan positivas como las tuyas.

—Se puede conseguir —Raider rebatió con una confianza que parecía surgir de lo más profundo de su ser—. Lo puedo conseguir.

—Eso, mejor di eso —el otro médico resopló, su escepticismo inicial dando paso a una especie de resignación admirada—. Desde luego, ni yo ni cualquier mortal se atrevería a semejante cirugía, al menos no con esa confianza.

—Es Tori —Raider lo dijo como si esas dos palabras lo explicaran todo, como si fuesen la clave para entender su determinación inquebrantable.

Y realmente, ¿qué más había que decir?

La mención de su nombre era suficiente. Suficiente para entender la profundidad del lazo que los unía, suficiente para comprender la magnitud del desafío que Raider estaba dispuesto a enfrentar.

—Sí, joder. Eso es lo que más me preocupa. Te conozco, Raider, sé lo gran profesional que eres, no hay uno mejor en tu campo. Pero es Tori, ¿sabes? —la preocupación de su amigo era

palpable, una mezcla de admiración por la habilidad de Raider y el temor a lo personal de la situación.

—¿Es Tori? —una voz femenina, sorprendida y preocupada, se coló en la conversación a través del manos libres, seguida por el sonido de una puerta que se cerraba con suavidad—. Oh, dios mío…

—¿Cómo demonios vas a mantener la cabeza fría? —continuó su amigo, casi como si le leyera la mente a Raider, poniendo en palabras el tumulto de emociones que lo asaltaba— Hay demasiado personal en esto. ¡Sigues colado por ella, por dios! —exclamó, liberando en voz alta el temor que ambos sabían que pesaba como una losa sobre la situación.

—¿Me vais a ayudar o no? —la pregunta de Raider, esta vez en plural, denotaba la tensión que lo embargaba al enfrentarse a esa cruda realidad, a ese temor visceral de no estar a la altura del desafío que el destino le había planteado.

—No deberíamos —admitió el hombre con una voz cargada de resignación—. Si algo sale mal, no nos lo perdonarás en la vida. Y lo que es peor, no te lo perdonarás a ti mismo.

—Nada va a salir mal. ¡Maldita sea, Harry, haré que vuelva a ser la de antes! —Raider apoyó la cabeza en la pared que había tras él, un gesto de agotamiento y determinación mezclados, mientras dejaba escapar parte de la tensión que lo consumía.

—¿Y si no? ¿Y si ni siquiera tú puedes salvarla? —la pregunta colgó en el aire, pesada.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea, un silencio que parecía extenderse y llenar cada rincón de la habitación donde Raider se encontraba: la habitación de Tori.

Un lugar que había intentado evitar, que le había costado cruzar el umbral horas antes, paralizado por el temor a enfrentarse a los fantasmas del pasado. Pero ahora, en las profundidades de la noche, cuando el mundo parecía sumido en un sueño profundo y él se encontraba incapaz de encontrar descanso, algo lo había llamado hacia allí.

Y allí estaba, sumergido en un mar de recuerdos, en una habitación que se mantenía inmutable al paso del tiempo. Nada había cambiado, salvo por algunos libros nuevos, algunos pósteres adicionales adornando las paredes.

Pero lo que más dolía era la ausencia, el vacío dejado por las fotos de ellos dos juntos que ya no adornaban el espacio, como si se hubieran borrado junto con las posibilidades de un futuro compartido.

—Lo haré —dijo Raider, con una voz que temblaba ligeramente por la emoción.

En esas dos palabras resonaba todo: la promesa, la determinación, el amor inquebrantable que lo impulsaba a enfrentarse a lo imposible.

Porque, al final del día, era Tori.

Y eso lo cambiaba todo.

—¿Me hablas como el hombre que la quiere o como médico?

—Como ambos —respondió Raider, sin el menor atisbo de duda en su voz, sin negar los sentimientos profundos que albergaba por ella.

Porque a él, a su amigo, no tenía que ocultarle nada.

Con él no tenía que enmascarar nada.

Harry suspiró pesadamente, un sonido que parecía arrastrar consigo el peso del mundo.

Estaba claro que entendía la magnitud de lo que Raider estaba pidiendo, lo arriesgado del asunto, especialmente con tan poco tiempo para preparativos.

Pero Raider estaba seguro de su decisión, seguro de lo que estaba a punto de hacer. Sabía que la cirugía representaba un riesgo, pero ¿qué procedimiento quirúrgico no lo era?

—Confío en vosotros —afirmó, con una fe inquebrantable en su equipo—. Os estoy pidiendo ayuda porque sé que, juntos, podemos hacerlo. No me sentiría igual de seguro si me dejáis solo en esto.

—Joder, eso no ayuda, precisamente —bufó Harry, su frustración palpable en cada palabra.

Raider esbozó una sonrisa triste, consciente de la presión que sus palabras ejercían sobre sus colegas.

—¿Crees que tengo opción, Harry? Mira a tu mujer —se refería a la mujer que había entrado antes, una pieza clave en el equipo que deseaba formar— y ponte en mi lugar. ¿Tendrías elección? ¿No harías lo imposible, no te aferrarías al último clavo ardiendo para salvarla?

—Eso es jugar sucio —resopló Harry, aunque no podía negar la validez del argumento, especialmente bajo la mirada cómplice de su esposa, quien le sonrió y le guiñó un ojo, mostrando su apoyo incondicional—. ¿Y si decimos que no? —preguntó, más como un desafío que como una verdadera pregunta.

—Aun así, lo haré —respondió Raider, su determinación brillando a través de sus palabras—. Haré lo que sea necesario para que ella vuelva a ser la que siempre fue.

Harry gimió, consciente de que la batalla estaba perdida ante tal firmeza.

—Maldito idiota… Más te vale que después de esto, dejes de hacer el gilipollas y dejes de huir. Más te vale dejar de lado los miedos y las inseguridades, que seas sincero sobre lo que sientes y que, esta vez, sí luches por ella y le pongas, de una vez por todas, el maldito anillo en el dedo. ¡Y el padrino soy yo, obviamente!

—¿Eso significa que…? —la pregunta de Raider quedó en el aire, interrumpida por Lina, la esposa de Harry y otra profesional vital para el equipo que Raider deseaba conformar.

—Que es hora de que hagamos las maletas —declaró ella, con una sonrisa que hablaba de desafíos aceptados y batallas a enfrentar juntos—. Somos un equipo, ¿no?

Sí, lo eran.

Lo habían sido en muchas ocasiones.

Raider permaneció en silencio, su expresión serena, sin gritos de alegría, pero con un brillo de gratitud y determinación en la mirada.

—Dime una cosa, Raider —dijo Harry, su tono ahora ligeramente acusador, pero teñido de cariño—. Sabías que diríamos que sí, ¿verdad?

El guapo moreno de ojos azules respondió con una seguridad que no admitía dudas.

—Sí —una sola palabra, pero cargada de certeza y confianza.

—Serás capullo, ¿entonces para qué toda esta conversación dramática? —la queja de Harry fue casi un rugido.

Lina soltó una carcajada, era evidente que, a pesar de las circunstancias, su dinámica no cambiaría.

—Eso pregúntatelo tú, que eres el drama personificado —replicó Raider, con una sonrisa que suavizaba sus palabras.

—Mira, algo que tenemos en común Tori y yo —dijo Harry, encontrando un destello de humor en medio de la tensión—. ¡Serás capullo!

Su comentario arrancó una breve risa a todos, sirviendo como un breve respiro antes de lo que estaba por venir.

Raider, tras terminar la llamada, se tomó un momento para mirar alrededor de la habitación de Tori. No estaba buscando nada en particular, pero era su manera de asegurarse de que todo estaba en orden.

Aunque faltase ella…

Con la certeza que sentía al ver a su equipo unido, Raider finalmente se giró hacia la puerta. Ante él, se extendían días largos y desafiantes, pero estaba listo.

Con un último vistazo, Raider abandonó la habitación.

Apenas había cerrado la puerta de la habitación de Tori, cuando un estruendo proveniente de la planta baja captó su atención de inmediato.

Raider suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—Desde luego, algunas cosas nunca cambian… —murmuró para sí mismo.



—¿Qué hacéis aquí? ¿Reunión de medianoche? —preguntó Raider, elevando una ceja en un

gesto de curiosidad y sarcasmo a partes iguales, al irrumpir en la cocina y encontrarse con ese singular y peculiar cuarteto sentado alrededor de la mesa, inmersos en una conversación susurrada, casi confidencial, mientras uno de ellos, en este caso Romeo, ejercía de anfitrión improvisado, rellenando las tazas con café recién hecho para los que querían un chute de cafeína y sirviendo cerveza sin alcohol a quien prefería aquello, que en esa ocasión, solo era Sylvester.

A Raider no le sorprendía en absoluto toparse con esta escena; después de todo, era un ritual más que común entre ellos y ese lugar, la cocina, se había convertido en su punto de reunión por excelencia, especialmente para los tres que tenían el privilegio de llamar a La Mansión su hogar.

El cuarto miembro de esta singular asamblea nocturna, el agregado ocasional, se unía a ellos cada vez que las circunstancias lo permitían.

Mejor dicho, cada vez que las disputas con su esposa lo dejaban buscando refugio fuera de su hogar.

Y, juzgando por cómo se aferraba a esa cerveza sin alcohol, era evidente que había tenido otro de esos altercados.

—Raider —el abogado de la familia, con un gesto amistoso, levantó la mano para chocarla con la de Raider, quien se inclinó ligeramente para abrazarlo, a pesar de que el hombre no se molestó en levantarse—. ¿Cómo estás, muchacho?

—Ya parece más humano que cuando llegó —bromeó Romeo, provocando una ola de risas contenidas—. Llegó con unas greñas y una barba que, si Tori lo ve así, seguro le da algo.

Raider soltó una carcajada, no sin cierta ironía.

—Le va a dar algo de todas formas —dijo, su voz cargada de una ironía mordaz.

—Eso es verdad —intervino Raven, asintiendo en señal de acuerdo con su sobrino.

Raider aceptó con gratitud la taza de café bien cargado que Romeo le extendía, encontrando consuelo en el aroma intenso y reconfortante.

—Lo mejor para conciliar el sueño, ¿eh? —suspiró su padre, observándolo con una mezcla de resignación y complicidad.

—Solo sigo vuestro ilustre ejemplo —replicó Raider, con una sonrisa traviesa.

Los demás gimieron en un coro de desaprobación fingida.

—Pues entonces mal vas —rio Romeo, sacudiendo la cabeza en un gesto de diversión.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no puedes dormir? —preguntó Sylvester, elevando una ceja en una muestra de curiosidad genuina.

Los demás lo miraron y negaron con la cabeza, como si la respuesta fuera obvia.

—¿Pero qué clase de abogado pregunta eso? —se burló Romeo entre dientes.

—¿Y tú qué haces aquí? —Raider, girando el juego, miró fijamente a Sylvester— ¿Peleaste con tu mujer?

—¿Cómo sigue Tori? —el abogado, esquivando la pregunta con la habilidad de un político, cambió el tema de conversación.

—Lo ha echado de casa —explicó entonces Raven, con un brillo travieso en sus ojos, disfrutando de esos momentos de drama familiar.

—Nada nuevo bajo el sol —murmuró Rain, encogiéndose de hombros.

—Hmmm… —Romeo asintió, como si aquello explicara muchas cosas.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó entonces Raider, señalando a Raven a la vez que fruncía el ceño, como si hasta ese momento no se hubiese dado cuenta de que estaba ahí— ¿Has dejado a Tori sola? —el reproche en su voz era evidente.

—No puede tener visitas —dijo Raven, cogiendo a Raider del brazo y evitando que saliera disparado de la cocina—. Está muy bien cuidada. Allí no harías más que estorbar. Así que encárgate de descansar y de prepararte para lo que viene. Lo demás, déjalo en mis manos.

Raider suspiró, la frustración y la preocupación dibujándose en su rostro mientras se dejaba caer en una de las sillas, vencido por el momento.

—A veces siento que me volveré loco —confesó, más para sí mismo que para el resto, su voz apenas un susurro cargado de tensión.

Ante tal confesión, los demás solo pudieron ofrecerle sonrisas tristes, impregnadas de comprensión y empatía.

—Se recuperará, ya verás —intervino Rain, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de su hijo, transmitiéndole un poco de aliento y seguridad en medio de la incertidumbre.

—Lo sé —respondió Raider, recuperando algo de firmeza en su voz—. Ya he puesto al equipo médico al tanto; llegarán mañana mismo. Si todo sale según lo previsto, en uno o dos días estará entrando al quirófano.

Raven lo miró directamente a los ojos.

—Gracias —dijo, la voz teñida de una emoción genuina, agradecido por la rapidez y eficacia con la que su sobrino estaba manejando la situación.

—No me des las gracias todavía —replicó Raider con un bufido, en un intento por mantener a raya sus propios temores e inseguridades, que, como era de esperarse, se hacían más fuertes con cada momento de incertidumbre—. Esperemos que la maldita operación salga bien.

Acto seguido, dio un largo trago a su café, permitiéndose un breve momento de placer ante el sabor intenso y reconfortante del líquido caliente.

—Supongo que en medio de la selva, esto sería todo un lujo —comentó Sylvester, intentando aligerar el ambiente con una observación casual.

—¿El café? —inquirió Raider, confundido sobre a qué se refería exactamente Sylvester, quien asintió en confirmación—. Ah, sí, más que un lujo, allí es prácticamente inexistente. Al menos en la parte donde estuve yo.

—¿Fue una experiencia dura? —preguntó el abogado, interesado en conocer más sobre las adversidades que Raider había enfrentado.

—Sí, sin duda alguna —confirmó Raider, su voz teñida de una mezcla de nostalgia y orgullo —. Pero, al mismo tiempo, gratificante. No solo carecen de medios básicos; es que directamente no hay nadie que los ayude. La vida allí… No es fácil.

—Y luego nos quejamos nosotros, teniéndolo prácticamente todo —suspiró Rain, reflexionando sobre la disparidad de realidades entre diferentes partes del mundo.

—Es inevitable, supongo. El ser humano es así, siempre queriendo más, sin importar cuánto tenga —aportó Romeo, sumándose a la reflexión.

—¿Los mafiosos también se quejan? —bromeó Raven, lanzando una de esas preguntas cargadas de ironía y un toque de picardía, apuntando directamente a Romeo, sin perder la oportunidad de provocarlo y, por supuesto, de tocarle las narices al italiano con ese humor ácido que tanto caracterizaba sus interacciones.

—No lo sé, ¿por qué no me lo dices tú? —respondió Romeo, devolviéndole la pelota, con una sonrisa que delataba que estaba disfrutando del intercambio tanto como Raven.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —bufó Raven, su expresión, un cuadro de fingida inocencia, aunque todos sabían que disfrutaba de este tipo de escaramuzas verbales tanto o más que el resto.

—¿No eres acaso tú quien pasa más tiempo con ellos? —Romeo no perdió la oportunidad de devolver el golpe, aunque un codazo certero en las costillas, cortesía de un intento desesperado de Rain por evitar que la conversación escalara a territorios aún más peligrosos, lo interrumpió— Pero ¡oye, no me pegues! ¿Por qué me pegas? —se quejó el italiano, más sorprendido que dolido, sin entender que el gesto era un intento de silenciarlo antes de que las cosas se complicaran todavía más— ¡Es un celoso! —dijo, refiriéndose a Raven.

—¿Celoso yo? —Raven no pudo evitar soltar una risotada ante la insinuación, su tono rebosante de incredulidad y diversión— ¡Por favor, si hay alguien que no me provoca celos, eres tú, que ni siquiera dominas tu propio idioma!

Romeo respondió con una carcajada, claramente divertido por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Y crees que tú lo harías mejor? —dijo entre risas— *Suoni!* —exclamó, gesticulando de esa manera tan italiana que acompañaba a la perfección la expresión.

—¿Y qué demonios significa “Suoni”? ¡Ni siquiera tú lo sabes! A este paso, terminaré siendo un mejor capo mafioso que tú —rebatió Raven, aunque su intento de mantener el tono jocoso se vio interrumpido por otro codazo, esta vez proveniente de Sylvester, quien intentaba moderar la situación sin mucho éxito—. ¡Eh, solo estaba bromeando! —se quejó, frotándose el lugar del impacto.

—Parece que, últimamente, sí que eres el capo que tanto necesitan —las palabras de Romeo estaban cargadas de sarcasmo, sus cejas arqueadas en una expresión de mofa y desafío—. ¿A

cuántos has dejado cuidando a Tori?

Sylvester y Rain no pudieron más que rodar los ojos, anticipando el drama que se estaba avecinando.

—¿Y por qué tiene que ser una pandilla de mafiosos la que cuide de Tori? —intervino Raider entonces, frunciendo el ceño, claramente confundido y preocupado por el giro que estaba tomando la conversación.

—Bocazas —murmuró Rain entre dientes, reprochando la falta de discreción que parecía ser la norma en esa reunión nocturna.

—¿Qué demonios me estáis ocultando? —la pregunta de Raider, cargada de frustración y sospecha, colgó en el aire, amenazando con desvelar secretos que, hasta ese momento, habían permanecido cuidadosamente guardados.



Capítulo 10

Dos días después…

—Despierta, nena… —susurró una voz, una voz que tenía el poder de arrastrarla desde el más profundo de los sueños hasta la superficie de la conciencia, aunque no sin cierta resistencia por su parte.

¿Raider?

Tori, con los ojos aún cerrados, intentó moverse, pero fue como si cada músculo, cada fibra de su ser se hubiera rebelado en un unísono grito de dolor.

—Duele —murmuró, sin darse cuenta de que sus pensamientos habían encontrado el camino hacia sus labios, deslizándose en un susurro apenas audible.

—Lo sé —respondió la voz, ahora un poco más cerca, un poco menos lejana, aunque todavía envuelta en esa neblina que separa el sueño de la vigilia—. Pero lo has hecho muy bien. Estoy muy orgulloso de ti.

Tori pensó que había entendido mal, que su mente estaba jugando trucos, porque esa voz…

No, definitivamente no podía ser él.

Pero antes de que pudiera aferrarse a esa línea de pensamiento, se sintió deslizar de nuevo hacia el abismo, hacia los brazos acogedores de Morfeo, ese lugar donde el dolor parecía menos intenso.

Menos real.

—Vamos, nena. Despierta —la voz insistió, esta vez sonó un poco menos lejana.

¿Raider?

¿Era posible?

Tori no quería creerlo, pero algo en su interior se agitaba al oír ese nombre, al pensar en esa posibilidad.

Joder, pero ¿por qué le dolía todo tanto?

Era como si hubiera corrido una maratón, luchado contra un oso y bailado en una competencia de break dance, todo al mismo tiempo.

—Porque te hemos operado —declaró el dueño de esa voz, con un tono que rozaba lo divertido, como si la situación le causara cierta gracia.

¿La había escuchado?

Tori quería rodar los ojos, mostrar su indignación de la forma más teatral posible, pero se encontró con que ni siquiera eso era capaz de hacer.

Así que, en su mente, se imaginó haciendo un monumental gesto de exasperación, acompañado de un suspiro dramático.

Genial, ahora ni siquiera puedo expresar mi sarcasmo adecuadamente, pensó, resignada, pero no derrotada.

—Sé que me odias.

Ojalá pudiera hacerlo, pensó Tori, sintiendo cómo la voz resonaba en su cabeza, como si fuera un eco persistente de sentimientos encontrados.

—Pero he pasado mucho miedo, ¿sabes? —continuó la voz, con un tono que rozaba lo vulnerable, algo completamente inesperado y desconcertante para Tori.

¿Por qué?, quiso preguntar ella, sintiendo cómo la preocupación se abría paso a través del enredo de emociones que luchaban dentro de su pecho.

Era extraño, pensar que, a pesar de todo el odio, de toda la rabia acumulada, la idea de él sintiendo miedo le provocaba una preocupación enorme.

Y es que, en algún rincón recóndito de su corazón, aún quedaba un espacio suave, vulnerable, incapaz de desearle mal.

—Vamos, déjame ver esos preciosos ojos. No tienes ni idea de cuánto los he echado de menos —la voz sonaba ahora suplicante, casi desesperada, como si la simple visión de sus ojos pudiera ser el bálsamo para todas las heridas, el remedio para todos los males.

Tori sintió un nudo en la garganta, un nudo que crecía y se hacía más apretado con cada palabra, con cada súplica. Era una sensación extraña sentir cómo su corazón se debatía entre el rencor y una especie de cariño que se negaba a desaparecer del todo.

—Casi creo que es real —susurró ella, permitiéndose un momento de vulnerabilidad, un instante en el que las barreras se bajaban y la realidad y el deseo se mezclaban en un torbellino de emociones.

Y entonces, como si sus palabras hubieran invocado algún tipo de magia, sintió un apretón en su mano. No un roce ligero, sino un apretón firme, sólido, real.

Algo que enviaba un mensaje claro y directo a su corazón aturdido: esto no es un sueño.

—Siempre lo fue —juró la voz, con una convicción que parecía capaz de romper cualquier duda, cualquier incertidumbre—. Siempre fue real.

Ella quiso negar con la cabeza. Decir que aquello no era cierto.

Y se odiaba por ello, por ser incapaz de simplemente aceptar, por querer luchar contra lo inevitable.

Y, oh, cómo odiaba al mundo por ponerla en esa situación.

—¿Por qué? —preguntó la voz, como si realmente no la entendiera, como si la respuesta no fuera obvia.

—Porque te sigo queriendo —reconoció ella, con una honestidad que dolía, que se clavaba en su pecho como miles de agujas finas.

Podía mentir a quien fuera, al mundo entero si era necesario, inventarse historias, tejer telarañas de falsedades.

Pero a ella misma…

¿Qué estupidez, no?

¿Cómo puedes engañarte a ti mismo sobre lo que sientes, sobre lo que late desbocado dentro de tu pecho?

—Yo también te quiero —dijo la voz, sabiendo lo que ella quería, necesitaba escuchar.

—No es suficiente…

En ese momento, Tori agradeció estar soñando, porque la intensidad de sus emociones era demasiado, mucho más de lo que creía poder manejar. El dolor en su corazón superaba cualquier malestar físico, haciéndole desear poder quedarse en ese limbo entre el sueño y la vigilia, donde todo podía ser real.

Y, a la vez, no serlo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sintió cómo alguien, con cuidado, con ternura, limpiaba las lágrimas que, sin saber, habían empezado a escapar de sus ojos todavía cerrados.

Ojos que se negaban a abrir, no por incapacidad, sino por miedo a enfrentar la realidad, a descubrir que todo era un sueño…

O peor, que no lo fuera.

—Te quiero, nena. Así que, por favor, vuelve conmigo…



Tori, aunque le costó un mundo y parte del otro, apenas consiguió entreabrir los ojos, sintiendo cómo cada pestañeo era una odisea en sí misma.

Gimió, un sonido arrastrado y lastimero, cuando la luz, aún tenue y distante, se coló por sus párpados como un intruso indeseado.

—Tranquila… Poco a poco —dijo entonces Raven, su voz era un murmullo calmante en el caos de sensaciones de Tori.

¿Poco a poco? ¿Poco a poco qué?, se preguntó Tori, su mente todavía nadando en un mar de confusión y somnolencia.

¿Es que acaso seguía atrapada en algún sueño surrealista o qué estaba pasando?

—¿Papá? —preguntó ella, su voz sonando desorientada y débil, como si a las palabras les costaran encontrar su camino al aire.

—Hola, cariño —respondió entonces Chloe, su voz sonaba más cerca, más real, y Tori sintió cómo le cogía la mano, un gesto tan familiar como reconfortante—. Soy yo…

Ya lo sé, resopló mentalmente Tori, rodando los ojos internamente.

¿Acaso pensaban que había perdido la memoria?

¿Estaban todos perdidos en su propio mundo o cuál era el problema aquí?

Escuchó cómo reían, una risa suave y contagiosa, y resopló, otra vez, un gesto de impaciencia y exasperación.

—Está bien —dijo entonces Rebel, su tono sonando aliviado y divertido al mismo tiempo.

—Sí, como cabras —suspiró Tori, lanzando esa frase al aire y provocando otra ronda de risas. Era como si su familia hubiera decidido tomarse la situación con un humor que ella aún no alcanzaba a comprender.

Negando con la cabeza, como quien intenta despejar la niebla de su mente, Tori se armó de valor y volvió a intentarlo de nuevo. Le costó un esfuerzo titánico, pero finalmente consiguió abrir los ojos lo suficiente como para empezar a distinguir dónde se encontraba. Fue entonces, en ese preciso momento, cuando los abrió de golpe, la sorpresa pintada en su rostro como una obra maestra del desconcierto.

—¿Pero qué…? Ay —se quejó, su voz se quebró al intentar levantarse de la cama, un intento fallido que solo le trajo más dolor.

—Ahora sí —Rebel puso los ojos en blanco, como si estuviera viendo el episodio más predecible de una serie que ya no le sorprendía—. Bienvenida.

—Estate quieta —le ordenó su padre, con una voz que no admitía réplica, haciendo que Tori se resignara a la quietud una vez más.

—¿Estoy en el hospital? —la incredulidad teñía cada palabra, no se lo podía creer.

No quería creerlo.

—¡Bingo! —exclamó Riley quien, para sorpresa de nadie que la conociera bien, estaba llorando a mares, una expresión de alivio y angustia compartida en su rostro.

Y es que Riley había pasado por un infierno emocional, temiendo perder a su otra mitad, a su media naranja.

A su complemento perfecto en este mundo caótico.

—Riley, si esto es cosa tuya… —dijo Tori, su mirada no se fijaba en nadie en particular, solo vagaba alrededor, intentando procesar la situación.

—¿Por qué iba a mandarte yo al hospital? —preguntó Riley, genuinamente conmocionada por la sugerencia— Aunque ahora que lo mencionas, ¡me lo voy a replantear después del susto que me has dado! —exclamó, perdiendo los estribos por un momento.

O eso creyó captar Tori porque las últimas palabras de Riley se escucharon distantes, como llevadas por el viento, mientras Rebel, sin pensarlo dos veces, capturó a la pequeña y tempestuosa mujer por la cintura con uno de sus brazos, envolviéndola en un gesto protector y la sacó rápidamente de la habitación, como quien rescata a alguien de una situación potencialmente explosiva.

—No estoy soñando —dijo entonces Tori, al ver cómo su hermano se comportaba exactamente como solía hacerlo en situaciones límite, especialmente cuando de Riley se trataba.

Era un espectáculo familiar, reconfortante en su normalidad.

Entonces, Tori giró su mirada hacia la dueña de la mano que no había dejado de apretar la suya, buscando respuestas en sus ojos.

—¿Se puede saber qué demonios estoy haciendo aquí? —la pregunta salió cargada de frustración y desconcierto— Necesito agua…

Raven le extendió suavemente una gasa humedecida en agua, consciente de que aún no podía ingerir líquidos.

—Tuviste un accidente hace una semana —explicó entonces Raven, su voz era seria, pero llena de un calor que intentaba transmitir tranquilidad—. Te hemos tenido que operar dos veces.

—¿Un accidente? —Tori miró a todos y cada uno de sus tíos que estaban allí, agrupados a los pies de su cama, como una especie de guardia de honor improvisada.

Todos y cada uno de ellos asintieron con la cabeza, un coro mudo de afirmación.

—¡¿Hace una semana?! —exclamó horrorizada, su voz alcanzando nuevos niveles de incredulidad.

—Si grita es que está bien —comentó Rebel, reapareciendo en la habitación—. Creo que le iría bien una tila —añadió, lanzando una mirada cómplice a Romeo y Beth, refiriéndose a su hija —. Evidentemente, no quiere ir conmigo.

—Evidentemente —concordó Romeo, en un tono de “es entendible, yo tampoco querría”.

—Iré con ella —dijo entonces Beth, con una sonrisa cálida dirigida a Tori—. Me alegra verte de vuelta entre nosotros. En cuanto sea posible, te daré ese abrazo que tanto te mereces —su sonrisa era un bálsamo para el alma—. Pero ahora, mejor me ocupo de la loca de mi hija, ya sabes cómo es, que sola no se la puede dejar ni a sol ni a sombra —y tras lanzarle un beso a Tori, que le devolvió la sonrisa a pesar de la confusión, salió de la habitación con paso decidido.

—Ni sola ni acompañada hay quien la soporte —bufó Rebel, recibiendo un golpe juguetón de

Romeo por el comentario.

—¡Mira por dónde! Tal para cual… —dijo el italiano, con un brillo travieso en la mirada.

—¿Pero por qué me deseas el mal? —bufó el rubio de ojos color miel, fingiendo indignación.

—¿El mal? —Romeo lo miró de mala manera, antes de darse cuenta de la verdadera implicación de sus palabras y negar con la cabeza, como queriendo borrar la imagen mental que acababa de formarse—. No, olvida eso, ¡no quiero ni imaginármelo!

La posibilidad de que su hija y Rebel terminaran juntos era, para Romeo, el colmo de los colmos.

¡Ni de coña!

Porque sabía, con certeza absoluta, que acabarían con él más pronto que tarde, y eso era algo que prefería evitar a toda costa.

—¡Tienes totalmente, pero totalmente prohibido, incluso pensar en acercarte a mi hija! Y cuando digo acercarte, me refiero a pensar en ella de cualquier manera que no sea puramente platónica y con respeto de hermano mayor, ¿entendido?

Rebel, con una expresión que mezclaba incredulidad, horror y diversión, enarcó las cejas, dejando de mirar a Romeo por un momento para escanear las caras de los demás presentes, buscando cómplices en su sorpresa.

—¿Pero por qué este hombre no deja de lanzarme maldiciones? ¿Acaso le vendí un coche defectuoso en otra vida o qué? —preguntó, exagerando su desconcierto y poniendo los ojos en blanco en un gesto dramático— Ni en mis peores pesadillas me plantearía tal cosa, hombre —aseguró entonces, volviendo su mirada hacia Romeo, intentando transmitir sinceridad mezclada con una pizca de humor.

—Mejor así —suspiró Romeo, un suspiro que llevaba consigo un alivio palpable—. No tengo ninguna intención de morir prematuramente, más joven de lo que ya es inevitable que moriré debido a las canas que me estáis sacando todos.

—¿Por qué no acompañas a tu mujer y a tu hija a la cafetería? ¿Y de paso te tomas tú un té de cianuro? —gruñó Raven, lanzando una mirada que pretendía ser asesina al italiano, aunque en el fondo todos sabían que era parte del show interminable que era su dinámica familiar.

El italiano, lejos de ofenderse, elevó las cejas y fingió meditarlo como si realmente estuviera considerando la sugerencia.

—Porque no me da la gana —dijo entonces, sonriendo al ver la mirada de odio que le mandaba Raven.

—Llévatelo —insistió el médico, esta vez dirigiendo su mirada hacia Rain, esperando quizás un poco de apoyo en su cruzada personal contra el italiano.

El sheriff, sin embargo, simplemente se encogió de hombros en un gesto de indiferencia total.

—No.

—Me alegra saber que no estoy loca y que todo sigue la normalidad —dijo entonces Tori, que había presenciado el rifirrafe como todos los demás, su voz cargada de ironía y un toque de sarcasmo—. Excepto, claro está, por el pequeño detalle de que… ¡No tengo ni idea de qué demonios hago en una cama de hospital! —explotó— ¡Sí! Ya me enteré de que tuve un accidente —gruñó cuando su padre fue a repetirlo, como si intentara prevenir un bucle infinito de explicaciones—. Pero, ¿me puede explicar alguien por qué, por todos los infiernos, no puedo moverme?

Estaba claro que estaba perdiendo la paciencia, si es que alguna vez la tuvo…

Porque, vamos a ver, cualquiera en esa situación ya tendría un informe detallado, ¿no?

Pero era evidente que ni ella, ni esa panda de locos que tenía por familia, eran cualquiera. Y que la lógica que funcionaba para los demás, no funcionaba igual para ellos.

Chloe solo pudo gimotear al escuchar las palabrotas, evidenciando que, con accidente o no, Tori no había perdido su colorido vocabulario.

—Te dije que ni por el golpe dejaría de decir tacos —rio Romeo, encontrando humor incluso en la preocupación, mientras observaba la cara de Chloe ante las palabrotas de su sobrina.

—Tuviste un accidente de coche cuando volvías del pub. Has sufrido lesiones en el brazo y en la pierna izquierdos —la explicación llegó finalmente, aunque no hacía más que añadir más preguntas al montón.

—¡¿Pero puedo andar?! —exclamó ella, horrorizada. Y sin esperar respuesta, continuó—. Soy zurda —suspiró con resignación.

Vamos, que había que tener mala suerte. Joder.

—Te sometiste a una cirugía de urgencia y ayer a otra segunda cirugía —continuó su padre, intentando arrojar algo de luz sobre el asunto.

—¿Y por qué no recuerdo nada? —la confusión de Tori era palpable, un reflejo de la turbulencia emocional que estaba experimentando.

—Estuviste sedada hasta ayer, cuando acabó la cirugía. Te ha costado despertar —suspiró su padre, recordando las horas anteriores llenas de angustia mientras esperaban que Tori, por fin, despertara de su sueño forzado.

—Después soy yo el vago —bromeó Rebel, ganándose una mirada fulminante de su hermana.

Pero él, fiel a su naturaleza de sinvergüenza incorregible, simplemente le guiñó un ojo.

—Zalamero —resopló ella, aunque el gesto no logró ocultar el cariño subyacente en su voz.

Rebel rio y se acercó a ella, para agacharse y darle un beso en la frente, un gesto cargado de afecto y alivio.

—Me alegra tenerte de vuelta —dijo entonces, su voz teñida de gratitud porque su hermana estuviera bien, a salvo.

—¿Aunque no te deje los quinientos dólares?

—Incluso así —rio él, demostrando que, al final del día, lo que realmente importaba era tenerla de vuelta, sana y salva.

—Me alegra saberlo —sonrió ella, aunque la confusión y el desconcierto aún nublaban su mente—. Pero no entiendo nada…

—Es normal, todavía estás desorientada —dijo Camila, intentando ofrecer algo de consuelo—. Date tiempo.

—Pero es que no recuerdo… —la voz de Tori se quebró, reflejando la extrañeza de la situación.

Recordaba la noche que trabajó en el pub, el apagón… pero nada más.

Era como si un trozo de su vida hubiera sido borrado, dejándola a la deriva en un mar de incertidumbre.

—Ahora tienes que preocuparte por tu recuperación —dijo el sheriff, dándole a entender, por su tono, que no sería algo de dos días.

—¿Por qué tengo la impresión de que no será fácil? —Tori lanzó la pregunta al aire, su intuición agudizada por las expresiones serias que adornaban los rostros de los presentes.

—Porque no lo será —respondió su padre con una franqueza inquebrantable, como quien no tiene intención de adornar la realidad con falsas esperanzas.

Entonces, con una mirada que recorrió la habitación, buscó la comprensión en los ojos de los demás, pero fue Tori quien realmente captó el mensaje.

—Dilo —insistió ella, con esa mezcla de temor y valentía que caracteriza a quienes están a punto de enfrentarse a una verdad difícil—. No tienen por qué irse. Los necesito cerca para enfrentar lo que sea —dijo entonces, consiguiendo que Chloe le diera un fuerte apretón en la mano.

Su padre asintió, y con la solemnidad de quien está a punto de revelar un camino lleno de espinas, le compartió la cruda realidad.

—La cirugía ha sido un éxito, y eso, ciertamente, nos da esperanza. Pero tu habilidad para volver a caminar como antes, dependerá enormemente del esfuerzo y la dedicación que pongas en la rehabilitación —explicó, marcando cada palabra con un peso que Tori sintió en el alma.

Tori frunció el ceño, procesando, intentando entender la magnitud de lo que su padre le decía.

—Quieres decir que…

—Que volver a caminar no será un camino de rosas —interrumpió su padre, sin rodeos—. Habrá dolor, vas a sufrir, te vas a frustrar hasta el punto de querer tirar la toalla más veces de las que puedas contar —continuó, sin paños calientes, cuanto más directo, mejor—. Los métodos te parecerán un tormento, odiarás a tu médico, y probablemente conspirarás en contra de tu rehabilitador en más de una ocasión —dijo, anticipando esto, pero sabiendo en su corazón que

ella aún no podía entender por completo por qué—. Pero tendrás que soportar todo eso, cada pinchazo, cada lágrima, si quieres volver a caminar como siempre lo has hecho.

—Beau… —suspiró Chloe, reprochándole con la mirada que fuera tan duro y directo con su hija.

Pero había un matiz de respeto en su tono, sabiendo que, a veces, la verdad sin adornos es lo más necesario.

—Está bien —dijo entonces Tori, tragando saliva, mostrando una determinación que quizás ni ella sabía que tenía.

Su padre la conocía mejor que nadie y sabía que ella siempre prefería la verdad cruda y sin adornos.

Cuantas menos florituras, mejor para ella.

Era una guerrera, después de todo.

—Pero dime la verdad, papá, ¿de verdad podré volver a caminar? —preguntó, buscando en los ojos de su padre alguna señal de lo que el futuro le deparaba.

Su padre se tomó un momento para responder.

—Todos nosotros hemos hecho lo posible para que sí, para que puedas volver a caminar. La pregunta es, ¿estás tú dispuesta a hacer lo que sigue? ¿A luchar con todo lo que tienes y más? —preguntó entonces, poniendo la pelota en su tejado.

Tori, asustada, pero a la vez impulsada por un futuro en el que deseaba con todo su ser volver a correr, a bailar, a moverse sin restricciones, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo entonces, con una voz que, aunque temblorosa, estaba cargada de una determinación férrea.

—Entonces sí, volverás a caminar —afirmó su padre con una convicción que parecía desafiar la realidad misma.

Como si decirlo así, con tanta seguridad, o creerlo con tanta fuerza, fuera tan fácil, ¿verdad?



Raven aguantó la puerta para que Raider pasase y entrase en su despacho tras él. Lo había seguido desde el momento en que el médico salió de la habitación de su hija, dejando allí, con ella, a todos los demás acompañándola en ese mar de incertidumbre y esperanza.

—Has sido demasiado duro —se quejó Raider después de cerrar la puerta a su espalda, con un tono que rozaba la reprimenda.

Raven caminó hasta su escritorio y se dispuso a buscar un informe para visitar a su próximo paciente.

La responsabilidad nunca descansaba.

—Le he dicho la verdad —dijo con esa voz que no admitía réplicas, firme y segura, como quien ha aprendido que a veces la verdad es el único camino.

—¿Y no podías tener un poco más de tacto? —resopló Raider, claramente frustrado—. Joder, tiene que estar acojonada.

Raven miró hacia atrás, a su sobrino, frustrado y preocupado a partes iguales.

—¿Eso es lo que vas a hacer, Raider? ¿Endulzarle la terapia cuando la veas llorar, cuando el miedo y la incertidumbre la asalten en medio de la noche?

—No, joder, no es lo mismo… —intentó defenderse Raider, pero sus palabras parecían perderse en el aire, como si lucharan por encontrar el camino correcto.

—Es exactamente lo mismo. Es mi hija —dijo, enfadado, encarándose con él, con ese tono que solo un padre preocupado por el bienestar de su hija puede tener—. Y si hay alguien en este mundo que no quiere verla sufrir, ese soy yo. No vengas a darme lecciones de cómo tratarla.

—No es eso lo que pretendía. Es solo que… —Raider intentó explicarse, buscando las palabras que expresaran lo que realmente sentía.

—Que sigues enamorado de ella y que te duele verla sufrir —bufó Raven, cortando el aire con su verdad—. Sí, lo sé. Pero eso no la curará.

Raider sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago, una verdad que dolía tanto o más que cualquier herida física.

—Lo sé —suspiró entonces, dejándose caer en el sofá de cuero negro que había en aquel lugar, como si el peso de sus propias palabras lo hundiera.

—Te lo dije, Raider. Cero sentimientos personales. Porque lo primero que hará esa mujer a la que quieres proteger, será intentar echarte de su lado, sin importarle si eres lo mejor para su recuperación o no. Llorará, pateará, te dará donde te duele no solo por vuestro pasado, sino por el dolor y la frustración que pasará. Si no estás seguro de ser lo suficientemente fuerte para soportarlo, deja la rehabilitación en manos de otro.

—Jamás… —la palabra salió de Raider con una fuerza que parecía brotar desde lo más profundo de su ser.

—Ella no sabrá que la operaste tú, al menos no por mí, ya que no quieres. Puedes volver a tu vida y a tu mundo tranquilo —propuso Raven, aunque ambos sabían que esa no era una opción real para Raider.

—¡No la voy a dejar sola! —exclamó Raider, levantándose de un salto del sofá, la desesperación y la determinación entrelazadas en su voz. Se pasó las manos por el pelo, un gesto de frustración y resolución—. No la dejaré —insistió, como si con esas palabras pudiera cambiar

el destino.

—Entonces más te vale reforzar tu coraza porque si no… —Raven suspiró, mostrando por un momento la vulnerabilidad detrás de su fachada de fortaleza— La que más tiene que perder es ella —dijo entonces, sincero, dejando al descubierto su mayor temor, lo que más miedo le daba —. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente —y sin añadir nada más, sin permitirse ni siquiera un momento para dudar o reconsiderar, se marchó de allí, cerrando la puerta con un golpe seco.

Raven suspiró pesadamente, un suspiro que parecía arrastrar consigo el peso de incontables preocupaciones, mientras su mirada, esa que aún se dirigía hacia la puerta que acababa de cerrarse con tanta determinación, se perdía en los recuerdos del día anterior.

Recuerdos de cuando, tras terminar la cirugía de Tori, tras abrazarse con su equipo después de horas en ese quirófano, sintiendo cada segundo como una eternidad, Raider salió a tomar el aire.

Necesitaba respirar, sentir el aire fresco en su rostro, quizás porque dentro de esos muros sentía que se ahogaba si no lo hacía.

Raven conocía muy bien esa sensación, ese instinto de supervivencia que te empuja a buscar un respiro.

Un momento de paz en medio del caos.

Y fue entonces, cuando Raven quiso salir a hacerle compañía, que lo vio. Y lo escuchó. Raider estaba en una de las puertas traseras del hospital, un lugar apartado, donde la soledad se siente más acuciante. Agachado, en cuclillas, con la cabeza entre sus piernas, sumido en su propio mundo de dolor y alivio.

Estaba llorando.

Lloraba con la intensidad de quien ha estado conteniendo un océano de emociones, un torrente desbordante de miedo y tensión acumulada desde el momento en que recibió la noticia de lo ocurrido con Tori hasta ese instante en que lo que dependía de él había terminado.

Por suerte, mejor de lo esperado.

Raven, sin dudarlo, salió y se puso a su lado, sentándose en el suelo con la misma dignidad con la que se sentaría en su silla de director. Raider, al levantar la cabeza y encontrarse con su mirada, hizo lo mismo, se sentó. Y simplemente se quedaron allí, sin decir nada.

Soltándolo todo.



Capítulo 11

Días después…

Tori estaba hasta el mismísimo coño, y no en el sentido figurado, sino en el más literal y exasperado de los términos. Porque, vamos a ver, ¿había acaso otra manera más dulce, más sutil y menos explícita de decirlo?

Rotundamente, no.

Estaba hasta el coño, sí, pero no de cualquier cosa.

Estaba hasta el coño de la cama que parecía haber adoptado la forma de su cuerpo por el excesivo tiempo que llevaba en ella, del hospital con sus pasillos interminables y olor a antiséptico, de los médicos con sus batas impolutas y miradas compasivas. Pero, sobre todo, estaba hasta el coño de la comida hospitalaria, esa que parecía diseñada específicamente para quitarle a uno las ganas de comer.

—Joder, qué ganas tengo de comerme algo grasiento —gimió, echándose hacia atrás en la cama, hablando por teléfono con una voz que destilaba una mezcla de deseo y frustración.

Riley, al otro lado de la línea, no pudo evitar soltar una carcajada. La situación, pese a la desesperación de Tori, tenía su gracia.

—¿Una pizza con extra de queso y pepperoni? —propuso, imaginándose el brillo en los ojos de Tori ante la mera mención de algo tan prohibido como apetecible.

—¿Una? —Tori rio amargamente, como si la idea de conformarse con una sola pizza fuera el colmo del optimismo— Con el hambre que tengo, me como dos.

—Me lo creo —rio Riley, compartiendo el humor de su prima ante la situación.

La imagen de Tori atacando dos pizzas gigantes era, cuanto menos, pintoresca.

—A este paso, con la mierda que me dan comer, no necesitaré rehabilitación. Porque mis piernas, como siga perdiendo peso, me van a poder mantener sin esfuerzo alguno. Va a ser la magia del adelgazamiento forzoso, pero sin el glamour de las dietas de Hollywood.

—Mira, eso que te ahorras —Riley soltó una carcajada más, disfrutando de la exagerada y dramática desdicha de su prima. La situación no tenía remedio, pero al menos podían reírse juntas de ella.

—¿Qué estás comiendo tú? —la curiosidad pudo más que ella, esperando secretamente que Riley estuviera engullendo algo igualmente insípido.

—¿Cómo sabes que estoy comiendo? —Riley fingió sorpresa, aunque sabía que el sonido de sus masticaciones había sido una delatadora inadvertida.

—Me he jodido las piernas, no el cerebro.

—Ese ya lo tenías jodido de antes, ¿verdad? —el sarcasmo de Riley era tan afilado como siempre.

—Ja, ja —la ironía en su voz no pudo ser más evidente—. Venga, dime, ¿qué comes? No me tortures más con el misterio.

—¿Para qué? ¿Para ponerte los dientes largos? ¿Para que te tortures imaginando sabores que ahora mismo te son tan inalcanzables como la luna?

—Para imaginarme que yo también lo como. A ver si así, por arte de magia o vudú, mi paladar logra engañarse un poco.

—¿Eso funciona? —Riley se mostró escéptica, aunque dispuesta a probar cualquier cosa que distrajera a Tori de su miseria.

—No lo sé… Por probar que no quede. Así que, venga, ilumíname con el manjar que estás degustando.

—Pues me estoy comiendo un bocata de pollo con… —comenzó Riley, pero antes de que pudiera terminar, Tori gimió.

—No, no funciona —la interrumpió, su desilusión tan palpable como su hambre—. La mera descripción ya me ha hecho la boca agua.

—Oh, vamos. No me hagas sentirme mal por disfrutar de las pequeñas alegrías de la vida.

—No es mi intención hacerte sentir mal, pero es que ni siquiera puedo vivir vicariamente a través de ti en estos momentos.

—Cuando vuelva a casa el finde, te llevo algo rico, ¿vale? —Riley trataba de compensar, sabiendo que sus exámenes y el regreso temporal a la ciudad la mantenían ocupada estos días.

—Para el finde espero estar ya en casa, fuera de este infierno aséptico y sin sabor —Tori intentaba mantenerse optimista, a pesar de las circunstancias.

—¿Te van a dar el alta entonces? —la esperanza en la voz de Riley era evidente.

—No lo sé, pero quiero creer que sí —ya le habían quitado hasta los puntos—. Han pasado dos semanas, que es lo que me dijo mi padre que tardaría en volver a casa. Y sinceramente, no sé si mi estómago aguantará mucho más de esto.

—Esperemos que sí. Debes de estar harta de hospital y todo lo que conlleva.

—No lo sabes bien… —suspiró Tori, añorando la libertad y, sobre todo, una comida decente.

—Hmmm… —Riley parecía pensativa, probablemente masticando otro bocado de su bocata prohibido.

—¿Pero quieres dejar de comer mientras hablas conmigo? —gimió Tori, medio en broma, medio en súplica— Un poco de por favor, que una intenta mantener la dignidad incluso en las peores circunstancias.

Riley resopló, quizás sintiendo un ápice de culpa por disfrutar de algo tan mundano como comer mientras su prima sufría en el hospital.

—Yo tampoco he comido en todo el día —reconoció finalmente, buscando algo de empatía en su confesión—. Mierda de exámenes… —murmuró, como si eso de alguna manera equilibrara la balanza de las desdichas.

—¿Cómo los llevas? —preguntó Tori, intentando cambiar de tema con una curiosidad genuina, como si intentara desviar la conversación de su propio calvario hacia algo menos deprimente.

—Mejor que tu hermano, seguro —se mofó Riley, recordando con una risa socarrona que ese ni siquiera se había presentado a ellos—. Por cierto, ¿por qué no lo llamas? Seguro que te lleva todo lo que le pidas. Lo de incumplir las normas es lo suyo, ya lo sabes.

—Hmmm… Sí, ¿verdad? —Tori se quedó pensativa, como si esa idea no hubiera cruzado por su mente hasta ese momento, o como si de repente se hubiera dado cuenta de que tenía un as bajo la manga que no había jugado todavía.

—Sí. ¿Sigues sola? —inquirió Riley, mostrando un destello de preocupación entre las bromas.

—Sí, mi tía tardará en venir por el trabajo —la voz de Tori se tiñó de un ligero tono de resignación, como si estuviera acostumbrada a esperar.

—A ella también puedes hacerle la pelota. En realidad, a cualquiera de nuestros padres o tíos —dijo Riley, ofreciéndole una estrategia para sobrevivir al aburrimiento y la soledad del hospital.

—Tendré que hacerlo, porque no puedo más… —y le entró una ansiedad…

Una ansiedad que la hizo moverse inquieta, buscando algo que hacer, algo que la distrajera de su encierro.

Con la mano que tenía buena, movió, como pudo, la silla de ruedas. La acción fue torpe y desesperada, un intento por sentirse un poco menos atrapada.

—Joder, como para escaparse una —refunfuñó—. Ya podían haberme dado una eléctrica —su queja sonó mitad en serio, mitad en broma, como si en su frustración encontrara espacio para el humor.

—¿Qué haces? —la curiosidad de Riley se disparó, claramente confundida por los sonidos de lucha que llegaban a través del teléfono.

—Intento moverme para abrir la puerta —Tori gruñó, su voz teñida de un esfuerzo palpable.

—¿Adónde demonios vas, *so'* loca? —Riley no podía creer lo que estaba oyendo.

La idea de Tori intentando escapar de su habitación del hospital le parecía a la vez alarmante y ridículamente divertida.

—¡A tomar un poco de aire! Joder, ¡solo necesito un poco de aire! Que me voy a volver majara —la desesperación de Tori era evidente, su necesidad de escapar de las cuatro paredes

que la habían contenido se sentía como una urgencia vital.

Le costó sudores, pero llegó hasta la puerta. La cual no era fácil de abrir, teniendo en cuenta que se abría para dentro. Tori luchaba no solo contra su propia debilidad física, sino contra la ingeniería de una puerta que parecía diseñada para mantenerla adentro.

Entonces, mientras sudaba la gota gorda, la puerta se abrió. Y los ojos de Tori se abrieron todavía más, sorprendidos y un poco alarmados por lo que encontró al otro lado.

—Señorita Nolan… —dijo un tipo enorme, que parecía un ropero empotrado, vestido de negro. Tenía una cicatriz en la mejilla y ¿le había parecido ver dientes de oro?— ¿Se encuentra bien?

—Esto… —Tori pestañeó, totalmente cogida por sorpresa—. Estupendamente bien —dijo entonces, intentando recuperar algo de compostura ante la imponente presencia del hombre.

El hombre sonrió ampliamente, y sí, tenía dos dientes de oro.

¡La leche!

Era como encontrarse de frente con un personaje sacado de una película de mafiosos o un cuento de piratas moderno.

—Me alegro —dijo el hombre y tal como abrió, cerró la puerta.

La rapidez y suavidad con la que lo hizo fueron casi surrealistas, dada su apariencia intimidante.

—Riley… —la voz de Tori era una mezcla de confusión y curiosidad. La aparición del tipo ropero había sido tan inesperada como desconcertante.

—¿Sí? —preguntó esta, que estaba bastante ensimismada en disfrutar de la comida como para hacer caso a una conversación secundaria de su prima.

—Lo mismo también me golpeé la cabeza… ¿O hay un guardaespaldas en la puerta de mi habitación? —la pregunta de Tori estaba cargada de incredulidad y un toque de humor, como si aún intentara procesar la surrealista situación en la que se encontraba.

Riley rio.

—Sí, supongo que ahora se les puede llamar así —su tono era juguetón, como si estuviera disfrutando del momento de confusión de su prima.

—¿Perdón? —Tori no entendía nada.

—Son los hombres de mi padre. Bueno, de él no, eso querrían ellos —rio Riley.

La explicación, lejos de aclarar las cosas, parecía complicarlas todavía más.

—Creo que has hablado con Piero.

Entonces Tori lo entendió.

O al menos, empezó a atar cabos.

La presencia de ese hombre, la mención del padre de Riley, todo empezaba a formar una imagen que Tori no estaba segura de querer completar.

—¡¿Pero qué demonios me estás contando?!



Un rato, que no se podría considerar ni corto ni largo, pero definitivamente no era eterno, es lo que tardó Tori en decidirse a acercarse de nuevo a la puerta tras terminar su conversación telefónica con su prima, quien, sospechosamente, le había colgado después de su pregunta.

—Señorita Nolan… —anunció el hombre, que más parecía salido de un catálogo de roperos andantes por su envergadura, al abrir la puerta de nuevo, justo al captar el sonido de ella intentando hacer lo mismo desde el interior.

Ella, con un gesto que rozaba lo teatral, chasqueó los dedos como si acabara de recordar algo sumamente importante.

—Piero, ¿verdad? —preguntó con una mezcla de sorpresa fingida y genuina curiosidad.

La sonrisa que iluminó el rostro del hombre fue tan brillante que si hubieran estado en un cómic, seguramente tendría estrellitas brillando alrededor de su cabeza, indicando su repentina felicidad por el hecho de que ella recordara su nombre.

—Sí, señorita —confirmó él, con un tono de voz que parecía querer transmitir orgullo, alivio y un poquito de alegría.

Todo en uno.

—Encantada, Piero. Aunque, sinceramente, me hubiera gustado conocerte en circunstancias menos… peculiares —añadió ella, extendiendo la mano en un gesto de cordialidad.

—Igualmente, señorita —respondió él, aceptando su mano.

Si hubiera sido un personaje de dibujos animados, definitivamente habría corazoncitos revoloteando sobre su cabeza en ese momento.

—Dime una cosa, Piero —empezó ella, adoptando un tono un poco más serio porque, después de todo, su prima la había dejado colgada sin responderle—. ¿Qué haces aquí exactamente? Aparte de abrirme la puerta, claro.

—Protegerla, señorita. Esa es mi misión aquí —respondió él, tratando de sonar lo más profesional posible.

—Protegerme… ¿Pero de qué? O más bien, ¿de quién? —inquirió Tori, con una mezcla de

curiosidad e incredulidad.

—¿Perdón? —Piero pareció momentáneamente confundido, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa.

—Claro, claro. Digo, ¿de qué amenazas me estás protegiendo? O, mejor dicho, ¿quién considera que soy una damisela en peligro? —precisó ella, intentando arrancarle más información.

—Yo… No lo sé, señorita —dijo rápidamente, quizás demasiado rápido, lo que despertó aún más las sospechas de Tori.

Ella entrecerró los ojos, mirándolo con un escepticismo teñido de humor.

Le habló entonces, usando un tono que bien podría emplear alguien al interrogar a un miembro, o exmiembro, de la mafia, si es que alguna vez se encontrara en esa peculiar y poco probable situación.

—¿Me estás mintiendo? Porque si hay algo que no soporto, es que me tomen el pelo —dijo ella, poniendo un poco de dramatismo a la situación.

—¡Jamás me atrevería! —exclamó el hombre, sonando genuinamente ofendido, como si la mera sugerencia fuera un golpe bajo a su honor.

—Ya, ya… Pero dime, ¿a quién le estás haciendo el trabajo sucio? ¿Quién te manda? —insistió ella, sin poder evitar que su tono sonara un tanto burlón.

—Del jefe, señorita. Solo sigo órdenes del jefe —respondió él, con una vaguedad que ya rozaba lo cómico.

—Ya… ¿Y quién es el jefe? ¿Mi padre? ¿Mi tío? ¿El mismísimo Santa Claus haciendo horas extra? —preguntó ella, ya casi riéndose de la absurda situación.

—Sí —la respuesta de Piero fue tan ambigua que podría haber significado cualquier cosa.

—Sí… ¡¿Sí qué?! —exclamó ella, ya no pudiendo contener su frustración.

—No se altere, señorita, por favor. La “alteración” no es buena para su salud… —intentó calmarla Piero, con un tono paternalista que solo consiguió que ella se sintiera aún más inclinada a desafiarlo.

—La “alteración” dice…

La verdad era que para no ser su idioma natal, lo dominaba bastante bien, excepto por alguna que otra metedura de pata que soltaba de vez en cuando y ese acento italiano inconfundible que lo hacía sonar más como un personaje de película que otra cosa.

—¡Pero si esto es más enredado que una telenovela! —exclamó Tori antes de darse media vuelta y volver a encerrarse en la habitación, dejando a un Piero confundido y ligeramente preocupado en el pasillo.



Un rato después…

—Piero… —empezó ella, con una voz que te derretía el corazón, como si estuviera a punto de revelar el secreto más grande de la humanidad.

—Señorita —respondió él al abrir la puerta, otra vez.

—Somos amigos, ¿no? —ella lo miró con esos ojos que harían que cualquier hombre, en su sano juicio, considerara seriamente la posibilidad de convertirse en superhéroe solo por verla sonreír.

—¡Claro que sí! —exclamó él, entonces, con el corazón palpitando como un tambor en fiesta de pueblo, claramente enamorado hasta las trancas.

—Me alegro —sonrió ella, con esa sonrisa que parecía tener el poder de poner fin a guerras. Había decidido que, ya que no podía enterarse del porqué de ciertas cosas, al menos aprovecharía la situación para sacar algo de provecho—. ¿Y sabes qué hacen los amigos?

—Ser leales —dijo él con convicción, como si estuviera citando el primer mandamiento del manual de la amistad.

—¡Exactamente! —exclamó ella con entusiasmo, como si hubiera ganado el premio gordo de la lotería de la vida— Y eso significa no dejar sufrir al otro, ¿verdad?

—¿Está sufriendo, señorita? —preguntó él, con una mezcla de preocupación y confusión.

—La verdad es que mucho —dijo ella, luciendo rápidamente triste, con un puchero en su rostro que te hacía querer vender tu alma solo por verla sonreír de nuevo.

—¡Por qué?! —la alarma en la voz del italiano era evidente, como si estuviera listo para enfrentarse a dragones o a su suegra en pijama.

—Porque tengo hambre, Piero. ¡Mucha hambre! —y ahí estaba, la gran tragedia, expuesta con la gravedad de un Shakespeare moderno.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, viéndolo todo como si fuera el episodio más divertido de una serie de comedia, estaba Raven.

Y Raider.

—A eso me refería cuando dije que te creases una buena coraza —resopló Raven, mirando cómo su hija se camelaba al mafioso para que le llevase comida a escondidas, demostrando que tenía más trucos bajo la manga que un mago en un concurso de talentos.

Y eso que lo había conocido tarde, que si lo llega a conocer antes…

A saber de lo que sería capaz, probablemente estarían organizando banquetes en el mismísimo Vaticano a estas alturas.

Raider, que había estado observando la escena con una mezcla de diversión y asombro, no pudo más que reír.

—Ya lo enamoró —comentó, como si estuviera narrando el clímax de una novela romántica épica.

Raven puso los ojos en blanco, como si estuviera practicando para el campeonato mundial de "rolling eyes".

—Como a ti —suspiró Raven, con esa resignación de quien sabe que está enredado en una trama más complicada que un episodio de telenovela—. Y como te descuides, pronto vuelves a estar en la selva.

Y ahí estaba él, maldiciendo en arameo, con la esperanza de que su sobrino tuviera la fortaleza de un héroe de leyenda, la necesaria para resistir los encantos casi sobrenaturales de su hija.

Con un suspiro, se marchó, dejándolo allí, plantado y con una expresión que bien podría competir en un concurso de "el más embobado del reino" al mirar a Tori.

—Mañana… ¡Ay, mañana! —exclamó Raven, no sin antes lanzar una mirada al cielo, como pidiendo clemencia, mientras se alejaba, pensando en el caos emocional que podría desatar la vuelta a casa de su hija.

Y, claro, en ese encuentro tan esperado, pero a la vez temido, con Raider. Un tipo que, hasta ahora, había sido más esquivo que un político en época de escándalos, permaneciendo en las sombras, manejando los hilos de su tratamiento, pero sin dar la cara.

Por el bien de Tori, decía.

Pero la situación dejaría de ser la misma, y el encuentro no podía dilatarse más: la rehabilitación debía comenzar, sí o sí.

Un encuentro que prometía chispas, fuegos artificiales emocionales y quizás el inicio de una historia que, sin duda, daría para escribir un libro… O dos, o hasta una trilogía, si es que el drama se ponía interesante.

¿Qué diablos pasaría cuando finalmente se vieran las caras?



Capítulo 12

Tori, con los ojos como platos de la emoción y el corazón a punto de salirse del pecho, no podía creerse que, por fin, después de tanto tiempo, un tiempo que le había parecido una eternidad, estuviera de vuelta en el acogedor y conocido ambiente de su hogar.

Por fin, suspiraba para sus adentros cuando su padre la bajaba del coche y la sentaba en la silla de ruedas, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro, una sonrisa que había estado ausente durante demasiado tiempo.

Estaba del hospital hasta el mismísimo cogote, sinceramente harta hasta la médula de ese olor a antiséptico que se te mete en la nariz y no hay manera humana de sacarlo, y de ese incesante pitido de máquinas que parecían tener más vida que algunos de los que estaban allí, máquinas que, por más que lo intentabas, no te dejaban pegar ojo ni a tiros.

Y eso que, al menos la noche anterior, había tenido un pequeño respiro y comió como una auténtica reina, todo gracias a Piero, claro.

Vaya, vaya, ya podía haberlo sabido antes…, pensaba, masticando cada bocado como si fuera el último.

Pero no, a ella no le contaban nada, como si de repente se hubiera convertido en la protagonista de alguna novela de misterio barata en la que nadie te dice ni mu, y por alguna razón inexplicable tenía guardaespaldas siguiéndola a todas partes, pero bueno, misterios de la vida.

Para que no te escapes, seguro.

Sí, debía ser eso…

Ni siquiera se atrevían a chistar sobre el accidente, ya que estamos.

¿Por qué?, se preguntaba. *¿Acaso piensan que me va a dar un patatús o algo por el estilo?*

Su familia, tenía que admitir, aunque le costase, era un ejemplar único en su especie.

—¿Habéis acondicionado la casa para mí? —preguntó, con una mezcla de sorpresa y

curiosidad que le hacía arquear una ceja, cuando su padre le soltó de sopetón que habían hecho mejoras en la casa, lo de la piscina nueva y la flamante sala de rehabilitación que la esperaban como si fuera la reina de Inglaterra.

—Por supuesto —respondió Raven, con una sonrisa que iluminaba el lugar, empujando su silla de ruedas con una delicadeza que rozaba lo ceremonial, como si transportara el más preciado de los tesoros.

O una bomba a punto de explotar, quién sabe.

—No sé si eso me gusta o me preocupa —confesó Tori, frunciendo el ceño ligeramente, con ese tono de quien no sabe si está ante un regalo o una trampa.

—¿Por qué te preocuparía? —indagó Chloe, caminando al lado de su sobrina, mostrando esa preocupación típica de quien quiere echar una mano, pero no tiene ni idea de por dónde empezar.

—No sé, se siente como si no tuvierais confianza en que lo voy a conseguir —dijo de repente, con la voz apagada, un tono que reflejaba la tormenta de dudas, miedos, y frustraciones que se agitaban en su interior.

Viendo lo inútil que se sentía y lo cuesta arriba que se le estaba haciendo todo, las cosas no pintaban precisamente color de rosa. Y hasta ella, en sus momentos más oscuros, dudaba de si lo lograría. Y no es que fuese una pesimista de esas que ven el vaso medio vacío y con una fuga, sino más bien realista, de esas que saben que no todo en la vida son unicornios y arcoíris.

En el hospital, los médicos y los diferentes terapeutas que la habían visto se habían encargado de bajarla de la nube con un golpe de realidad, dejándole claro, como había hecho su padre desde el primer momento, que el camino sería duro y que tendría que currárselo como nunca.

Lo haría, vaya que si lo haría.

Porque la idea de quedarse postrada en esa silla de ruedas… No, no quería ni pensarlo.

Ni en broma.

—Porque confiamos en ti es que preparamos todo —corrigió Raven con una firmeza que no admitía réplica—. No queremos que te sientas dependiente, sabemos que odias eso con toda tu alma, así que pensamos que estas mejoras podrían ser un empujoncito para que te sientas más cómoda y segura.

—Si es así, gracias —susurró ella, aunque no estaba del todo convencida, todavía luchando con sus propios miedos y expectativas.

—¡Media naranja! —exclamó Riley con una efusividad que rozaba lo teatral, irrumpiendo en la escena con la fuerza de un tornado desbocado, justo en el momento en que Tori cruzó el umbral de la puerta.

Su aparición fue tan repentina y llena de energía, como si hubiera estado esperando detrás de esa puerta específicamente para este momento (que era, precisamente, lo que había ocurrido), y ahora, al ver a Tori entrar por la puerta de la casa, corría hacia ella.

Casi se cae sobre la prima, y cuando digo casi, es porque fue un auténtico número de circo lo que vino a continuación.

Rebel, demostrando tener esos reflejos sobrenaturales dignos de un superhéroe de cómic, aquellos que solo se ven en las grandes pantallas o en las páginas ilustradas donde lo imposible se vuelve cotidiano, la cogió de la cintura con una destreza envidiable. La levantó en el aire como si pesase menos que una pluma arrastrada por una suave brisa primaveral.

Justo a tiempo, ni un segundo antes ni un segundo después, como si todo hubiera sido ensayado en una coreografía perfectamente sincronizada.

—Suéltame, idiota —gruñó ella, visiblemente irritada, comenzando a moverse con una exageración digna de una estrella de cine en plena escena de acción, intentando zafarse de ese abrazo de oso proporcionado por lo que ella consideraba un orangután con demasiado tiempo libre—. Capullo —añadió con un bufido, como si esa única palabra contuviera toda la esencia de su irritación acumulada.

—Que te has cargado la bienvenida —resopló Rebel, mirando al techo al cielo como si estuviera invocando paciencia a los dioses del Olimpo, lidiando con lo que claramente consideraba la peor de sus pesadillas recurrentes.

Su tono, cargado de sarcasmo y esa resignación que solo se adquiere después de años de convivencia con la misma persona, dejaba claro que este tipo de intercambios eran más comunes de lo que cualquiera desearía.

—Eres insoportable, ¿lo sabes? ¡Y casi le haces daño! —agregó con dureza, en un tono de "te soporto porque, al final del día, no me imagino la vida sin estas absurdas discusiones".

Lo cual era irónico, ¿no?

Lo que dijo Riley a continuación era algo que nadie sabía, pero apostaría a que algo bonito no era. La mujer tenía un repertorio de insultos más abundante aún que el de Tori. Lo cual era mucho decir…

Riley, al sentirse libre por fin, se abalanzó y abrazó a su prima con todo el amor que había acumulado durante su ausencia, un amor que parecía no conocer límites.

—Cuánto te he echado de menos, ¡esta noche duermes conmigo! —decretó, mirando a todos, desafiante, como si esperara que alguien se atreviera a llevarle la contraria.

Nadie lo hizo, por supuesto. Todos sabían que contra Riley no había argumento válido que valiera la pena.

Era una batalla perdida antes de empezar.

Riley suspiró de alivio. Y entonces, sí, como si acabara de recordar que había un guion que seguir en esta comedia improvisada, miró a los demás habitantes de La Mansión. Les hizo una seña con las manos, un gesto teatral y exagerado, como si fuera el director de orquesta de esta sinfonía de caos, diciendo sin palabras, pero con toda la intención del mundo: "¡Venga, ahora es el momento!"

—¡Bienvenida! —exclamaron, con una sincronización no exenta de cierto desajuste causado por la locura de Riley, los demás habitantes de La Mansión.

Sus voces se mezclaron en un coro algo desafinado, pero lleno de calidez y buen humor, después de que la loca de Riley, con su típica habilidad para convertir cualquier plan en un espectáculo, les fastidiase la sorpresa.

—¿Y…? —resopló Riley, con esa mezcla de impaciencia y expectación que la caracterizaba, como si estuviera al borde de su asiento, esperando el desenlace de su serie favorita.

Entonces Rain y Romeo, como dos magos sacando el conejo del sombrero, lanzaron el confeti, creando un momento de pura magia, de esos que te hacen creer, aunque sea por un segundo, en la posibilidad de lo imposible.

—¡Bienvenida a casa! —exclamaron de nuevo, esta vez con una efusividad renovada, como si el primer intento hubiera sido solo un ensayo y este fuera el verdadero espectáculo.

Entonces Riley, incapaz de contener su entusiasmo, saltó y tocó las palmas, como si fuera una niña que acaba de ver el regalo que más deseaba bajo el árbol de Navidad.

—Lo he adornado yo, ¿te gusta? —señaló con un orgullo casi palpable la exageración decorativa que había montado en la entrada.

Y no solo en la entrada, la casa al completo estaba transformada, solo que Tori todavía no había tenido el placer de descubrirlo.

—Me encanta —rio Tori.

—¿Veis? —rio Riley, triunfante y radiante de felicidad— Si es que nadie la conoce mejor que yo.

Desde luego, con Riley siempre se estaba en una montaña rusa de emociones, pero una cosa era cierta: con ella, la vida nunca era aburrida.

Uno a uno, los demás habitantes de La Mansión, ese lugar lleno de recuerdos y momentos compartidos, se acercaron a Tori para estrecharla en un gran abrazo colectivo, como si intentaran, con ese simple gesto, transmitirle todo el cariño y apoyo que ella necesitaba en ese momento. Era, sin duda, un regreso a casa que Tori no olvidaría fácilmente.

Entre risas y besos, llegaron hasta el salón y tomaron asiento después de preparar café para todos, creando un ambiente cálido y familiar que hacía mucho no sentía.

—¡Qué ganas tenía! —exclamó ella, soltando un gemido al degustar su tan ansiado café.

—¿Y tarta de galletas no te apetece? —preguntó Camila, con esa sonrisa pícara de quien sabe que está a punto de revelar la mejor de las sorpresas.

Tori abrió los ojos como platos, tan grandes y redondos que bien podrían competir con los de un búho sorprendido. Era esa mirada de incredulidad mezclada con la más pura de las esperanzas.

—¿Me has hecho tarta? —la incredulidad en su voz se mezclaba con un atisbo de emoción que

apenas podía contener.

—Dos, para que no te falte —dijo Camila, riendo ante la expresión de pura felicidad que adornaba el rostro de su sobrina—. Voy por ella… —dijo levantándose.

—Yo te preparé lasaña —intervino Beth, sabiendo que estaba a punto de anunciar el equivalente culinario a un abrazo para el alma de Tori. Sabía que era el plato que más le gustaba, una apuesta segura.

—¿Con mucho queso? —preguntó ella, a quien ya se le hacía agua la boca, y eso que no había pasado mucho tiempo desde que había desayunado, justo antes de marcharse del hospital, precisamente.

—Con doble de queso —aseguró Beth, como quien promete el doble de felicidad, el doble de sabor.

—Gracias, señor —gimió Tori, elevando sus palabras como una oración de gratitud, provocando la risa entre los presentes.

—Cualquiera diría que te tenían muerta de hambre —rio Romeo, añadiendo ese toque de burla afectuosa.

—Exactamente así era —dijo Tori, bufando—. Si no llega a ser por Piero… Por cierto —frunció el ceño, como quien se percata de un detalle previamente pasado por alto— ¿Por qué Piero…?

—¡Café! —exclamó Chloe de repente, interrumpiendo el flujo de la conversación con la urgencia de quien ofrece un salvavidas en medio de un naufragio.

Y todos se unieron a ella.

A la mierda, ya me la jugaron de nuevo, resopló Tori mentalmente, una mueca adornando su rostro en un intento de disimular su frustración.

Suspiró, dándose por vencida ante la evidencia de que, hasta que ellos quisieran, o un desliz traicionero se les escapara, no dirían nada.

Y se les escaparía, seguro. Porque, en este grupo, todos eran unos bocazas por naturaleza.

Pero a Tori era a quien no se le escapaba nada, como bien demostró al notar que había una taza más en la mesa.

—¿Y Sylvester? —preguntó entonces, marcando la ausencia de una presencia familiar, pensando que esa taza de más y esa silla vacía, eran, sin duda, para él. Era una pregunta cargada de curiosidad, un detalle que no pasaba desapercibido para una observadora nata como ella.

—¿Sylvester? Tenía médico con su mujer —respondió Rain, intentando esbozar una imagen de despreocupación, como quien comenta el tiempo o alguna trivialidad sin importancia.

Pero su tono, aunque casual, no podía ocultar completamente el rastro de tensión que se colaba entre sus palabras, como si detrás de esa explicación se escondiera algo más, un secreto apenas guardado bajo llave.

—Oh… —Tori dejó escapar un murmullo, mientras llevaba el café a sus labios— ¿Entonces por qué habéis servido un café de más?

Fue un instante, apenas una milésima de segundo, pero el mundo pareció detenerse.

Todo el salón se sumió en un denso silencio.

—Para mí. Ese café es para mí —una voz conocida, cargada de recuerdos y emociones, resonó en la entrada del salón, cortando el silencio como un rayo que quiebra el cielo en dos.

En ese momento, Tori sintió como si el suelo se abriera bajo los pies, como si todo su mundo, con sus certezas, sus rutinas y la falsa seguridad de lo cotidiano, se desmoronara.

Porque allí, justo en el umbral, como si fuera un fantasma del pasado hecho realidad, estaba Raider.



Capítulo 13

Tori, que se preciaba de ser todo menos una cobarde (y no, no empecemos a traer a colación esa noche en el pub, porque, vamos, ese apagón repentino habría hecho saltar de su asiento al más valiente), se encontraba en una de esas encrucijadas vitales que definen a los fuertes.

Y claro, como la valiente que era, o al menos pretendía ser, tomó las riendas de la situación con la determinación de un general en el campo de batalla.

—Raider… —lo saludó, aunque su voz delataba un ligero temblor, un nudo en la garganta que se negaba a deshacerse.

—Tori… —respondió él, deteniéndose frente a ella y, en un claro gesto de nerviosismo, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

Ahí estaba él, intentando no parecer tan ansioso por tocarla, por abrazarla. Pero, demonios, las ganas eran casi palpables, como una fuerza magnética que los atraía el uno al otro.

Esas mismas ganas que había sentido esos últimos días, observándola desde la distancia, deseando poder decirle lo orgulloso que estaba de ella: "Lo estás haciendo increíblemente bien y lo vas a lograr. Vas a volver a ser la de antes".

Pero bueno, antes de que el galán de Raider captara toda mi atención (y es que tener a un semidiós del Olimpo como él delante no ayuda a concentrarse), estaba contando que Tori, después de lograr pronunciar el nombre de ese hombre que había dejado una marca imborrable en su vida, y gracias al cielo lo hizo sin temblar, porque, vamos, sería bastante patético si no pudiera controlar ese detalle, hizo exactamente lo que se espera de alguien que no se considera cobarde.

Sí, salió disparada de allí.

Pero no literalmente, que no estamos en una película de acción. Recordemos que estaba en silla de ruedas. Pero no una cualquiera, eh, sino una de esas sillas eléctricas que son la envidia de cualquier peatón lento.

Y te preguntarás, ¿y por qué la llevaba su padre un rato antes si es eléctrica? Pues porque el hombre simplemente quería participar, quería sentir que hacía algo importante por su hija, no es necesario buscarle tres pies al gato.

En fin, allí estaba ella, la mujer cuyo corazón parecía querer escaparse a la carrera, lanzándose a la fuga.

Claro que a su modo, porque esas sillas, por muy modernas que sean, no es que se caractericen por su velocidad supersónica, no superan los cinco o seis kilómetros por hora.

Pero para Tori, en ese momento, fue su Gran Escape, su pequeña gran aventura, demostrando que el valor a veces se presenta de las maneras más inesperadas y, por qué no, a motor.

—¡Tori! —gritó Chloe, con la voz llena de sorpresa mientras intentaba seguir el ritmo de su

sobrina a toda velocidad.

Lo cual no era muy difícil, la verdad.

Y las demás mujeres, igual, se unieron al coro de exclamaciones. Y a la carrera.

—¡Pero qué manera de hacer una entrada es esa, hombre! —exclamó Romeo, con los ojos como platos y una sonrisa incrédula adornando su rostro.

—Mira que lo hemos ensayado veces, campeón —bufó Rain, sacudiendo la cabeza en una mezcla de desdén y afecto mientras se dejaba caer, de nuevo, en el sillón del que se había levantado, impulsado por el susto de la entrada triunfal de su hijo.

—¿Tienes complejo de actor o cuál es tu problema? —resopló Rebel, mirando a su primo con una mezcla de irritación y diversión, que no podía apartar la mirada de la carrera frenética de Tori en su silla.

—Si es que ya sabía yo… —gimió Raven, dejándose caer también, con un suspiro dramático, de nuevo, en la silla donde estaba antes de que el espectáculo comenzara— Ni coraza ni leches, ¡si eres un blandengue!

—¡Que os estoy escuchando! —ladró Tori mientras salía del salón, ahora con su tía al timón de la silla, guiándola con destreza.

—De verdad, tío —Rebel, sin poder evitarlo, le dio una palmada amistosa, pero firme, a Raider en el hombro—. Lo tuyo no es normal.

—Bueno, ¿y qué esperabais que hiciera? —Raider se giró cuando Tori desapareció de su vista y los miró a todos con una mezcla de frustración y desafío en su mirada— ¡Habéis puesto una taza más! Yo pensé… —resopló, ese error no era excusa— ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme ahí, escondido, sin salir y sin decir "¡Hola, estoy aquí"!?

Los demás se miraron unos a otros, compartiendo una mirada de complicidad y diversión ante la pregunta retórica de Raider.

—¡Sí! —exclamaron a la vez, como si hubieran ensayado esa respuesta en perfecta armonía.

—¿No se suponía que debías hacer exactamente eso? —preguntó Rain con su habitual calma, que contrastaba con el caos emocional del momento.

—Pero si, además, ¡todo fue idea tuya! —exclamó Romeo, agitando las manos en el aire con una expresión de incredulidad.

—Bueno, pues no pude —se defendió Raider, con un gesto de resignación y un deje de rebeldía en la voz.

—No, de eso ya nos dimos cuenta —se mofó Rebel, con una sonrisa burlona en los labios.

—Si ni siquiera puedes hacer lo fácil, ¡¿cómo demonios vas a enfrentarte a lo demás?! —exclamó Raven, perdiendo la poca paciencia que le caracterizaba.

—¿Lo fácil? ¡¿Lo fácil?! —Raider elevó la voz, sus ojos azules brillando con intensidad— Si

eso es lo fácil, ¡que venga Dios y lo vea!

—¿Pero cómo demonios no va a ser fácil que te quedes escondido un par de horas más, ¡si lo llevas haciendo dos semanas!? —exclamó Raven, alzando la voz hasta casi un grito, mostrando su frustración al límite.

—Ya, bueno… —carraspeó Raider, intentando recuperar algo de dignidad—. Pues no pude, y ya está —se dejó caer en el sofá.

—Señor… —Rebel soltó una sonora carcajada y se sentó en el sofá, al lado de su primo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rain, volviendo a la calma con una facilidad envidiable, como si estuviera acostumbrado a tomar las cosas con filosofía.

—¿Ahora qué de qué? —replicó Raider, confundido y un poco a la defensiva.

—Después de esta entrada apoteósica de mi hijo, que parece haberse dedicado en la selva a querer ser actor… Después de hacerla huir —miró a Raider—, ¿cómo demonios le vas a explicar que no solo estás aquí, sino que serás quien se encargue de su rehabilitación? —Rain planteó la pregunta con serenidad, como si estuviera discutiendo algo tan mundano como el tiempo.

—Pues fácil, ¡diciéndoselo! —declaró él, como si fuera la solución más obvia del mundo, listo para enfrentar el próximo desafío con una determinación renovada.

—Diciéndoselo… —repitió Raven, su voz, un susurro cargado de ironía y un leve toque de desafío.

Unos minutos después, Raider se encontró lamentando sus palabras impulsivas. ¿Cómo no iba a hacerlo?

En el fondo, lo que realmente anhelaba era…

—Quieto y parao —intervino el italiano, con un tono firme, pero calmado, cuando agarró a Raider por un brazo, impidiéndole girar sobre sus talones para escapar de la situación.

Al mismo tiempo, Rebel, siempre listo para echar una mano, lo sujetó del otro brazo, asegurándose de que no pudiera hacer otra de sus famosas escapadas.

Mientras tanto, Raven colocó sus manos sobre los hombros de su sobrino, como quien coloca un yugo sobre un toro salvaje, decidido a no dejarlo moverse.

Entonces, Rain, con esa serenidad que parecía ser su marca registrada, después de llamar con un par de toques suaves a la puerta de la habitación de Tori, donde todos se habían congregado, abrió la puerta con un gesto que rozaba lo ceremonial.

Y sin más preámbulos, y ciertamente sin ninguna delicadeza, Raven empujó a Raider dentro de la habitación.

—Diciéndoselo, ¿no? —bufó el médico, su voz cargada de sarcasmo—. Pues hala, a por ella, campeón —añadió, empleando el apodo que Rain solía usar con su hijo, pero esta vez teñido de un humor que no ocultaba el desafío implícito en la situación.

Allí estaba Raider, frente al desafío que él mismo había invocado, rodeado por sus familiares que, entre burlas y apoyos, lo empujaban a enfrentar lo que había estado evitando.

Y ahora, sin más dilación ni escapatoria posible, le tocaba actuar.

Tori abrió los ojos como platos, su mirada era un cóctel de sorpresa y ligero terror al verlo entrar en su dormitorio.

Las demás, por su parte, adoptaron una postura un tanto más diplomática; carraspearon, intentando disimular su incomodidad y, haciendo oídos sordos a las súplicas de Tori que decía "No, por favor…", al verles las intenciones cuando comenzaron a caminar lentamente hacia la salida, como quien abandona el barco antes de que comience la tormenta, salieron de la habitación.

—Ni se te ocurra —dijo Tori, clavando su mirada en su prima, con una mezcla de súplica y amenaza en su voz al ver que iba a seguir los pasos de las demás—. Porque te juro que dejamos de ser medias naranjas para siempre.

—Yo… —el arrepentimiento se palpaba en la voz de Riley, resonando con una sinceridad dolorosa—. Lo siento —dijo finalmente, antes de salir, también, de la habitación y cerrar la puerta tras de sí, dejando un eco de culpabilidad flotando en el aire—. Joder, nos va a odiar para siempre —gimió entonces, liberando el picaporte de la puerta con un gesto teatral y girándose hacia la congregación que había frente a ella, sus ojos buscando complicidad en el desastre que acababan de orquestar.

—¿Cómo creéis que se lo tomará? —suspiró Camila, con el doble de preocupación que el resto porque, al fin y al cabo, era su hijo el que se encontraba en el centro del huracán.



Mientras tanto, en el reino de lo íntimo y lo no dicho, dentro de esa habitación donde la puerta se había cerrado con un clic…

Tori y Raider, frente a frente, envueltos en un torbellino de emociones que había estado en pausa, esperando precisamente ese momento para desatarse.

—Tori… —susurró Raider.

Desde el instante en que había cruzado el umbral de esa habitación y había posado sus ojos sobre ella, el mundo exterior había perdido todo sentido para él.

Podría desplomarse el cielo, podrían desvanecerse las estrellas, pero lo último que él desearía contemplar, lo último que ansiaría grabar en su retina, sería a ella.

Y es que esos ojos, esos maravillosos y expresivos ojos color miel, esos ojos que había añorado en noches de insomnio y soledad, esos mismos ojos que habían protagonizado sus

sueños más vívidos y sus pensamientos más secretos, esos ojos, ahora, lo miraban fijamente.

Lo observaban con una mezcla de sorpresa, incredulidad y, ¿acaso, un destello de temor?

Una emoción que a Raider le desgarraba el alma ver reflejada en su mirada, como una daga clavándose en lo más profundo de su ser. Porque, si había algo que nunca había deseado, era ver ese brillo de miedo en los ojos de nadie, especialmente en los de ella.

Con un paso titubeante, intentó acercarse, buscando acortar la distancia que se había erigido entre ellos. Pero ella negó con la cabeza, como si con ese simple gesto intentara poner barreras a lo que alguna vez fue.

—¿Qué demonios haces aquí? —la voz de Tori, aunque temblorosa, estaba teñida de una acritud que golpeó a Raider como un puñetazo directo al estómago, dejándolo sin aliento.

La frialdad de sus palabras era un recordatorio doloroso de que su bienvenida no sería cálida, de que las cosas habían cambiado irremediablemente.

Pero, ¿qué esperaba, después de todo? ¿Acaso había imaginado un reencuentro diferente?

—¿Acaso no es evidente? —respondió él, con un suspiro. Elevó las palmas de sus manos hacia el cielo, como si buscara en el acto una suerte de redención, una absolución que sabía, en el fondo, no merecía.

—No, no lo es —la firmeza en la voz de Tori era un claro desafío, una barrera que se erguía firme entre ellos.

—Estoy aquí por ti —afirmó Raider, intentando transmitir con su mirada lo que las palabras no podían expresar.

Ignoró la risa irónica de Tori, esa risa que sonaba a derrota y sarcasmo, esa risa que partía su corazón en dos. Siguió mirándola, buscando en lo profundo de sus ojos algún indicio, alguna señal de que su presencia no le era completamente indeseable, de que quizás, solo quizás…

—Sobre todo por mí —replicó ella, su voz cargada de cinismo.

—¿Qué es lo que te resulta tan improbable? ¿De verdad crees que podría permanecer lejos sabiendo lo que te pasó? —la angustia era palpable en la voz de Raider.

—Ni siquiera tenías que haberte enterado —la respuesta de Tori fue un bufido.

—No seas idiota —bufó él a su vez, pasándose las manos por el pelo con una mezcla de frustración y desesperación.

¿Cómo podía ella pensar que algo así podría permanecer oculto para él? ¿Cómo podía creer que él simplemente se mantendría al margen, indiferente?

—Sí, lo fui y lo sigo siendo. Una idiota de primera —susurró ella para sí misma.

Porque, a pesar de todo, a pesar del tiempo y la distancia, había albergado la esperanza de que él volvería. Quizás no por ella, pero que volvería. Sin embargo, el tiempo había pasado, y él nunca regresó.

Pero ahora está aquí…, le recordó la voz de su cabeza.

Ahora es tarde, pensó.

Y, con un gesto casi inconsciente, desvió la mirada de ese hombre que ahora se presentaba ante ella, demasiado delgado, demacrado, una sombra del que alguna vez fue.

Desvió la mirada de esos ojos azules que, a pesar del tiempo, no habían logrado borrarse de su memoria, esos ojos que una vez le encantaba mirar, que la hacían sentir viva, deseada, amada.

Porque sí, siempre lo había mirado embobada, con el corazón latiéndole en el pecho con una fuerza desmedida, ese era el efecto que él siempre había tenido en ella.

Y, al parecer, lo sigue teniendo…

—No es así como me imaginé que nos reencontraríamos —suspiró él.

Ella volvió a mirarlo, enfrentándose una vez más a ese torbellino de emociones que Raider siempre había sabido despertar en ella.

—¿Pensaste alguna vez en eso? ¿En cómo sería? —sonaba escéptica.

Él sonrió con tristeza.

—¿Tú no? —preguntó entonces, desafiando con su mirada las barreras que Tori había construido alrededor de su corazón.

—Nunca —mintió ella, su voz apenas un susurro.

Entonces Raider, para sorpresa y para desgracia de Tori, sonrió todavía más.

—Mentirosa —la acusación de Raider fue suave, casi cariñosa.

Tori tragó saliva y desvió la mirada, intentando esconderse de ese brillo en los ojos de Raider, intentando protegerse de ese efecto que él siempre había tenido en ella, ese efecto que hacía que su corazón saltara cada vez que él sonreía.

—Es la verdad —dijo ella, a la defensiva.

—Supongamos que sí —dijo él entonces, encogiéndose de hombros con una resignación que parecía más teatral que genuina.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón, una acción que parecía buscar refugio en la familiaridad del gesto.

—A mí me alegra verte, Tori —sus ojos, una vez más, se encontraron—. Me alegra ver que estás bien.

Ella rio con ironía. Otra vez.

—¿Bien? —la pregunta de Tori estaba teñida de incredulidad— Estoy postrada en una silla de ruedas, ¡ni siquiera puedo ir al baño sola! ¿Eso es estar bien? —su voz, aunque cargada de amargura, no podía ocultar el dolor subyacente, ese sentimiento de impotencia y frustración que

la invadía.

—Es algo temporal —aseguró él, con confianza—. Créeme, te levantarás de esa silla más pronto de lo que crees.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? Ni mi padre ni los médicos que me vieron son tan optimistas —resopló ella.

—Porque el que te operó fui yo —dijo entonces él, dejando caer esa revelación como una bomba, esperando que ella lo mirase como lo hacía, con la sorpresa pintada en su rostro, con los ojos abiertos de par en par ante la incredulidad de lo que acababa de escuchar.

—¿Pero qué…? —Tori estaba atónita, su cerebro luchando por procesar la información, por asimilar la magnitud de lo que eso significaba.

Era como si, de repente, todas las piezas del rompecabezas empezaran a encajar, revelando una imagen que nunca había imaginado posible.

—Y el responsable de tu rehabilitación también seré yo. Y te juro, Tori, que haré lo que haga falta para que te levantes de esa silla y vuelvas a ser la de siempre —su voz era un juramento, una promesa cargada de determinación y un compromiso inquebrantable.

—¿De qué demonios hablas? —ella estaba confundida.

—La segunda cirugía a la que te sometiste, yo fui el cirujano a cargo y créeme, sé muy bien que te levantarás de esa silla, al menos por la parte que me toca. Ahora todo depende de ti. Y no te dejaré rendirte, Tori —era una declaración de guerra contra el destino, un desafío a cualquier pronóstico que no incluyese su completa recuperación.

¿Pero cómo demonios le habían ocultado algo así?

—¡No pienso aceptar que seas tú! —exclamó ella entonces.

Se rebelaba ante la idea de depender de él, de cualquier manera.

Él se encogió de hombros, un gesto que parecía restarle importancia a su negativa, como si ya hubiese anticipado su reacción y estuviese preparado para enfrentarla.

—No tienes opción —dijo, su voz dejando claro que no había margen para el debate.

Que esta era una batalla que ella no iba a ganar.

—¿Que no tengo opción? ¡Claro que puedo elegir a mi propio médico y negarme a que seas precisamente tú! —Tori estaba decidida a luchar, a negarse con todas sus fuerzas a aceptar una realidad que no había escogido.

Y tanto que lo haría, se negaría rotundamente.

Él se encogió de hombros nuevamente, una repetición del gesto que parecía ser su respuesta predilecta ante la obstinación de ella.

—Inténtalo, estás en tu derecho, como dices. A ver, primero, cuántos te dicen que sí. Créeme, no eres un caso fácil y ninguno quiere algo complicado. Y, segundo, de esos locos, que alguno

habrá, que quiera colgarse la medalla, a ver cuántos podrán cruzar la valla de La Mansión —su tono era desafiante, como si le estuviese lanzando un guante de desafío, invitándola a probar suerte en un juego donde las probabilidades estaban en su contra.

—¿Te quedas conmigo? —Tori estaba alucinando con lo que escuchaba, cada palabra de él era como un golpe que la dejaba más desorientada.

—No —dijo él con seriedad—. Solo te cuento cómo son las cosas —su aclaración era un balde de agua fría, una dosis de realidad cruda.

Y sin adornos.

—No me lo puedo creer… No podéis obligarme a aceptar esto. Hablaré con mi padre y…

—Tu padre fue el que me buscó —la revelación impactó en Tori como un meteorito, una verdad inesperada que la dejó sin aliento.

La palabra "traición" resonaba en su mente.

Y es que, efectivamente, lo era.

—No voy a prestarme a esto —negó ella con firmeza, su voz, un bastión de resistencia en medio del caos emocional que la embargaba.

Raider enarcó las cejas, un gesto que parecía mezclar sorpresa con un desafío tácito, como si la negativa de Tori fuese un ingrediente más en un juego del que solo él conocía las reglas.

—¿Te apuestas algo? —su pregunta flotaba en el aire, una invitación a un duelo de voluntades donde el premio, nada más y nada menos, era su futuro.

—¿Disfrutas con esto? —la pregunta de Tori destilaba incredulidad y acusación.

—¿Eso crees? ¿Crees que disfruto viéndote en una maldita silla de ruedas? —resopló— No, nena —la palabra "nena", ese apelativo cariñoso que solía usar con ella, se escapó de sus labios casi sin querer—. No disfruto verte así. Joder —exclamó, sacando las manos de los bolsillos y pasándoselas por el pelo con un gesto de frustración y desesperación—. ¡Odio verte así! Pero ahora mismo, lo entiendas o no, soy la única persona que puede ayudarte. ¿Tanto me odias como para preferir quedarte en una silla de ruedas para siempre en vez de tragarte tu orgullo y permitir que te ayude a salir de esta? ¿De verdad es así? ¿De verdad tu maldito orgullo puede más?

Ella apretaba los dientes con fuerza, luchando contra la marea de emociones que amenazaba con desbordarla, intentando a toda costa evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas.

—Yo…

—Aunque fuera así —la interrumpió él, sin dejarle terminar, cortando cualquier intento de respuesta—. No permitiré que lo hagas. Ódiame, Tori. Ódiame todo lo que quieras, ódiame como lo has estado haciendo hasta ahora. Más, incluso, porque te haré llorar. Te dolerá, querrás abandonar y no te permitiré hacerlo. Al contrario, haré que la terapia, en ese momento, sea todavía más dura. Te llevaré al maldito límite cada día, así que hazlo, ódiame. Insúltame, pégame, haz lo que te dé la gana, pero te juro que estoy preparado para ello y que ni dejaré que te

rindas ni yo me rendiré hasta que te levantes de esa silla de ruedas tú sola y ¡camines por tu propio pie! —exclamó, su voz un rugido cargado de determinación y frustración.

Tori abrió la boca, pero la cerró de nuevo, sin saber qué decir después de la avalancha de palabras que había soltado él.

—Así que prepárate, porque esta misma tarde empezaremos con tu rehabilitación —anunció Raider, como si ya todo estuviese decidido, como si no hubiese lugar para el debate o la negociación.

—Pero…

—No estoy pidiendo tu opinión, Tori. En esto, en tu rehabilitación, no tienes ni voz ni voto. Es mi trabajo, y créeme, sé muy bien cómo hacerlo. Así que prepárate para lo que viene, que no será un camino de rosas, precisamente —su tono era firme, inquebrantable, la voz de alguien que había tomado una decisión firme y no pensaba dar marcha atrás.

—No pienso…

—A las cinco en punto y ni un minuto más tarde, en la piscina —la interrumpió él de nuevo, cortando de raíz cualquier intento de protesta—. Y tranquila, puedes bajar a comer con los demás, no estaré, así que no tendrás que verme la cara. Pero eso será solo por hoy, Tori. Te tocará acostumbrarte a tenerme rondando por ahí en todo momento, porque me voy a convertir en tu maldita sombra, te guste o no.

—No estarás hablando en serio…

—Muy en serio, créeme —aseguró él—. Así que procura estar donde te diga, cuando te diga, Tori. No me hagas ir a buscarte, porque te juro que no me temblará el pulso para hacerte una zambullida forzosa en la maldita piscina si con eso consigo hacerte reaccionar. ¿Me has entendido?

Y sin esperar ninguna respuesta de ella, sin darle oportunidad de procesar todo lo que había dicho, de asimilar el desafío que le lanzaba, Raider giró sobre sus talones y abrió la puerta de la habitación.

Mientras tanto, fuera, en ese caótico corredor donde el drama se cocía a fuego lento, Raider, con una mezcla de resignación y sorpresa, resopló al presenciar la escena de quienes, con las orejas pegadas a la puerta como si de una misión de espionaje se tratara, casi terminan suelo por el susto cuando él la abrió de golpe.

Al cerrar la puerta tras de sí, un golpe sordo, como de algo estrellándose contra ella, resonó en el aire, asustando a todos los presentes.

Bueno, a todos excepto a Raider, que se lo veía venir…

Se dejó caer sobre la puerta cerrada como quien acaba de sobrevivir a una emboscada, soltando todo el aire que había retenido en los pulmones como si fuera el último suspiro de un héroe de acción después de la batalla final.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó Tori desde dentro de la habitación.

—¿Tenéis seguro de decesos? —preguntó Rebel, lanzando la pregunta al aire con una seriedad que, francamente, no le duró ni dos segundos antes de ser socavada por un humor negro que brotó sin poder contenerlo.

—¡No quiero volver a verte en mi vida! —exclamó Tori.

Todos los presentes miraban Raider, quien, resoplando y visiblemente frustrado, se alejaba de allí a grandes zancadas.

—Si no lo tenéis, contratadlo —dijo entonces Rebel, refiriéndose al seguro, soltando una carcajada sonora, incapaz de resistirse al placer culpable de encontrar diversión en medio del caos.

—¡Y a ti tampoco quiero verte! —exclamó Tori cuando Riley, en un acto que rozaba la valentía y la locura a partes iguales, intentó con toda la audacia del mundo entrar nuevamente en la habitación.

La pequeña, pero fiera mujer cerró la puerta del dormitorio con un golpe que sonó definitivo, lanzando una mirada a su primo que bien podría derretir acero, congelar lava y partir diamantes por la mitad.

—¡Y todo esto porque no se pudo esperar dos horas más! —recriminó Riley, refiriéndose a Raider, que ya no estaba por allí, con una intensidad en su voz que haría retroceder a cualquiera, incluso a aquellos acostumbrados a enfrentar tormentas y desastres naturales sin pestañear— ¡¿Pero no quedamos en que nos iba a dejar preparar el terreno?! —gritó.

—El terreno de un campo de minas, será —bufó el italiano, arrancando risas y un choque de cinco con Rebel, quien, a pesar de la tensión palpable, no podía evitar apreciar el humor tan acertado y punzante en medio del caos.

—Si es que… —bufó Riley, dejando la frase en el aire, como si las palabras adecuadas se le escaparan, perdidas en algún lugar entre la frustración y la incredulidad.

—Bueno… ¿Ha dicho que hoy empezaría con la rehabilitación? —preguntó Raven, asumiendo su papel de incitador oficial con una sonrisa traviesa en los labios, dispuesto a remover el avispero una vez más.

En ese preciso momento, como sacado de una de esas comedias televisivas, el móvil de Rebel zumbó en su bolsillo, rompiendo la tensión del ambiente con la sutil melodía de un mensaje entrante.

“¿Puedes ayudarme a tumbarme en la cama?”, decía el texto, tan simple y a la vez tan cargado de significado.

Rebel, con un suspiro que parecía llevarse parte del drama que los rodeaba, mostró la pantalla a los demás.

Chloe, impulsada por un instinto protector, hizo amago de moverse hacia la puerta, pero fue detenida por un muro de manos y miradas reprobatorias.

—Vamos a darle tiempo, mamá —dijo Rebel, su voz perdiendo por un momento su habitual

tono de broma para adoptar uno más serio, más empático—. No tiene que ser nada fácil para ella. Ni el que Raider haya vuelto, ni que la vea en esas condiciones y, mucho menos, enterarse de que fue quien la operó y que será él con quien tendrá que trabajar codo a codo —era evidente que se habían enterado de toda la conversación—. Si me quiere a mí en este momento, será mejor que vaya yo.

Y, dejándolos a todos con la boca abierta, Rebel entró en el dormitorio después de llamar un par de veces a la puerta, sin esperar a que su hermana le diese permiso para entrar.

Riley, observando la escena, no pudo evitar exhalar un suspiro profundo.

—Supongo que no es un crío, después de todo —admitió, encontrando en ese gesto una madurez que quizás había pasado por alto.

Chloe sonrió con orgullo, añadiendo silenciosamente su aprobación al gesto de Rebel, mientras Romeo frunció el ceño con rapidez, advirtiendo con la mirada antes de que Riley pudiera siquiera vocalizar un pensamiento.

—Ni se te ocurra —advirtió el italiano.

—¿Qué? —preguntó ella, genuinamente desorientada por la advertencia de su padre.

—Con el drama de estos dos es suficiente —dijo Romeo, refiriéndose a la saga de Tori y Raider, su tono, dejando entrever un hartazgo humorístico ante la idea de añadir más leña al fuego emocional.

—¿Pero qué dices? —replicó su hija, mirándolo como si acabara de proponer la idea más absurda del mundo, mientras Romeo solo podía bufar, resignado.

—Como si fuera la primera vez que un “enemies to lovers” funciona —murmuró más para sí mismo que para los demás.

—Se te va, papá, ¡se te va mucho! —exclamó Riley, ya caminando lejos, mientras Romeo, con una mezcla de esperanza y desafío, lanzaba al aire un “¡Eso espero!”.

—Tú, italiano de pacotilla, ¿qué tienes en contra de mi hijo? —preguntó entonces Raven, entrando en la conversación con la misma sutileza con la que un elefante entra en una tienda de porcelana.

—¿Yo? Nada —respondió el aludido— Solo que tiene prohibido mirar a mi hija más allá de… —dejó la frase sin terminar, pero el mensaje estaba claro como el agua: su hija era territorio vetado, una línea que no se debía cruzar bajo ninguna circunstancia.

—Lo mismo es ella quien lo mira así —intervino Rain, con la tranquilidad de quien lanza una bomba en medio de la sala y espera ver la explosión.

Su comentario, lanzado al aire con una inocencia fingida, hizo que todos se pararan en seco, girando la cabeza en una coreografía perfectamente sincronizada, que hubiera sido cómica de no ser por las circunstancias.

Padre e hija lo miraron con expresiones de horror, como si Rain hubiera sugerido algo tan

descabellado como que el cielo era verde y la gravedad una sugerencia más que una ley.

—¡¿Estás loco?! —exclamaron Riley y Romeo al unísono, horrorizados.

—¡Ni de coña! —declaró Romeo con firmeza.

—¡Jamás! —secundó Riley.

—¡Pues un partidazo que es mi hijo! —defendió Raven, su orgullo paterno herido por las insinuaciones.

—Pues hacen buena pareja, ¿no creéis? —preguntó Camila, con esa habilidad única para poner el dedo en la llaga y, al mismo tiempo, sonar como si estuviera comentando el clima.

Sus palabras, ligeras, pero cargadas de significado, flotaron en el aire, provocando una pausa colectiva.

—Yo creo que entre ellos ya… —comenzó Beth, su voz tejiendo insinuaciones en el aire.

—¿En serio? —preguntaron Camila y Chloe al unísono, sus voces mezclándose en una armonía de incredulidad y curiosidad. La sorpresa en sus rostros era un reflejo perfecto de la de los demás, como si Beth hubiera destapado una caja de Pandora llena de posibilidades que, hasta ese momento, nadie había considerado seriamente.

—Sí, ¿no os habéis dado cuenta de que…?



Capítulo 14

Esa misma tarde…

Raider se encontraba allí, de pie, absorto en un mar de pensamientos que lo anclaban al borde de la piscina cubierta. Era un lugar tranquilo, donde el eco de sus propios recuerdos parecía rebotar contra las paredes, llenándolo todo con un aire de nostalgia y una pizca de frustración.

La cristalera le ofrecía una visión distorsionada del mundo exterior, pero él estaba demasiado sumergido en su mente como para apreciar la vista.

Se pasó una mano por el cabello, un gesto que había adoptado inconscientemente cada vez que se veía atrapado en el laberinto de sus pensamientos. Los recuerdos se agolpaban, insistentes, como si quisieran recordarle momentos mejores, o quizás solo más simples.

Miró el reloj inteligente que llevaba en su muñeca, una pequeña maravilla de la tecnología que le recordaba constantemente que el tiempo no se detenía, ni siquiera para él. Un suspiro escapó de sus labios al ver la hora: las cinco y diez.

Se estaba haciendo tarde.

La duda lo invadió por un momento.

¿Iba a retarlo?

—Dice que no bajará.

La voz de Rebel, clara y ligeramente divertida, lo sacó de sus pensamientos. Raider cerró los ojos, asimilando la información.

Al parecer, sí iba a hacerlo.

Iba a retarlo.

El mensajero de su hermana había hablado, y la respuesta que traía no era la que Raider había esperado…

¿O quizás, en el fondo, sí?

Con un movimiento cansado, dejó caer la cabeza, un gesto de resignación ante la inevitable confrontación que se avecinaba. Había albergado la esperanza, por leve que fuera, de haber sido lo suficientemente claro en sus advertencias.

Pero el problema no residía en su claridad, sino en la obstinación de esa mujer, que parecía decidida a no facilitarle las cosas.

Cuando la única perjudicada por no hacerlo, no era otra que ella misma.

—Si es que sabía que no me lo iba a poner fácil —resopló, hablando más para sí mismo que

para Rebel.

La determinación comenzó a encenderse en sus ojos, una chispa de desafío ante la adversidad.

Si las cosas no podían solucionarse por las buenas, y ciertamente había dado a esa posibilidad su justo tiempo, entonces lo haría por las malas.

Raider se giró, enfrentándose a Rebel, cuya presencia había adoptado un aire de expectación mezclado con una curiosidad casi infantil. Negó con la cabeza, como si quisiera alejar las dudas o tal vez la leve sensación de culpa que le roía por dentro.

—¿Qué vas a hacer? —la pregunta de Rebel estaba cargada de una mezcla de preocupación y una curiosidad mal disimulada.

—Lo que le advertí que haría —respondió Raider, su voz firme, dejando claro que no había espacio para la duda o la negociación.

La decisión estaba tomada, y si ella creía que sus advertencias habían sido meras palabras al viento, estaba a punto de descubrir lo equivocada que estaba.

Y esa lección vendría con un precio, uno que Raider estaba dispuesto a cobrar.

Abrió la puerta que separaba la tranquilidad de la piscina cubierta del resto de la casa, decidido a poner fin a este juego de desafíos.

Un sonido peculiar escapó de Rebel, un híbrido entre un gemido de preocupación y una risa nerviosa, como si la situación le pareciera tan absurda como inevitable.

—Te odiará —rio, sin poder contener el humor que encontraba en la situación, a pesar de la tensión subyacente.

Raider se encogió de hombros, un gesto que hablaba de su aceptación del odio como un precio menor a pagar. Había llegado al punto de no retorno, y si el odio era el coste de poner las cosas en su lugar, entonces que así fuera.

—Como si no lo hiciera ya —su respuesta fue un murmullo cargado de resignación.

Subió la escalera de caracol, cada paso resonando con su determinación. Al llegar arriba, se volvió hacia Rebel.

—Encárgate de bajarme la silla de ruedas.

—¿Y tú…?

—Yo me encargaré de ella.

Y con esas palabras, Raider dejó claro que, independientemente de las consecuencias, estaba dispuesto a enfrentarlas.

Tori conocía a Raider como si fuera el reverso de su propia mano.

Si había alguien en este vasto y loco mundo que pudiera afirmar que lo conocía mejor que de lo que él se conocía a sí mismo, esa era Tori. Sin embargo, ahí estaba ella, metida en un

berenjenal de proporciones épicas, retando a Raider de una manera que ni siquiera ella lograba descifrar completamente.

¿En qué diablos estaba pensando para hacerlo?

Ni ella ni Riley podrían descifrarlo.

—Miedo me da… —soltó Riley, lanzando una mirada que oscilaba entre la preocupación y la incredulidad hacia Tori, quien permanecía impasible, casi desafiante, sentada en el borde de la cama. La habitación parecía contener la respiración ante la negativa que Rebel acababa de llevarle a Raider, como si presintiera la tormenta que se avecinaba.

—Bah… No puede obligarme a nada —replicó Tori con una mezcla de desafío y un intento fallido de sonar convincente.

—¿Lo dices porque de verdad lo crees o para convencerte a ti misma? —Riley la conocía demasiado bien como para comprar esa fachada de indiferencia.

Era como si pudiera leer entre líneas, identificando la mezcla de temor y terquedad en la voz de su prima.

Tori soltó un gemido, como si las palabras de Riley hubieran dado en el clavo.

—Como sea, no puede esperar que haga algo que no quiero. ¡Y menos con él! No entiendo cómo mi padre se ha prestado a esto —expresó, sintiéndose traicionada.

—Harían lo que fuera por salvarte, Tori —dijo Riley, su voz cargada de una mezcla de comprensión y tristeza—. No te imaginas lo mal que lo han pasado… Que lo hemos pasado todos —continuó, tomando la mano de su prima para darle un apretón afectuoso—. No puedes echarles, echarnos —matizó— en cara que queramos lo mejor para ti. Y el mejor, te guste o no, es él.

—Habrá perdido hasta práctica allí, en medio de la selva —bufó Tori.

Riley, incapaz de contener una carcajada, asintió con la cabeza.

—Demasiado mal lo habrá pasado. Está demasiado delgado, ¿no te parece? —su tono denotaba una preocupación genuina.

No era solo la apariencia física de Raider lo que había cambiado; era la sombra de lo que alguna vez fue, un recordatorio de las duras pruebas que había enfrentado.

Pero para su corazón seguía siendo el mismo.

—Y eso que no lo viste cuando llegó —continuó Riley, con un tono que oscilaba entre la pena y el asombro—. Me dio pena verlo, es evidente que no lo ha pasado nada bien.

—Sarna con gusto… —comenzó Tori, su comentario teñido de un cinismo mordaz.

La puerta de la habitación se abrió de repente.

—No pica, pero mortifica —Raider completó el refrán que Tori había dejado colgando en el aire.

—¿Pero qué demonios…? —Tori apenas pudo articular las palabras, su sorpresa evidente ante la repentina aparición de Raider.

—¿Sabes? —dijo Raider, clavando sus ojos en los de Tori, una mezcla de desafío e intensidad reflejada en su mirada.

Su aproximación era medida, cada paso calculado con la precisión de un cazador cerrando la distancia con su objetivo.

La tensión en el aire era palpable, como si estuvieran actuando en el clímax de una telenovela dramática, con Riley intuyendo el inminente enfrentamiento, retirándose rápidamente del escenario, dejando a Tori y Raider solos en esta danza de miradas entrecruzadas.

Raider sonrió, un gesto cargado de significados ocultos, mientras se situaba delante de Tori.

Cerca.

Tan cerca que la electricidad parecía arder entre ellos.

Su sonrisa se amplió, deleitándose en la reacción de Tori al intentar, en vano, poner distancia entre ellos, una maniobra imposible dada la proximidad invasiva de Raider y la condición física de ella.

Las manos de Raider, firmes y decididas, encontraron su lugar en el colchón, enmarcando las caderas de Tori en una suerte de cautiverio suave, pero implacable. La cercanía era tal que no solo compartían aliento, sino que también podían sentir el pulso del otro, latidos acelerados resonando en un compás frenético.

—Me gusta más el refrán que dice “El que avisa no es traidor” — murmuró Raider, manteniendo esa distancia ínfima, respirando el aire que escapaba de los labios de Tori.

Raider mantuvo la cercanía, un desafío palpable en el aire, hasta que la tensión entre ellos se volvió insostenible.

Fue entonces cuando decidió actuar, transformando el momento en una escena de pura adrenalina.

Lo que siguió ocurrió en una secuencia vertiginosa, como si el tiempo se acelerara solo para ellos.

En un instante, Tori estaba sobre la cama, y en el siguiente, encontró su mundo volteado, ahora en los brazos de Raider, quien parecía indiferente a cualquier protesta que ella pudiera tener.

—¿Pero qué haces, neandertal? ¡Bájame! —gritaba Tori con toda la fuerza de sus pulmones, su voz resonando en cada rincón de La Mansión.

Riley, igualmente alarmada, se unió al clamor.

—¡Raider, por dios! ¡Bájala!

Pero Raider tenía otros planes, y estos incluían descender las escaleras con Tori en sus brazos,

provocando una conmoción que sacudió a todos los presentes y residentes de La Mansión, incluso al gato, que, asustado por los gritos, huyó a toda prisa hacia el jardín.

—¡Raider! —exclamó su madre, visiblemente sorprendida al verlo completar su descenso con Tori todavía entre sus brazos— ¿Pero se puede saber qué estás haciendo?

—¡Suéltame! —Tori luchaba, golpeando y retorciéndose en un intento desesperado por liberarse, una lucha que casi termina con ella en el suelo si no fuera por un instinto de agarre que la llevó a aferrarse al cuello de Raider.

Ese gesto, esa búsqueda instintiva de seguridad en medio del caos, arrancó una sonrisa de Raider, un reconocimiento silencioso de que, a pesar de todo, aún había confianza entre ellos.

El contacto cercano, con los cuerpos presionados el uno contra el otro, sus alientos mezclándose, provocaba una tormenta de sensaciones en Raider, quien se encontraba a la vez divertido y torturado por la situación que había creado.

—Lo ha retado —explicaba Rebel, bajando las escaleras con la silla de ruedas, su comentario sirviendo como una especie de epílogo a la escena que se había desplegado ante ellos.

La respuesta de Camila, un simple "Ah…", y el suspiro resignado de Beth revelaban una mezcla de exasperación y anticipación ante lo que estaba por venir.

Divertidos y preocupados a partes iguales, todos encaminándose hacia la piscina para ver el desenlace de esta peculiar confrontación.

—¡Que me bajes ahora mismo! —seguía exigiendo Tori, elevando su voz en un crescendo de miedo, aferrada a Raider como si su vida dependiera de ello.

—¿Que te baje? —preguntó Raider, con esa voz suya que parecía siempre estar en el límite entre el desafío y la pura diversión.

La pausa que siguió fue suficiente para hacer que Tori reconsiderara su demanda.

Pero no lo hizo…

—Sí —dijo entonces, aunque una ligera duda había en su voz.

—Bien, parece que, por una vez, estaremos de acuerdo. Te bajaré, porque es ahí donde debías estar desde el principio, aunque quizás no de la manera que esperabas.

La confusión de Tori no tuvo tiempo de resolverse, ni de formular un plan B, antes de encontrarse cayendo a la piscina, todavía en los brazos de Raider.

Y fue en los brazos de él, que no la soltó ni por un instante, que los dos emergieron a la superficie. Ella tosiendo, medio ahogándose, por la cantidad de agua que había tragado.

—Tranquila, nena —dijo Raider mientras dejaba que ella se agarrase a él como si fuera su salvavidas, su faro en la tormenta, su… Bueno, ya entiendes—. Estás conmigo, no te pasará nada.

Él…

Tori entonces lo miró, con ganas de degollarlo.

Si sus miradas pudieran matar, Raider ya estaría en el fondo de esa piscina.

—¡¿Te parece gracioso?! —exclamó y volvió a toser, como si su cuerpo todavía no decidiera si estaba más enojada o más ahogada.

Raider sonrió todavía más, si es que eso era posible, y, para sorpresa de Tori, la agarró con un solo brazo por la cintura, pegándola por completo a él mientras levantaba la otra mano, sacándola fuera del agua.

Entonces, con un gesto cariñoso, le quitó el pelo mojado de la cara y la peinó un poco, como si estuvieran en medio de una cita romántica y no de un intento de natación forzoso.

Ambos se habían quedado en ese momento, sin ser conscientes de los carraspeos y las toses que había a pie de piscina, de aquellos que estaban allí, mirando para todos lados, sin saber dónde meterse ante tal escena digna de una comedia romántica.

—¿Qué haces? —preguntó ella en un susurro tembloroso, como si de repente el mundo exterior se hubiera desvanecido y solo quedaran ellos dos y esa piscina que había sido testigo de su peculiar baño.

Y solo entonces siendo consciente del cuerpo de él.

Porque antes, con el susto, ni tiempo le había dado a ser consciente de nada, ni del agua, ni de la temperatura, ni mucho menos de cómo Raider la sostenía.

¿Qué hacía?

Eso mismo se preguntaba Raider, quien bajó la mano con que la había tocado porque le temblaba, no sabía si por el frío del agua o por la electricidad del momento.

—¿Se te va la cabeza o qué? —preguntó ella, retorciéndose entre sus brazos, como intentando escapar y quedarse al mismo tiempo.

Raider gimió y se movió lo necesario para poder hablarle al oído, para que solo ella lo escuchara, en un susurro que era más íntimo de lo que cualquiera de ellos hubiera anticipado.

—Cuidado dónde tocas, nena. A ver si te vas a llevar una sorpresa, y no me hago responsable de las consecuencias.

Cuando Raider se separó de ella y la miró a los ojos, después de escuchar su grito ahogado, soltó una carcajada al ver la cara de horror de Tori, con los ojos abiertos como platos y la mandíbula igual, como si acabara de ver un fantasma en lugar de su rostro burlón.

Sin dejarla reaccionar, Raider nadó con ella y la acercó al borde de la piscina. Cogiéndola por la cintura, la sentó en el borde con una facilidad que dejaba claro que no era la primera vez que manejaba este tipo de situaciones… O personas, con tanta destreza.

—Lleváosla, no quiero que coja frío —dijo mirando a los demás, que lo miraban, también, con los ojos como platos.

No era para menos después de presenciar una escena que parecía sacada de una novela de romance y acción.

—¡Serás…! ¡Serás capullo! —tartamudeó ella mientras se dejaba coger por Romeo y Rebel, que la sentaron en la silla de ruedas, todavía en shock, todavía procesando lo que acababa de pasar.

—Creo que ya te has dado cuenta por qué será mejor que no pongas más a prueba a este capullo —comenzó Raider, plantándole una mirada firme, penetrante.

Había un brillo especial en su mirada, uno que dejaba entrever que, a pesar de todo, no había malicia en sus acciones, solo un deseo perverso, complicado, casi imposible de descifrar, de protegerla, incluso de ella misma, como si fuera su misión personal en la vida.

—Lucharé contigo misma si es necesario, Tori, pero te vas a recuperar, te lo aseguro. No me pongas de nuevo a prueba, porque te aseguro que soy bastante terco y estoy dispuesto a llegar hasta el fin del mundo con tal de verte bien.



Capítulo 15

Esa misma noche, mientras la luna se asomaba con timidez entre las nubes, unos gritos desgarradores rasgaron el silencio de La Mansión, arrancando a Raider de los brazos de Morfeo.

Se levantó de un salto de la cama, como impulsado por un resorte, con el corazón golpeando su pecho, sabiendo, con una certeza que le helaba la sangre, a quién pertenecía ese timbre de voz que rompía la noche.

—¡No! ¡Ayúdame! —resonaban esas palabras, cargadas de un terror que no necesitaba imagen alguna para ser palpable.

Sin perder ni un segundo, Raider entró en la habitación de Tori sin siquiera llamar, violando todo protocolo de privacidad, pero ¿qué importaba eso frente a la urgencia del momento?

La encontró retorciéndose en la cama, en una danza macabra con sus propios demonios, como si las sombras de la noche se hubieran materializado solo para torturarla.

Con movimientos que denotaban una mezcla de desesperación y cuidado, Raider destapó la cama lo suficiente para hacerse espacio, se sentó en ella y cogió a Tori por las axilas, levantándola con un ímpetu protector hasta poder rodearla con sus brazos, creando un refugio improvisado bajo la manta.

Tori estaba empapada en sudor, su piel ardía al tacto, un claro indicador de la fiebre que su cuerpo combatía.

En esa postura fue como los encontraron los demás.

Raider, con la paciencia de un santo, le susurraba a Tori para tranquilizarla.

—Tranquila, nena. Solo es una pesadilla —intentaba transmitirle calma.

—¡Ayúdame! —exclamó ella, aunque esta vez su voz sonó menos fuerte, como si incluso en su sueño, la presencia de Raider comenzara a ofrecerle un faro de esperanza— ¡Por favor, ayúdame! —sollozaba.

—¿Pero qué demonios…? —preguntó Raven, no pudiendo evitar la sorpresa ante la escena que se desplegaba ante sus ojos.

—¿Tiene una pesadilla? —preguntó Rain, y su hijo asintió con la cabeza mientras seguía intentando que su voz, y su presencia, se filtraran a través del caos que asolaba el subconsciente de Tori.

—Cariño… —Chloe se acercó a la pareja, su mano deslizándose con ternura sobre el rostro de su sobrina.

—Zev —sollozó ella, todavía en las garras del sueño, su voz un hilo frágil.

—Estoy aquí, nena —dijo él, su voz sonando segura, intentando transmitirle esa seguridad que tanto necesitaba.

—No me dejes —rogó ella.

—Ay, dios mío —lloró Riley al escucharla, sus ojos llenándose de lágrimas, su mano cubriendo su boca en un vano intento de contener los sollozos que amenazaban con escapar.

Tanto Beth como Romeo se apresuraron a consolar a su hija, pero alguien se les adelantó.

—Está bien —dijo Rebel con una voz que intentaba ser reconfortante, escondiendo a Riley entre sus brazos, un gesto protector y lleno de entendimiento—. Es normal después de todo lo que ha pasado, no te asustes.

El cómo su hija se aferró con fuerza a Rebel no pasó desapercibido para Romeo, y lanzó una mirada a su mujer, Beth, quien sonrió ante la escena.

Romeo solo pudo poner los ojos en blanco, pensando en la cantidad de canas que ese par prometía regalarle.

—Por favor, no me dejes —seguía implorando Tori, su voz, un murmullo cargado de miedo.

—No lo haré —dijo él, y en su voz resonó la firmeza de un juramento, una promesa inquebrantable.

La mirada de Raven se encontró con la de Raider.

—No te dejaré —volvió a jurar Raider, sin dejar de mirar a su tío, reafirmando su promesa no solo a Tori, sino a todos los presentes.

—No quiero morir —susurró ella.

Tori, finalmente, se abrazó con fuerza a Raider y, poco a poco, para alivio de todos los demás, su respiración se fue haciendo más profunda y regular, un indicativo de que había vuelto a sumergirse en un sueño, esperemos, más tranquilo.

—¿Podéis traer un paño y un cubo de agua tibia? Creo que tiene un poco de fiebre —pidió Raider, preocupado.

Fue Rain quien se encargó de la tarea, y no tardó en volver con lo solicitado. Chloe, con manos que temblaban ligeramente por la emoción contenida, colocó el paño sobre la frente de Tori, y un momento después, eso pareció ayudarla.

Entonces, Raider les hizo un gesto con la mano, pidiéndoles que se marchasen a dormir, que él se quedaría vigilando el sueño de Tori.

—Pero y si tiene otra pesadilla… —se quejó Chloe, su voz cargada de una preocupación que no quería dejar espacio a la razón.

—Tranquila, Raider no la dejará sola —dijo Camila, su voz impregnada de, sabiendo, sin lugar a dudas, que sería así.

—Pero… —intentó protestar Chloe, aferrada a su preocupación.

—Vamos, cariño —Raven cogió a su mujer de la mano en un gesto tierno—. Al final se va a despertar y será peor. Dejémosla descansar.

Chloe no estaba del todo convencida, pero terminó cediendo, saliendo de la habitación como los demás.

Dejando a Raider allí, convertido en el guardián silencioso de los sueños de Tori.



—Está bien —anunció Raider al entrar en la cocina, donde los ojos de todos se clavaron en él, buscando en su expresión alguna pista antes de que sus palabras llegaran a confirmar o desmentir sus temores—. Duerme plácidamente y no tiene fiebre.

—Decía que la salvases. Que no quería morir… —suspiró Romeo, dejando que las palabras flotaran en el aire, cargadas de la tristeza y el peso de los recuerdos de Tori que, como fantasmas, parecían no querer dejarla en paz.

—Recordando el accidente —dijo Rain, su voz no tenía lugar para dudas, era una afirmación.

—Sí —confirmó Raven, asintiendo con la cabeza mientras servía una taza de café a su sobrino, quien se había sentado a su lado en busca de consuelo en el ritual familiar de compartir una bebida caliente—. Lo extraño es que no le haya pasado antes —suspiró con pesar, como si las palabras llevaran consigo el peso del mundo—. Aunque según la psicóloga que la vio, el estrés postraumático puede permanecer dormido hasta que algo lo desencadene.

—No es extraño —intervino Romeo, su voz llevaba el matiz de quien ha navegado por esos mares tormentosos de la mente—. La mente intenta protegernos, borrar los recuerdos que nos hacen daño. Pero esos recuerdos no se evaporan, se quedan ahí, latentes, agazapados en las sombras, esperando el momento, consciente o inconscientemente, para volver y torturarnos.

—Solo hace falta una chispa para que todo eso prenda —acotó Rain, apoyando las palabras de Romeo, como si entre ambos tejieran una red de entendimiento sobre la fragilidad y complejidad del ser humano.

—¿La vuelta a casa? ¿Yo? ¿El ponerla entre las cuerdas con la rehabilitación? —la voz de Raider destilaba duda, como si, de repente, el peso de ser la posible chispa lo abrumara.

—No es tu culpa —dijo rápidamente Rain, queriendo disipar cualquier sombra de culpa que pudiera nublar el juicio de su hijo.

—Es algo que ha vivido, que le ha marcado y, por desgracia, le ha dejado secuelas no solo mentales, sino también físicas —Romeo trató de poner las cosas en perspectiva, hablando con la autoridad que le daba su experiencia—. Tarde o temprano, el miedo y todo lo que está sintiendo habría salido a flote.

—No me gusta verla así —Raider soltó un suspiro—. Y tampoco sé cómo evitar que…

—No puedes —le aseguró Raven—. ¿Crees que de poder, yo no lo evitaría? —sus palabras no

buscaban herir, sino abrir los ojos a una realidad dolorosa, pero necesaria.

—No puedes hacer más que lo que hiciste: estar pendiente de ella y brindarle tu apoyo cuando te necesite —concluyó Rain.

—¿Entonces por qué me siento tan inútil? —preguntó Raider, pesaroso.

—Es lo que tiene caer en las redes del amor, amigo —bromeó Romeo, lanzándole un guiño cómplice y desenfadado.

—Yo no estoy…

—¡Venga ya, hombre! —el italiano soltó una exhalación teatral, interrumpiéndolo— No intentes vendernos la moto, Raider, que te conocemos. No la has olvidado.

Raider torció el gesto, una mezcla de resignación y sorpresa pintada en su rostro.

—¿Tan evidente es? —soltó la pregunta al aire, girándose para escrutar las caras de los presentes, que hicieron todo un ritual de miradas cruzadas antes de fijar sus ojos en él.

—¡Claro que sí! —exclamaron al unísono, como si de un coro afinado se tratase.

—Nunca has podido ocultar tus emociones cuando se trata de ella—intervino su padre con una sonrisa socarrona—. Cada vez que ella entraba en la habitación, tu cara se iluminaba como el árbol de Navidad más ostentoso de la ciudad…

—Y los celos que te comían vivo cuando los demás merodeaban a su alrededor —rio Romeo, su memoria viajando a episodios memorables—. ¿Recordáis aquella vez que convenció a todo el colegio de que Tori era portadora de una enfermedad extremadamente contagiosa solo para mantenerlos alejados? —Romeo soltó una carcajada que resonó en la habitación, recordando cómo Tori lo persiguió por todo el patio, jurando que le retorcería el pescuezo.

—¡Eh, que eso dolió en su momento! —se quejó Raider, entre risas y un ligero rubor en las mejillas, sintiéndose un poco avergonzado al traer esos recuerdos a la superficie.

—Nunca has sido realmente bueno ocultando tus sentimientos por mi hija —Raven asintió, compartiendo la opinión de los demás—. Ella ha sido, curiosamente, la única que no ha sido capaz de ver lo obvio que era para el resto de nosotros.

—Y aún sigue en las nubes —apuntó Rain con un tono de voz ligeramente resignado.

—Sí… Increíblemente perspicaz para tejer historias y enredos románticos en papel, pero cuando se trata de la vida real… —Raven dejó la frase colgando en el aire, como quien lanza un anzuelo esperando que alguien muerda el cebo.

Y hablando de historias…

—Últimamente no ha escrito nada, ¿verdad? —preguntó Raider, evidenciando que, aunque no la había visto en persona, su radar de preocupación seguía activo, vigilándola desde la sombra.

Su padre negó con la cabeza, una sombra de preocupación cruzando su rostro.

—Y le vendría bien, ¿sabes? —intervino Romeo, pensativo—. Ayudarla a desatar esos nudos

que lleva dentro y que ni ella misma sabe deshacer.

—¿Como ayudarla a recordar qué fue lo que pasó aquella noche? —inquirió Raider.

De repente, un silencio cargado de significado se apoderó de la sala, como si las palabras hubieran abierto una caja de Pandora que todos temían explorar.

—¿Se sabe algo de eso? —preguntó Raider, lanzando una mirada inquisitiva alrededor, notando cómo el silencio se apoderaba del ambiente, como si todos los presentes se hubieran tragado sus lenguas.

—No —respondió Rain finalmente, rompiendo el silencio con una voz cargada de incertidumbre—. Solo son suposiciones, llámalo presentimiento, pero la verdad es que no tenemos nada concreto en las manos.

—Lo mismo solo fue un accidente —dijo Raider, intentando inyectar un poco de optimismo a la conversación, prefería aferrarse a esa idea antes que empezar a imaginar que hubiera algún tipo de premeditación siniestra detrás de todo.

Rain se levantó y, después de un breve momento que parecía eterno, volvió al grupo con tres girasoles en la mano, como si fueran trofeos de un mundo más amable y soleado.

—¿Qué es esto? —preguntó Raider, cogiéndolos con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Hoy han vuelto a llegar —dijo Rain con un tono que insinuaba más preguntas que respuestas—. Lee la nota.

Raider, con un gesto de confusión dibujado en el rostro, desplegó la nota que colgaba de los girasoles como una bandera de misterio y la leyó en voz alta.

—“Lo siento” —miró a los mayores, buscando alguna clave en sus expresiones, algún indicio que despejara la bruma de confusión—. ¿Pero qué demonios significa esto?

—Hasta hoy mismo te podría haber dicho, como antes, que podría ser un accidente, aunque tuviese la sensación de que algo no encajaba del todo bien en el rompecabezas —admitió Rain, como si estuviera revelando un secreto guardado bajo llave—. Pero después de esto… —su voz se apagó, dejando un rastro de dudas suspendidas en el aire.

—¿Qué exactamente no cuadra? —quiso saber Raider, su curiosidad ahora transformada en una sed insaciable por respuestas, como si cada palabra de Rain fuera una pista en un laberinto sin salida.

—Todo cuadra y, en realidad, no cuadra nada. A esa hora, cualquier sombra podría haberla asustado y haberle hecho perder el control del coche, pero no sé… Además, ella no dejó de repetir a los equipos de emergencia que la rescataron: “Había alguien”, “He atropellado a alguien” como un mantra obsesivo.

—Pero allí no había nadie —dijo Romeo, sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal—. Llámame exagerado, pero yo también tengo la sensación de que hay algo más, algo que se nos escapa, como arena entre los dedos.

—No sé cómo, pero estoy convencido de que ese accidente no fue tal. Y lo de los girasoles me hace sospechar todavía más. Se los envió en la ciudad —lo sabían por Riley, porque aunque ella prometió mantenerlo en secreto, no le gustó y se lo contó a su padre—. Se los envió aquí, y hasta llegamos a pensar, aunque solo por un momento fugaz, que podrías ser tú —Rain recordó cómo se lo habían preguntado la noche que le contaron todo y cómo él, Raider, lo había negado—. Y ahora, justo el día que vuelve a casa, los envía de nuevo. Como si quisiera marcar cada uno de sus pasos con esas flores.

—¿Me estáis diciendo que alguien la vigila? Y que la está vigilando de cerca, ¿no? ¿Me estáis diciendo que pudo ser un accidente provocado? —se le helaba la sangre— ¡Vamos, no me jodáis! —un miedo aterrador se hizo cargo de su cuerpo— Realmente no estabais exagerando al ponerle guardaespaldas —Raider recordó su incredulidad inicial cuando le hablaron de los ex-mafiosos contratados para protegerla.

En su mente, esa medida había parecido excesiva, pero ahora empezaba a reconsiderar su posición.

No lo entendía completamente, o tal vez prefería no hacerlo, bastante tenía ya con la presión de la cirugía que tendría que llevar a cabo. En el fondo, pensaba que, cuanto más protegida estuviera, mejor sería para todos.

—Sabe que ha vuelto a casa. Si es así, es porque ha estado vigilándola incluso en el hospital. ¿Y un “Lo siento”? —preguntó Raven, cuyo instinto le decía que nada de esto presagiaba algo bueno.

—¿Lo siente? ¿Qué es exactamente lo que siente? —Rain sacudió la cabeza, como intentando despejar las dudas, pero sabía que estaban atrapados en una red de suposiciones sin salida.

—¿Estamos hablando de un acosador? —la pregunta salió de la boca de Raider casi como un disparo, una mezcla de incredulidad y temor vibrando en su voz.

A Raider, por un momento, le pareció que el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

Pensar que alguien pudiera estar obsesionado al punto de dañar a Tori era algo que no podía, no quería, asimilar.

Joder, al principio no quiso creerlo, convencido de que todos exageraban, que veían sombras donde no las había.

Pero ahora, la situación estaba empezando a asustarlo de verdad y entendía por qué su padre y sus tíos tenían sus sospechas.

La idea de un desconocido enviando girasoles, vigilando cada movimiento, sabiendo cada paso que daba Tori, se le antojaba como sacada de una pesadilla de la que no podían despertar.

—Pero seguimos sin pruebas, navegando en un mar de conjeturas —resopló Rain.

—Y hasta que ella no recuerde —apuntó su padre—, estamos atados de manos, sin poder avanzar.

—No creo que tarde en hacerlo —comentó Romeo con un tono de esperanza—. Si su mente

ha empezado a mostrarle algo, con el estrés al que estará sometida las próximas semanas…

—Puede ser una bomba mental a punto de explotar —dijo Rain, asintiendo, compartiendo la misma línea de pensamiento.

—¿Y mientras tanto qué hacemos? ¿La mantenemos encerrada en casa? ¿Es eso lo que estás sugiriendo? —la pregunta de Raider sonaba a frustración, a la desesperación de sentirse atrapado entre la espada y la pared.

—Exactamente eso —dijo Rain.

—Con la rehabilitación aquí, en casa, no tendrá por qué salir, no habrá necesidad —intervino su padre, intentando poner un punto de calma en medio del torbellino de emociones.

La lógica detrás de sus palabras era sólida, pero el tono sugería que incluso él sabía que era una solución lejos de ser ideal.

—Joder… —la palabra salió de los labios de Raider cargada de impotencia y una pizca de ira —. ¿Y no sería mejor decirle…? —la pregunta quedó suspendida en el aire, un eco del dilema moral y emocional que todos enfrentaban.

—No —lo interrumpió Raven con firmeza—, eso podría condicionar sus recuerdos, moldearlos a nuestra conveniencia sin querer.

—Pero tarde o temprano lo tendrá que saber, no podemos simplemente tenerla aquí encerrada para siempre como si eso fuera a solucionar algo —la voz de Raider destilaba un conflicto interno, una mezcla de preocupación y realismo crudo.

—Por ahora sí, es lo mejor —respondió Raven con una firmeza que pretendía ser reconfortante, aunque detrás de sus palabras había un matiz de duda.

—Ya está mosca con lo de los italianos, y estoy completamente seguro de que lo está dejando pasar solo porque pensará que sois unos exagerados que solo queréis aseguraros de que se queda en su habitación y, además, ha estado tremendamente ocupada conmigo. Pero que no haya dicho nada hasta ahora no significa que sea tonta, ni mucho menos. Tarde o temprano se va a dar cuenta —la preocupación era palpable en sus palabras.

—Lidiaremos con ello cuando llegue el momento —dijo Raven—. Mientras tanto, mejor te callas y no digas nada que pueda anticipar los problemas.

—Maldita sea… —bufó Raider, sintiendo cómo el miedo y la frustración se enredaban en su pecho, complicando aún más la situación.

La idea de tener que ocultarle cosas a alguien a quien quería le pesaba como una losa.

—Me odiará más todavía cuando se entere de todo esto —lamentó, imaginando el peor de los escenarios.

—No te preocupes, a nosotros también nos odiará —dijo Romeo con un intento de humor que buscaba aliviar la tensión, aunque solo fuera por un momento.

—Mal de muchos… —comenzó a decir Rain, intentando sumarse al intento de quitarle peso al

asunto.

—Consuelo de tontos —terminó la frase Raven, con una sonrisa sarcástica que pretendía ser ligera, pero que no escondía la seriedad de la situación.

—Lo de tonto va por ti, ¿no? —dijo Romeo, sin perder la oportunidad de molestar a Raven, tratando de inyectar un poco de normalidad a través del humor en una situación que estaba lejos de serlo.

Raider, con su impaciencia que a menudo rozaba la exasperación, puso los ojos en blanco tan fuertemente que casi se podía oír el sonido de sus pupilas girando.

Era evidente que la conversación estaba, una vez más, desviándose hacia territorios irrelevantes, y él, claramente, no estaba para esos juegos.

—¿Pero queréis hacer el maldito favor de centraros en lo importante? —exclamó con una voz que rozaba el límite de su paciencia.

No era para menos, considerando el torbellino de emociones y miedo que lo asediaba por dentro.

¡Tori!

¡Tori es lo importante!, quiso gritar.

—Lo siento —respondió Romeo, con una mezcla de sorpresa y comprensión en su tono. Parecía que, finalmente, alguien entendía la urgencia de la situación—. Tienes razón.

Raider lo miró de reojo, su ceño más fruncido que una camisa olvidada en el fondo de la cesta de la ropa sucia.

Había en su mirada una mezcla de suspicacia y asombro, como si no pudiera creer que alguien finalmente captara el mensaje.

¿Perdón?

La palabra resonó en la mente de Raider, cargada de incredulidad y un toque de sarcasmo.

—Que debemos centrar nuestra atención en las cuestiones de verdadera importancia —continuó Romeo, intentando recobrar algo de seriedad.

—Claro… —dijo Raider.

—Así que, por favor, ilumínanos, mi querido sobrino. ¿Por qué demonios, si tanto la amas, si tanto te preocupas por ella hasta el punto de sentir que podrías morir si algo malo le sucede, tomaste la decisión de dejarla y desaparecer hace años?

—¡¿Pero se puede saber por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?!



Capítulo 16

Raider, todavía atrapado en las brumas del sueño, apenas se estaba frotando los ojos intentando despabilarse después de una noche agitada. Había conseguido conciliar el sueño solo después de una larga charla familiar que le había dejado con el miedo en el cuerpo, y después de comprobar una y otra vez, casi como un ritual obsesivo, que Tori seguía dormida, tranquila y, lo más importante, sin fiebre.

Finalmente, había salido de la habitación, sintiendo el peso del cansancio y la preocupación asentándose sobre sus hombros.

Joder, desde que había vuelto a La Mansión, no podía evitar sentir que había envejecido décadas, con tantas preocupaciones que llevaba a cuestas.

No había hecho más que poner un pie en el pasillo, todavía con la mente nublada por el sueño y los pensamientos enredados, cuando un estrepitoso ruido cortó el aire, sacándolo de su ensimismamiento.

Su corazón se detuvo por un segundo.

—Tori —susurró, el nombre escapándose de sus labios como una oración cargada de temor.

Movido por un impulso protector, Raider no tardó en recorrer la distancia que lo separaba de la habitación de Tori, que no era mucha, porque estaban frente a frente la una de la otra. Abrió la puerta de un empujón, casi temiendo lo que encontraría.

—Oh, joder —gimió al ver la escena frente a él: Tori tirada en el suelo, retorciéndose de dolor.

En dos zancadas, estaba a su lado. Se agachó para ayudarla a levantarse, pero ella, en un acto de desafío y orgullo herido, le soltó un manotazo.

—Déjame en paz —gruñó Tori, su voz era un gruñido cargado de mal humor y desdén, claramente molesta por la situación y, sobre todo, porque fuera él quien estaba allí para ayudarla —. No te necesito.

Raider resopló, cerró los ojos por una fracción de segundo, conteniendo las palabras que se amontonaban en la punta de su lengua, deseando salir en un torrente de frustración. Sin embargo, poniendo su orgullo a un lado y aún en contra de la voluntad férrea de ella, la cogió en brazos con cuidado y la depositó en la silla de ruedas, con una suavidad que contrastaba con la tensión del momento.

—Sí, que no me necesitas es algo que me has dejado dolorosamente claro —respondió finalmente, su voz teñida de un sarcasmo que no pudo contener. El comentario, aunque cargado de ironía, no ocultaba su preocupación.

—Idiota —gruñó ella a cambio, su enfado era palpable.

Sin embargo, su frustración y enfado no estaban dirigidos únicamente hacia él por señalar una verdad que le incomodaba, sino más bien contra ella misma. En ese preciso instante, con su

intervención no solicitada, pero necesaria, lo único que había logrado era confirmar lo que tanto quería negar: que, en realidad, lo necesitaba.

Desesperadamente.

—No he sido yo quien ha intentado, a pesar de saber que no puede, desafiar al mundo y ponerse en pie por su propio pie cuando… —gruñó Raider, clavando su mirada en ella, las manos plantadas en las caderas mientras le reprochaba con severidad la temeridad que acababa de cometer.

—Termina la frase —le retó ella, la voz cargada de un desafío quebrado—. Cuando soy una maldita inválida dependiente que ni siquiera puede moverse, sola, de la cama a la silla de ruedas ¡para ir al maldito baño! —exclamó, dejando escapar también toda la frustración y el dolor acumulado.

Raider la observó, la intensidad de su mirada no disminuía, pero Tori desvió la suya, abrumada por la vergüenza.

No sabía qué era peor, si la furia que hervía dentro de ella o la humillación que la inundaba.

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó Raider, intentando suavizar la situación con un carraspeo.

Una mueca se esbozó en los labios de Tori, quien lo miró como si acabara de proponerle algo escandaloso.

—No pienso hablar de esto contigo —replicó, la voz teñida de horror.

—¿Por qué no? Soy yo —frunció el ceño, genuinamente confundido.

—¡Precisamente porque eres tú! —exclamó ella, todavía más horrorizada por la idea.

—No sé, no será la primera vez que te veo hacerlo —replicó él con una despreocupación que a ella le parecía incomprensible.

—¡Raider! —exclamó, cada vez más roja, incapaz de creer que él siguiera con el tema y, lo que era peor, que lo tratara con tanta naturalidad.

—Pues cuando me afeitaba y entrabas corriendo porque no podías aguantarte, no te daba ninguna vergüenza —comentó él, encogiéndose de hombros.

—Joder —Tori estaba a punto de explotar, no entendía cómo él podía seguir hablando de ello como si fuera lo más normal del mundo—. Déjalo, por favor.

—Pero tendrás que vaciar la vejiga en algún momento —insistió Raider, sin dar su brazo a torcer.

—Raider… —su tono era una mezcla de súplica y advertencia.

—¿O prefieres usar un pañal mientras? No es mala opción —sugirió, y lo peor era que no parecía estar bromeando.

¡Lo decía en serio!

—¡Raider! —exclamó ella, al borde de la exasperación.

—Bueno, ¡¿qué quieres?! ¡Intento ayudar! —se defendió él, genuinamente confundido por su reacción.

—¿Crees que hablar de cómo vacío mi vejiga es ayudarme en algo? —la incredulidad era evidente en su voz.

Él lo meditó por un momento, como si realmente estuviera considerando la pregunta.

—¿No? —ofreció finalmente, todavía confuso.

—¡No! —exclamó ella, con una mezcla de frustración y desesperación.

—Pero antes… —intentó argumentar él, buscando algún precedente que justificara su comportamiento.

—¡Pero antes es pasado! ¡Antes ya no existe! No somos los mismos y no… —intentaba explicar ella, con esa mezcla de frustración y desesperación que solamente te puede dar el estar hablando con alguien que parece tener la cabeza más dura que una piedra de río.

Pero claro, antes de que pudiera siquiera terminar su frase, ya estaba siendo interrumpida.

—Pues piensa en mí como tu médico. Es lo que soy, ¿no? —dijo él con un tono de voz que rozaba lo paternalista, como si estuviera hablando con una niña pequeña y no con una mujer hecha y derecha. Y como si eso no fuera suficientemente irritante, añadió—: También tu rehabilitador y tu enfermero, todo en uno. Así que como mi paciente…

—Joder —lo cortó ella con impaciencia, ya sin poder aguantar ni un segundo más esa actitud de sabelotodo. Su voz, teñida de una mezcla entre incredulidad y enfado, resonó por toda la habitación—. ¡Que no vas a llevarme a mear! —exclamó a todo pulmón, poniendo tanto énfasis en sus palabras que hasta el aire pareció vibrar con su indignación.

Justo en ese momento, como si el destino mismo quisiera añadirle un poco más de sabor a la situación, Rebel entraba a la habitación.

La expresión de sorpresa y luego de asco que se pintó en el rostro del rubio era, en efecto, para mearse.

De la risa.

Sus ojos se abrieron de par en par, como si acabara de presenciar la escena más cómica del siglo, y luego, su rostro se transformó en una mueca de horror.

—Joder, ¿pero con qué clase de locos comparto techo? —gruñó Rebel con cara de pocos amigos. Miró a su primo con una mezcla de incredulidad y fastidio— ¿Qué te pasa, macho? A ver, entiendo que en la selva las cosas van a otro ritmo, pero aquí, en la civilización, tenemos algo que se llama normas de convivencia. Y, por supuesto, un poquito de respeto por el prójimo —le explicaba despacio, marcando bien cada palabra, como si estuviera hablando con un niño pequeño, esperando que el mensaje calara hondo.

Raider lo miró con esos ojos que parecían lanzar cuchillos invisibles.

—Sacarle las tripas a alguien también es un ritual de bienvenida en la selva, ¿sabes? —replicó con un tono que daba a entender que no estaba bromeando ni un poquito.

—Ese viaje te ha dejado marcado, ¿eh? Igual deberías plantearte seriamente el volver. Lo mismo ya no estás preparado para vivir en sociedad.

—¿Que no estoy preparado? ¡Pero si solo intentaba echar una mano…! —se cortó de golpe al darse cuenta de que Tori, el motivo de toda la discusión, había desaparecido de su vista— ¿Pero dónde se ha metido ahora? —masculló, antes de escuchar un sonido que lo llevó directo al baño — Tus brazos no son tan fuertes como para que lo hagas sola —bufó él al ver sus intenciones—. Déjame que te ayude…

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella con vehemencia— Rebel, por el amor de dios, ¡échalo de aquí ya! ¡No puedo más! ¡Me lo voy a hacer encima! —sollozó.

—¿Y él por qué sí puede ayudarte y yo me tengo que ir? Si el profesional soy yo. Además, fuimos novios, no hay nada que no haya visto…

Tori lo miró como si acabara de decir la mayor tontería del mundo. Y, sinceramente, tal vez no anduviera muy desencaminada.

—¡Fuera! —gritó ella, utilizando todo el volumen de sus pulmones.

No tuvo más remedio que ser expulsado del baño por un Rebel que parecía más un portero de discoteca que un hermano preocupado.

—¡Vale, vale! ¡Haz tus necesidades en paz! ¡Y que te siente bien el desayuno también! — exclamaba Raider mientras Rebel lo acompañaba en un tour forzoso por el resto de la habitación — ¡Nos vemos en la piscina en una hora! ¡No me hagas venir a buscarte como ayer, Tori! — gritó con todas sus fuerzas justo antes de ser catapultado fuera del cuarto y escuchar cómo la puerta se cerraba con un golpe sordo.

Resopló, sintiéndose un tanto frustrado, y cuando escuchó un carraspeo a su lado, se giró para encontrarse con la mirada entre horrorizada y preocupada de Riley.

—Primo… ¿Estás bien? ¿Seguro que no te ha pasado algo en la selva que te haya dejado secuelas emocionales o algo que quieras compartir?

Raider rodó los ojos, exasperado.

¿Es que no podían dejar ya el tema de la selva?

¿Qué se pensaban, que había estado conviviendo con una secta de depravados o algo por el estilo?

—Tranquilo, si es necesario, buscaremos ayuda profesional y te pondrás bien, ya lo verás.

—¡Pero si yo solo quería ayudar! —exclamó el moreno de penetrantes ojos azules, dando por terminada la conversación y alejándose de allí, dejando a su prima con la palabra en la boca y una mezcla de preocupación y confusión flotando en el aire.

Zumbados, ¡estaban todos zumbados!



Raider miraba su reloj por enésima vez, marcando un récord personal de impaciencia en los últimos cinco minutos.

Eran las nueve y veintiocho de la mañana y de Tori, ni rastro.

Si no hacía acto de presencia antes de que las manecillas marcasen las nueve y treinta, iba a empezar a pensar que volvería a retarlo.

Cuando la puerta automática de la piscina encubierta se abrió con un siseo suave, Raider se tensó. Giró lentamente sobre sus talones descalzos, preparándose para lo que fuera o quien fuera que entrara, y soltó un suspiro tan grande al ver que la recién llegada era una guapísima morena en silla de ruedas.

Tori se detuvo en seco cuando Raider giró y clavó sus ojos en ella.

Dudó por un instante, debatiéndose entre seguir adelante o darse media vuelta y huir de ese encuentro que, sinceramente, la estaba sobrepasando más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Justo cuando estaba a punto de optar por el camino fácil, el de la retirada estratégica, él levantó una mano en un gesto que la detuvo.

—No lo hagas —dijo, casi gritando, para salvar la distancia que los separaba—. Por favor, no lo hagas.

Raider dudó también por un momento, pero al ver que ella no se convertía en un ave de presa en plena huida, empezó a caminar hacia ella con pasos lentos, pero seguros, acortando la distancia con determinación.

—Lo necesitas, Tori —afirmó él, deteniéndose justo frente a ella, la seriedad marcando cada palabra—. Necesitas volver a caminar, a sentir el suelo bajo tus pies.

Ella suspiró, sus ojos llenos de una tormenta de emociones, bordeando las lágrimas, pero con una dignidad y orgullo que no le permitían ceder.

—Lo haré —afirmó con voz firme, levantando la barbilla en un acto de desafío.

—Bien —sonrió Raider, admirando esa fuerza, esa tenacidad.

Prefería verla así, luchando, desafiante, en lugar de rendida y llorando.

Porque eso, definitivamente, sería una señal de que Tori no estaba siendo ella misma.

—Aceptaré tu ayuda, pero solo será temporal, hasta que llegue mi próximo rehabilitador —declaró ella, con un tono que dejaba claro que no era una petición, sino una afirmación.

Raider arqueó una ceja, observando a esa mujer que, aunque más delgada y demacrada de lo

que hubiera querido, seguía teniendo esa chispa, esa esencia que siempre había caracterizado a Tori.

Vestida de negro de pies a cabeza, como si intentara reflejar el torbellino que llevaba por dentro. Nada que ver con la Tori de antaño, la que vivía en sus recuerdos, la que se vestía con colores que gritaban al mundo su presencia.

No, esa Tori parecía haber quedado atrás, pero él estaba decidido a traerla de vuelta.

—Hasta que llegue el próximo rehabilitador… —repitió.

—Sí. Y estoy buscando un nuevo médico también —añadió ella, como si quisiera dejar claro que estaba tomando cartas en el asunto.

—Ya veo —dijo él, esbozando una sonrisa que ocultaba un cúmulo de intenciones no dichas.

Pero, ¿sabes, nena?, eso no cambiará nada. No dejaré que nadie más se encargue de ti, pensó él, sonriendo todavía más.

—Mientras tanto, supongo que me utilizarás como tu ayuda temporal —dijo él, dándole la vuelta a la situación con una mezcla de humor y seriedad.

Ella, con esa descarada falta de vergüenza que siempre la había caracterizado, asintió sin el menor atisbo de duda.

—Supones bien —confirmó.

Raider tuvo que morderse el interior de la mejilla para no soltar la carcajada que amenazaba con escapar.

—Siempre que aceptes, claro —añadió ella, con una nota de desafío en su voz que indicaba que si no aceptaba, ni siquiera empezaría con la rehabilitación.

—¿Que acepte que me uses como si fuera algún tipo de utensilio doméstico? —preguntó él, con una pícara sonrisa jugueteando en sus labios.

Tori se puso roja, pero estaba decidida a no seguirle el juego. No le iba a dar esa satisfacción.

—Cuando tengas un sustituto, espero que te marches por donde has venido —le espetó, intentando mantener una fachada de firmeza.

—También es mi casa, Tori —le recordó él, con una calma que desmentía la tensión del momento.

—Ya… —ella pestañeó, consciente de que pedirle que se largara no era una opción viable— Pues al menos haz el favor de borrarme de tu memoria.

—Pides lo imposible, nena —respondió él, su voz cargada de una sinceridad inesperada.

Ella soltó una risa cargada de ironía.

—¿Por qué? Solo tienes que seguir haciendo lo que has hecho durante los últimos cinco años. No parece que te haya costado demasiado, ¿verdad?

—Tori… —resopló él, consciente de que estaban adentrándose en terrenos pantanosos, y maldita sea, ahora que ella había dado el paso de buscarlo voluntariamente, no quería que se alejara corriendo de nuevo.

No, porque la única que perdería sería ella, y aunque Tori era consciente de ello y no era ninguna tonta, el orgullo podía ser un enemigo formidable y cegador.

—Me olvidaré de tu tratamiento y no me inmiscuiré en tu proceso de rehabilitación cuando encuentres a alguien suficientemente capacitado que esté dispuesto a hacerse cargo de ti. Siempre y cuando —añadió él, haciendo desaparecer la sonrisa triunfal que había empezado a formarse en el rostro de Tori— tu padre apruebe a ese profesional como adecuado.

Ella apretó los labios, consciente de que su padre siempre lo pondría a él en primer lugar.

Pero claro, no sobre su propia hija, ¿verdad?

Tori levantó la mano, ofreciéndosela en señal de acuerdo.

—Trato hecho —dijo, con una determinación que esperaba que disimulara su nerviosismo.

Él, lentamente, estrechó su mano y asintió con la cabeza, sellando un acuerdo tácito entre ellos.

Un acuerdo que, en lo más profundo de su ser, no tenía ninguna intención de cumplir.

Porque ya estaba ideando un plan, con la ayuda de Raven y de toda La Mansión si era necesario, para asegurarse de que nadie más quisiera ni pudiera tomar su lugar.

Era una promesa silenciosa, un compromiso inquebrantable que estaba dispuesto a llevar hasta las últimas consecuencias.

—¿Preparada para volver a caminar?



—Ayer no me dio tiempo a ver todo este despliegue —comentó Tori, abriendo bien los ojos ante la impresionante cantidad de máquinas y artilugios que poblaban aquel espacio.

Su primera sesión de rehabilitación todavía no había empezado y ya se sentía abrumada.

—Ya… Claro, estabas demasiado entretenida haciendo de submarino humano —se burló Raider, soltando una carcajada aún más grande al ver cómo ella lo miraba con ojos que lanzaban cuchillos invisibles, claramente con ganas de convertirlo en picadillo.

—Capullo —resopló ella, inflando las mejillas en señal de indignación—. No estoy convencida de que la terapia de choque funcione en la mayoría de los casos.

—En muchos no, te doy la razón —concedió Raider, sin dejar de organizar meticulosamente

los materiales que había seleccionado con un cuidado casi quirúrgico—. Pero te conozco mejor que a la palma de mi mano, y hay momentos en los que una bofetada de realidad es justo lo que necesitas.

—¿Como la que me diste hace cinco años? —la pregunta de Tori venía cargada de un tono amargo, como si evocara fantasmas del pasado que preferían mantenerse ocultos.

Raider exhaló un suspiro cargado de un millar de palabras no dichas y recuerdos no resueltos.

¿No fui yo quien la recibió, nena?

Raider optó por el silencio, sabiendo que si se adentraban en aquel laberinto de reproches y confesiones, ella encontraría la forma de escapar de nuevo.

Y no era que le faltaran ganas de poner todas las cartas sobre la mesa, de desenterrar cada momento que los había llevado a ese punto, pero sabía que ese momento llegaría a su debido tiempo.

Ahora, lo único que verdaderamente le importaba era verla salir adelante, verla recuperar la chispa que siempre la había caracterizado.

Todo lo demás, incluso él mismo, podía esperar.

—Originalmente, había pedido que todas estas máquinas estuvieran en una habitación más privada —comentó Raider, cambiando de tema como quien cambia de canal en la televisión—, pero al final decidí que era mejor mover algunas a este espacio más abierto.

—¿Y eso? —preguntó ella, dejando a un lado el tono ácido para adoptar uno de genuina curiosidad.

—Porque creo firmemente que la piscina será tu mejor aliada en todo este proceso. Aquí, rodeada de agua, es donde te sentirás mejor, donde podrás bajar la guardia y simplemente ser tú —explicó él, levantando la vista hacia ella y regalándole una sonrisa que derretiría el hielo del Ártico—. Te encanta nadar.

Tori sintió un nudo en la garganta y desvió la mirada, incapaz de sostener la intensidad de ese gesto tan lleno de afecto.

Una risita por parte de él la hizo volver a posar sus ojos en Raider, pero, por fortuna, él ya había desviado su atención hacia la tarea que tenía entre manos.

Ella suspiró, sintiendo cómo su corazón daba un vuelco acrobático al observarlo.

Los años no habían borrado las huellas de dolor que su partida había dejado, y aun así, él conservaba ese poder innato de acelerarle el pulso con solo estar presente.

Era ridículamente patética.

De repente, Raider levantó la vista, y Tori, atrapada en su propia tormenta de pensamientos, no pudo evitar seguir admirando esos cambios sutiles, pero notorios en su rostro.

Aunque más delgado, había perdido ese aspecto de haber pasado por una batalla campal, y eso

era un alivio. Pero seguía siendo absurdamente atractivo, con esos rasgos que el tiempo había esculpido con mayor definición, esos ojos azules que parecían más profundos y luminosos, su nariz perfectamente perfilada, y unos labios que invitaban a perderse en recuerdos prohibidos…

—A mí también me resulta difícil no mirarte…

Sus palabras la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Qué? —balbuceó ella, confundida, todavía atrapada en las redes de su propio desconcierto.

—Te preguntaba si ya estás lista —aclaró él, con una media sonrisa que insinuaba que había captado cada matiz de su turbación.

—Yo… —Tori tomó una profunda bocanada de aire y la soltó lentamente, intentando calmar la tormenta que se había desatado dentro de ella— Supongo que sí…

Aunque sus palabras carecían de convicción, en el fondo sabía que no había otra opción que lanzarse de cabeza a aquella piscina, tanto en el sentido literal como en el figurado.

Era hora de enfrentar lo que viniera, con o sin terapia de choque.

—Bien —dijo él, cerrando la distancia entre ellos con pasos decididos, extendiendo los brazos en un gesto que anticipaba lo que estaba por venir—. Vamos a ello.

Y, como si el tiempo se hubiera comprimido en ese instante, sin dejar margen para dudas o arrepentimientos, la levantó de la silla de ruedas con una facilidad que hablaba de su fuerza, pero también de su delicadeza.

En un movimiento suave y controlado, la depositó sobre una de las esterillas que había dispuesto meticulosamente en el suelo. Al hacerlo, con un cuidado extremo, como si ella fuera de porcelana fina, sus rostros quedaron inesperadamente cerca.

Demasiado cerca para el bienestar emocional de ambos.

—No sé si esto será una buena idea —carraspeó Tori, moviendo la cabeza ligeramente hacia un lado, buscando instintivamente poner algo de distancia entre ellos.

—¿El qué exactamente? —preguntó él, con una mezcla de curiosidad y desafío en la voz.

¿El qué, Tori?

Esa era la pregunta que resonaba en su cabeza, en un torbellino de pensamientos que definitivamente no se podían catalogar como puramente profesionales.

¡Por todos los santos!

Raider optó por dejarlo pasar y se concentró en la tarea que tenían por delante, una decisión que ella agradeció más de lo que podía expresar.

Posicionándose al final de las piernas estiradas de Tori, Raider inició el trabajo. Cada contacto, cada movimiento provocaba un escalofrío que ella no podía ocultar, y que él no ignoraba.

—Estos ejercicios te resultarán familiares, tu padre ha estado asistiéndote con ellos

últimamente —comenzó él, adoptando un tono decididamente profesional—. Pueden parecer simples —comentó mientras maniobraba el tobillo de Tori, describiendo círculos en el aire—, pero son fundamentales para preservar la movilidad de tus piernas.

—Hablas como todo un profesional —no pudo evitar comentar Tori, con un tono que oscilaba entre la admiración y la incredulidad, mientras lo observaba con atención.

Él la miró entonces, y en su rostro se dibujó una sonrisa pícara, de esas que podrían iluminar la habitación entera y, al mismo tiempo, hacer que el corazón de cualquiera se acelerara sin permiso.

—Lo soy, nena —le guiñó un ojo con una confianza que rozaba la arrogancia, pero de la buena, de esa que solo pueden permitirse aquellos que realmente saben lo que hacen.

El escalofrío que recorrió el cuerpo de Tori ante ese gesto tan descaradamente coqueto la hizo intentar, por instinto, poner distancia entre ellos.

Maldición, ¿por qué su cuerpo y su corazón insistían en traicionarla de esa manera?

¿Acaso no habían acordado mantenerse firmes y no dejarse llevar por viejas llamas?

—Puedo hacerlo sola —replicó ella, su voz teñida con un destello de independencia que brillaba en sus ojos.

Había algo en esa determinación, en ese deseo de evitar el contacto, que hablaba más de su lucha interna que de su capacidad física.

Y era verdad, en cierta medida sus piernas respondían a sus órdenes, aunque no completamente, y definitivamente aún no estaban preparadas para soportar su peso.

—Lo sé, pero es mi trabajo ayudarte —respondió él, su voz cargada con un toque de firmeza y una pizca de algo más, algo que no se podía definir con facilidad, pero que estaba allí, vibrando en el aire entre ellos.

No, definitivamente, no va a ser nada sencillo, suspiró ella internamente.



Mientras tanto, fuera de La Mansión…

En el torbellino de mi mente, las preguntas se amontonan como los girasoles que dejo en su puerta.

¿Habrá visto las flores? ¿Entenderá lo que intento decirle sin palabras?

Las voces en mi cabeza discuten, se contradicen, se burlan. Una parte de mí imagina su

sonrisa al ver los girasoles, esa sonrisa que me guarda solo a mí…

¿O es solo otro engaño de mi mente?

Ella no recuerda, susurran las sombras, refiriéndose a la noche que quise ser su héroe, su salvador. Amnesia disociativa, dijeron las voces blancas del hospital, esa noche borrada de su memoria.

¿Un alivio? ¿Una condena? No lo sé.

La noche en que todo se desmoronó, cuando el plan de hacerme notar, de convertirme en el centro de su universo, se volvió contra mí. No era mi intención dañarla, solo… Solo quería salvarla de los demás, de aquellos que no la merecen, que no la ven como yo la veo.

Las voces en mi cabeza se pelean.

¡Loco!, me gritan. *¡Casi la matas!*

Pero yo… Yo solo quería protegerla. En mi torpe intento por ser su guardián, por ponerme entre ella y el peligro, solo logré empujarla hacia la oscuridad. La oscuridad que ahora parece separarnos más que nunca.

Encerrada primero en el hospital, custodiada como si fuera un tesoro que todos quieren robar… Y quizás lo sea.

Pero el tesoro es solo mío, ¿no lo ven?

Su padre, ese sobreprotector que ni siquiera me permite acercarme, ¿sospechará de las sombras que me rodean, de las intenciones detrás de mis acciones?

Y luego, Raider, ese nombre que quema como ácido, volviéndome loco con su mera presencia.

¿Cómo es que, intentando alejarla de todos, solo consigo empujarla hacia los brazos de otro?

Estoy atrapado en este ciclo de desesperación, golpeando el volante de mi coche, rogándole al vacío que salga, que me vea aquí esperándola, como siempre. Pero la espera es eterna, un castigo impuesto por mis propias manos, por las voces que no logro acallar.

Así que envío más girasoles, una y otra vez, en un intento desesperado por comunicar lo indescriptible.

¿Servirá de algo? ¿O son solo pétalos arrastrados por el viento, ignorados y olvidados como yo?

Entre la cordura y la locura, me balanceo. Mis pensamientos, un caos de amor, obsesión y remordimiento, no encuentran descanso. Las voces no cesan, cada una tirando en direcciones opuestas, dejándome perdido en un laberinto sin salida.

¿Mejorará esto? ¿Habrá un momento en que las voces se silencien y pueda ver claramente? ¿O estoy condenado a vagar por este purgatorio de mi propia creación, eternamente atormentado por lo que podría haber sido y por lo que nunca será?

Sigo aquí, esperando, siempre esperando, perdido en el eco de mis propias voces, un

perturbado hablando a las sombras, buscando desesperadamente algo de luz en la oscuridad que he creado.

La esperanza es un hilo delgado, casi invisible, pero es todo lo que me queda. Todo lo que tengo es la espera, la obsesión, y los girasoles que dejo a su puerta, esperando contra toda razón que, de alguna manera, me lleven de vuelta a ella.



Capítulo 17

—¡No puedo, te lo juro! —exclamó Tori, haciendo malabares para mantenerse en pie entre esas dos implacables barras de acero, que más parecían instrumentos de tortura medieval que algo supuestamente beneficioso.

—Vamos, solo un poco más. No te rindas ahora —la animó Raider.

Con el rostro transformado por el dolor, Tori lo intentó. Se armó de valor para dar un paso más, solo uno, como si ese pequeño gesto fuera a marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Tú puedes, Tori, repitió para sí, como un mantra.

—¡Sí! —exclamó Raider, su voz teñida de triunfo cuando, finalmente, lo consiguió.

Tori le lanzó una mirada que era un torbellino de emociones, justo antes de que sus brazos y sus piernas decidieran que ya habían tenido suficiente espectáculo por hoy y la dejaran caer, no al suelo, sino en los brazos de Raider, que la esperaba.

Entonces, como si se abrieran las compuertas de una presa, comenzó a llorar. No era un llanto cualquiera, era un torrente de dolor, de desesperación, de sentirse inútil, incompetente hasta decir basta.

—No puedo —sollozaba, como si esas palabras fueran todo lo que su mente aturdida podía formular—. No puedo más, de verdad.

—Claro que sí puedes —insistió Raider, sentándose y acomodándola encima de sus piernas como quien coloca delicadamente un jarrón precioso—. Puedes y lo estás haciendo. Y muy bien, de verdad—le permitió aferrarse con fuerza a su cuello, algo que ya se había convertido en su pequeño ritual—. Lo estás haciendo de maravilla —sonaba orgulloso, porque lo estaba, sin duda alguna.

Quizás estaba siendo un poco excesivo con la rehabilitación, o eso le cruzaba por la mente, a veces, al verla querer tirar la toalla, al verla desmoronarse. Pero luego, en momentos como este, cuando la veía superarse, acercándose cada vez más al objetivo, se convencía de lo contrario: no, Tori tenía la fuerza, solo había que saber encontrarla.

Y para eso estaba él allí.

Por eso tenía que ser él.

—Eres una guerrera, no lo dudes ni por un segundo —le dijo, abrazándola con tanta fuerza que por un momento pensó que podría transferirle algo de su propia energía—. Puedes con esto y con todo lo que se te ponga por delante.

Tori, sin embargo, no pensaba lo mismo. Ella solo quería tirar todo por la ventana, rendirse y olvidarse de que alguna vez había comenzado este camino.

No podía más. No podía soportar ni un segundo más de dolor, ni la constante presión, ni las

pesadillas que la acosaban cada noche…

Ah, las pesadillas, últimamente su fiel compañía nocturna. Pesadillas de la noche del accidente, imágenes y sonidos que la perseguían incluso en la vigilia.

Según su psicóloga, era un proceso normal. Después del accidente, su mente había decidido hacer un reset, olvidarse de todo o intentar tapar el sol con un dedo, algo llamado amnesia disociativa, donde el cerebro se pone en modo defensa. Pero ahora, sometida a una presión tan inmensa como lo era su recuperación, el cerebro se ponía nostálgico y decidía que era un buen momento para repasar viejos traumas.

Tenía todo el sentido del mundo, claro que sí.

Pero eso no quitaba que fuera una auténtica mierda.

“—¿Hasta cuándo? —Tori había lanzado la pregunta a la psicóloga, con esa mezcla de curiosidad y desesperación que solo viene cuando uno está hasta el gorro de sus propios dramas.

La psicóloga, que ya se las sabía todas, simplemente se había encogido de hombros como quien dice "no tengo ni la más remota idea de qué decirte".

—Una vez que recuerdes todo lo que se quedó enredado en tu mente desde el accidente… No lo sé, Tori, no puedo darte una fecha exacta. Lo que tarde tu cerebro en curarse. Cada quien tiene su tiempo.

—¿Quiere decir que puede que nunca?

La psicóloga se tomó un momento, quizás repasando mentalmente su manual de "Cómo dar noticias no tan chachis", antes de soltar la bomba.

—Sí, Tori, es una posibilidad. Aunque el estrés postraumático puede desaparecer con el tiempo, también hay casos en los que decide quedarse. Viene y va, sobre todo. Se esconde y, con ciertas situaciones, asoma la cabeza y vuelve a aparecer.

Tori suspiró, probablemente imaginándose al estrés postraumático como un monstruo del armario bastante impertinente.

Uno que se esconde detrás del sofá y, con ciertas situaciones, asoma la cabeza para decir “¡Hola! ¿Me echabas de menos?”

—Entonces, me tocaría aprender a convivir con ello…

La psicóloga, con una sonrisa que intentaba ser reconfortante, asintió.

—Sí, al final todos terminamos aprendiendo a bailar con nuestros propios monstruos, Tori. No siempre podemos derrotarlos, y convivir con ellos es la única opción que nos queda.”

—Venga, vamos a meternos en el agua y damos por terminado el día, ¿te parece? —propuso

Raider, poniéndola suavemente a un lado para poder mirarla directamente a los ojos, buscando su complicidad.

—¿Y si te dijera que no, que estoy hecha polvo y que me duele hasta el alma, me dejarías marchar ya? —preguntó ella, intentando poner cara de pena, esos labios apuntando hacia abajo en un puchero digno de premio.

—No, ni por asomo —confesó Raider, soltando una risotada ante la expresión de disgusto tan evidente en el rostro de Tori—. Pero te prometo que será un chapuzón rápido, ¿vale?

—Como si tuviera opción —suspiró ella, resignada, pero sabiendo en el fondo que esta rutina era para su bien, aunque a veces dudara de los métodos de su torturador personal.

Se había acostumbrado a no contradecirle demasiado, consciente de que él, en su papel de experto, no iba a dejar que nadie pusiera en duda su criterio.

Cómo había acabado cediendo hasta ese punto, dejándole ese control, era un misterio incluso para ella.

Quizá era la madurez, esa capacidad recién descubierta de diferenciar entre lo personal y lo profesional.

O quizás, porque en el fondo sabes que él se está dejando la piel en ayudarte, musitó esa vocecilla en su cabeza, que resonaba como un eco distante de las voces de La Mansión.

Tori bufó interiormente, no podía evitarlo.

¿Remordimientos, quizás? ¿Por eso lo hace?

Malpensada…, la reprendió la voz de su cabeza.

La cuestión era que manera totalmente inesperada, sin que ninguno de los dos lo hubiera planificado o siquiera deseado en un principio, parecían haber llegado a una especie de tregua, un alto al fuego no declarado, pero palpable.

Al menos, se decía a sí misma, *hasta que la rehabilitación termine.*

O él sea sustituido, se burló la voz, siempre lista para añadir un toque de sarcasmo a cualquier situación.

Era como si tuviera una pequeña comediante stand-up viviendo en su mente, siempre lista para soltar el comentario más ácido en el momento más inoportuno.

Pero tenía que admitir que, a pesar de todo, ese toque de humor interno era lo que a veces la mantenía a flote en medio de la locura que era su vida en aquellos momentos.

La realidad era que, aunque intentara negarlo, esa tregua no declarada había comenzado a cambiar la dinámica de su relación de una manera que, si Tori era honesta consigo misma, no sabía cómo manejar.

Era como si, de repente, se hubieran dado cuenta de que podían coexistir sin lanzarse miradas que podrían congelar el infierno o palabras que cortaban más fino que un bisturí.

Pero claro, si no se manejaba con cuidados, esa tregua podía convertirse en un juego muy peligroso.

—Vamos —Raider la dejó sentada en el borde de la piscina.

Tori ya estaba preparándose mentalmente para el momento mientras esperaba a que Raider se deshiciera de su camiseta, algo que ella pretendía no mirar.

Definitivamente, no estaba prestando atención a esa tableta de chocolate tan bien definida, ni a esos pectorales que parecían cobrar vida propia mientras él recuperaba musculatura, ni mucho menos a…

Sí, ¡peligrosísimo!

Raider finalmente se zambulló en el agua, salvando a Tori de más tormento mental. Extendió los brazos, la atrapó por la cintura con suavidad y la introdujo en el agua junto a él.

—Solo un ratito —suplicó ella, casi en un susurro, cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo al contacto de su piel con la de él.

Sí, ella había optado por un top corto y un bañador tipo bermuda para la sesión. Al principio, había empezado la terapia cubierta de pies a cabeza, pero pronto se dio cuenta de que la ropa era más un estorbo que una ayuda y decidió cooperar más con el proceso, aunque eso significara exponerse un poco más.

Pero bueno, era Raider después de todo. Dejando a un lado su historia, sabía que con él no tenía nada que esconder, ni siquiera esas horribles cicatrices. Ni mucho menos avergonzarse por ellas.

¿Y lo ves normal?, preguntó esa voz interna, esa especie de Pepito grillo personal que a veces parecía tener más dudas que un examen final. *Me refiero a que si crees que es lógico tener ese grado de confianza con alguien.*

¿Confianza?, Tori volvió a bufar mentalmente, casi se le podía ver rodando los ojos en una expresión de incredulidad mezclada con un toque de sarcasmo. *Él se encargó de romper eso hace cinco años.*

—¿En qué piensas? —preguntó Raider, notando cómo la tensión se apoderaba sutilmente del cuerpo de Tori.

Su mirada, cargada de curiosidad y una pizca de preocupación, intentaba perforar la fachada de tranquilidad que ella se esforzaba por mantener.

—En nada —mintió ella, con una ligereza en la voz que no llegaba a disfrazar del todo el torbellino de pensamientos que la agitaba por dentro.

Raider no se dejó engañar tan fácilmente; la conocía demasiado bien. Sus ojos se entrelazaron por un instante mientras él parecía buscar la verdad oculta tras esa negativa tan poco convincente.

Finalmente, con un leve asentimiento, como aceptando el reto no verbal de no indagar más por

el momento, decidió cambiar el curso de la conversación.

—Hoy simplemente vamos a flotar —declaró él, marcando una distancia física entre ambos, como si quisiera darle a Tori el espacio para respirar libremente, pero sin soltarla del todo, dejando que sus manos permanecieran unidas.

—Estoy muy cansada para esto —se quejó ella, aunque comenzó a mover las piernas en el agua, en un intento por seguir el juego, por mantenerse a flote.

Tanto literal como metafóricamente.

—¿No estás exagerando un poco? —preguntó él, una sonrisa iluminando su rostro al observar sus esfuerzos.

Justo en ese momento, como si el destino mismo decidiera intervenir en su pequeña batalla de voluntades, Tori gritó, un grito que era mitad dolor, mitad sorpresa, y se hundió un poco en el agua.

Pero fue un instante efímero, una mera pausa en el tiempo, porque Raider estaba ahí, cerca.

Muy cerca para evitar que se hundiera.

Ella, en un reflejo instintivo, se aferró a su cuello con una desesperación que iba más allá del simple miedo a hundirse. Era una búsqueda de seguridad en medio de su tormenta personal.

—Estoy cansada de todo esto —apretó más fuerte, las palabras saliendo entrecortadas por la emoción—. Ni la pierna que tengo mejor, la que no sufrió una segunda cirugía, me sostiene del todo —resopló, una mezcla de frustración y cansancio tiñendo su voz—. ¡Joder, hasta el brazo no me responde como debería todavía! —y, como si el simple acto de verbalizar su lucha rompiera la última barrera que contenía sus emociones, volvió a llorar.

—Ey… —Raider, envolviéndola en un abrazo que era tanto físico como emocional, comenzó a acariciar su espalda con gestos suaves, reconfortantes—. Ese brazo casi está curado —dijo, su voz un murmullo, sintiendo la fuerza con la que ella lo apretaba—. Y tus piernas… Has mejorado mucho, Tori. Pronto la que está mejor podrá sostenerte, y podrás caminar con muletas. Confía en mí, lo estás haciendo muy bien.

Ella negó con la cabeza, un gesto pequeño, casi imperceptible, pero no dijo nada más. Solo se quedó ahí, en sus brazos, encontrando en ese abrazo un refugio.

Porque aquí me siento segura…

Ese pensamiento, revelador y a la vez alarmante, fue como un jarro de agua fría para ella, que de inmediato la hizo cuestionar la intensidad de su propia reacción. Lentamente, comenzó a soltarse de su abrazo, como si de repente fuera consciente del peso de su dependencia.

En el momento en que sus miradas se cruzaron de nuevo, ella, instintivamente, hizo el amago de separarse por completo. Pero había algo en la mirada de Raider que la detuvo.

—Solo un poco más —dijo él en un susurro.

Él levantó la mano y le quitó un mechón de pelo de la cara, un gesto tierno, metiéndoselo

detrás de la oreja con delicadeza.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo él, su voz teñida de una emoción palpable, mientras su mano, que había estado jugueteando con su cabello, descendía suavemente hasta posarse sobre su mejilla, un gesto tierno que parecía querer transmitir todo el apoyo y cariño que sentía por ella en ese instante.

Algo que sabía que no debía hacer, pero que no pudo evitar.

Era un acto simple, pero cargado de significado.

—Zev… —susurró su nombre, escapándose de sus labios como un delicado suspiro, mientras un temblor sutil, pero indiscutible, se apoderaba de sus labios y de su cuerpo entero ante el roce de sus dedos.

Raider cerró los ojos con fuerza, como si el simple acto de escuchar su nombre pronunciado de esa forma tan íntima y vulnerable le causara un dolor profundo, una especie de dulce agonía que no estaba preparado para enfrentar.

—He echado de menos escuchar mi nombre salir de tus labios —confesó, antes de permitirse volver a abrir los ojos.

Ella, por su parte, cerró los ojos un instante, como si necesitara ese breve paréntesis para reunir fuerzas o quizás para saborear ese contacto. Cuando los volvió a abrir, estaban brillantes, llenos de lágrimas que amenazaban con desbordarse.

Raider suspiró y, con el pulgar, acarició su labio inferior, los cuales se entreabrieron en una sutil e inconsciente invitación.

—No puedo más —gimió él, su voz teñida de dolor—. Te voy a besar —anunció entonces, su voz ronca por la anticipación, por la necesidad irrefrenable de cerrar esa distancia insoportable que los separaba.

Y sin darle tiempo a Tori ni siquiera a asimilar sus palabras, a comprender la magnitud de lo que estaba por suceder, Raider la besó con una urgencia que borró cualquier vestigio de duda.

Primero, fue un simple roce de labios, tan suave y fugaz que los hizo temblar, como si ese mínimo contacto fuera capaz de despertar todos los sentimientos contenidos y las pasiones reprimidas.

Entonces, tras ese primer contacto, como si hubieran abierto la compuerta a un torrente imparable, algo ocurrió.

Y ambos perdieron el control.

—Nena —gimió él, sus palabras vibrando contra los labios de ella en una confesión cargada de deseo.

Con un movimiento fluido y dominante, pegó la espalda de Tori al borde de la piscina, marcando la intensidad de su encuentro. Allí la apretó con su cuerpo, haciéndole sentir, sin lugar a dudas, la evidencia física de su deseo.

La maldita erección que le había provocado en un instante, incluso antes de ese condenado beso, era una declaración palpable de su necesidad.

Menos mal que pasaban mucho tiempo bajo el agua, pensó más de una vez, porque, si no, la situación podría haber sido embarazosa más de una vez.

Sí, era una vergüenza, pero, joder, era Tori, ¿qué esperaba? Con ella siempre había sido así.

Desde siempre.

Y eso, ni con el tiempo ni con la distancia, había logrado cambiar.

No ha cambiado tu corazón, ¿por qué iba a cambiar el deseo que sientes por ella?, le preguntaba su mente.

Tori, por su parte, echó un poco la cabeza hacia atrás y gimió cuando sintió la erección de Raider clavándose en su vientre, agradeciendo en silencio que él volviera a besarla, evitando así que soltara un grito que pudiera dejarla en ridículo ante la intensidad de sus emociones.

—Zev… —alcanzó a susurrar entre besos, cada toque, cada roce, haciéndola perderse aún más en lo que Raider provocaba en ella.

—Dios, nena —gimió él de nuevo, besándola con una pasión renovada, en una lucha de lenguas que parecía querer compensar todo el tiempo perdido—. Te he echado tanto de menos —confesó.

Pero, ¿sabéis ese momento en que sientes que un jarro de agua fría cae sobre ti, fastidiando todo el momento?

Pues eso mismo fue lo que sintió Tori al escuchar esas palabras. Era como si de repente, toda la magia del momento se disipara, dejándola vulnerable y expuesta a las heridas del pasado.

Y Raider, con esa conexión que siempre habían tenido, sintió el momento exacto en que la actitud de ella cambió. Antes incluso de que ella pusiera las manos sobre su pecho y lo empujara suavemente, creando una distancia física que reflejaba la emocional.

—Por eso te marchaste y me dejaste, ¿verdad? —el dolor en las palabras de Tori era palpable, un eco de todas las heridas aún abiertas entre ellos.

Raider negó con la cabeza, sabiendo que hasta aquí llegaba ese momento de reencuentro. Se separó un poco de ella, manteniendo su mirada fija en la suya mientras apretaba su mandíbula con fuerza, luchando contra la marea de emociones que amenazaba con desbordarlo.

De repente, un carraspeo inoportuno los interrumpió.

Tori y Raider, sorprendidos, como si el contacto físico fuera el delito y el carraspeo, la sirena de la policía, se separaron todo lo que pudieron, que no era mucho.

Al mirar hacia arriba, se encontraron con dos pares de ojos curiosos fijos en ellos. Unos color miel, brillantes y llenos de preguntas no dichas, y otros grises, observando la escena con una mezcla de sorpresa y diversión. Era como si de repente hubieran sido transportados a un escenario, con Riley y Rebel como su inesperado público.

—¿Qué hacéis? —preguntó Riley, elevando una ceja de forma teatral, su tono cargado de una curiosidad que no podía disimular su diversión.

—Rehabilitación —respondieron Tori y Raider al unísono, con ese tono de voz que decía "¿acaso no es obvio?", como si estuvieran justificando las más normales de las actividades en lugar de ser sorprendidos en un momento de cercanía inesperada.

Lo que era evidentemente obvio, dada la expresión incrédula en los rostros de Riley y Rebel, era que su explicación sonaba más a una excusa improvisada que a una realidad tangible.

Los dos que permanecían secos fuera del agua los miraban con una mezcla de escepticismo y burla, como si estuvieran a punto de desenmascarar la más ingeniosa de las travesuras.

—Ayúdame —pidió Tori, extendiendo un brazo en dirección a Rebel, en un gesto que buscaba apoyo físico tanto como una salida digna de la situación.

Su hermano, entrando en el papel del rescatador, con la ayuda coordinada de Raider desde dentro, lograron sacarla del agua y colocarla cuidadosamente sobre la silla de ruedas que la esperaba, que ya tenía colocada un par de toallas.

Raider, mientras observaba cómo Tori se alejaba, no pudo evitar suspirar. Tori, ahora fuera del agua y aparentemente bombardeada a preguntas por Riley, lo dejaba a él en una especie de limbo emocional.

Sin más, Raider se sumergió bajo el agua, buscando refugio en la frescura y la calma que prometía el agua. Era una huida momentánea, un intento por ocultar y, con suerte, aplacar la tormenta de deseos que se agitaba furiosamente dentro de él.

Esperando, tal vez con una pizca de humor auto irónico, que el ardor que sentía en su entrepierna también encontrara alivio en la inmersión.

Aguantó la respiración tanto como pudo. Cuando emergió, encontró que Rebel todavía estaba allí. Con un resoplido, como si estuviera preparándose para enfrentar lo que viniera después, Raider salió de la piscina, el agua escurriendo de su cuerpo como si intentara lavar las complicaciones del día.

—¿Qué está ocurriendo entre mi hermana y tú? —la pregunta de Rebel cortó el aire con una nitidez que hizo que Raider se detuviera un momento, antes de proceder a coger una de las toallas dispersas por el lugar.

Con movimientos metódicos y un poco distraídos, se secó la cara con un par de toques suaves, como si intentara también limpiar las dudas que esa pregunta le generaba.

—Nada —respondió finalmente, su voz intentando proyectar una despreocupación que estaba lejos de sentir realmente.

Rebel resopló, claramente no convencido por la respuesta tan escueta de Raider.

—No es eso lo que acabo de ver —insistió.

Raider, entonces, fijó su mirada en su primo.

—¿Y qué acabas de ver? —preguntó.

No era un desafío, sino más bien una pregunta nacida del cansancio, de la resignación de quien sabe que no tiene sentido ocultar la verdad.

—Sigues enamorado de ella —declaró Rebel, directo y sin rodeos.

Raider no pudo evitar soltar una risa, pero era una risa teñida de ironía, de amargura.

—¿Y eso te sorprende? —dijo mientras terminaba de secarse el pelo y comenzaba a secarse el cuerpo, comenzando por el cuello en un gesto casi automático.

Su respuesta dejaba entrever que su amor por Tori era un secreto a voces, algo de lo que todos en La Mansión parecían estar al tanto.

—No me sorprende, no seas idiota —replicó Rebel, su resoplido cargado de una mezcla de exasperación y preocupación.

—¿Entonces? ¿A qué viene esto exactamente? —Raider lo miró directamente a los ojos, buscando entender el verdadero motivo detrás de esta conversación.

—A que no quiero veros sufrir otra vez —dijo Rebel, su voz llevando un peso de sinceridad y preocupación genuina—. A ninguno de los dos.

Raider soltó un suspiro, uno que parecía contener años de arrepentimiento y resignación, y se acercó a su primo, colocándole una mano en el hombro en un gesto de agradecimiento y comprensión.

—No te preocupes, no ha ocurrido nada —le aseguró.

—¿Pero ocurrirá? —la pregunta de Rebel llegó inesperada, sorprendiendo a Raider, que enarcó las cejas ante la pregunta directa.

—Rebel…

—Ocurrirá, Raider. Porque he visto cómo la miras y no creo que tengas la fortaleza de alejarte de ella una vez más —insistió Rebel, su mirada fija en la de Raider, dejando claro que, para él, el resultado era inevitable.

Raider sonrió, pero era una sonrisa cargada de tristeza.

—Me odia —le recordó a Rebel, como si eso fuera una barrera insuperable, un recordatorio de por qué, a pesar de lo inevitable que pareciera su cercanía, existía una distancia igualmente intransitable entre ellos.

Rebel soltó un resoplido, uno de esos que suenan como si estuviera tratando de expulsar toda la frustración acumulada en una sola exhalación.

—Sabes que ese es solo su escudo, es a lo que se ha agarrado para poder seguir adelante. Porque tú, como el tremendo gilipollas que eres, te marchaste —su voz estaba teñida de reproche —. Y no lo entenderé nunca. ¿No te has arrepentido de ello?

Raider estaba a punto de marcharse, claramente sin ganas de seguir dándole vueltas al asunto,

pero Rebel, en un movimiento rápido y decidido, lo agarró del brazo, anclándolo en el sitio.

La determinación de Rebel era palpable, quería respuestas, y no iba a dejar que Raider escapara tan fácilmente.

—¿No te has arrepentido ni un poquito de haberte largado así, de sopetón, sin más explicaciones? —insistió Rebel.

Era evidente que buscaba una respuesta honesta, escarbar un poco más allá de la superficie.

—Rebel… —la manera en que Raider pronunció su nombre era toda una súplica, un ruego silencioso para que dejara el tema de lado.

Sobre todo en ese preciso instante, cuando sentía ese nudo implacable en la garganta, esa presión insoportable en el pecho. Cuando todavía tenía grabado en los labios el sabor de Tori, joder, ¡cuando su cuerpo aún temblaba por haberla tenido entre sus brazos!

—¿Ni una sola vez? —insistió Rebel, sin dar muestras de ceder.

—¡Cada maldito día, joder! —exclamó entonces Raider, la voz cargada de una frustración y un dolor profundos.

Sus ojos, brillantes y llenos de lágrimas, impactaron a Rebel.

Era un testimonio silencioso de la batalla que Raider libraba consigo mismo.

—¡Me he arrepentido de haberme ido cada maldito día! ¿Es eso lo que querías escuchar?

Y sin decir una palabra más, tirando la toalla encima de una silla como quien abandona una batalla ya perdida, se marchó.



—¿Vas a contármelo o no? —Riley no tenía el más mínimo ánimo de rendirse, plantada en medio del pasillo con esa mirada de detective privado en busca de la verdad.

—¿Qué esperas que te cuente? —Tori soltó un suspiro teatral, uno de esos que ya había perfeccionado después de una hora de haberse dado una ducha reparadora.

Y es que la independencia había empezado a sonreírle a Tori de nuevo. La ducha adaptada se había convertido en su nuevo mejor amigo, permitiéndole el lujo de lavarse sin necesitar una mano extra.

Y qué decir de vestirse por su cuenta; una hazaña que, por supuesto, no hubiera sido posible sin…

¿Raider?

Sí, el capullo encargado de sus sesiones de rehabilitación, esas que no tenían nada de suave.

Lo que había entre sus piernas tampoco era suave, ¿eh?

Sí, era la jodida voz.

Al salir de su habitación, como emergiendo de su pequeño santuario personal, Tori se encontró con la nada inesperada y sí persistente presencia de Riley.

Ahí estaba ella, firme y decidida, como guardiana de los secretos que Tori no estaba dispuesta a compartir.

—Pues lo del incidente acuático, ¿qué más? —Riley no estaba para rodeos.

Su curiosidad era como una olla a presión a punto de estallar.

—Nada, te digo que nada pasó en la piscina —Tori intentaba mantener su fortaleza, pero sus palabras sonaban más a un mantra que a una afirmación.

Riley soltó otro de esos suspiros, uno cargado de frustración y desesperación. Era, por lo menos, la quincuagésima vez que hacía la misma pregunta, siempre encontrándose con el mismo muro de negación.

—Mentira cochina —decía Riley, convencida de que había algo más en esa historia.

Mentira cochina, resonaba en la cabeza de Tori cada vez que soltaba semejante embuste.

¿Pero qué otra cosa podía hacer sino guardar ese secreto como si fuera un tesoro maldito?

Y es que la mera idea de siquiera pensar en ello le causaba un revuelo interno, una tormenta de emociones que preferiría evitar. Sin embargo, el recuerdo era persistente, invasivo, y sentía cómo su rostro se teñía de un rojo intenso, como si hubiera capturado la esencia misma de un tomate.

Riley, detectando ese cambio, detuvo la silla de ruedas y se agachó hasta quedar a la altura de Tori, mirándola con esos ojos que parecían querer penetrar hasta el último de sus secretos.

—Algo ha pasado, definitivamente ha pasado algo —afirmó, después de inspeccionar cada centímetro de la expresión de Tori.

Tori rodó los ojos, elevándolos hacia el techo en un gesto de exasperación tan marcado que casi podías escuchar el sonido de sus pupilas girando.

—¡Que no ha pasado nada!

—Y entonces, ¿cuál es la razón de esa cara de tomate que llevas? —Riley insistió, irguiéndose.

—¿Eh? —Tori se tocó las mejillas, fingiendo sorpresa, como si recién notara el rubor de su piel— Oh, eso, es normal. Acabo de salir de la ducha, y ya sabes cómo te pones con el vapor y el calor.

—Pero si a ti te gusta el agua tirando a fresquita, casi que te zambulles en la Antártida cada mañana. Por no hablar de tu obsesión con la piscina —la mofa en su voz, claro—. Así que la

única opción que queda —Riley se cruzó de brazos con una expresión de haber desentrañado el misterio del siglo— es que hayas experimentado un pequeño terremoto personal bajo el chorro de agua. Vamos, que has tenido un orgasmo en la ducha.

La cara de Tori se tiñó de un rojo todavía más profundo, si es que eso era posible. Su reacción era tan obvia que casi podía verse un letrero de neón sobre su cabeza anunciándolo.

No había forma de negarlo más.

—¡Has tenido un orgasmo! —Riley no pudo contener su emoción, dando saltitos en el lugar como si acabara de resolver el enigma de la esfinge.

—¡Oh, por el amor de…! —exclamó Rebel, incapaz de contener su desdén y horror al aparecer en el momento justo de escuchar el giro que tomaba la conversación— ¡Pero qué asco!

Con un dramatismo digno de una telenovela, avanzó con pasos apresurados hacia su habitación, cerrando la puerta tras de sí con un portazo que bien podría haber registrado en la escala Richter.

—¡Que no, leñe! —protestó Tori, subiendo el tono de su voz a uno que rozaba el borde de la exasperación, haciendo así oídos más que sordos a la reacción excesivamente teatral de su hermano.

Lanzó un suspiro de esos que arrastran toneladas de alivio al comprobar que el pasillo estaba desierto, libre de testigos que pudieran haber sido espectadores involuntarios de la última locura de su prima.

Decidida, entró en el ascensor, marcando con determinación el botón de la planta baja, preparándose mentalmente para poner en práctica el noble arte de ignorar a su prima.

Pero, claro está, la tarea no sería nada fácil, nada fácil en absoluto.

—¿El orgasmo ha sido pensando en Raider? —inquirió Riley, esbozando una sonrisa que podría calificarse sin lugar a dudas de maniática, al captar la presencia de Tori, justo en el momento en que las puertas del ascensor se abrían con un siseo mecánico.

Tori, lejos de sorprenderse, ni siquiera parpadeó. La conocía demasiado bien.

—Que no ha habido ningún orgasmo —resopló Tori, con un tono que destilaba un cansancio que iba más allá de lo físico.

Una mentira descarada, por supuesto. A lo del no orgasmo me refiero.

Y eso de sentirse exhausta de las ocurrencias de su prima, también, cómo no.

—No será porque yo no lo desee… —suspiró Raider, como quien comenta el tiempo, mientras se deslizaba con prisa por delante de ellas.

Su bañador, empapado, se pegaba a su cuerpo, dejando poco a la imaginación, una visión dispuesta a provocar más de un suspiro.

Con una urgencia palpable por sumergirse bajo el chorro de agua fría, después de meter la

cabeza en el frigorífico, a ver si eso ayudaba, subió los escalones de la escalera de caracol de dos en dos, como si estuviera compitiendo por una medalla olímpica.

Un grito ahogado, una mezcla compleja de asombro y algo más indefinible, se escapó de la garganta de Riley.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tori, que justo en esos momentos cruciales donde más necesitaba su audición, se encontraba más sorda que una tapia.

Riley la miró, una ceja arqueada, elevando la barbilla en un gesto que destilaba desafío y una chulería digna de película, con esa expresión que solo alguien que posee un conocimiento que tú ansías descubrir, pero se niega a compartir, podría ostentar.

—Cuando decidas contarme la verdad, quizás entonces te revele su secreto —afirmó Riley, con una sonrisa llena de complicidad y misterio.

Tori rodó los ojos, una expresión de resignación y fastidio pintada en su rostro.

—Entonces, supongo que me quedaré con la intriga —contestó, intentando sonar despreocupada.

—¿Estás segura? Porque lo que ha dicho es ¡de traca! —insistió Riley, tratando de avivar la llama de la curiosidad en Tori.

Y vaya si era de traca, pensaba Raider mientras finalizaba su ascenso por las escaleras, sintiendo cómo cada paso le acercaba más a esa imperiosa necesidad que sentía por ella. Una necesidad que se había apoderado de él con la velocidad de un rayo.

No, no iba a engañarse a sí mismo, llevaba pensando en ello desde el momento en que había llegado. ¿Qué digo desde que llegó? Desde hace años, prácticamente desde que su mente era capaz de albergar ese tipo de pensamientos, ella había sido el foco de todas sus fantasías.

Sí, es cierto, nunca había permitido que sus pensamientos divagaran hacia otra persona.

Ni quería, ni lo necesitaba.

Lo que realmente necesitaba era a esa mujer, y nada más.

¡¿Por qué demonios no me habré quedado en la selva?!, se lamentaba internamente, mientras una parte de él sabía que no había selva, ni distancia, ni aventura que pudiera alejarlo de lo que sentía por ella.



Capítulo 18

Con un suspiro pesado, cargado de un día largo y complicaciones que parecían no tener fin, Raider se dejó caer sobre una de las sillas de la cocina, con ese tipo de caída que más bien parecía un desplome controlado.

—¿Reunión familiar? —preguntó, elevando una ceja, su voz teñida de un tono evidente, porque, honestamente, lo estaba viendo con sus propios ojos. Pero no pudo evitar añadir, con una mezcla de curiosidad y un toque de sarcasmo: —¿Te has peleado otra vez con tu mujer? —su mirada se desvió hacia Sylvester, buscando en su expresión alguna pista de lo que estaba sucediendo.

El hombre, por su parte, fijó sus ojos marrones en Raider, una mirada que intentaba ser indescifrable, pero que dejaba entrever un atisbo de incredulidad ante la pregunta.

—¿Tengo que estar peleado con mi mujer para estar aquí? —replicó Sylvester, su pregunta cargada de un tono que rozaba la indignación, claramente sin entender el porqué de tal suposición.

—Sí —dijeron al unísono Raven, Rain, Romeo, y hasta Rebel, que no solía ser un asiduo de estas reuniones todavía, pero que incluso él, con su escasa experiencia en estos encuentros, sabía cómo funcionaba el asunto.

Era como un guion no escrito que todos conocían de memoria.

Sylvester resopló, un sonido que era mitad resignación, mitad desafío.

—Pues no, somos una pareja felizmente casada —declaró con una voz que destilaba amor y una pizca de orgullo.

—Dejaréis de serlo cuando vuelvas a las tantas a casa —sonrió Romeo, lanzando la broma con la destreza de quien sabe exactamente cómo y cuándo pinchar para provocar la mayor reacción.

Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una carcajada al ver la cara de horror que Sylvester adoptó al procesar sus palabras.

Si es que a ese italiano le encantaba buscarle las cosquillas a cualquiera, pensó Raider, no sin cierta diversión.

—Capullo —gruñó el abogado, pero su insulto sonaba más a un reconocimiento de derrota en ese juego verbal que a verdadera animosidad.

Romeo respondió con un guiño, esa clase de guiño cómplice que decía sin palabras "lo sabes y yo también".

—¿Y a qué se debe esta vez? Si no hay ruptura —Raider se sirvió una taza de café cargado, esperando que el líquido caliente y fuerte le aclarara las ideas, y le dio un buen sorbo, como buscando en el café las respuestas que el ambiente cargado de la cocina no le proporcionaba.

Sin embargo, frunció el ceño cuando Rebel, con un gesto casi teatral, dejó sobre la mesa lo que tenía en las manos, un objeto que hasta ese momento había descansado sobre sus piernas.

—¿Qué demonios…? —Raider miró a los demás, uno por uno, su expresión una mezcla de confusión y un inicio de comprensión, al ver los girasoles amarillos que ahora ocupaban el centro de la mesa.

—¿Otra vez? —preguntó, su voz denotando una mezcla de sorpresa y una especie de resignación anticipada.

—Como casi cada día —suspiró Raven, su voz cargada de un cansancio que iba más allá de lo físico, teñida de preocupación por el tema que, aparentemente, ya era una constante.

Y es que desde la llegada de Tori a casa, cuando recibió los girasoles de obsequio acompañados de una nota con un simple "Lo siento", había recibido un par de ellos más, solo que ella no lo sabía, porque ya se encargaban los demás de interceptarlos antes.

Esta vez era la tercera.

Raider se levantó, su movimiento algo tambaleante, y extendió la mano por encima de la mesa, casi perdiendo el equilibrio con el mareo que le entró de golpe.

Y es que, después de lo que había bebido en un intento desesperado por borrar de su mente a esa morena tan increíblemente sexy, su estado actual estaba lejos de ser el óptimo. Alargó la mano, sorteando con habilidad el laberinto de objetos dispersos sobre la mesa, y consiguió agarrar las malditas flores.

Entonces, con un gesto casi mecánico, leyó la nota que venía con ellas.

—“Te echo de menos” —murmuró en voz alta, su tono una mezcla de incredulidad y furia contenida.

Entonces levantó la mirada, fijándola en su padre con una intensidad que dejaba entrever la tormenta de emociones que estaba a punto de desatar.

—Voy a matar a ese cabrón —juró, con una determinación fría en su voz.

Rain, por su parte, ni se inmutó al escuchar la declaración de intenciones de su hijo. Era como si estuviera acostumbrado a este tipo de dramatismo.

—Si no lo mato yo antes —gruñó entonces Rebel, sumándose al creciente coro de amenazas. Su tono era igual de serio, igual de cargado de esa intención asesina.

—No, eso lo haré yo —juró Raven, no queriendo quedarse atrás en este reparto de justicia familiar improvisado.

—Dejadme, que esto es un pueblecito perdido de la mano de dios, no tengo tantas esposas ni celdas disponibles —suspiró Rain, intentando inyectar un poco de racionalidad en la conversación, aunque sin mucho éxito.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¡El tema no es para tomárselo a risa! —dijo Raider, su preocupación por el asunto iba creciendo por momentos, ya no solo molesto, sino genuinamente

alarmado.

—No, no lo es —asintió Romeo, tratando de calmar las aguas—. Pero mientras ella esté en La Mansión, no le pasará nada.

—¿Y ya está? ¿Nos quedamos así y ya está? ¿Sin hacer nada? —Raider no podía creer la pasividad de la respuesta, su frustración palpable en cada palabra.

—No podemos hacer mucho más —dijo Rain, intentando explicar la situación con paciencia —. Kevin —su mano derecha en el trabajo— y yo hemos estado indagando por ahí. Pero las flores se han pedido por internet, y evidentemente, sin una orden, no puedo conseguir el número de la tarjeta. Y lo mismo ni eso serviría si ha pagado con una prepago o con una tarjeta digital que lo mismo ni a su nombre está. Además, ni siquiera sabemos si es peligroso…

—Hombre, ¿"Te echo de menos"? ¡¿Quién demonios la va a echar de menos?! —estalló Raider, su voz escalando en volumen, incapaz de contener la mezcla de ira y confusión que lo embargaba.

—Pues si tú lo hacías, me espero cualquier cosa de cualquiera —bufó Rebel, lanzando una mirada cargada de significado hacia su primo.

—Yo tenía razones para hacerlo —se defendió Raider, su tono intentando transmitir una firmeza que la situación complicaba mantener.

Entonces Rebel enarcó las cejas, un gesto que llevaba implícita una pregunta mucho más profunda.

—¿Ya no las tienes? —preguntó, la picaresca evidente en su voz, claramente esperando que Raider confesara que algo había ocurrido con su hermana.

—¿Ha estado con alguien? —preguntó entonces Raider, a quien, de repente, los celos lo consumían como nunca antes en su vida.

—¿Qué? —la pregunta de Raven era claramente retórica, no esperaba una respuesta concreta. Más bien, era una advertencia para que Raider no siguiera por ese camino.

Pero Raider estaba demasiado atrapado en su maraña de sentimientos como para captar la indirecta.

—¿Ha estado con alguien mientras…? ¡Ay! —exclamó cuando la mano de Raven se estampó contra su cabeza, un golpe amistoso, pero firme destinado a hacerlo volver en sí.

—¡No hables así de mi hija!

—¿Así cómo? Han sido cinco años, lo normal es que… —se calló y tragó saliva, porque decir eso en voz alta le revolvía el estómago— Está soltera, lo normal es que le hubiera dado una oportunidad a alguien.

Se hizo un silencio sepulcral en la estancia, uno de esos silencios que pesan más que mil palabras.

—Desde luego, se nota que de mi sangre no eres —Rain puso los ojos en blanco, claramente

disgustado por la dirección que estaba tomando la conversación.

—¿Se puede ser más subnormal? —bufó Rebel, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¡¿Pero qué dije?! —Raider se defendía, genuinamente confundido y sorprendido por la reacción de todos.

—¡Se ha pasado cinco años llorando y suspirando por ti, pedazo de cenutrio! —exclamó Romeo, revelando un detalle que Raider no había considerado ni por un momento.

—Pero claro, como la dejaste tú, a ti no te pasaría lo mismo, ¿no? —gruñó Sylvester, ofendido también porque, al fin y al cabo, se trataba de Tori. Nadie tocaba a Tori.

—¡Que yo no la dejé! —explotó Raider, su frustración alcanzando un nuevo nivel.

—Ah, ¿no? —Sylvester pestañeó, claramente el único que no estaba al tanto de todos los detalles.

—Pues no —bufó Raider, intentando aclarar un punto que, para él, era crucial.

—Bueno… ¡Pero te marchaste igual! ¡Eso es lo mismo que dejarla! —terminó el abogado, poniendo palabras a lo que muchos pensaban.

—La madre que os parió —Raider agachó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz, un gesto de pura frustración y desesperación.

—¿Has estado tú con alguien más? —la pregunta cayó como una bomba en la estancia, tensando aún más el ambiente si cabe.

La pregunta, además, provenía de Rebel y cortaba como un cuchillo.

—¿Qué? —Raider lo miró, el ceño fruncido, incapaz de creer que la conversación hubiera tomado ese giro.

—Supongo que preguntas eso porque has estado con alguien más, ¿no? Claro, estabas soltero, es lo normal. Sin importar si mi hermana lloraba por ti o no.

—Joder… —Raider no se podía creer que la conversación hubiera llegado a ese punto— ¡¿Y qué si lo estuve?! Me dejó, ¿vale? Quedé devastado, me quedé sin la persona que más quería en la vida. ¿Qué demonios queríais que hiciera? ¡A ella tampoco le importó si yo cogía ese avión o no!

Y joder, cómo había dolido eso…



“Baby, you're my angel.

Come and save me tonight.

Canto para centrarme en la carretera, intentando por todos los medios que el cansancio no se adueñe por completo de mi cuerpo.

La música es mi salvación en estos momentos, una forma de mantenerme despierta y alerta mientras el agotamiento lucha por tomar el control.

Estoy cansada, increíblemente cansada, hasta el punto en que creo que voy a llegar a casa y ni el hambre feroz que suele acosarme va a evitar que caiga, directamente, sobre la cama sin siquiera quitarme los zapatos.

Y es que ha sido un día pesado, interminable, pero por lo menos he escrito algo, he logrado arrancar unas cuantas palabras a ese bloqueo que me estaba volviendo loca."

"Hablando de escribir…

Ahora estoy en mi habitación, pegándome cabezazos contra el escritorio porque no me sale ni una buena frase. Siento como si cada idea se desvaneciera justo antes de poder plasmarla en el papel.

Me van a mandar a la mierda los de la editorial, estoy segura.

La presión es un monstruo que se sienta en mis hombros, burlándose de cada intento fallido por crear algo digno de ser leído."

"—Tori… ¿Sigues sin escribir? Ya estás fuera de plazo, y lo del accidente no es excusa, creo que lo mejor será que rescindamos el contrato.

La voz al otro lado del teléfono suena cansada, frustrada.

Pero, ¿accidente? ¿Qué accidente? Por un momento, mi mente se detiene, confundida y perdida entre recuerdos borrosos y la fatiga que me consume."

—Nena, despierta…

¿Raider?

"Baby, you're my angel.

Come and save me tonight.

La noche avanza, pero la luna, en su magnífico esplendor, ilumina perfectamente el camino de regreso a casa. La luz plateada se filtra a través de los árboles, creando sombras danzantes que juegan a mi alrededor.

¡Qué ganas tengo de llegar a casa, de desplomarme en mi refugio y dejar atrás este día agotador!

—¡Oh, dios mío…!”

Tori abrió los ojos de golpe mientras un grito ahogado salía de su garganta, cortando el silencio de la noche. La oscuridad de la habitación se sentía opresiva, casi tangible, hasta que su mente comenzó a registrar dónde estaba realmente.

—Tranquila, solo es una pesadilla —dijo una voz que conocía demasiado bien, una voz que siempre había sido su ancla a la realidad en momentos de tormenta.

Pestañeó un par de veces, intentando acostumbrarse a la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas y bañaba la habitación en sombras suaves.

La realidad comenzó a tomar forma, alejando los vestigios del sueño que la habían aterrorizado.

—Solo fue una pesadilla —repitió Raider, su tono suave, reconfortante, mientras la ayuda a incorporarse un poco—. Tranquila —susurró cuando ella dejó caer la cabeza sobre el cabecero de la cama y cerró los ojos con fuerza, luchando contra el impulso de dejar que esas imágenes terroríficas se apoderasen de nuevo de su mente.

—Era demasiado real —susurró ella, su voz apenas un hilo de sonido en la quietud de la noche.

—¿Soñabas con el accidente? —preguntó él, intuitivo como siempre.

Ella asintió con un movimiento casi imperceptible, abrió los ojos y giró la cabeza para mirarlo. Ahí estaba él, sentado en el borde de la cama, quedando frente a ella, su rostro marcado por la preocupación y algo más, algo que Tori no podía descifrar en ese momento.

—Últimamente sueño mucho con eso —reconoció ella.

—Lo sé —dijo Raider, sorprendiéndola—. A veces gritas y yo… —carraspeó, buscando las palabras adecuadas, consciente de lo delicado del tema— Solo me quedo aquí hasta que vuelves a dormir.

Tori enarcó las cejas y gimió a la vez, avergonzada por la vulnerabilidad que sus pesadillas revelaban.

—Joder, ¿por qué…? —empezó a preguntar, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

No sabía ni cómo articular lo que quería decir, cómo preguntar por qué él se quedaba a su lado, incluso en sus momentos más oscuros.

Y Raider sabía que no era momento de indagar más. No cuando el corazón de Tori todavía le iba a mil por hora, algo que él sabía por cómo respiraba de rápido, por el temblor apenas perceptible de su cuerpo.

—¿Estás mejor? —preguntó Raider en un susurro, su preocupación por ella evidente en cada palabra, en cada mirada.

La mujer, con el pelo hecho un desastre y el rostro cansado, lo miró de nuevo. Sus ojos, normalmente tan llenos de vida, ahora parecían apagados, perdidos.

—Sí —mintió.

Y él lo supo.

Lo supo de inmediato, y ella supo que él lo sabía por cómo enarcó las cejas al escucharla.

—Odio que me conozcas tan bien —bufó, un intento de ligereza en su voz que no lograba ocultar el peso de sus emociones.

—¿Quieres hablar de ello? —ofreció él, dispuesto a escuchar, a ofrecer su hombro, su corazón, lo que fuera necesario para aliviar su carga.

Ella negó rápidamente con la cabeza. No, no estaba lista para verbalizar el terror que la había sacudido en sueños, para darle forma a sus miedos.

—Está bien —él no iba a insistir, no con algo que claramente le hacía daño—. Sabes que si necesitas algo…

Ella volvió a mirarlo, sus ojos buscando los suyos, pero no dijo nada.

Y Raider suspiró pesadamente.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces, sintiendo que su presencia ya no era necesaria, que quizás, sobraba.

Que quizás, ella no lo quería allí. Cuando él más a su lado quería estar.

Y fue a levantarse, pero…

A Tori le costó un universo entero tomar la decisión, pero al darse cuenta de que Raider no estaba jugando, que realmente tenía intenciones de marcharse y dejarla en la más absoluta soledad, se asustó.

Con un esfuerzo sobrehumano, como si levantara el peso de su propio mundo con la mano, la extendió, temblorosa y lo agarró del antebrazo con determinación.

Raider se giró hacia ella, sus ojos buscando los de Tori, pero ella miraba hacia abajo. Con su postura encogida y evitando su mirada, demostraba que lo que estaba haciendo no era nada fácil para ella.

—Tori… —suspiró él.

—No me hagas decirlo —susurró ella con un hilo de voz, implorando casi con desesperación —. Por favor…

Pero yo necesito escucharlo, pensó él, mientras una tormenta de emociones le azotaba por dentro.

Sin embargo, con un suspiro que parecía cargar el peso de sus propios miedos y deseos, quizá un poco absurdos, decidió ponerlos a un lado. Porque ella había dado un paso, un pequeño, pero significativo paso hacia él, y había que reconocer el valor que eso implicaba.

Y él, si realmente quería estar ahí para coger esa mano extendida, sabría cómo hacerlo, sin necesidad de interrogatorios ni condiciones.

Las respuestas vendrían a su tiempo.

O quizás nunca.

Con un cuidado que rozaba lo ceremonial, Raider colocó su mano sobre la de Tori y, con un gesto suave, pero firme, la hizo soltar su antebrazo. Aún sin soltar la mano de ella, que seguía aferrada a la suya en busca de algo parecido a la seguridad, sin una palabra, destapó cuidadosamente la cama y se deslizó a su lado, acogiendo a Tori entre sus brazos como si fuera el tesoro más valioso del mundo, la cabeza de ella reposando sobre su pecho, mientras los cubría a ambos con las sábanas.

Y así se quedaron, envueltos en silencio.

Un movimiento sutil, eso fue lo que hizo él minutos después, cuando notó que la respiración de Tori finalmente encontraba un ritmo tranquilo y sosegado. Ese mínimo gesto fue suficiente para que ella, en un estado de semi-consciencia, se alterara ligeramente.

La mano que hasta ese momento descansaba apaciblemente sobre el pecho de Raider, se tensó de repente, agarrando con fuerza la camiseta de él como si fuera el único ancla a la realidad.

—No te vayas —suplicó ella, su voz un susurro frágil, cargado de un miedo apenas contenido —. No me dejes —rogó con una sinceridad desgarradora, medio dormida, pero totalmente vulnerable.

Raider exhaló un suspiro profundo, uno de esos que parecen llevarse consigo el peso de un millón de dudas, y delicadamente colocó su mano sobre la de ella, como quien promete sin palabras un futuro juntos.

—No iré a ningún lado —juró, su voz firme, vibrando con una promesa inquebrantable—. No voy a dejarte.

Ni ahora ni nunca, pensó.

Se aferró a ella, sintiéndose al mismo tiempo el héroe y el villano de esta historia, el peor de los capullos, porque en un momento tan crítico, no podía evitar sentir una especie de gratitud torcida por el miedo que la embargaba, un miedo que, paradójicamente, la empujaba de nuevo hacia sus brazos.

“Hoy ha sido mi cumpleaños. Dieciocho años ya, ¡qué fuerte! Parece que fue ayer cuando celebraba los diecisiete con una tarta de chocolate que parecía más un experimento de ciencias que un postre comestible.

Pero, eh, ¡aquí estamos! Un año más vieja y, supuestamente, más sabia.

En casa, como no podía ser de otra manera, me han preparado una fiesta sorpresa. Bueno, de sorpresa no tenía mucho, porque ya lo sabía. Más que nada porque es una tradición anual, como los especiales de Navidad en la tele. Pero bueno, ellos son felices haciéndolo y a mí, la verdad, me encanta que lo hagan.

Es como nuestro pequeño ritual.

—Pide un deseo —me ha sonreído Raider cuando han terminado de cantarme el cumpleaños feliz, con esa sonrisa que podría derretir el polo norte.

Mi deseo es él.

Sí, ya sé, suena cursi, lo sé, pero es que yo soy así, una romántica incurable. Estoy perdidamente enamorada de él. Y, contra todo pronóstico, estoy dispuesta a cumplir mi deseo.

Porque, ¿quién dice que los sueños no se pueden hacer realidad?

Así que, armada con una determinación que no sabía que tenía, espero a que todos duerman, y voy hasta su dormitorio. Entro, sin llamar, y me escabullo dentro como una ninja en plena misión secreta.

Él mira hacia la puerta rápidamente, sus cejas enarcadas en una expresión que conozco de memoria, pero no hay sorpresa en su rostro. Está más que acostumbrado a mis visitas nocturnas.

Sé que no debería hacerlo, pero lo hago. Porque a veces, el corazón tiene razones que la razón no entiende.

—Tori… ¿No puedes dormir? —pregunta él, su voz teñida de esa preocupación constante que tiene por mí. Está sentado en su escritorio, sumido en sus estudios, como si el mundo exterior no existiera.

Un verdadero ratón de biblioteca.

Se mueve, girándose en la silla, cuando niego con mi cabeza. Siento como si mi corazón fuera a salirse del pecho.

—Tengo algo que decirte —logro decir, antes de que la valentía decida tomar vacaciones sin mí.

Porque no soy una cobarde, pero hay verdades que pesan.

—Dime… —al verme nerviosa, frunce el ceño y se levanta, acercándose a mí con esa lentitud que hace que cada segundo se sienta como una eternidad— Me estás poniendo nervioso.

—¿Te pongo nervioso? —pregunto, intentando aligerar el momento con una sonrisa temblorosa.

Él se para un momento, sus cejas enarcadas en una mezcla de sorpresa y algo que no me atrevo a nombrar.

—Pues depende de cómo lo preguntes… —dice con cuidado, como si cada palabra fuera un paso en un campo minado.

—Exactamente como lo estás entendiendo… —respondo, con un hilo de voz que espero suene más convincente de lo que me siento.

Raider se queda quieto, tal vez preguntándose si este es el mismo guion de nuestras habituales conversaciones nocturnas o si hemos cambiado de libro sin avisarle.

Yo, sin pensármelo más, decido que es ahora o nunca.

Me acerco lo que falta hasta plantarme junto a él. Me pongo de puntillas, cerrando los ojos como si eso pudiera salvarme de un rechazo, y le doy un tímido beso en los labios.

Sí, tengo dieciocho años, pero joder, es la primera vez que beso a alguien. Porque siempre he querido que el primero fuera él, mi gran amor platónico hecho realidad.

Y entonces, cuando voy a salir corriendo de ahí, como si pudiera escapar de mis propios sentimientos, Raider me agarra de la mano y me gira hacia él con una suavidad que contrasta con la rapidez de su acción.

—¿Me acabas de besar? —pregunta él, con una mezcla de incredulidad y algo que no me atrevo a esperar.

Bueno, yo me pongo roja como un tomate, probablemente rompiendo algún récord mundial de velocidad en cambio de color facial. Me giro, queriendo marcharme de nuevo, queriendo esconderme en un agujero y no salir nunca más.

Pero Raider suelta una carcajada, ese sonido que siempre ha tenido el poder de hacerme sentir mejor, sin importar qué.

—No, nena —dice entonces, haciendo que lo mire de nuevo, aunque todo en mí quiere correr y esconderse—. No puedes besarme y huir —me pega a él, una de sus manos se posa en mi mejilla, haciéndome temblar.

—Zev, yo…—ahí no es Raider, es Zev, y la tensión en el aire podría cortarse con un cuchillo.

Hay un momento, un instante cargado de electricidad estática, donde el mundo parece detenerse, esperando su respuesta.

—¿Por qué? —pregunta él, con esa voz que parece capaz de derretir glaciares.

Y ahí estoy yo, deseando poder articular algo coherente que suene a medio camino entre un Shakespeare enamorado y una comedia romántica de bajo presupuesto.

¿No es evidente?, pienso para mis adentros, rogando porque mis mejillas no se estén tiñendo de un tono escarlata vergonzoso.

—No, no lo es —dice él, sacándome de mis pensamientos y demostrándome que, sin querer, he dicho eso en voz alta—. Incluso de serlo, necesito escuchártelo decir —su tono es firme, pero hay una suavidad en sus ojos que no puedo ignorar.

—Porque me gustas —logro decir finalmente, sintiendo cómo esas palabras se deslizan fuera de mí como si fueran más livianas que el aire, pero al mismo tiempo, pesadas.

No puedo creer que haya reunido el coraje para decirlo, que haya abierto la compuerta de

mis sentimientos así, sin más.

Él gime, un gemido que suena como si le doliera tanto como a mí.

—Dios, nena… Pensé que nunca te escucharía decir eso —cierra los ojos y, a abrirlos, algo ha cambiado en su mirada—. Te voy a besar, Tori —dice con esa voz ronca que parece vibrar en lo más profundo de mi ser—. Pero a besarte de verdad.

Y antes de que pueda procesar completamente sus palabras, antes de que pueda prepararme para lo que eso significa, lo hace.

Y en ese momento, todas las películas románticas y los cuentos de hadas se quedan cortos. Porque esto, esto es real.

Y es mío.

Mi deseo hecho realidad.”



Cuando Tori abrió los ojos esa mañana, se encontró con algo con lo que había soñado demasiadas veces. Ahí estaba él, Raider, el protagonista de sus fantasías nocturnas y diurnas, tumbado a su lado. Dormía plácidamente, de lado, sus piernas entrelazadas con las de ella, manteniéndola segura entre sus brazos como si fuera lo más preciado de su mundo.

¿Cuántas veces había anhelado Tori despertarse así, envuelta en ese abrazo?

Demasiadas, infinitamente más de las que su orgullo le permitiría reconocer.

Recordaba, con una mezcla de nostalgia y tristeza, las ocasiones pasadas en las que había amanecido de esta manera, simplemente disfrutando del placer de observarlo mientras dormía.

Era guapísimo, eso era un hecho innegable. Lo decía ella, y probablemente lo corroboraría la mayoría de la población mundial si tuviera el placer de verlo así, en su estado más puro y relajado, con los rasgos suavizados por el descanso, libre de cualquier sombra de preocupación o estrés.

Y en esa tranquilidad, Tori había encontrado finalmente el sueño reparador que tanto había eludido sus noches durante los últimos cinco años.

Qué ironía del destino, pensó, *que la misma persona que había sido fuente de sus desvelos y tormentos, se convirtiera en el refugio y la paz que tanto necesitaba.*

Gracias por quedarte, susurró en su mente.

Movida por un impulso, Tori levantó una mano y la posó suavemente sobre la mejilla de Raider, un gesto tierno, cargado de cariño y anhelo. Pero apenas sus dedos rozaron su piel, él emitió un sonido, un murmullo incomprensible que la hizo retroceder instintivamente, como si

temiera que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—Tarde —dijo él, con su voz tomada por el sueño, mientras depositaba su mano sobre la de ella, asegurándose de mantenerla justo allí, sobre su rostro, en un gesto tan íntimo que parecía romper todas las barreras entre ellos—. Ahora soy yo quien te necesita —susurró.

Y entonces, Raider abrió lentamente esos ojos que Tori había grabado en su memoria.

—Zev… —susurró ella.

Él soltó la mano de Tori solo para trasladarla a la mejilla de ella, acariciándola con una ternura que hablaba de años de añoranza y momentos perdidos.

—Si vuelves a pronunciar mi nombre, te besaré —gimió él, su voz cargada de un deseo crudo.

Ella abrió mucho los ojos al escucharlo.

Raider resopló, un sonido que parecía llevarse consigo la última de sus resistencias.

—Te deseo, Tori. No es ninguna novedad —admitió con una derrota que resonaba en cada palabra—. Y tenerte tan cerca es una tortura —reconoció, su voz un reflejo de la lucha interna que enfrentaba—. Y porque soy un profesional, si no… —se refería a la cercanía que mantenían a diario, durante su rehabilitación— Joder, apenas puedo soportarlo —bufó, su frustración, palpable.

—Levántate y vete —dijo ella con voz firme, aunque por dentro se sentía temblar—. ¿No es simple?

Raider rio, un sonido cargado de ironía y dolor.

—Ojalá lo fuera —y la miró a los ojos, buscando en ellos algo que quizá ni ellos mismos entendían completamente—. ¿Es eso lo que quieres?

Ella apretó los dientes, luchando contra la marea de sentimientos que amenazaba con arrastrarla.

—Eso es lo que debe ser.

—No es eso lo que te he preguntado, Tori —él acarició entonces el labio inferior de ella, un gesto que rozaba lo prohibido, invitando a olvidar las reglas, las razones—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que me levante y me vaya?

—¿Qué es lo que quieres tú? —preguntó entonces ella, su voz apenas un susurro cargado de miedo y esperanza.

—A ti, maldita sea —explotó él, su declaración, un golpe directo al corazón—. Te quiero a ti.

El labio de Tori tembló al escucharlo.

—¿Hasta que vuelvas a marcharte?

Raider apretó los dientes con fuerza.

—¡Oh, joder! —y entre maldiciones varias, se levantó y se marchó de allí, cerrando de un portazo tras de sí.

Y dejando sola a Tori.

Llorando.



Capítulo 19

“—Pensé que no vendrías —había dicho él esa mañana al verla aparecer en la piscina, con esa voz que parecía mezclar sorpresa con un toque de alivio, como quien espera un regalo, pero no se atreve a creer que realmente lo recibirá.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —preguntó ella, un reto en su voz, las cejas arqueadas en una clara señal de desafío— ¿No eres tú el primero que se ha encargado de decirme que no mezcle lo personal con mi recuperación?

Él la había mirado, su mandíbula a punto de romperse de la tensión que acumulaba.

Claro, se lo había dicho, pero por la parte que le tocaba, no era tan fácil, ¿eh?

Vamos, que predicar era una cosa y dar trigo era otra muy distinta. Mantenerse al margen cuando el asunto te toca personalmente, resulta ser un deporte de alto riesgo.

—Me alegra ver que no eres tan inmadura como pensaba —dijo él, intentando sonar más despreocupado de lo que en realidad estaba.

Su intento de lanzar un cumplido disfrazado de crítica no pasó desapercibido para Tori, quien por un momento quedó boquiabierta.

Pero ¿qué demonios…?

Solo que a Tori no le dio tiempo a expresar en voz alta sus pensamientos, porque él, como si tuviera un radar para detectar cuándo estaba a punto de meter la pata hasta el fondo, continuó hablando.

Y, afortunadamente para ambos, cambiando el tema antes de que la conversación se convirtiera en una discusión sobre quién tenía el ego más grande.

—Hoy toca un día duro, ¿estás preparada? —preguntó él, cambiando el enfoque hacia lo que realmente importaba, la recuperación de Tori.

¿Acaso no es así a diario?, pensó Tori.

Pero sin decir nada, simplemente asintió con la cabeza.

Claro que no se imaginaba hasta qué punto iba a llegar esa dureza…”

—No puedo… —casi sollozó ella, sin fuerzas para dar un paso más, como si cada palabra fuera un peso añadido a su ya agotada resistencia. La desesperación era palpable en su voz.

Porque dolía, joder si dolía. Era un dolor que no solo se sentía en el cuerpo, sino en el alma, en cada rincón de su ser que luchaba por seguir adelante.

—Vamos, mueve esas piernas —dijo él, cruel, como si cada sílaba fuera un latigazo que

pretendía despertar su voluntad dormida.

—¡Que no puedo! —la desesperación en su respuesta, pero aun así, ella seguía intentándolo.

Porque aunque doliera, tenía que poder, tenía que levantarse de esa silla de ruedas por su propio pie y volver a caminar pronto.

—¡Déjate de excusas! Guárdate eso para seguir engañándote —*y seguir diciéndote que no sientes nada por mí,* fue la frase que quedó en el aire— ¡Vamos! ¡Un paso más!

—¡No puedo! —lloró ella.

—¡Uno más! —gritó él, sacando toda la frustración que sentía.

—No puedo —y era verdad, tanto sus piernas como sus brazos dejaron de mantenerla y cayó al suelo— ¡Maldita sea, no puedo! —bramó.

—Joder —exclamó él al verla allí tirada, una expresión de culpa cruzando su rostro.

Estaba tan enfadado que ni el golpe había evitado. Cuando se había dado cuenta, cuando había salido de esa nube de furia en la que se sentía, ella ya estaba en el suelo, un recordatorio crudo de sus propias limitaciones.

—Dios, nena —llegó hasta ella, dispuesto a ayudarla, su voz ahora rebajada a un susurro tembloroso, cargado de una preocupación que antes había estado oculta tras su frustración.

—¡No me toques! —exclamó ella, aterrada.

—Tori, por favor —el arrepentimiento en su voz era palpable.

—¡Que no me toques! —gritó ella con fuerza, intentando, como podía mientras se arrastraba, alejarse de él.

El horror en la mirada de ella, como si estuviese viendo al mismísimo diablo.

—¡No quiero que me toques! —gritó a pleno pulmón, como si con cada palabra intentara exorcizar el miedo que la paralizaba, buscando en su interior la fuerza para enfrentarse a sus propios demonios.

—Nena…

—¿Pero qué…? —la pregunta de Rebel quedó atascada en su garganta al entrar en la piscina, como si el aire se hubiera convertido en plomo, pesado y opresivo, al presenciar la escena que tenía ante él.

Al ver a su hermana allí tirada, gritando, asustada, no supo qué fue lo que le entró por el cuerpo. Corrió hasta llegar a ella, empujando a Raider antes de que intentase tocarla otra vez, movido por un instinto protector tan antiguo como el tiempo.

—Te ha dicho que no la toques —la firmeza en su voz era un muro infranqueable, una declaración de guerra en defensa de lo que más amaba.

—Rebel… —la advertencia en la voz de su primo.

—¡Te ha dicho que no la toques! —gritó Rebel, encarándose con él.

—¡Media naranja! —exclamó Riley también llegando hasta ella— Dios mío, ¿estás bien?

Tori negó con la cabeza.

—Sacadme de aquí —imploró—. Por favor, sacadme de aquí —lloró, con cada palabra, un ruego desesperado por escapar.

—Nena, por favor… —imploró Raider.

—No la toques —repitió Rebel, cogiendo de mala manera el brazo de Raider y evitando que rozase a su hermana.

Entonces levantó a Tori del suelo y la colocó en la silla de ruedas, para sacarla de allí.

—Llévatela —una orden a Riley, quien tras mirar a sus primos, asintió con la cabeza y sacó a Tori, que temblaba y lloraba de allí.

Con las manos en las caderas, Rebel miró cómo ambas mujeres desaparecían de su vista. Raider, por su parte, se levantó del suelo, negando con la cabeza, sin poder entender a qué venía eso. La confusión y el arrepentimiento en su mirada.

Había sido duro, sí, y era un gilipollas.

¿Pero ese miedo que vio en sus ojos? No lo entendía, simplemente no tenía sentido ninguno.

Cuando las dos mujeres desaparecieron de su vista, Rebel se dio la vuelta y, sin esperar, le estampó el puño a Raider en la mandíbula, haciéndolo caer de nuevo.

—¡¿Pero se puede saber qué demonios te pasa?! —bramó Rebel, con cara de dolor mientras acariciaba su puño dolorido por lo fuerte que había sido el impacto. Su voz sonaba teñida de incredulidad y rabia.

—¿Desde cuándo pegas tan fuerte? —gimió Raider, tocándose la mandíbula, la sorpresa tiñendo su voz de un matiz casi infantil, como si descubriera un nuevo aspecto de alguien a quien creía conocer.

Un resoplido irónico salió de los labios de Rebel, y Raider, tras mirarlo, se levantó del suelo, listo para enfrentar el siguiente asalto de un combate del que no comprendía las reglas.

—¿Qué le has hecho? —la pregunta de Rebel era una acusación disfrazada.

—¡Nada! —exclamó Raider, su defensa tan vehemente como desesperada, un clamor por ser entendido en medio de un juicio sin jueces.

—¿Nada? —una risa irónica— Mi hermana estaba en el suelo, aterrada por tu culpa, ¿y no le has hecho nada?

—¡No seas idiota! —exclamó Raider, aunque la culpa por haberla llevado a ese límite lo corroía— Soy yo, joder, ¿de verdad crees que le haría daño?

—¿No es eso lo que le acabas de hacer? —el contraataque de Rebel era certero, un golpe

dirigido al corazón de la cuestión.

A la herida abierta entre ellos.

—¡No! —se pasó las manos por el pelo— He sido duro, sí, pero joder, no sé qué demonios le ha pasado para llegar a eso. Maldita sea, ¡me miraba con miedo! —su confesión era un lamento, una admisión de su propia impotencia ante la situación— ¡A mí! —negó con la cabeza—¡Jamás le haría daño!

¿De verdad tenía que estar diciendo algo tan obvio?

—Lo dices después de hacerla llorar durante cinco largos años —escupió Rebel con un odio que parecía destilar veneno con cada palabra, mirando a Raider con unos ojos que podrían haber encendido un fuego si se lo propusieran.

Era evidente que no tenía ningún tipo de simpatía hacia él en ese momento, ni ganas de ocultar su desprecio.

Raider, por su parte, apretó los dientes tan fuerte que por un momento temió que se romperían. Podía sentir la tensión acumulada en su mandíbula, un claro indicativo de su frustración y rabia contenida.

Sin decir una sola palabra, comenzó a caminar, con pasos firmes y decididos, dispuesto a alejarse de allí, de esa conversación, de esa acusación, como si pudiera dejar atrás el peso de sus acciones simplemente con poner distancia de por medio.

—¿Adónde vas? —preguntó Rebel.

Pero Raider no respondió.

Rebel, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarlo ir tan fácilmente. Llegó hasta él y lo cogió del brazo con una determinación férrea, su agarre fuerte y sin vacilaciones.

—No quiere verte —le recordó, su voz un poco más suave ahora, pero cargada de una seriedad que no admitía réplica.

Raider se paró en seco, como si las palabras de Rebel hubieran activado un freno invisible. Se giró lentamente para mirarlo, y en sus ojos había un destello de algo intenso, una mezcla de desafío y dolor.

—Esto es entre tu hermana y yo —la advertencia en su voz era clara, teñida de una determinación fría y dura.

Era una línea en la arena, una barrera que no quería que Rebel cruzara.

—No vuelvas a interponerte entre nosotros.

—Ella no es asunto tuyo. Hace mucho que dejó de ser asunto tuyo —contraatacó Rebel, con una firmeza que buscaba herir, intentando golpear donde más le dolía.

Las aletas de la nariz de Raider se dilataron al escucharlo, un indicativo del esfuerzo que le estaba costando controlar las emociones que amenazaban con desbordarse. Con un fuerte

movimiento, casi brusco, se deshizo del agarre de Rebel.

—Siempre lo será —juró.

Y salió de allí, dispuesto a buscarla, a enfrentar lo que fuera necesario, porque en el fondo sabía que huir no resolvería nada.

Y tanto que lo sabía…

Era hora de enfrentar las consecuencias de sus acciones, de cinco años de decisiones equivocadas, y quizás, solo quizás, encontrar un camino hacia la redención.



—¿Me vas a contar de una vez por todas qué demonios ha pasado? —Riley lanzó la pregunta por enésima vez, con esa mezcla de impaciencia y preocupación que la caracterizaba, mientras ambas cruzaban el umbral hacia la habitación de Tori.

—No fue nada… —susurró Tori, casi inaudible, mientras se esforzaba por secar las lágrimas rebeldes que insistían en surcar sus mejillas.

—¿Cómo que no fue nada? Estabas ahí, tirada en el suelo, llorando y gritando como si se hubiera acabado el mundo y ¿me vienes con que no fue nada? —la incredulidad teñía cada palabra de Riley—. ¡Venga ya, Tori! ¡En toda mi vida nunca te he visto perder los estribos de esa manera! ¡Y mira que eres dramática!

Y Tori, en el fondo, deseaba fervientemente que nadie más la viera en un estado tan vulnerable, tan rota. Lo que más anhelaba era no volver a sentirse así, tan devastadoramente frágil.

Porque lo había pasado francamente mal.

Aún se sentía como si estuviera atrapada en un torbellino de emociones negativas, con la sensación de tener un nudo en la garganta que se negaba a deshacerse, dificultándole el respirar y sin poder contener el torrente de lágrimas que parecían tener voluntad propia.

—O me lo cuentas a mí ahora mismo o no me dejas otra opción que llamar a tus padres y hacer que vuelvan del trabajo para que te enfrentes a ellos con toda la verdad —amenazó Riley, aunque su tono sugería que preferiría evitar esa opción a toda costa—. Y ya te digo, que tu padre no va a preguntar mucho; va directo a por Raider, sin pararse a escuchar excusas ni medias tintas.

Tori soltó un resoplido exasperado.

—Por favor —su mirada se encontró con la de Riley—. ¿No puedes, por una vez en tu vida, dejarme en paz? —las palabras salieron disparadas de su boca como balas, cargadas de

frustración y desesperación.

Joder, no quería llegar a ese extremo, realmente no era su intención herir a quien se preocupaba por ella, pero es que simplemente no era el momento de presiones.

Ni de ser intensa.

Riley retrocedió un paso, impactada, como si la fuerza de las palabras de Tori hubiera sido una bofetada física. Tori, por su parte, al ver la reacción de su prima, se arrepintió inmediatamente y exhaló un suspiro pesado.

—Lo siento —murmuró, llevándose una mano al pecho en un gesto de autocuidado—. Solo necesito un poco de tiempo para… relajarme —indicó, haciendo un vago gesto hacia su cabeza —. ¿Puedes dármelo, por favor? —su voz, teñida de súplica, buscaba comprensión.

Riley, tras un breve momento de tensión, movió la cabeza en un gesto que denotaba resignación. No era una aceptación completa, pero era suficiente para el momento.

—Está bien. Pero me lo contarás, ¿verdad? —insistió.

—Sí… —apenas logró articular Tori, mordiéndose el labio para evitar mostrar su irritación ante la insistencia.

Sabía que Riley solo quería ayudar, pero había momentos en los que simplemente necesitaba enfrentarse a sus demonios en soledad.

—No antes de que me lo cuente a mí primero —interrumpió Raider, irrumpiendo en la habitación con esa mezcla de confianza y arrogancia que lo caracterizaba, aprovechando que la puerta estaba abierta, un detalle que a ambas se les había pasado por alto en medio del caos emocional.

Tori apenas pudo contener un gemido de frustración. Tanto por el anhelado momento de paz y soledad. Parecía que el universo tenía otros planes para ella.

—Vete —esa única palabra, cargada de un sinfín de emociones y significados, resonó en el aire.

Pero, curiosamente, no salió de los labios de Tori, ni estaba dirigida a Raider. Fue él quien la pronunció, y su destinataria era Riley.

—¿Y dejarte a solas con ella? ¡Ni hablar! —replicó Riley con firmeza, plantándose con la determinación de un soldado dispuesto a defender su posición hasta el final— ¡Ni lo sueñes! — Riley se negó a ceder, cruzando los brazos sobre su pecho en un gesto de obstinada resistencia.

—No me toques las narices —Raider elevó el tono, claramente irritado.

—Y tú no me toques el mondongo con tus tonterías —replicó Riley, su ingenio brillando incluso en momentos de tensión.

La expresión de Raider se transformó en una mezcla de confusión y sorpresa ante la inesperada réplica.

—¿Qué diablos significa el mondongo? Mejor ni me lo expliques —se adelantó, previendo que prefería permanecer en la ignorancia—. Necesito hablar con Tori a solas. Es hora de que te vayas.

—Tú no me das órdenes —Riley levantó la barbilla en un gesto de desafío.

Hubo un breve enfrentamiento de miradas; Raider la miraba intensamente, sus cejas enarcadas.

—Que te largues —dijo Raider.

—Pero solo porque yo lo decido —aclaró Riley, no dispuesta a dar la impresión de que cedía ante una orden.

Tori, testigo silencioso de este intercambio, rodó los ojos ante la escena.

Vaya guardiana del caos tenía por prima.

—¿Estarás bien? —preguntó Riley, preocupada por Tori.

Tori, tras una pausa para secarse las últimas lágrimas rebeldes, asintió con firmeza.

—Sí, estaré bien —respondió, aunque evitó cruzar miradas con Raider, como si el simple acto de mirarlo pudiera desatar una nueva tormenta en su ya agitado estado.

Una vez que Riley salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella con un clic, Raider se permitió un suspiro profundo. Sus ojos no abandonaban la figura de Tori, que mantenía la vista baja, como si en el entrelazado de sus dedos sobre sus rodillas pudiera encontrar las respuestas que tanto buscaba.

—¿Ha sido Rebel? —preguntó, sin mirar su labio magullado. Pero él la ignoró.

—Venía preparado para un asedio, pensando que me cerrarías la puerta en las narices, que no querrías verme—confesó, intentando inyectar un toque de humor a la tensa atmósfera.

Ella finalmente levantó la vista, sus ojos encontrando los suyos en un choque directo de voluntades.

—Y no quiero verte —dijo, con una honestidad cruda, mientras se esforzaba por limpiar las marcas de su reciente llanto.

Raider, cuya aversión a verla llorar rozaba lo patológico, hizo un amago de acercarse, un gesto casi instintivo movido por el impulso de consolarla, de borrar las lágrimas que tanto detestaba. Sin embargo, se detuvo en seco, anclado en el lugar por la dura realidad de que cualquier intento de acercamiento, en esos momentos, no era, precisamente, la mejor de las ideas.

—¿Serviría de algo que me negase a verte? —inquirió ella, clavando su mirada en él, teñida de una ironía amarga que no lograba ocultar el dolor que sentía.

Era una pregunta retórica, por supuesto; ella había considerado esa posibilidad, había jugado con la idea incluso antes de que él apareciera en su umbral.

Era Raider, después de todo.

Lo conocía, conocía cada faceta de su ser y era consciente de que si seguía siendo el mismo de siempre, no dejaría que ella simplemente lo ignorase.

—No —admitió él, su respuesta tan escueta como cargada de significado.

No, él no había cambiado; seguía siendo el mismo de siempre, para bien o para mal.

—Ya me lo suponía… —musitó ella— Supongo que ninguno de los dos hemos cambiado demasiado, ¿eh? —ella suspiró, poniendo palabras a los pensamientos que rondaban su cabeza.

—Yo no lo veo así —contradijo él, con un suspiro que parecía llevarse consigo un peso inmenso—. Creo que ambos hemos cambiado demasiado, más de lo que nos gustaría admitir.

¿De verdad?

¿En qué exactamente?

Esas preguntas danzaban en la mente de Tori. Preguntas sin respuestas.

—Necesitamos hablar, Tori. Seriamente —era una afirmación, una necesidad ineludible.

Y aunque a Tori le pesara reconocerlo, sabía que era cierto. No era tan inmadura como para negar la evidencia.

—¿Eres así con todo el mundo o solo te reservas ese trato especial para mí? —lanzó ella, una pregunta cargada de desafío y una pizca de curiosidad.

—Sabes la respuesta a eso —respondió él, su voz baja, pero firme.

—¿Por qué? —*¿por qué eres así conmigo?*

—¿Por qué? ¿No es obvio?

—No, no lo es…

—Porque me importas, Tori. Me importas como nunca me ha importado ni me importará nadie más —la sinceridad en su voz era palpable, casi tangible, pero ¿era suficiente para borrar años de dolor y resentimiento?

Tori resopló, un resoplido que decía mucho más de lo que cualquier palabra podría expresar. Era un resoplido de incredulidad, de frustración, un "¿y eso se supone que debo creerlo?" sin necesidad de pronunciarlo.

—Ya… Como te "importaba" hace cinco años —su tono era una mezcla de sarcasmo y amargura.

Ahí estaba el meollo del asunto, el corazón del conflicto que los había separado.

El rencor. Ese viejo amigo que se instala cómodamente entre dos personas y decide no irse más, haciéndose el dueño del lugar.

Los reproches. Esos dardos envenenados que vuelan de boca en boca, sin importar cuánto daño hagan.

—¡Claro que sí! Como me importabas hace cinco largos años. ¡Como me has importado durante toda la maldita vida! —exclamó él — Y lo sabes. Eso es lo peor de todo, que lo sabes y juegas con ello. Lo has hecho desde siempre. Siempre fuiste consciente de que eras mi debilidad. Sabes que lo sigues siendo. ¡Y, no llores, maldita sea, porque sabes que no lo soporto! —se acercó a ella, esta vez con una determinación diferente.

Se agachó, quedándose en cuclillas frente a ella y tomó su cara entre sus manos ternura.

—¿Por qué lloras? —susurró, su voz ahora un suave murmullo, mientras limpiaba las lágrimas que surcaban su rostro.

—Porque estoy al límite —susurró ella a cambio, su voz apenas un hilo de desesperación—. Estoy exhausta y siento que no puedo más.

La tormenta de emociones era demasiado para ella.

Sentía cómo todo se desmoronaba a su alrededor, incapaz de contener el caudal de sentimientos que la embargaban.

El accidente que había trastocado su mundo, su inmovilidad forzada, el dolor físico que se mezclaba con las pesadillas que la asaltaban noche tras noche.

Y Raider. Los recuerdos que venían con él, ese corazón hecho añicos una y otra vez.

Y él, justo ahí, en medio de toda su tormenta.

—Y no quiero rendirme —susurró ella, su voz cargada de un cansancio que parecía pesarle en cada palabra.

—Ríndete solo por un instante. Cae, y yo caeré contigo. Descansa. Y cuando estés lista, te extenderé mi mano para ayudarte a levantarte de nuevo.

—Te odio —dijo ella, con un atisbo de fuerza que le permitió golpearle en el pecho con su puño cerrado—. Te odio, porque no me dejas ni siquiera darme por vencida.

—Me odiarías más si te lo permitiera —replicó él, su voz suave mientras seguía secando las lágrimas de sus mejillas con delicadeza—. Solo necesitas aguantar un poco más.

—¿Y si no quiero seguir luchando?

Raider se tomó un momento para responder.

—Entonces, supongo que tendré que luchar en tu lugar —dijo finalmente, y sin darle tiempo a más, la besó.



Capítulo 20

El primer pensamiento de Tori, en ese instante cargado de electricidad, al sentir los labios de Raider sobre los suyos, fue un grito interno que le urgía a empujarlo, a apartarlo de ella.

Lo odiaba, o eso quería creer.

Había heridas demasiado profundas, palabras no dichas y acciones imperdonables que se interponían entre ellos, y estaba convencida de que un simple beso no era el bálsamo mágico que sanaría todo.

Pero, si era completamente honesta consigo misma, no tenía la más mínima intención de separarse de él. No quería que ese momento, ese beso, llegara a su fin.

Hasta ese preciso segundo, Tori no había sido plenamente consciente de la magnitud de su anhelo por sentirlo cerca. Lo deseaba, vaya que sí, y era lo suficientemente perspicaz como para interpretar cada una de las señales que su cuerpo le enviaba al solo pensar en él, y ni hablar cuando dejaba que su imaginación volara libre, sin cadenas.

Pero, hasta ahora, todo había permanecido en el reino de la mente, un territorio plagado de recuerdos y fantasías.

Ahora, en ese instante fugaz pero eterno, todo volvía a ser real.

Tori, incapaz de contenerse, gimió contra los labios de Raider, una confesión silenciosa de su entrega. Raider, interpretando ese sonido como una pausa necesaria, se separó ligeramente de ella, solo para asegurarse de que estaban completamente solos, cerrando la puerta con pestillo con una rapidez que denotaba su temor a que Tori cambiara de opinión en ese breve lapso de tiempo.

Pero Tori no lo hizo.

En ese instante, todas sus reservas, toda su fuerza de voluntad parecían haberse evaporado, dejándola incapaz de resistirse a lo que, muy en el fondo, deseaba más que nada.

Él.

Incapaz de luchar contra la atracción magnética que Raider ejercía sobre ella, contra los sentimientos que, a pesar de su resistencia, florecían con cada gesto.

Con cada mirada de ese hombre.

Con un movimiento fluido, cargado de una ternura inesperada, Raider la levantó de la silla de ruedas, transportándola con delicadeza hasta depositarla en la cama.

—Me siento tan inútil… —susurró ella, vulnerable y con un hilo de voz que apenas lograba romper el silencio de la habitación.

Pero Raider no le permitió continuar sumida en aquel mar de dudas. Y, tumbándose sobre ella, volvió a besarla. No era un simple acto de callar su boca, sino una manera de silenciar también

su mente.

El beso era lento, de esos que no tienes prisa en terminar mientras saboreas cada rincón de la boca del otro, mientras rozas tu lengua con la suya y te provoca escalofríos en el cuerpo. Y te provoca ganas de más.

Mucho más.

Era, como digo, un beso sin prisas, donde no solo sus labios jugaban, sino que sus lenguas se saboreaban y provocaban gemidos en el otro. Era un beso de esos que podían hacerte llegar al clímax sin necesidad de nada más.

Raider se movió un poco, su pelvis cayendo sobre la de ella, su erección, dura y desafiante, acariciando el sexo de ella por encima de la ropa, prometiendo más.

Mucho más.

Era un roce cargado de intenciones, un preludio de lo que estaba por venir.

Con una delicadeza sorprendente, Raider dejó una de sus manos en la mejilla de Tori, acariciándola con el pulgar, mientras la otra se posaba sobre una de las caderas, la cual apretaba cada vez que se refregaba contra el sexo de ella.

—Zev —gimió ella, dejando escapar su nombre entre suspiros, resonando sobre los labios de él.

Un escalofrío, intenso y revelador, recorrió el cuerpo de él.

—No tienes ni idea de lo que me provoca escucharte decir mi nombre —susurró él, con una voz baja y cargada de emoción, mientras iniciaba un viaje de besos desde la mejilla de ella hasta llegar a su cuello.

Al morderlo suavemente y luego lamer la marca, provocó un escalofrío en ella, un estremecimiento que lo hizo sonreír, saboreando la reacción que sus acciones provocaban.

Conocía cada punto débil de ella, cada punto erógeno, como un mapa trazado en su mente que estaba dispuesto a explorar. E iba a aprovecharse de eso, a disfrutarlo y hacerla disfrutar.

Raider, con un movimiento fluido y seguro, se colocó sentado sobre sus rodillas, enmarcando las piernas de Tori con las suyas, y la ayudó a deshacerse del top que llevaba puesto.

—Llevo días soñando con quitártelo —confesó él, sus dedos ya trazando caminos de fuego sobre esos perfectos y redondos pechos que tenía frente a él—. Y soñando con esto también…

Se inclinó, plantando un beso ardiente en uno de sus pechos, arrancándole un gemido a ella. Con la lengua, trazó un camino húmedo hasta su pezón, que rodeó con su lengua antes de capturarlo con sus labios. Lo chupó con fuerza, tirando de él, desencadenando en ella una oleada de placer que la hizo arquearse.

Con la misma dedicación, Raider atendió al otro pecho, brindándole la misma atención. Al terminar, su lengua continuó su descenso, lamiendo su canalillo, su vientre, llegando hasta su ombligo para jugar en él, provocándole otro gemido.

Sí, nena, pensaba él, observándola un instante tras desnudarla por completo, empapándose de esa perfecta imagen que tenía bajo él.

Desnuda y a su merced; era como siempre la había deseado.

Su mano, experta y deseosa, se posó sobre el sexo de Tori. Con uno de sus dedos, apartó sus labios vaginales y acarició su clítoris, sonriendo ante la visión de ella echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y mordiendo su labio, completamente entregada al placer que él le provocaba.

Siempre le había fascinado verla disfrutar, que nunca escondiese su deseo ni sus gestos, que fuese tan expresiva con ello. Todo de ella le fascinaba: su pensamiento, su ser, su fortaleza, su cabezonería, su locura.

Su olor… Tomó un momento para aspirar el aroma de su sexo, preparándose para saborearla, para devorarla con una voracidad que solo ella podía despertar en él.

Y así lo hizo, Tori, conteniendo un grito, agarró rápidamente el pelo de Raider, moviendo sus caderas desesperadamente, disfrutando de cómo él la devoraba.

Con su boca abierta, Raider adoraba el sexo de Tori, sus manos firmes en el trasero de ella para acercarla más, para saborearla mejor, deseando que ese momento nunca acabase.

Lamió, absorbió, chupó su clítoris, y cuando ella gritó de placer, introdujo dos dedos en ella, con fuerza, como sabía que a ella le encantaba. Repitió el movimiento, con la misma intensidad, mientras su lengua y sus dientes jugaban suavemente con su clítoris.

—Zev, me voy a correr —gimió ella.

Él sabía exactamente qué era lo que quería, qué era lo que necesitaba, y por supuesto, estaba más que dispuesto a dárselo.

Raider aumentó el ritmo, la intensidad de sus caricias, de sus dedos, mientras con la otra mano exploraba, buscando ese punto erógeno que la llevaría más allá del límite.

Al introducir un dedo en su ano, Tori se deshizo, fragmentándose en mil pedazos de puro éxtasis, en un clímax abrumador que la llevó a la cima del placer, bajo la mirada ardiente y satisfecha de Zev, que jamás se cansaría de ella.

Porque estaba enamorado de esa mujer.

—Esto no puede volver a repetirse —susurró ella, un momento después, antes de dejarse llevar por Morfeo, cuando él la tenía acunada entre sus brazos, sobre su pecho.

Los dedos de Raider, esos que acariciaban con delicadeza la espalda desnuda de Tori, trazando caminos invisibles sobre su piel suave, y los de la otra mano que jugaban, casi sin pensarlo, con la mano de ella que descansaba sobre el pecho de él, dejaron de moverse.

Pero solo un instante.



Un rato después, cuando ella dormía plácidamente, envuelta en el suave abrazo de los sueños, Raider se levantó de la cama, con un cuidado extremo de no despertarla.

Aunque, teniendo en cuenta el ritmo tranquilo y profundo de su respiración, parecía improbable que se despertase en las próximas horas.

Estaba sumida en un sueño profundo.

Había sido, sin duda, un día extenuante, tanto física como mentalmente. Su cuerpo, tras el torbellino de emociones y placer, simplemente había colapsado, rendido al agotamiento.

Todavía tenían pendiente una conversación importante, todavía tenía que explicarle qué demonios había pasado allí abajo, durante su sesión de rehabilitación un rato antes.

“Esto no puede volver a repetirse”, había dicho ella antes de dormirse.

Sí, tenían mucho de lo que hablar.

Raider lanzó una mirada hacia abajo, a su todavía dolorosa erección, y soltó un suspiro profundo.

Miró a Tori, dormida y serena, y maldiciendo entre dientes, tapó su perfecto cuerpo con las sábanas porque, para él, era una visión demasiado dolorosa en ese momento…

Tan dolorosa que temía poder llegar al clímax con solo mirarla.

Sí, la situación rozaba lo patético.

Lo raro es que no te hayas corrido ya, bufó su mente en un tono burlón.

Pues sí, la verdad…, concedió él, resignado ante la verdad de sus propios pensamientos.

Tras regalarle a Tori un momento más de su mirada, Raider salió de la habitación, decidido a enfrentarse a una ducha helada que calmase semejante tormento de deseo.

Esa era la idea, pero su rebelde entrepierna parecía tener planes muy distintos.

Así, bajo el chorro de agua fría, con los ojos cerrados y evocando cómo la había hecho disfrutar a ella, aún con su olor impregnando sus sentidos, su sabor aún en los labios, Raider se entregó a la tarea de aliviar parte de su tensión.

Parte, y solo parte, porque claro, su miembro tenía criterio propio y sabía lo que quería: ansiaba el tacto de otra mano, o su boca, o incluso, ya puestos a desear, ese delicioso coño que tanto añoraba.

—¡Joder, Raider! —exclamó, hablándose a sí mismo en un tono de frustración, cuando,

mientras se vestía, su entrepierna volvía a declarar su presencia con una firmeza renovada.

¡A la ducha otra vez!



Capítulo 21

—¿No puedes dormir? —preguntó Rebel, acercándose con pasos cautelosos hacia Raider, quien se encontraba absorto en sus pensamientos, sentado en uno de los columpios que adornaban el jardín trasero de La Mansión.

Raider no respondió. Se mantuvo inmóvil, con la mirada perdida en el infinito, sumido en un mar de reflexiones que, al parecer, le robaban el sueño.

—¿Puedo sentarme? —insistió Rebel, intentando romper el hielo que se había formado alrededor de su primo.

Ante el silencio persistente de Raider, que seguía ignorándolo como si fuera parte del paisaje nocturno, Rebel soltó un suspiro profundo y resignado.

Extendiendo un brazo, como quien ofrece una rama de olivo, le presentó una lata de cerveza, colocándola casi a modo de espectáculo frente a la cara de Raider, y esperó, armándose de una paciencia que no sabía que tenía, a que su primo decidiera aceptarla.

Para su alivio, Raider finalmente cedió, agarrando la lata como quien acepta una tregua no pronunciada.

Al abrir la lata y dar un largo trago, Raider no pudo evitar torcer el gesto, una mueca de desagrado pintándose en su rostro.

—Sin alcohol —suspiró profundamente, como si ese detalle fuera una traición a sus expectativas de la noche—. ¿Existe algo más asqueroso en este mundo que una cerveza sin alcohol?—preguntó, su tono cargado de un dramatismo exagerado.

—El amor —contestó Rebel, dejando caer las palabras con un peso sombrío, casi como si pronunciara una maldición.

Raider lo miró, elevando las cejas en una expresión de curiosidad mezclada con incredulidad, mientras Rebel, ya sentado en el columpio de al lado, daba pequeños sorbos a su propia cerveza, manteniendo la mirada en el horizonte oscuro que les ofrecía la noche.

—¿Problemas? —preguntó el moreno.

El rubio se encogió de hombros con un aire de indiferencia que no lograba ocultar del todo su turbación.

—No exactamente… Bueno, sí, supongo que me he metido en un pequeño gran problema —admitió, lanzando una mirada rápida a su primo, una sonrisa torcida esbozándose en su rostro antes de volver a perder su mirada en la lejanía—. Y definitivamente, no tengo el menor deseo de acabar como tú.

—¿A qué te refieres con eso? —la curiosidad de Raider se intensificó, palpable en el tono de su voz.

—A quedarme atrapado en un bucle de desdicha eterna si las cosas se tuercen —explicó Rebel, con una franqueza desarmante.

Raider soltó una carcajada amarga, antes de tomar otro trago de su cerveza sin alcohol.

—Entonces, lo que tienes que hacer es sencillo: asegúrate de que las cosas no se tuerzan —aconsejó.

Rebel le lanzó una mirada escéptica, acompañada de una risa cargada de ironía.

—Si es tan sencillo, ¿cómo es que tú no lograste hacerlo? —replicó, desafiante.

Raider se tomó un momento antes de responder, su mirada perdida en algún punto indefinido en la oscuridad.

—Nunca dije que fuera fácil —confesó finalmente, volviendo su atención hacia su primo—. Es un verdadero infierno. Maravilloso mientras dura, pero cuando todo se va al traste, duele de una manera que ni te puedes imaginar.

Rebel frunció el ceño, una mueca de disgusto adornando sus labios.

—Quizás sería mejor no enamorarse, entonces —murmuró, más para sí mismo que para Raider.

—¿Todavía estás en la etapa en la que puedes elegir si pillarte o no? —preguntó Raider, con una sonrisa burlona.

—¿Acaso se puede elegir? —Rebel parecía genuinamente confundido, el ceño aún más fruncido.

—No, en absoluto —respondió Raider, soltando una carcajada al ver a su primo rodar los ojos y resoplar con frustración.

—Eres un capullo, ¿sabes? —dijo Rebel, aunque sin malicia, más como un reconocimiento a una verdad universal.

—Gracias, lo tomo como un cumplido —replicó Raider, levantando su lata en un brindis simbólico.

Un breve silencio se instaló entre ellos, antes de que Rebel rompiera el hielo una vez más.

—Por cierto… Quería disculparme contigo por…

Raider negó con la cabeza, cortándolo antes de que pudiera continuar.

—No tienes por qué hacerlo —le aseguró, su tono suave, pero firme.

—Lo siento. Y por lo del puñetazo también —insistió—. Sé que nunca le harías daño —insistió Rebel, buscando en los ojos de su primo alguna señal de perdón.

—Eso no es cierto —respondió Raider, un suspiro pesado escapando de sus labios—. Le hice daño, mucho daño. No está rota por exagerar. La jodí y la perdí, y esa es la cruda realidad. Y no sé si podré arreglarlo.

—La quieres.

No era exactamente una noticia de última hora, ni un secreto guardado bajo siete llaves. Todo el mundo que les rodeaba era consciente de ello.

Rebel no sonaba para nada sorprendido al decirlo; más bien, parecía sumergido en sus propios pensamientos, quizás reflexionando sobre sus propias experiencias amorosas más que sobre el drama amoroso de su primo.

—Más que a nada en este mundo —confirmó Raider, su voz cargada de una sinceridad y un dolor que no necesitaban adornos.

—Pero te marchaste —suspiró Rebel, que no preguntaba, como los demás, el porqué.

Incluso así, Raider iba a explicárselo.

—Ella creyó que yo la había engañado. Me vio en una situación comprometida con una compañera médica que, para mi sorpresa, decidió besarme. Tori nos vio y lo malinterpretó todo.

—Pero tú no la besaste —afirmó Rebel, no como una pregunta, sino como una certeza incuestionable.

La fe que tenía en su primo era inquebrantable.

Raider le agradeció con la mirada esa confianza incondicional.

—No, no lo hice. Ni siquiera tuve la oportunidad de reaccionar, de apartarla. Fue el grito ahogado de Tori el que me sacó de mi estupor. Cuando me besó, me quedé paralizado, de verdad que no me lo esperaba… Jamás la había mirado como mujer, ni a ella ni a nadie—hizo una pausa —. Nunca quise ese beso, no correspondí a ese beso… Dios, ni siquiera vi venir ese beso. No tenía ni idea de que esa mujer albergara algún sentimiento hacia mí.

—Qué mal…

—Intenté correr tras ella, explicarle lo sucedido, pero Tori se cerró en banda. Lo que había visto era más que suficiente para ella. Y yo, joven y herido en mi orgullo, en mi corazón, porque ella era todo para mí, la única persona que realmente necesitaba… Que ella no confiara en mí, después de todo lo que habíamos compartido, me destrozó —Raider suspiró, dejando escapar parte del peso que llevaba sobre sus hombros—. Acepté su decisión de romper. *¿Esto es lo que quieres?*, le dije. *¡Bien!* Dolido, le escribí un mensaje, y le dije que me iría, que había decidido tomar aire, cambiar de ambiente. Un amigo necesitaba ayuda en su clínica en otra ciudad, la excusa perfecta para poner distancia. Pero no quería irme, por eso le escribí ese mensaje, por eso la esperé hasta el último minuto en el aeropuerto, convencido de que ella aparecería. Creí que me conocía lo suficiente como para saber que jamás la traicionaría, que su falta de confianza era solo un reflejo de su miedo, un malentendido, que todo volvería a ser como antes, que ella nunca volvería a dudar de mí…

Raider tomó un trago, buscando en el rostro de su primo alguna señal de comprensión.

—Pero ella nunca apareció, y yo, orgulloso y dolido, me fui —continuó—. Y ahora estoy aquí, sin importarme una mierda si desconfió o no, si me creyó o no, dispuesto a dejar todo eso atrás, a

tragarme mi orgullo si es necesario. Y lo único que quiero es volver a estar con ella, porque sin ella la vida no es igual. Casi la pierdo para siempre, porque aunque no estaba con ella, estaba ahí, ¿entiendes? Viva. Pero casi la perdemos todos en ese accidente y yo… Simplemente no podría soportarlo.

—¿Cómo acabaste tan lejos? ¿Por qué no volviste antes? ¿Por qué no volviste después de pasar un tiempo?

—El orgullo, supongo —respondí con un suspiro—. Tenía el corazón hecho añicos, quería verla tanto que dolía, pero al mismo tiempo, la sola idea de hacerlo… Era esa mezcla rara de deseo y rechazo. Nunca fue mi intención estar lejos tanto tiempo, pero ocurrió. Se me ofreció la oportunidad de hacer voluntariado y la acepté —se encogió de hombros—. Y el tiempo pasó…

—Apareció —Rebel soltó esas palabras como quien lanza una granada al centro de la conversación, revelando un secreto que había guardado celosamente durante años—. Y lo sé porque yo estaba con ella.

La revelación de Rebel cayó sobre Raider como un mazazo, sacudiendo los cimientos de todo lo que había creído saber sobre aquellos últimos momentos antes de su partida.

La noche, ya cargada de confesiones y verdades dolorosas, se tornó aún más intensa con ese nuevo giro, abriendo la puerta a un sinfín de preguntas y, quizás, a una esperanza que Raider había creído perdida para siempre.

—¿Qué? —Raider frunció el ceño, tan confundido que casi podía sentir cómo se le enredaban los pensamientos, sin entenderlo.

—Como se entere que te dije esto, me mata —resopló Rebel, con esa expresión de quien ha aceptado su destino, aunque no precisamente con alegría.

—Como no me lo digas, el que te matará seré yo —le advirtió Raider, elevando el tono con una mezcla de amenaza y desesperación—. Tú decides de qué forma quieres morir, amigo.

—Todo será mejor que morir de amor, supongo —resopló Rebel, soltando una risa amarga, como si el concepto mismo fuera una broma cruel—. Fue a buscarte. Lloraba como una magdalena, reprochándose a sí misma haber dudado de ti. Ella sabía que no la engañarías, pero supongo que era joven y sus miedos y sus inseguridades, el sentirse menos, la consumían.

—¿Sentirse menos? ¿Pero qué demonios? —Raider no podía ocultar su incredulidad, como si esas palabras fueran de un idioma desconocido para él.

—Eso tendrá que explicártelo ella —bufó Rebel, porque había cosas que él no podía ni debía explicar, como si ciertos secretos fueran demasiado sagrados para ser compartidos por terceros —. La cuestión fue que fue a buscarte, corrió como una loca por el aeropuerto —dijo para sorpresa de Raider—, pero no te encontramos. Y tú te marchaste.

Raider negaba con la cabeza, sin poderse creer aquello, como si las palabras de Rebel fueran fragmentos de una realidad alternativa.

—No me jodas, Rebel…

—Ella no está dolida por aquel beso, como crees. Ella, lo que no te perdona, es que te marcharas. Por eso, para ella, la dejaste tú, porque te faltó el tiempo para marcharte. Para ella, tú terminaste con lo vuestro.

—Joder —Raider tragó saliva, la culpa instalándose en él como un inquilino no deseado—. Soy un gilipollas —dijo, pero es que nunca se habría imaginado, en sus peores pesadillas, que las cosas fueran así.

—Bueno, no creo. Solo que cada uno estaba dolido a su manera, porque somos diferentes y nos hieren y marcan cosas diferentes. Reaccionamos diferente —se encogió de hombros, como si intentara aligerar el peso de la conversación—. Y el destino tampoco ayudó, porque si os hubierais encontrado, lo mismo nada de esto habría pasado. Pero el tiempo pasó. Tú, lejos, con tus reproches. Ella, aquí, odiándote por seguir lejos —resopló, como si el mismo destino fuera un enemigo común—. No, definitivamente no quiero enamorarme —terminó con una mueca, como si la mera idea fuera tan atractiva como un baño en aguas heladas.

—Yo… —no sabía ni qué decir, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta—. No tenía que haberme ido.

—No, no tenías que haberlo hecho. Pero ella tampoco tenía que haber dudado de ti, porque eran sus miedos, no lo que tú le demostraste jamás. Así que ninguno de los dos es el culpable, pero ninguno estabais exento de culpa —sus palabras eran un intento de poner las cosas en perspectiva, aunque el consuelo que ofrecían era tan frágil como un cristal bajo la presión de un martillo.

—¿Desde cuándo eres tan maduro? —Raider soltó eso con una mezcla de sorpresa y escepticismo, como si acabara de descubrir que su primo y amigo era un sabio disfrazado de loco.

—No lo soy, es solo que me está pasando algo similar y te digo lo que yo necesito escuchar —confesó Rebel, con esa honestidad cruda que solo surge en momentos de verdadera vulnerabilidad.

—Ah —Raider soltó una carcajada sin poder evitarlo, como si la revelación de Rebel fuera la mejor broma que había escuchado en mucho tiempo—. ¿Y te está ayudando tu propia terapia?

Una mueca en los labios de Rebel, como si la pregunta le hubiera tocado una herida aún abierta.

—Pues no, la verdad —admitió, con un deje de resignación en la voz.

Y ambos, entonces, soltaron una carcajada.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó Raider, con la curiosidad brillando en sus ojos.

—Porque es cuando yo he entendido que todo era un malentendido —dijo Rebel, con un tono de epifanía, como si acabara de resolver un enigma que lo había atormentado durante años—. No conocía tu versión ni lo que tú sentiste y ahora lo sé y lo entiendo. Y tenía que abrirte los ojos. Espero que ahora seas tú el que se los abra a ella, porque ya es hora de que seáis felices, ¿no?

—Sí, supongo que sí —sonrió Raider, con un brillo de esperanza en la mirada—. Gracias.

—En esta casa no son necesarias las gracias —y al decir eso, Rebel esbozó una mueca en sus labios, como si las palabras le resultaran extrañas—. Joder, nunca pensé que diría eso, me tengo que alejar de este lugar ya.

Raider rio de nuevo.

—El abuelo estaría muy orgulloso de ti si te escuchara decir eso —dijo Raider, recordando a Carmichael con un toque de nostalgia y cariño.

—Eso es verdad —una sonrisa, también, en los labios de Rebel al recordar al anciano—. También habría evitado que te marcharas, y que ella pensase gilipolleces, aunque solo lo hiciera por un segundo.

Sí, habría sido así, seguro. De él estar allí, Tori y Raider no se habrían separado nunca.

—¿Crees que nos habría dado el visto bueno? —la curiosidad en la voz de Raider, porque Carmichael falleció antes de verlos juntos, su corazón dejó de latir un día, mientras dormía, dejando un vacío inmenso en La Mansión.

Fue muy duro para todos los miembros de La Mansión, pero sobre todo para Raven, Rain y Romeo, para quienes Carmichael significaba más de lo que nadie podía imaginar.

—Creo que siempre supo lo que ocurría entre vosotros. Y siempre lo apoyó —afirmó Rebel.

Raider, entonces, regresó un momento al pasado, a esos días llenos de risas y complicidad, donde el futuro parecía prometedor y lleno de posibilidades.

Donde Carmichael, todavía, estaba con ellos.

—Sí, tienes razón… Nos habría apoyado —sonrió Raider, con una mezcla de nostalgia y agradecimiento en su mirada—. A ti y a Riley también.

—¿Pero qué…? —la cara de Rebel era un cuadro, una mezcla perfecta de sorpresa y terror que podría haber ganado el primer premio en cualquier concurso de expresiones faciales.

—Se nota a leguas —rio Raider, con esa sonrisa traviesa de quien acaba de descubrir el secreto mejor guardado del universo.

—¿En serio? —la incredulidad bañaba cada sílaba que Rebel pronunciaba.

—Sí.

—Joder… —suspiró Rebel, un suspiro que parecía llevarse consigo la última esperanza de que su secreto permaneciera oculto.

—¿Desde cuándo? —preguntó Raider, movido por una curiosidad insaciable, queriendo saber más.

—No lo sé —Rebel se encogió de hombros—. Un día estábamos discutiendo y de repente, la estaba besando —resopló, como si todavía no pudiera creer cómo los eventos se habían desencadenado—. No somos nada, insistimos en que solo fue un error. O varios… —carraspeó,

insinuando con esa pequeña tos forzada que su “error” no había sido un evento aislado, sino una serie de equivocaciones que, por alguna razón, parecían repetirse con una frecuencia alarmante.

—Pero os estáis engañando —dijo Raider, con esa mezcla de sabiduría y comprensión que solo viene cuando observas el caos emocional de alguien más desde la barrera.

Su voz llevaba un tono de quien ha visto este juego antes y conoce el final antes de que los jugadores lo hagan.

—Sí, supongo que sí… —suspiró Rebel, un suspiro cargado de resignación y un poco de desesperanza, como si finalmente aceptara que estaba atrapado en una red de sentimientos que él mismo había ayudado a tejer— Pero no quiero hablar de eso. Y no le digas a nadie, ¡eh! Mucho menos a mi hermana, me matará. Si no lo hacen antes nuestros padres —gimió, las palabras saliendo de su boca como si evocaran el fantasma de un futuro temido, recordando, con temor, las palabras de Romeo sobre su hija.

—No lo haré —prometió Raider, divertido al imaginar la escena de Rebel siendo descubierto, una sonrisa que decía "estás en un buen lío, amigo"— Lo de matarte ya, no sé. Tu suegro es un ex-mafioso.

Rebel gimió, un sonido que era mitad lamento, mitad resignación, sabiendo bien que el peligro de su situación iba más allá de simples enredos amorosos.

Raider soltó una sonora carcajada.

Rebel y Riley… Madre mía, esa pequeña seguro que lo volvía loco, más de lo que su primo estaba por sí solo.

—¿Sabes, Raider? —Rebel volvió a ponerse serio—. Mi hermana falló al no confiar en ti, y aunque quede atrás, esa sombra de duda siempre va a estar merodeando por tu cabeza. ¿Estará dudando de mí? ¿Me creerá realmente? —dijo Rebel, poniendo en palabras los miedos que flotaban en el aire, esos pensamientos que a veces parecen tan pesados que podrían anclar el alma de uno al suelo— Pero piensa una cosa…

—Hmmm… —lo animó a continuar, interesado en su visión de las cosas.

—Piensa en ella en esa piscina, con el agua hasta el cuello, ¿a quién se aferra cuando cree que se va a hundir porque sus piernas no le responden? ¿A quién se agarra con fuerza cuando siente que va a caer? ¿A quién necesita desesperadamente a su lado para poder dormir tranquila cuando las pesadillas la asaltan sin piedad? —preguntó Rebel, lanzando estas preguntas al aire.

Rebel se levantó entonces, le dio una palmadita en el hombro a su primo, un gesto fraternal lleno de significado, de esos que dicen "Estoy aquí para ti, pase lo que pase".

—Si eso no es confianza, amigo mío, ¿qué demonios lo es?

Sus palabras finales resonaron en el aire, dejando una pregunta retórica que era más una afirmación, un recordatorio de que a veces, en los gestos más pequeños, en los momentos de vulnerabilidad compartida, es donde la confianza se muestra más fuerte.

Y lo dejó allí, solo con sus pensamientos, respondiendo a esas preguntas que ahora no

parecían tan difíciles.



Capítulo 22

—Hoy será el último día que te encargarás de mi rehabilitación.

Raider se quedó quieto un instante, como si sus pies hubieran decidido echar raíces en el suelo justo en ese momento cuando la escuchó decir eso, a la vez que enarcaba las cejas en un gesto de sorpresa teatralizada.

No dijo nada, optando por volver a lo que estaba haciendo: preparar meticulosamente lo necesario para la sesión de rehabilitación de ese día, como si cada banda de resistencia y cada pesa tuvieran su propio lugar preciso en el universo de su gimnasio casero.

—¿Me has escuchado? —la impaciencia teñía la voz de ella, un matiz que no pasó desapercibido para él.

—Perfectamente —respondió él entonces, con esa voz calmada que tanto la desconcertaba, tras depositar un par de bandas de resistencia en el suelo con una precisión casi quirúrgica.

—¿Y no tienes nada que decir? —la curiosidad, mezclada con un ápice de desafío, bailaba en las palabras de ella, esperando provocar alguna reacción.

—¿Has encontrado a alguien para sustituirme? —preguntó, sin demostrar demasiado interés.

—Sí… —justo en ese momento, Raider la miró con tranquilidad.

Pero como ella estaba mintiendo, su fachada de confianza se desmoronaba como un castillo de naipes en un vendaval.

Raider quiso sonreír al ver casi los engranajes de su cerebro trabajando a toda máquina buscando una excusa, pero se contuvo.

Si es que…

Solo a ella se le ocurría presentar batalla sin tener el menor as en la manga. Ni siquiera una historia preparada.

—Bueno, no —dijo entonces ella, resoplando—. Pero pronto lo tendré.

Su voz, un cóctel de desafío y resignación, se quebró ligeramente al final, delatando su derrota inminente.

—Hmmm… Pues mientras llega mi sustituto o mi sustituta… ¿Vamos al lío?—le hizo una señal, invitándola a comenzar, mientras enarcaba las cejas con un gesto que inadvertidamente envió a Tori a un estado de rubor profundo, evidentemente interpretando esa frase con un sentido completamente diferente al que él había pretendido.

Con ganas de soltar una carcajada porque esa mujer, para él, era un libro abierto, especialmente cuando de deseo se trataba, Raider decidió aprovecharse de la ventaja que tenía sobre ella.

Así que lentamente, con la paciencia de un cazador acechando a su presa, sin dejar de mirarla a los ojos, se acercó a ella, se agachó, colocando una mano en cada lateral de los reposabrazos de la silla de ruedas y se inclinó hasta quedar muy cerca de ella, invadiendo su espacio personal de una manera que le era imposible ignorar.

—Me refiero a tu rehabilitación, Tori —susurró, con una voz que mezclaba diversión y promesa, feliz de haberle provocado a ella un escalofrío que ella no pudo disimular.

Y sin darle tiempo a reaccionar, la cogió de la cintura y la levantó de la silla de ruedas para dejarla sobre una de las colchonetas de ejercicio.

Joder, pensó, ¿esa mujer no podía taparse un poco más?

Al dejarla sobre la colchoneta, sus ojos recorrieron la figura de Tori, cuestionando las leyes de la física que permitían que su ropa se adhiriera a su cuerpo de esa manera tan… Sugestiva.

Para lo que serviría… Para ti hasta con un saco tapándola sería sexy.

Bueno, eso era verdad…

¿Patético, no?, bufó, con una sonrisa torcida que no llegó a sus labios.

Tras colocarse en posición, Raider se dispuso a trabajar con una determinación que hacía evidente su experiencia.

Primero, se centró en los masajes, por supuesto, anticipando con deleite una sesión que prometía ser, cuanto menos, interesante.

Raider se encargaría de ello.

Como se encargaría de demostrarle que lo de sustituirlo, en cualquier faceta de su vida, no iba a ser tarea fácil. Porque sí, estaba dispuesto a presentar batalla, utilizando todas las herramientas a su disposición para ganar esta guerra no declarada.

Tori, por su parte, ya no sabía dónde posar su mirada. Y es que Raider la estaba volviendo completamente loca, pero esta vez de una manera muy diferente a lo que le gustaría admitir en voz alta.

Sí, loca de deseo.

¿Solo esta vez? ¿Te quedas con las lectoras?, resopló la voz de su cabeza.

No, no solo esta vez, aunque eso era algo que prefería guardar para sus adentros.

Bueno, querida lectora, tú ya me entiendes…

Aquello se estaba convirtiendo en el mismísimo infierno, porque Raider no solo parecía estar completamente enfrascado en su masaje (lo estaba, y lo hacía excepcionalmente bien, o al menos eso intuía Tori, porque, ¿qué sabía ella de rehabilitación, verdad? Nada, así que debía ser así, ¿no?)

Malditas y malditos fueran todos aquellos que alguna vez pasaron o tuvieran que pasar por sus manos expertas.

—¿Tocas a todas así? —la pregunta, impulsiva y celosa que Tori no había pretendido mostrar, escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla.

¿Pero qué demonios, Tori?, se reprendió mentalmente, sumida en un mar de vergüenza.

Pero Tori era Tori, y eso de tener un filtro mental bien calibrado no era precisamente su fuerte. De ahí que siempre se encontrara en medio de algún lío.

Por supuesto, Raider siempre había estado ahí para sacarla de apuros, especialmente cuando las cosas se ponían feas con sus padres…

Pero esta vez, después de la mirada que le dirigió, Tori no estaba para nada segura de si él estaría dispuesto a echarle una mano en esta ocasión.

Tori carraspeó, intentando disimular su incomodidad después de maldecir mentalmente por la metedura de pata monumental.

Claro, como si carraspear pudiera borrar sus palabras.

—¿Qué? —preguntó él, con una mezcla de curiosidad y diversión en su voz.

Pues menos mal, pensó ella, aliviada por un instante al creer que no se había dado cuenta. O se está haciendo el tonto, sugirió la vocecita de la razón en su cabeza. Bueno, lo que sea. Menos mal, ¿no?

—Nada… Yo solo… —balbuceó, intentando encontrar una salida digna a ese callejón sin salida en el que se había metido sola.

—No toco a todo el mundo así —dijo entonces él, interrumpiéndola y haciéndola gemir al demostrar que primero, la había escuchado perfectamente y, segundo, no iba a dejar pasar el comentario sin más—. No me dedico a la rehabilitación, ya lo sabes. Pero de hacerlo, sí, es así como debe hacerse —añadió, mientras sus manos expertas subían un poco más por el muslo de Tori, casi rozando territorios que harían sonrojar hasta al más osado.

Vamos, que si extendía los dedos, seguro que la tocaba en…

Tori carraspeó nuevamente, su incomodidad manifestándose tanto en su voz como en sus movimientos sobre la colchoneta.

—¿Por? —preguntó él, con una expresión de inocencia tan falsa que casi era cómica— ¿Te hago daño?

¿Daño? ¡La madre que lo parió!

¡Daño me gustaría que me hicieras, sí, pero mientras me empotras contra una pared!

Tori se estremeció con el pensamiento, maldiciendo su propia mente por irse por esos derroteros.

—¿Tori? —insistió él, su voz un poco más firme esta vez— ¿Estás bien?

Bien jodida, sí, gimió ella mentalmente, su mente un torbellino de pensamientos contradictorios y deseos no confesados.

Roja como un tomate, no encontraba dónde esconder su vergüenza, su mirada vagando por cualquier lugar excepto hacia él, lo que solo sirvió para provocar la risa de Raider.

Joder, es que lo de la noche anterior la había dejado muy mal. Y con ganas de más, para qué mentir. Pero claro, no lo reconocería ni bajo tortura rusa, con eso os lo digo todo. Su orgullo y su deseo estaban en guerra, una batalla interna que no estaba segura de poder ganar.

Porque ella había ido allí, a esa sesión de rehabilitación, dispuesta a terminar con todo eso, a poner punto final a esa tensión que parecía consumirlos.

No quería complicar más las cosas, se había dicho a sí misma una y otra vez.

Pero ahí estaba ella, luchando contra el impulso de dejarse llevar por lo que su cuerpo y su corazón clamaban a gritos.

Y lo que su empapada entrepierna quería.

Estaba mojada, y Raider no albergaba ninguna duda al respecto. Tenía que ser así, porque no sería posible que él estuviese tan empalmado que doliera y ella estuviera indiferente.

No, la conocía demasiado bien. Conocía su lenguaje no verbal, conocía su cuerpo mejor que el suyo propio.

Y estaba mojada por él, seguro. Deseando terminar lo de la noche anterior, deseando que él se la…

Bueno, ya sabéis.

Durísima estaba la pobre, sí. Raider se removió, incómodo, maldiciendo interiormente su propio juego porque al final iba a joderse él mismo, y no en el buen sentido de la palabra. Quedaría en un estado lamentable si no encontraba una forma de liberar toda esa tensión pronto.

Se levantó de donde estaba, sin ni siquiera intentar disimular su estado. Y ella lo vio, porque ese medio grito ahogado, medio gemido que escapó de sus labios, no podía ser por otra cosa.

—A la piscina —dijo él de repente, su voz un tanto más ronca de lo usual.

Necesitaba, urgentemente, el agua fría para apaciguar el fuego que lo consumía.

Cogiéndola a ella en brazos sin previo aviso, Raider no esperó ni un segundo más. Con pasos decididos y una determinación férrea, los llevó a ambos hacia la piscina, sumergiéndolos por completo en el agua fría.

—¿Quieres tener un poco más de cuidado, por favor? —protestó ella, sacando la cabeza del agua como una sirena un tanto molesta, pero aunque le reñía, se pegó a él como chicle en la suela de un zapato.

—¿Y tú podrías intentar tenerlo también? —gimió él, cuando el contacto con el cuerpo de ella rozó su erección, provocándole un gemido.

—Oh… —Tori abrió los ojos de par en par, como si acabara de descubrir que el agua moja— Yo…

—Si no estás tan… Afectada… Como yo… Mejor ni lo digas —resopló él, intentando poner su mejor cara de póker, fallando estrepitosamente.

—Zev…

—No es necesario quedar en vergüenza, ¿eh? ¿O necesitas verme así para creerlo? —sonrió él, esbozando una media sonrisa que intentaba ser seductora, pero que bajo el agua parecía más bien la de un pato mareado.

Ella lo miró seria, como quien evalúa si saltar al agua fría o no, pero negó con la cabeza, quizás prefiriendo evitar el chapuzón emocional.

—Bien… —dijo él, conduciendo a Tori hasta el borde de la piscina como un caballero que guía a su dama a través del salón de baile— Coloca los brazos aquí —indicó él, para dejarla allí apoyada como si estuviera preparándola para una sesión de magia acuática— Vamos a hacer algunos ejercicios, ¿vale? —preguntó él, retomando su rol profesional.

Tori asintió con la cabeza, empezando a hacer lo que él le pedía, con la diligencia de una alumna modelo que no quiere quedarse después de clase.

—Lo de ayer no fue por ti —dijo entonces ella, un rato después, cuando el dolor empezó a hacer de las suyas, colándose en la conversación sin ser invitado.

Él no necesitaba preguntar a qué se refería, lo sabía demasiado bien. Era algo que quería hablar con ella, solo que no había encontrado el momento adecuado.

Se alegró de que saliera de ella misma el hablarlo.

—Fui muy duro —admitió él, con la voz cargada de un remordimiento que no necesitaba más aderezos.

—Sí —confirmó ella—. Pero sé que solo haces tu trabajo. Por eso estoy aquí hoy otra vez, queriendo curarme.

—Me alegra —sonrió él, con una sonrisa que intentaba ser profesional, pero que se le escapaba hacia lo personal—. En la próxima, intenta levantar las piernas un poco más —ordenó, volviendo al trabajo.

—Pero duele —se quejó ella, con un puchero que podría derretir el corazón de un iceberg.

—Lo sé, pero tienes que hacerlo. Es por tu bien —le aseguró él.

Tori asintió y lo hizo, con determinación.

—Eso es —sonrió él, admirando su esfuerzo.

Un par de movimientos más por parte de Tori, que cada vez la agotaban más.

—Estás progresando mucho, más de lo que esperaba —la alentó él, con una sorpresa genuina tintineando en sus palabras.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—De verdad.

Ahí estaban, sonriéndose el uno al otro, hasta que se dieron cuenta y Tori carraspeó, rompiendo el momento. Él siguió sonriendo, solo que ahora con una tristeza que se colaba entre los dientes.

—Si no fue mi culpa, ¿vas a contarme qué te pasó? Me asusté mucho al verte así —dijo Raider, con una mezcla de preocupación y curiosidad en su voz.

Tori suspiró pesadamente.

—No lo sé —comenzó, su voz tejiendo una mezcla de confusión y dolor—. Estaba tan enfadada contigo, me empujaste al límite de mi paciencia, sentía un dolor tan grande, y de repente… Me encontraba allí, transportada a aquella noche fatídica del accidente —cerró los ojos con fuerza, como si intentara borrar la imagen grabada en su mente, y negó con la cabeza, una negación llena de desesperación—. Y había alguien en la carretera, una figura difusa que emergía de la oscuridad, y yo… —abrió los ojos de golpe, una sonrisa tímida y avergonzada adornando sus labios, como si acabara de compartir un secreto vergonzoso— Creo que estaba soñando despierta, atrapada en una fantasía aterradora, pero el miedo fue real. Me asusté mucho.

—Tori… —él estaba a punto de revelarle que, quizás, lo que había vivido no había sido solo un sueño, pero en el último momento decidió callar, porque no estaban seguros de nada y no quería alarmarla ni preocuparla.

—Lo siento —dijo entonces, su voz cargada de una sinceridad abrumadora—. Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros, no quiero que pienses ni por un instante que te temo —prosiguió, enfatizando cada palabra con una intensidad que buscaba borrar cualquier duda—. Conozco el daño que esos pensamientos podrían hacerte y, aunque te odio, mucho, no te deseo ningún mal.

Raider no pudo contenerse; la frase era tan surrealista que una carcajada se escapó de su garganta.

—Son, sin duda, las disculpas más inusuales, bizarras y encantadoramente torpes que jamás me han ofrecido.

Tori se encogió de hombros, esbozando una mueca graciosa en sus labios, como si aceptara su destino de ser la protagonista de situaciones absurdas.

—Tenía que ser yo, ¿no es así? Si alguien iba a presentar unas disculpas de una forma tan peculiar, esa tenía que ser yo, siempre complicando las cosas de la manera más extraña posible —rio ella, riéndose de ella misma.

—Sí —afirmó él, su risa ya extinguida, observándola con una intensidad que parecía querer descifrar los misterios del universo reflejados en sus ojos—. Tenías que ser tú —su voz ronca envió un nuevo escalofrío a través de ella.

Sin que ninguno de los dos lo notara, la distancia entre ellos se había reducido a meros centímetros.

Ella, inmóvil, había cesado todo movimiento, sumida en la intensidad del momento.

Raider, impulsado por una fuerza que parecía ir más allá de su control, se acercó todavía más, sus manos encontrando el camino hacia sus caderas. Sin embargo, en esta ocasión, su gesto no buscaba elevarla hacia la superficie de la piscina como debía hacer, sino que buscaba disminuir aún más la distancia entre ellos, uniendo sus cuerpos todavía más.

—Zev… —la palabra se escapó de sus labios en un susurro cargado de deseo y anticipación, marcando el límite de su resistencia.

Para él, la necesidad de besarla se había convertido en algo abrumador, una urgencia que palpitaba con cada latido de su corazón.

E iba a hacerlo.

Fue en ese instante, justo en el filo de la consumación de su deseo, cuando el grito de Rebel resonó a través del aire.

—¡Ya los llamo yo, papá! —la sorpresa de ser atrapados en tal intimidad los hizo separarse de un salto, como dos adolescentes descubiertos en una travesura.

Raider, recuperando rápidamente su compostura, se acercó una vez más a ella, esta vez para asistirla en pie, con la ayuda de Rebel, quien ya se encontraba a su lado, lanzando miradas de reprobación a su primo. Su expresión era un cómico retrato de incredulidad y regaño, como si no pudiera decidir entre la sorpresa y la censura.

¿Pero estás loco o qué te pasa? ¡Que aquí os puede ver cualquiera!, parecía decir su gesto.

—Papá te busca, hermanita —añadió Rebel, su voz teñida de una burla afectuosa mientras se reía de la expresión de culpabilidad en el rostro de Raider, un espectáculo que le proporcionaba un deleite evidente— ¡Hora de comer!

Pero Raider no quería comer nada.

Él, lo único que quería, era comérsela a ella.



Tres mierdas.

Sí, señores, no es broma ni exageración, eso era lo único que acabó comiéndose aquel día.

Y no hablamos de mierdas metafóricas, sino de esas figuradas que te da la vida cuando estás en uno de esos días grises. Porque ni el plato de macarrones, que con tanto amor (o desgana, quién sabe) habían preparado los mayores, terminó; lo dejó a medias, abandonado a su suerte en el plato, y decidió que era momento de cambiar de táctica y darse una ducha fría.

Pero ojo, no una, sino tres duchas seguidas, una detrás de otra, en un intento desesperado por enfriar los ánimos y otras cosas que no vienen al caso. Pero de nada sirvió, porque la necesidad de ella solo podía saciarla ella misma.

Pero eso era lo que había…

Con el corazón a mil por hora, tras correr semejante maratón, se quitó la camiseta, que ya estaba más para escurrir que para llevar, y con ella se limpió el sudor de la frente. Luego, miró el reloj digital que llevaba en la mano, como buscando una excusa para no mirar hacia donde realmente quería.

No estaba en mala forma física, no señor, el cardio se le daba de lujo. Pero tenía que recuperar mucha musculatura que había perdido mientras estaba lejos, en esa especie de exilio personal que se había impuesto.

Igual que Tori, él también estaba dispuesto a darlo todo.

Aunque, claro, lo de "darlo todo" tenía connotaciones muy diferentes dependiendo del momento del día.

Tori… Con esa boca que era capaz de dejarlo sin palabras con solo una sonrisa.

—¡Joder, Raider! —exclamó, pasándose las manos por el pelo, más frustrado que un mono intentando resolver un cubo de Rubik. Y de un salto que hubiera envidiado cualquier superhéroe de tercera, se tiró al suelo, dispuesto a hacer algunas flexiones.

Quizás así oxigenaba su cerebro…

Y su otra cabeza, que también parecía necesitar algo de aire fresco.

Mientras tanto, Tori lo miraba desde no muy lejos, ella también había salido, junto a Riley, a tomar un poco el aire.

—¿Quieres que te traiga un babero? —preguntó Riley, con esa sonrisa que sugería que había visto la escena completa, siguiendo la dirección de la mirada de Tori, a quien la mandíbula le llegaba al suelo.

Literalmente.

—¿Qué? —Tori intentó disimular, pero era tan creíble como un político en campaña.

—Si sigues mirándolo así, vas a gastarlo —rio Riley, negando con la cabeza como quien ve un espectáculo repetido, pero igual de divertido.

—No sé de qué hablas —dijo Tori, pero seguía sin quitarle los ojos encima a Raider.

—Ya… Me he liado con tu hermano —la confesión salió tan natural como quien comenta el tiempo.

—Bien —la respuesta de Tori fue algo seca.

—Me gusta, no puedo evitarlo —la verdad era que había algo en ese hombre que le hacía sentir como si estuviese en una montaña rusa emocional sin cinturón de seguridad.

—Normal —soltó Tori, con un tono que rozaba lo pragmático.

Después de todo, ¿quién podría resistirse a ese cóctel de feromonas andante que era Raider?

—¿Verdad? Es tan masculino, tan varonil, tan sexy, tan…

Riley buscaba las palabras, intentando describir un fenómeno natural comparable a un eclipse: raro, pero fascinante.

—Desquiciante e imposible —gimió Tori, sin poder evitar mirar a Raider, que iba ya por la flexión número treinta.

Cada movimiento, un poema a la testosterona.

—Sí —resopló Riley, sintiendo una mezcla de admiración y desesperación—. ¿Pero qué le voy a hacer? Me gusta —sonaba como si estuviera confesando una adicción secreta a las series de bajo presupuesto.

—A mí también —susurró ella, casi inaudible, como si temiera que las palabras tomaran forma y la persiguieran.

—¿Te gusta tu hermano? —preguntó Riley, burlona, elevando una ceja en una expresión que desafiaba la gravedad.

—Mucho —dijo Tori, más por inercia que por convicción.

Tardó un momento en procesar tanto esa última frase como la conversación entera, como quien se da cuenta de que ha estado caminando con el vestido metido en las bragas todo el día.

—Espera, ¡qué! —exclamó entonces, horrorizada, mirando a su prima.

Riley puso una mueca de disgusto.

—Me gustaba más la otra reacción.

—¡¿Te has liado con Rebel?! —la incredulidad de Tori era tan palpable que casi se podía cortar con cuchillo.

—Calla… —siseó Riley.

—¡¿Pero en qué demonios estabas pensando?! —Tori estaba a punto de entrar en modo interrogatorio.

—Que te calles —le dio un cate en la mano—. ¿Qué quieres? ¿Que se entere toda la casa? —su voz, un susurro conspirador, sugería la posibilidad de un escándalo capaz de hacer palidecer a los paparazzi.

—Hombre, pues sí, a ver si alguien te da dos tortas y espabilas —Tori, en su lógica torcida, veía la intervención física como una posible solución a la locura temporal de Riley.

Riley puso los ojos en blanco.

—¿Tan malo es que me guste? —la pregunta salió de Riley con esa mezcla de duda y

esperanza que tiende a flotar en el aire cuando uno está a punto de confesar un pecado menor.

Tori suspiró, la sorpresa inicial desapareciendo.

—Hombre, a ver, no… —empezó, tratando de encontrar las palabras correctas.

—A ti te gusta Raider —Riley lanzó la afirmación con la certeza de quien sabe que está pisando terreno firme.

—Aba, en pasado —recalcó ella, enfatizando la última palabra como si fuera una línea de defensa. Riley la miró con cara de "¿a mí me la quieres meter doblada?", y Tori suspiró— Soy gilipollas. Y tú tampoco te quedas atrás —era un pacto silencioso, una admisión de debilidad compartida.

No iba a insultarse sola.

—Supongo. Claramente, no estaba pensando con la cabeza cuando pasó —una sonrisa pícara apareció en los labios de Riley, como quien está a punto de compartir un secreto vergonzoso, pero hilarante—. Él sí pensaba con la cabeza. Con la de abajo —soltó una carcajada al ver la cara de horror de Tori.

—¡No quiero saber esas cosas! Es mi hermano, por el amor de dios —la protesta de Tori sonó desesperada.

—Lo sé, por eso te lo quería contar yo —respondió Riley con un tono que mezclaba la complicidad con una pizca de maldad.

—Eso significa que no es un rollo más.

Riley negó con la cabeza.

—No, no lo es —dijo entonces, su voz tomando un tono más serio, como si de repente el peso de sus palabras cobrara una gravedad inesperada—. Todavía no somos nada, nos seguimos evitando siempre que podemos, pero…

—Ay, señor —Tori suspiró pesadamente, su expresión una mezcla de preocupación y resignación—. No sé quién disparará antes, si mi padre o el tuyo.

Riley rio al escucharla, una risa que parecía querer restarle importancia a la posibilidad real de un drama familiar estilo Shakespeare, pero sin la poesía.

—Si no han disparado a ese… —señaló a Raider con la mirada.

"Ahí estábamos aquel día, armados de valor y un toque de locura juvenil, delante de todos, cogidos de la mano como dos rebeldes con causa.

Uno a uno, los adultos nos miraron con esos ojos que han visto más primaveras que nosotros, miraron nuestros rostros decididos, nuestras manos entrelazadas y, joder, uno esperaría que dijeran algo de peso, ¿no?

Algo trascendental, algo que nos marcara para siempre.

Nada…

—Estamos juntos —dijo Zev entonces, rompiendo el silencio—. La quiero… Y nada ni nadie va a separarme de ella— dijo, como si estuviera dispuesto a luchar contra dragones o tempestades por nosotros.

No sabíamos cómo se lo iban a tomar, pero en ese instante, nada de eso nos importaba. Fuera como fuera, estaríamos juntos.

En La Mansión, o lejos de ella, en un lugar donde solo importáramos nosotros dos y nuestro amor.

Zev apretaba mi mano con fuerza, como si con ese gesto pudiera transmitirme toda la certeza y el apoyo del mundo. Diciéndome, sin palabras, que estaba conmigo. En las buenas y en las malas.

Yo… Yo no sabía qué iba a pasar.

No sabía cómo se lo iban a tomar. Éramos como hermanos o así se suponía que debía ser, pero nuestro amor nos había llevado por un camino muy distinto.

—Veinte dólares —dijo entonces Romeo, interrumpiendo nuestros pensamientos con su voz grave, mirando primero a mi padre, luego a Rain—. Cada uno —y soltó una carcajada que rompió la tensión.

—¡Serás capullo! —exclamó mi padre, entrando al juego con una sonrisa resignada— ¡Pero si acertamos todos!

—No —negó el italiano con una sonrisa pícara—. Yo dije que sería dramático. Y lo ha sido. Joder, solo les faltó venir con las maletas —nos miró con ojos juguetones—. Tenéis hechas las maletas, ¿verdad?

Zev y yo nos miramos, avergonzados y sin saber si reír o llorar ante la insinuación.

—Campeón… —el padre de Zev resopló, como si este fuera el último episodio de una serie de eventos esperados.

—¡¿Veis?! ¡Gané la apuesta! —Romeo no podía contener su alegría, como si hubiera ganado la lotería en lugar de una apuesta entre amigos.

—¿Habéis apostado? —preguntó Zev, su voz cargada de incredulidad y un toque de indignación.

—¡Por supuesto! —dijeron los tres al unísono, como un coro perfectamente ensayado.

—¿Y qué, si puede saberse, habéis apostado? —sonaba tan incrédulo como me sentía yo, parados ahí, el centro de atención y el blanco de una apuesta familiar.

—Que no tardarías ni dos días en contarnos que estáis juntos —dijo Rain, con una tranquilidad que desmentía la travesura de sus palabras.

Yo gemí, sintiéndome parte de una comedia de enredos. Zev resopló, como quien admite su

derrota ante las fuerzas combinadas del destino y una familia demasiado astuta.

—¿Pero cómo demonios lo sabéis? —la pregunta salió de mi boca antes de poder retenerla, una mezcla de asombro y curiosidad.

—La vida… Cosas de la vida y secretos de La Mansión...

La respuesta, vaga y misteriosa, nos dejó aún más perplejos, preguntándonos qué otros secretos se escondían en los muros de nuestra querida Mansión."

Tori sonrió cuando los recuerdos la asaltaron, una marea de nostalgia y cariño que la envolvía suavemente.

Miró a Raider, que parecía más concentrado en batir un récord olímpico de abdominales que en cualquier drama que pudiera estar ocurriendo a su alrededor. Su concentración era tal que podría haber estado en medio de un huracán y ni se habría inmutado.

—¿Por qué lo nuestro tiene que ser diferente? —preguntó Riley, devolviéndola a la realidad.

—Supongo que tienes razón… —Tori la miró detenidamente, como si intentara leer entre líneas— ¿Estás enamorada de mi hermano? —la pregunta salió suave, cargada de un interés genuino al ver el brillo en la mirada de Riley.

Esta asintió con la cabeza.

—Y estoy acojonada —la confesión fue un susurro, una admisión de vulnerabilidad que rara vez se permitía mostrar.

—Normal —bufó Tori y rio cuando Riley le dio otro cate en la mano, un gesto que parecía buscar equilibrar la tensión con un poco de humor—. Tranquila, todo saldrá bien.

—¿Tú crees? —preguntó, dudosa.

—Hmmm… —Tori no podía ofrecer certezas, solo esperanzas.

Riley sonrió ampliamente y abrazó a su amiga.

—Gracias, significa mucho para mí tu apoyo.

—Tonta… —pero Riley ya salía escopetada de allí, ligera como quien tiene un propósito renovado— ¿Adónde vas? —Tori no pudo evitar la curiosidad, mezclada con un atisbo de diversión.

—A verlo —rio Riley, su risa, una promesa de aventuras por venir.

—La madre que te parió —rio Tori, sacudida por un ataque de risa—. Pero hazme un favor antes.

Un rato después, Tori seguía allí fuera, con el portátil sobre las piernas mientras escribía de nuevo. Había llegado el momento de retomar la historia, de darle forma a las palabras que bullían en su mente, esperando ser liberadas.

Había llegado el momento de volver a retomar su vida.

U otra parte de ella.



Capítulo 23

Cuando Tori llegó, dispuesta a llevar a cabo la sesión de rehabilitación de esa tarde, Raider no estaba por allí.

Es cierto que ella había tardado un poco más de lo previsto, porque se había quedado sumergida en su historia, y ni cuenta se había dado de la hora.

Es lo que solía pasarle cuando se centraba tanto en una historia, sumida en esa burbuja donde el tiempo y el espacio parecen distorsionarse, dejando atrás el mundo real.

Y mejor eso, se consolaba, a un bloqueo creativo, ¿no?

La cuestión era que no había llegado tan tarde, pensó, levantando la cabeza y mirando al enorme reloj que colgaba de una de las paredes del lugar.

—Solo han sido quince minutos —dijo, tratando de convencerse a sí misma más que a nadie, y se mordió el labio inferior—. Tampoco ha sido para tanto.

Iba a girarse, dispuesta a ir a buscarlo por los rincones de ese lugar, cuando lo vio aparecer, como un héroe de acción que entra en escena en el momento justo.

Y como la tonta que era, porque admitámoslo, lo era un rato largo, se quedó mirándolo embobada, como si el mundo hubiera decidido ponerse en pausa solo para ella.

Venía sin camiseta, sudado, como si acabara de luchar contra un ejército de espartanos y no simplemente de hacer ejercicio.

¿Había estado castigando su cuerpo hasta ahora?

¿Eso no era pasarse un poco de la raya en el libro de cuidado personal?

Tori se quedó completamente embobada, como si su cerebro hubiera decidido tomarse unas vacaciones sin previo aviso, mientras Raider se acercó a las duchas, descartando la camiseta que llevaba en la mano como quien se deshace de un pensamiento molesto, pulsó el botón y se metió bajo el chorro de agua sin más preámbulos.

Levantó los brazos para echar el pelo para atrás, un gesto tan casual como cargado de consecuencias, lo que hizo que se le marcasen más los músculos, esculpidos como los de una estatua griega dedicada al dios de la guerra.

A Tori se le secó la boca, como si de repente hubiera olvidado cómo funcionaba eso de tragar saliva.

Tras coger una toalla, mientras se secaba con movimientos que sugerían una especie de danza primitiva, Raider se acercó a ella. Tori desvió la mirada, avergonzada porque la pillase en esa guisa, como una adolescente que ha sido sorprendida espiando.

—Tori —dijo él al llegar hasta ella, la voz sonó tan ronca que Tori no tuvo más remedio, o eso se decía ella, que mirarlo.

Claro, claro, como si no tuviera voluntad propia.

—Eh… Hola —carraspeó, después de echarle una rápida mirada a su pecho, a esa v que prometía historias de valentía y aventuras, y, probablemente, un poco de locura.

No era la primera vez que lo veía así, mucho menos en los últimos días porque siempre terminaba de una u otra forma mostrando piel en la piscina, pero joder, es que últimamente, desde aquello, ella estaba…

¿Un pelín obsesionada con ese cuerpo?

¿Con esa boca que prometía pecados no mencionados en ningún manual de buenas costumbres?

Roja, se puso roja como un tomate maduro y miró vete tú a saber dónde, buscando quizás una escapatoria a ese torbellino de sensaciones que la embargaba.

—Toca sesión intensa en la piscina, ¿preparada?

¿Por qué le daba la impresión a Tori de que le estaba preguntando por otra cosa, algo que iba más allá de simples ejercicios de rehabilitación?

Quizás porque en el fondo, ambos sabían que estaban jugando a un juego peligroso, donde el premio era mucho más que una simple mejoría física.



—Levanta las piernas un poco más —dijo él más tarde, cuando la sesión estaba a punto de terminar, su voz era la de un entrenador concentrado en la tarea, pero con un matiz que hacía que todo el cuerpo de Tori se pusiera en alerta.

Se acercó a ella, con esa determinación y precisión que tanto caracterizaba sus acciones, para coger sus piernas y moverlas como él quería, como un maestro manipulando delicadamente las cuerdas de su instrumento favorito.

—Así —dijo con la voz ronca de nuevo, enviando ondas de algo que definitivamente no era solo calor a través de Tori—. Dame un poco más —susurró entonces, tan cerca que su aliento rozó la piel de Tori, provocando un escalofrío en su cuerpo.

El enésimo de la tarde, por lo menos, porque Tori no sabía qué pasaba, pero o ese hombre la estaba llevando al límite de su deseo o ella se estaba imaginando cosas.

Vale, eran cosas de su cabeza, seguro.

¿O no?

Esa duda, ese no saber, era casi peor que la certeza.

—Vamos, deja de pensar tanto y dame más —dijo él, sacándola de su ensoñación.

Tori lo miró a los ojos, esos ojos que parecían esconder mil secretos y una promesa.

—Más, quiero más —las palabras resonaron en ella, provocando un torbellino de sensaciones que no sabía cómo manejar.

Tori gimió al escucharlo, porque eso había sonado demasiado íntimo, demasiado cercano a esos momentos de pasión que se suponían debían estar fuera de este contexto. Negó con la cabeza, intentando borrón y cuenta nueva en su mente.

¡O acabaría loca!

—¿Por qué acabarías loca? —preguntó Raider entonces, con esa habilidad suya de captar cada palabra, cada susurro, demostrándole que lo había dicho en voz alta.

—¿Eh? —oh, joder, si es que siempre era una bocazas, pensó Tori, mortificada por su propia incapacidad de mantener sus pensamientos para sí misma— Por el dolor —dijo rápidamente, agarrándose a la primera excusa plausible que encontró flotando en su mente.

—¿Qué tipo de dolor? —la curiosidad de Raider no tenía límites, o quizás era algo más, un interés que iba más allá de la mera preocupación profesional.

—¡¿Qué?! —Tori se sintió escandalizada, sorprendida, y un poco aterrada por hacia dónde podría llevar esta conversación.

—¿Te duelen las piernas? —preguntó Raider, quien estaba intentando no soltar una carcajada, sabiendo muy bien por qué derroteros iba, de nuevo, la mente de Tori.

Y agradeciendo a la vida que fuera así, de verdad, porque no ser el único que temía perder la cordura por el deseo que lo consumía era un consuelo inesperado.

Feliz de que ella se sintiera igual que él.

—Claro que me duelen —dijo ella, intentando mantenerse en el terreno seguro y conocido del dolor físico.

—¿Cuánto? —preguntó él, acercándose a ella, reduciendo la distancia física entre ellos hasta que el aire parecía cargarse de electricidad.

—¿Cuánto qué? —preguntó ella, turbada por su mirada, por esa intensidad que parecía querer desvelar todos sus secretos.

—¿Cuánto te duelen? —insistió Raider, y esa simple pregunta parecía tener más capas de las que Tori estaba preparada para explorar en ese momento.

—Oh… —Tori carraspeó, intentando encontrar su voz, esa voz que parecía haber decidido tomarse unas vacaciones en el peor momento posible— Esto, mucho —admitió, consciente de que él volvía a estar muy cerca, ¿no?

Demasiado cerca para cualquier tipo de pensamiento coherente.

—¿Puedo hacer algo para aliviar ese sufrimiento?

—¡¿Cuál sufrimiento?!

Raider soltó una de esas sonrisas suyas, torcidas y cargadas de una pícara sinvergüencería, avanzando hasta ella hasta dejarla prácticamente atrapada entre su presencia imponente y el borde frío de la piscina.

—El dolor, evidentemente.

—Ah, ¡claro que sí! —exclamó ella, soltando una risa que sonó más forzada que espontánea— ¿Qué otra cosa más podría ser?

Raider entonces le regaló una sonrisa completa, de esas que enseñan hasta la última muela, cargada de intenciones no del todo santas.

—Pídemelo —dijo de golpe, la sonrisa esa tan suya desapareciendo como por arte de magia de su rostro—. Pídemelo de una vez.

—¿El qué? —preguntó ella, con un punto de confusión tiñendo su voz.

—Exactamente lo que estás pensando —susurró él, bajando la voz a un tono que rozaba lo indecente.

—Yo no… —empezó a decir ella, pero la verdad es que no tenía ni la más remota idea de a qué se refería él.

¡Sí lo sabes, pero no quieres admitirlo!, exclamó la voz de su cabeza.

Vale sí, lo sabía.

¡Ay, señor!

Raider redujo la distancia entre ellos, permitiendo que sus cuerpos se rozaran sutilmente bajo el agua, y le susurró al oído con una voz cargada de promesas.

—Pídeme que te dé la vuelta —le susurró, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de ella—, que me coloque detrás de ti. Pídeme que deslice mi mano y acaricie esa zona tan íntimamente empapada que tienes, y que te haga mía con los dedos, mientras con la otra mano me dedico a explorar tus pechos, todo mientras mi boca se ocupa de tu cuello. Besándote. Mordiéndote…

Tori soltó un grito, y cuando él la miró, encontró sus ojos abiertos como platos, mirándolo con una mezcla de sorpresa y algo más.

—¿Has leído…?

—Lo dejaste por ahí, a la vista, cariño —se excusó él, explicando la demora en su llegada.

Joder, ella y su manía de dejar su portátil a la vista ¡y abierto!

—¡El hecho de que estuviera a la vista no te da derecho…!

—Yo también te deseo, nena. Lo sabes —dijo él, con firmeza, posando sus manos en las caderas de ella con una seguridad desarmante.

—Yo no… —empezaba a negarlo ella, pero en el fondo sabía que era una batalla perdida— Se trata solo de una historia, Zev, no era por ti…

Zev…

—Mentirosa —sonrió, divertido, mientras una chispa de malicia danzaba en sus ojos—. ¿Tanto te cuesta reconocer que me deseas? ¿Que esa escena en la piscina de tu historia es lo que quieres que ocurra entre nosotros? —y de repente, la atmósfera se tornó más seria, adiós a la diversión—. Porque a mí, mi querida Tori, no me cuesta reconocer que me muero por follarte —aseguró él, con toda la sinceridad y crudeza del mundo—. Me muero por entrar en ti de nuevo. Acabaré perdiendo la cabeza si no lo hago —la sinceridad y la desesperación en su mirada eran palpables—. Solo tienes que decir una cosa —susurró él, acercando sus labios a los de ella, casi rozándolos, en un gesto tan íntimo que el tiempo pareció detenerse—. Solo una palabra y eso que escribiste, esa fantasía plasmada en papel, se hará realidad.

—Yo no…

—Palabra incorrecta, nena —acarició sus labios con los suyos en un roce tan ligero que podría haber sido el aliento de una mariposa—. Solo te queda una oportunidad. Si no la aprovechas —se separó de ella y la miró a los ojos, esos ojos que eran un espejo del alma—, no insistiré más —prometió con un tono que rozaba el ultimátum, pero en sus ojos había una súplica, una petición silenciosa de que ella diera el paso que él tanto ansiaba.

Y esperaba que lo hiciera, que dijera esa palabra, porque, por todos los dioses antiguos y nuevos, no sabía cómo demonios iba a conseguir mantenerse alejado de ella, de ser así.

La necesidad que sentía era una tortura exquisita, una sed que solo ella podía saciar.

Tori lo miró a los ojos, el deseo y el temor, a partes iguales, mostrándose en los suyos. ¿Qué demonios debía hacer?

¿Seguir aferrada al pasado, a esos recuerdos que la ataban como cadenas?

¿O mirar hacia delante, hacia un futuro incierto, pero vibrante de posibilidades?

¿El orgullo, esa barrera fría e infranqueable? ¿O el temor de poder volver a sufrir, de abrirse y ser vulnerable una vez más?

Él, viendo que ella dudaba, suspiró, un sonido que parecía arrastrar consigo todo el peso del mundo, y comenzó a separarse. La distancia entre ellos creció, un abismo que parecía ensancharse con cada segundo que pasaba.

—Zev… —dijo entonces ella, rompiendo el silencio, su voz temblorosa, pero decidida.

Diciendo la palabra que estaba esperando él.

Su nombre.

Esa única palabra que contenía todo lo que necesitaban decirse. Y en ese momento, todo lo demás dejó de importar.

Con un rugido que salió de lo más profundo de su garganta, casi como el sonido de un animal

salvaje liberado de sus cadenas después de una larga cautividad, Raider cogió la cara de Tori entre sus manos y la besó con una pasión desbordada, como si en ese instante, todo el universo se redujera a ellos dos.

Era un beso que decía todo lo que las palabras no podían expresar, un beso que era una promesa, un desafío, y una rendición todo en uno.

La estaba devorando, sí, como si llevase toda una eternidad esperando hacerlo, como si su hambre de ella fuera un fuego que nada podía apagar.

¿Y no era así?

¿Acaso no estaba hambriento de ella, de su sabor, de su calor, de la sensación de su piel contra la suya?

La besó con una fuerza que bordeaba la desesperación, sus bocas abiertas en un baile tan antiguo como el tiempo mismo, mientras sus lenguas se encontraban y danzaban, deseosas también, anhelantes la una de la otra.

Y es que ¡cuánto se habían echado de menos!

Cuando Raider finalmente rompió el beso, permitiendo que ambos recuperaran el aliento, acarició con delicadeza los labios de ella con el pulgar, observando con una mezcla de orgullo y ternura lo hinchados y magullados que estaban, testimonio mudo de la pasión que acababan de compartir.

La miró a los ojos, y sin decir una sola palabra, cogiéndola por la cintura, la hizo girar. Se pegó a la espalda de ella, apretándola contra su cuerpo, contra las frías baldosas del interior de la piscina.

Sin perder el tiempo, metió una mano por dentro del bañador corto de pantalón que ella llevaba y comenzó a acariciar su sexo, una caricia que era tanto una promesa como una tortura, haciéndolos gemir a ambos en un dueto de deseo.

—Dios, nena —murmuró él, mordiendo la oreja de ella, tirando un poco del lóbulo en un gesto que era tanto juguetón como intensamente erótico—. No veo la hora de que mi polla vuelva a estar aquí.

Un gemido salió de la garganta de Tori al escucharlo, un sonido que era música para los oídos de Raider.

Un gemido de placer que ella no pensaba ni quería evitar.

—Pero antes vamos a cumplir la primera fantasía —prometió él con un tono que era una caricia en sí mismo.

Dos dedos entraron dentro de ella entonces, haciéndola temblar de una forma que iba más allá de lo físico, tocando algo profundo y primal dentro de ella. Con la otra mano, Raider liberó del top los pechos de ella y cogió uno, apretándolo primero y luego acariciando su pezón con una delicadeza que contrastaba con la fuerza de su agarre.

—Zev…

—No dejes nunca de llamarme —dijo él, su voz un susurro ronco de necesidad, moviendo sus dedos con una destreza que hablaba de una intimidad profunda, de un conocimiento íntimo de lo que a ella le gustaba, lo que la hacía temblar, lo que la llevaba al borde del abismo—. Por favor —casi rogó él, con un tono que desgarraba el corazón, mientras apretaba su pecho con fuerza y mordía su cuello, marcándola—. No dejes nunca de desearme, ni de necesitarme —lamió donde había mordido—. Tanto como mi cuerpo te necesita, nena —continuaba moviéndose dentro de ella con una urgencia que era un eco de su propia necesidad—. Tanto como yo te deseo.

El orgasmo llegó rápido, y fue enorme, un tsunami de placer que la arrasó sin piedad, dejándola temblorosa y sin aliento. El cuerpo de Tori comenzó a temblar, y Raider, girándola de nuevo entre sus brazos, la besó, acallando los gritos de placer con sus propios labios.

Cuando la sintió laxa entre sus brazos, Raider la miró a la cara y sonrió al ver su expresión, satisfecha.

—Esto no acaba aquí —prometió él, sonriendo.

Y tras darle un beso en la frente, se dispuso a cumplir su promesa.



Unos minutos después, Raider se encontraba tumbado encima de Tori, que a su vez yacía en su cama, en una escena que parecía sacada de un cuento moderno, aunque sin dragones ni princesas, solo ellos dos y un montón de emociones desbordadas.

Tori, con una toalla aún en sus manos, intentó secar el cabello de él, que seguía goteando agua como si acabara de salir de una aventura bajo la lluvia. Era evidente que, con la urgencia que tenía de sentir a esa mujer cerca, el detalle de secarse bien había pasado a un plano totalmente irrelevante para Raider.

—Estás empapado —comentó ella, notando cómo las gotas de agua seguían cayendo.

—Hmmm… —fue la respuesta de él, mientras deslizaba una mano entre los dos, adentrándose bajo el pantalón de ella, en un gesto tan atrevido como íntimo— Tú me superas —añadió, provocando un gemido en Tori, quien no pudo evitar morderse el labio inferior en una mezcla de anticipación y nerviosismo.

—¿Qué estamos haciendo? —fue la pregunta que brotó de los labios de Tori, mientras una parte de ella cuestionaba el torbellino de emociones y deseos que estaban a punto de desencadenar.

—Lo que teníamos que haber hecho hace cinco años —respondió él con una determinación que no dejaba lugar a dudas.

Se levantó, le quitó la toalla de las manos y, en un torbellino de movimientos que dejaban poco a la imaginación, comenzaron a deshacerse de sus ropas, quedando ambos en un estado de vulnerabilidad ante el otro.

Tori no pudo contener un nuevo gemido al sentir la piel de él rozando la suya, mientras Raider se posicionaba sobre ella con una intención clara.

El aire se cargó de electricidad, de esos sentimientos no dichos que ahora parecían gritarse en cada roce, en cada mirada.

Raider le robó un beso a Tori, un beso que era una promesa, una declaración sin palabras de todo lo que quería decir y no podía expresar solo con palabras.

—Zev… —dijo ella, mirándolo a los ojos, dejando que la vulnerabilidad tiñera su voz— No quiero volver a sufrir —confesó, admitiendo su miedo a revivir el dolor pasado.

—No volveremos a hacerlo —juró él, sellando su promesa con otro beso, esta vez menos dulce y más urgente, como si en ese momento se permitieran liberar toda la pasión contenida.

Tori respondió al beso con igual fervor, enredando sus manos en el cuello de él, mientras él exploraba el cuerpo de ella con una devoción casi religiosa, memorizando cada curva, cada línea, como si temiera olvidarlas alguna vez.

Con un gruñido lleno de anticipación, Raider tomó un momento para colocarse un preservativo que, de manera bastante cómica, había conseguido de una fuente más que esperada.

—Se lo robé a tu hermano —dijo a modo de explicación, con picardía.

Tori, por su parte, no pudo evitar enarcar las cejas, una expresión de sorpresa y diversión pintada en su rostro. Estaba claro que esa no era la confesión que esperaba en un momento tan… íntimo.

—¿Tú no…? —inquirió ella, dejando la pregunta suspendida en el aire, llena de curiosidad y un poco de incredulidad.

Raider se posicionó nuevamente sobre Tori, alineando su cuerpo con el de ella. Su mirada, profunda y seria, encontró la de ella.

—No —respondió él con seriedad—. No si no eres tú, nena. Aunque te parezca difícil de creer.

A Tori, las palabras de Raider le golpearon directamente en el corazón, y de sus ojos brotaron lágrimas.

—Yo tampoco —susurró ella.

Raider sonrió. Y entonces le dio un dulce beso.

—No dejes de mirarme —le suplicó, necesitando capturar cada cambio en la expresión de ella, cada destello de placer, de conexión.

Y entonces, Raider entró en ella, provocando que Tori arqueara la espalda y lanzara un grito al

aire, un sonido puro de placer que resonaba en la habitación.

—Oh, sí —gimió ella, sintiéndose llena de él.

Raider, por su parte, estaba inmerso en una tensión casi palpable, su cuerpo rígido como una estatua, con la mandíbula apretada, saboreando cada matiz de la sensación de estar de nuevo dentro de Tori, un placer tan intenso que le hacía desear que el tiempo se detuviera justo allí.

—Mírame —exigió él, y Tori, obedeciendo, elevó su mirada hacia la de él, encontrándose con esos ojos que parecían querer devorarla entera.

Él se inclinó, depositando un beso en sus labios, un gesto tierno en medio de la tormenta de pasión que los envolvía. Un beso al que ella respondió con igual fervor.

—Mírame mientras te hago mía —continuó él, marcando un ritmo lento al principio y luego aumentando la intensidad, cada embestida un golpe directo al corazón de ella—. No apartes los ojos de mí, hasta que sientas cómo tu coño me aprieta mientras te corres.

Tori pensó que si él seguía hablando así, ese momento no iba a tardar mucho en llegar.

Y Raider…

Él también estaba al borde del precipicio.

—Mírame mientras ambos gritamos de placer. Mírame mientras me deshago en tus brazos, nena —esas palabras eran el testimonio del poder embriagador que Tori ejercía sobre él, un poder que lo hacía vulnerable y fuerte al mismo tiempo—. No dejes de mirarme mientras me haces completamente tuyo —era una súplica cargada de deseo, un llamado a mantener viva la conexión intensa y ardiente que compartían, incluso en el clímax de su pasión.

La intensidad de las palabras de Raider, la fuerza de sus acciones, empujaban a Tori hacia un abismo de placer del que no quería escapar. La promesa del éxtasis pendía en el aire, tan tangible que casi podía tocarse. Y con cada embestida, se acercaban más y más a ese punto de no retorno, a ese momento en que todo lo demás desaparecería, dejándolos solo a ellos en su propio universo de sensaciones.

Los brazos de Raider temblaban ligeramente bajo el esfuerzo de mantener la intensidad, de no perder ni un ápice de conexión visual con Tori.

No cambiaría de posición, no rompería ese contacto visual por nada del mundo, porque en sus ojos encontraba algo más que placer: se encontraba a él mismo.

Aumentaba el ritmo, cada movimiento más rápido y profundo que el anterior, y Tori respondía con igual fervor, moviendo sus caderas al unísono con él, ambos buscando ese punto de liberación que se avecinaba inevitablemente.

Y entonces, en medio de ese torbellino de pasión, llegó el clímax, tan esperado y al mismo tiempo tan temido, porque ninguno de los dos deseaba que ese momento de unión terminase.

No querían volver a la realidad…



Capítulo 24

—Sabías que no la besé, ¿verdad? —no lo decía como quien lanza una acusación al aire, sino como si soltase una gran verdad que, de alguna manera, lo hacía sentirse un poco más ligero, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Ahí estaba él, tumbado en la cama, de lado, en una pose que replicaba la de ella, ambos mirándose directamente a los ojos.

Se encontraban bajo las sábanas, con las piernas delicadamente entrelazadas después de, por fin, haber compartido un momento íntimo juntos.

Raider, con ternura, acariciaba suavemente la cara de ella con los dedos, sin apartar su mirada de la de ella, como si tratase de comunicarle todo lo que sentía sin necesidad de palabras.

—Sí —respondió ella, su voz teñida de una mezcla de entendimiento y un poco de tristeza—. Pero, te confieso que, por un tiempo, lo dudé.

Raider asintió con la cabeza, comprendiendo perfectamente a qué se refería.

—No la besé —repitió él, queriendo dejar las cosas clarísimas—. Admito que me quedé como un auténtico pez fuera del agua, sin saber cómo reaccionar. Sé que no es excusa —continuó—, pero la verdad es que jamás pasó por mi cabeza que esa mujer pudiera sentir algo por mí. Y es que, sinceramente, nunca he tenido ojos para nadie más que no fueras tú. Nunca me importó ni me dio curiosidad saber si alguien más podía tener sentimientos hacia mí. Puede que te suene ingenuo, pero así es como son las cosas.

—Lo sé —ella asintió, convencida, creyéndole con cada fibra de su ser—. De verdad que lo sé.

—Me sentí traicionado, Tori. La persona que más amaba en el mundo, la única en quien pensé que podía confiar ciegamente, dudó de mí. No supe cómo manejarlo —la sinceridad en su voz era palpable.

—No debería haberlo hecho. Cuando pude pensar con claridad, me sentí terrible, pero es que los celos me devoraban. Me veía tan insignificante a tu lado…

—¿Insignificante? —eso lo dejó totalmente desconcertado, incapaz de comprenderlo; aunque sabía que algo de eso había, Rebel lo había puesto sobre aviso— Eras todo mi universo, ¿no te lo demostré suficiente?

—No es por ti —ella suspiró, preparándose para abrir su corazón de par en par, tanto a él como a sí misma—. Siempre fuiste el alumno estrella, el estudiante de medicina ejemplar, el médico… Y yo… Bueno, yo me la pasaba trabajando los fines de semana en el pub, sin tener ni la más mínima idea de qué hacer con mi vida. ¿Qué podía yo ofrecerte? —negó con la cabeza, una mezcla de tristeza y resignación en su gesto—. Me sentí tan pequeña cuando os vi juntos, creí que quizás estabas conmigo porque no conocías otro mundo, que ella, de alguna manera, podría ofrecerte más de lo que yo jamás podría.

—No me lo puedo creer…

¿En serio?

¿Estamos aquí, ahora, teniendo esta conversación de telenovela en pleno siglo XXI?

Bueno, pues sí, parece que sí.

—Cuando me llegó tu mensaje, eché a correr como si me persiguiera el mismísimo Usain Bolt, temiendo perderte para siempre. Busqué en cada rincón, hasta en los baños del aeropuerto, pero ya no estabas.

—Nena…

—Te he odiado por años, no precisamente por la maldita traición, aunque eso también tuvo su gracia, sino porque te largaste sin más. No luchaste por nosotros; para mí te rendiste a la mínima. Nunca fui capaz de escupirles la verdad a los demás. Sabían que te habías esfumado, pero no les conté nada. Dolía demasiado.

—Eres una tonta, Tori —dijo él, pero había dulzura en sus palabras.

—Sí, pero tú también —dijo ella, pensando en los años perdidos, esos que no vuelven—. Cinco años, Zev… —suspiró—. Si no hubiera tenido el accidente, ¿cuándo habrías vuelto? A lo mejor nunca. A lo mejor habrías seguido tu camino, sin mirar atrás.

—Nunca quise realmente irme, no estaba en mis planes alejarme tanto. Pero el orgullo y el dolor me cegaron. Quería ponerte a prueba, que me buscases, pero no lo hiciste. Así que tomé distancia. Cada vez más…

—Y terminaste metido en la selva por años…

—Sí, exacto. Me agarré de un clavo ardiendo a otro, cualquier excusa era buena con tal de no tener que verte. Porque dolía, vaya que si dolía. Pero, irónicamente, no verte dolía todavía más, era como una especie de tortura autoimpuesta que no hacía más que empeorar las cosas —suspiró profundamente, sintiendo el peso de cada palabra—. Mírame, Tori. Lo habría hecho —juró él, mirándola fijamente, con esos ojos que parecían querer perforar el alma, o al menos intentarlo—. Habría vuelto, nena, siempre volveré a ti.

—Zev… —suspiró emocionada— ¿Fue muy duro?

—¿Estar lejos de ti? Lo peor… —así era como lo sentía.

Ella negó con la cabeza.

—Lo que viviste allí.

Raider suspiró pesadamente, el peso de los recuerdos de nuevo sobre sus hombros.

—Llegué allí siendo un iluso, cargado de idealismo y con la cabeza llena de sueños sobre salvar el mundo, o al menos, intentarlo. Pero no podía estar más equivocado… —sus palabras se tornaron más pesadas, teñidas de una realidad que había sido mucho más cruda de lo que jamás imaginó—. No solo no tienen los medios suficientes, las herramientas, el apoyo… Sino que, a

veces, incluso con todo el esfuerzo del mundo, simplemente no se puede hacer nada más —por desgracia—. El primer paciente que perdí fue un niño, y ese momento… Esa experiencia jamás podré borrarla de mi memoria. Las súplicas de su madre, implorando, rogando para que lo salvara, y yo… —tragó saliva, la dificultad de revivir ese momento era evidente en su rostro, en la forma en que su voz se quebraba—. No pude hacer nada. Quizás por eso también me quedé allí tanto tiempo, aferrándome a la idea de que, de alguna manera, podría compensar esa impotencia, ese fracaso, intentando ayudar a más personas, aunque me estuviera destrozando a mí mismo por dentro.

—Lo siento —suspiró ella, con una mezcla de tristeza y empatía, comprendiendo a un nivel mucho más profundo el dolor y la carga que él había estado llevando.

—Por esa parte, no me arrepiento de haberme marchado —esa era la verdad—. Ayudé en todo lo que pude.

Ella asintió con la cabeza, entendiéndolo.

No había reproche en su gesto, solo la aceptación de que algunas decisiones, por más dolorosas que sean, se toman pensando en el bien mayor, en ese algo que va más allá del propio yo, de nuestra pequeña burbuja de felicidad y comodidad.

—Pero por nosotros… Jamás me perdonaré el haberme ido. Me he pasado cinco años odiándote, Tori, por no confiar en mí y supongo que, en el fondo, tenías razón en no hacerlo —continuó, y sus palabras eran como puñales, cada una cargada de remordimiento y dolor. Se refería a su ausencia, a esa sensación de vacío que deja el no creer que él, sí o sí, algún día habría vuelto por ella.

Pero él estaba seguro de que lo habría hecho.

Porque sabía que sin ella no podría haber aguantado mucho más.

—Pero habría vuelto, nena. Habría vuelto por ti, habría vuelto por nosotros. Y me pasaré la vida demostrándote que no tienes motivos para desconfiar de mí —declaró él, con convicción.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

—¿No es evidente, nena? —ella negó con la cabeza, con el corazón en la garganta, no queriendo imaginar cosas que no eran— Pase lo que pase —juró—, jamás volveré a separarme de ti.

—*Zev*…

—Si me aceptas, claro —dijo entonces él con una sonrisa que iluminaba su rostro, a pesar de la seriedad del momento.

Con una ternura que parecía envolver el aire, le acarició suavemente la mejilla, y luego, con igual dulzura, el pelo. Era un gesto tan lleno de amor, que parecía querer borrar todas las dudas con solo el roce de sus dedos.

A Tori, emocionada hasta el borde de las lágrimas, le tembló el labio inferior.

—¿Estás seguro? Tu mundo… —sus palabras eran un susurro, cargadas de una preocupación que iba más allá de ella misma.

—Mi mundo eres tú —dijo él, con una firmeza en su voz que no dejaba lugar a dudas—. No quiero estar en otro lugar que no sea contigo. Y te demostraré, cada día, que es así.

—No quiero que te sientas obligado por mi condición —Tori todavía luchaba con sus inseguridades, temiendo convertirse en una carga.

—Ni siquiera voy a responder a eso —resopló él, exasperado.

Era obvio que la simple mención de aquello le parecía de lo más absurda.

—Ni siquiera sé si podré ser la de antes —insistió ella, porque esa era parte de sus miedos, el temor a no volver a ser la misma, a cambiar de manera que ni ella misma se reconociera.

A no volver a caminar.

Aunque la rehabilitación iba bien y había hecho muchos progresos, pero el miedo estaba ahí.

—Pues no lo seas —él se encogió de hombros—, te amaré igual. Cambia, evoluciona, conviértete en quien necesitas ser. Yo estaré aquí, amándote en cada una de tus versiones.

—Raider…

—Siempre te he querido, y aunque te quedases en esa silla de ruedas, que no ocurrirá, te querría igual. Y lo sabes —juró, con una intensidad en sus ojos que buscaba perforar todas las barreras de duda—. Sé que me quieres, me lo dijiste en el hospital —dijo, reconociendo lo que ella había temido desde el momento en que se enteró que él había estado allí. Tori gimió, él rio —. Pero necesito que me perdones. Y que me aceptes… —repitió en un susurro casi inaudible, como si en esas palabras se jugase todo su futuro— Si lo haces, te lo demostraré.

Ella dudó un instante, seguramente batallando contra sus miedos e inseguridades, pero finalmente, impulsada por un sentimiento más fuerte que cualquier temor, se acercó a él y lo besó, un beso cargado de lágrimas, pero también de esperanza.

—Hasta que no haya anillo, no contestaré a nada —dijo entonces, intentando aligerar el momento con una broma, un pequeño destello de humor en medio de la intensidad emocional.

Raider soltó una carcajada.

—Lo tendrás, nena. Lo tendrás… —aseguró, con una sonrisa traviesa, como si ya estuviera imaginando el momento.

Y volvió a besarla, sellando entre ellos una promesa de futuro.

Mientras tanto, fuera de La Mansión…

En el torbellino de mi mente, las preguntas se amontonan con la misma desesperación con la que dejo girasoles ante su puerta, cada pétalo, un susurro de mi alma atormentada.

Desde la oscuridad que me rodea, observo, paralizado, la escena que se desarrolla ante mí a través del cristal.

Allí está Raider, ese nombre que resuena en mi cabeza como un grito de guerra, sosteniendo a Tori en sus brazos, robándome el aliento con cada beso que deposita en sus labios.

Un grito ahogado se escapa de mi garganta, un lamento que el viento se lleva, ignorado.

Debiste haberla matado, susurran las voces en mi cabeza, una letanía oscura que me seduce hacia el abismo, reforzando mi fallo por permitirle seguir entre nosotros, en brazos de otro.

La locura se enrosca en mí, apretando su agarre, mientras la visión de su sonrisa, una sonrisa que debería ser mía, me desgarra por dentro.

Es en estos momentos cuando mi justificación se fortalece; en mi mente, creía que cualquier acción, por extrema que fuera, se justificaba si era para protegerla, para ser su salvador ante peligros reales o imaginarios.

Hice lo que tenía que hacer, me repito, intentando apaciguar las voces, pero el remordimiento y la justificación luchan dentro de mí como bestias encerradas.

¿Cómo, después de todo, terminé empujándola hacia los brazos de otro?

Este ciclo de desesperación me consume, atrapado en un juego de sombras, un espectador de mi propia tragedia. La oscuridad exterior refleja la oscuridad de mi alma, alimentada por cada pensamiento obsesivo, cada impulso incontrolable.

Las voces se alzan, acusándome: *"¡Casi la matas!",* recordándome la noche que quise ser su héroe, pero terminé siendo el monstruo.

Sin embargo, la idea de Raider poseyéndola, de ser él quien reciba su amor y no yo, enciende una furia indomable.

No son más que actos de guerra, un desafío a mi amor, a mi obsesión.

Así, sigo enviando girasoles, símbolos de un amor que clama ser entendido, ser correspondido. Pero ahora, estos gestos se sienten vacíos, meras súplicas llevadas por el viento.

¿Son estos actos de amor verdadero o meras manifestaciones de mi mente perturbada?, me pregunto, mientras el dolor de su ausencia me consume.

¡No! ¡No estoy loco!

¡No estoy loco!

Solo que no puedo soportar la idea de verla en brazos de otro, de vivir sabiendo que he fallado una vez más.

Que sigue sin ser mía.

Me balanceo entre la cordura y la locura, aferrándome al filo de la navaja. Me doy cuenta de que quizás nunca escape de este laberinto de desesperación y obsesión.

Aquí permanezco, un espectro en las sombras, observando, esperando, perdido en el eco de mis propias voces. Las sombras son mis únicas compañeras, susurrando en la noche, empujándome hacia un destino incierto. Todo lo que tengo es la obsesión, los girasoles, y la esperanza moribunda de que, de alguna manera, todo esto me lleve de vuelta a ella.

Contra toda razón.

Contra toda lógica.

En la tormenta de mi mente, las preguntas se amontonan sin respuesta.

"¿Mejorará esto alguna vez? ¿Se silenciarán las voces, permitiéndome ver con claridad?", me pregunto, mientras la batalla interna continúa.

¿O estoy condenado a vagar por este purgatorio de mi creación, atormentado eternamente por lo que podría haber sido y lo que nunca será?

La única certeza es la desesperación, un ciclo sin fin de amor, obsesión y remordimiento, atrapado en el caos de mi mente.

Sigo aquí, esperando, siempre esperando, un perturbado hablando a las sombras, buscando desesperadamente algún destello de luz en la oscuridad que he creado.

La esperanza es frágil, casi inexistente, pero es todo lo que me queda.

Todo lo que tengo es la espera, la obsesión, y los girasoles ante su ventana, rogando contra toda esperanza que, de alguna manera, me reconduzcan a ella.



Capítulo 25

Tori sintió su presencia antes de verlo, como si una corriente de electricidad se propagase por todo su cuerpo, un fenómeno inexplicable, pero intensamente familiar.

Era como si fuese un imán con carga y su contrario estuviera cerca, tirando de ella con una fuerza invisible, pero palpable.

La anticipación creció en su interior, mezclada con una pizca de ansiedad y una curiosidad que no podía disimular.

Cuando finalmente giró su mirada hacia la puerta del comedor, ahí estaba él, como si su mente hubiese conjurado su presencia. Raider, con su caminar confiado y esa aura que lo hacía destacar en cualquier multitud, no tardó en localizar a Tori, sentada en su lugar de siempre, un rincón que parecía reservado solo para ella en aquel espacio lleno de vida y charlas matutinas.

Una sonrisa lenta y perezosa se formó en los labios de Raider al verla, una sonrisa cargada de secretos y promesas, de íntimos momentos compartidos que solo ellos conocían.

Tori se puso roja cuando las imágenes de esos momentos también llegaron a su mente, un torbellino de recuerdos que la hacían sentirse expuesta y, a la vez, profundamente conectada con él.

—¡Buenos días! —exclamó él con un tono cantarín, dispersando su atención por toda la habitación, como si quisiera compartir ese buen humor que lo embargaba con todos los presentes.

Con la gracia de quien está acostumbrado a ser el centro de atención, el chico de la camiseta del mismo color que sus ojos, se acercó a Beth y le plantó un beso, repitiendo el gesto con Chloe y, finalmente, con su madre, a quien le dedicó un guiño cómplice.

Al llegar a Riley, le lanzó otro de sus guiños característicos, una señal de complicidad entre ellos.

—Vaya, ¿y ese buen humor? —preguntó Riley, con una sonrisa divertida danzando en sus labios, aunque en el fondo ya había adivinado la razón de tal alegría.

Desde el momento en que había visto el brillo especial en los ojos de su prima, sabía que algo bueno había pasado, pero, fiel a su estilo, no iba a decirlo en voz alta.

Y fue su prima la que, viendo cómo Raider se acercaba para sentarse a su lado, ese lugar que parecía tener su nombre grabado desde siempre, que, al ver su sonrisa, negó con la cabeza, como si quisiera reprenderlo, pero sin poder ocultar el afecto que sentía por él.

Pero a Raider poco le importó. Él iba a hacer lo que había planeado, quisiera Tori o no.

Llegó hasta ella con una determinación que dejaba claro que tenía un objetivo en mente. Poniendo una mano en cada uno de los reposabrazos de la silla de Tori, se inclinó hacia delante con una gracia felina, captando la atención de todos en la habitación.

Y entonces, con una audacia que solo a Raider se le permitiría, le plantó un tremendo beso de tornillo. Un beso que, por un momento, hizo que el tiempo se detuviera y que el resto del mundo desapareciera.

Cuando finalmente se separó de ella, ignorando deliberadamente las decenas de gritos ahogados, los carraspeos incómodos y las miradas de incredulidad que inundaron la sala, Raider miró a Tori con una sonrisa que era pura provocación y ternura mezcladas en una.

—Buenos días, nena —le dijo con una voz que era un ronroneo, cargada de intenciones y promesas.

—Capullo —gimió ella en respuesta, una mezcla de exasperación y afecto en su voz, que solo logró hacerlo reír en respuesta.

Y con toda la tranquilidad del mundo, como si lo que acabara de hacer fuese el acto más natural y cotidiano, Raider se sentó.

Acto seguido, enfrentó la mirada de todos los demás, que los observaban a ambos con las cejas enarcadas, preguntándose qué diablos se habían perdido y cómo es que el comedor se había convertido en el escenario de una novela romántica sin previo aviso.

Pero lo que realmente capturó la atención de todos fue el momento en que enfrentó la mirada de su tío, el padre de Tori. Con un descaro que rozaba lo heroico, lo saludó con un gesto de la cabeza y soltó la bomba.

—Suegro… —dijo, con una mezcla de respeto y desafío.

A Raven, el mencionado suegro, se le cayó la cuchara que tenía en las manos, el utensilio haciendo un ruido estridente al contacto con el plato, un perfecto acompañamiento sonoro a su sorpresa.

—¿Suegro? ¡La madre que te parió! No me levanto a meterte porque… —resopló, buscando una excusa válida, una razón para no levantarse y enfrentar esa situación de frente.

—Porque te alegras —interrumpió Raider, mirándolo con seriedad, desafiándolo a contradecirlo.

Raven suspiró, derrotado y, en algún rincón de su corazón, probablemente divertido y hasta emocionado por la osadía de Raider.

Sí, era su niña pequeña, siempre lo sería. Pero la había visto sufrir demasiado, atravesar tormentas emocionales que dejarían cicatrices en cualquiera, y la idea de verla derramar una lágrima más era insoportable para él.

—Si le vuelves a hacer daño… —comenzó, su voz cargada con el peso de una amenaza paternal que solo un padre puede emitir. Entonces, su mirada se suavizó al dirigirse a ella, incluyendo a ambos en su advertencia— O tú a él…

En ese momento, Raider levantó la mano, en un gesto que captó la atención de todos en la mesa, y cogió la de Tori. Con un movimiento suave, pero firme, entrelazó los dedos de ambos, uniendo sus manos.

—¿Eso significa que nos das tu bendición? —bromeó Raider.

Raven resopló, una mezcla de resignación y cariño en su gesto.

—Siempre la habéis tenido —dijo lo obvio.

Siempre había estado de acuerdo con esa unión. Nadie más que este joven sinvergüenza, que a pesar de sus travesuras y su aire despreocupado, amaba a Tori con una intensidad que rivalizaba con la suya.

Los demás, testigos de este intercambio, rompieron en aplausos, superando el asombro inicial con una alegría contagiosa. Romeo, nunca uno para contener su entusiasmo, silbó, añadiendo un toque de festividad al momento.

Y Tori, finalmente liberada de la tensión del momento, sonrió.

—¿Pero cómo se te ocurre? —rio ella, mirando a Raider.

Él se encogió de hombros, su sonrisa ampliándose en una expresión de satisfacción y triunfo.

—Te dije que te lo demostraría —respondió, dándole un apretón en la mano, un gesto de promesa y de futuro. —Cada día, nena.

Y sin decir nada más, con una naturalidad que desarmaba, cogió la manzana que Tori tenía en el plato junto al cuchillo y comenzó a pelarla.

—¿Me vas a destuartizar la manzana? —bromeó ella.

Raider soltó otra carcajada.

—Cada día, nena —le guiñó un ojo, reafirmando su compromiso.

—Demasiado azúcar —resopló Raven, arrugando la nariz mientras dejaba el tazón de cereales a un lado con un gesto dramático.

Romeo, en cambio, rio con esa facilidad contagiosa que tenía, cogiendo otro croissant de la bandeja central, claramente disfrutando del momento.

—No te preocupes, ya como yo azúcar por los dos —dijo con un guiño, mordisqueando el croissant como si fuera el manjar más exquisito del mundo.

Mientras tanto, Rebel, que hasta ese momento había permanecido apoyado en la entrada del salón, observando la escena con ojos de halcón, decidió que era su momento de brillar.

—Yo también tengo algo que decir —anunció, su voz resonando con una mezcla de emoción y un toque de nerviosismo que no pasó desapercibido.

Riley lo miró y soltó un gemido, temiéndose lo peor.

Pero no sería capaz, ¿verdad?, se preguntaba internamente, tratando de convencerse a sí misma de que sus temores eran infundados.

¡Para nada!, se aseguró, sintiendo cómo un alivio momentáneo tomaba control de su cuerpo,

permitiéndole volver a centrarse en su desayuno.

Sin embargo, Tori, que había estado distrayéndose con su propia comida, se atragantó de golpe al captar cómo su hermano miraba a Riley. En ese instante, supo, sin lugar a dudas, que sí, que Rebel sería capaz de eso y mucho más.

—Ay, señor… —gimió la pobre, tosiendo y atragantándose, mientras Raider le pasaba rápidamente un vaso de agua para que bebiera y pudiera volver a respirar con normalidad.

—He dicho que tengo algo que decir —insistió Rebel, un poco molesto por la falta de atención, esta vez avanzando hasta situarse justo frente a Riley, que lo miraba con una mezcla de sorpresa y aprensión.

—Dinos, hijo —dijo Chloe, sin prestarle demasiada atención, más interesada en la reacción de los demás que en la noticia en sí.

—Riley y yo también estamos juntos —Rebel soltó la bomba sin más preámbulos.

Un grito ahogado se escapó de la garganta de Riley, tan sorprendida como el resto.

—¿Lo estamos? —logró articular, su voz apenas un susurro de incredulidad.

—Lo estamos —confirmó él, mirándola directamente a los ojos con una determinación que no admitía réplica, y luego giró su cabeza hacia Romeo—. Suegro… —dijo entonces, imitando a su primo con un tono juguetón, pero claramente buscando la aprobación—. Nosotros también queremos tu bendición.

—¿La queremos? —susurró Riley, aún en shock, incapaz de procesar la situación, especialmente después de captar la expresión de absoluta sorpresa en la cara de su padre.

—La queremos, cariño, la queremos —asintió Rebel, con una sonrisa que buscaba tranquilizarla, aunque claramente disfrutaba de la conmoción que había causado.

¿Cariño?, se lamentó Riley en su fuero interno, su mente girando en un torbellino de emociones y sorpresa.

Como si el tiempo se hubiera congelado, un silencio sepulcral cayó sobre la sala, cargado de expectación y, ¿era eso… choque?

Todos los ojos, brillantes de curiosidad y asombro, se clavaron en el par, como si estuvieran presenciando el estreno de la última temporada de su serie favorita.

Romeo, que había estado a punto de dar un mordisco triunfal a su croissant, como quien celebra la victoria antes de tiempo, bajó la mano lentamente, y su mirada pasó de su hija a su ¿yerno?, con una lentitud dramática.

¡Yerno, los cojones!, pensó, la incredulidad y el asombro bailando en sus ojos.

—E merda, ti darò la mia benedizione! —explotó al fin, las palabras saliendo en un torrente de italiano apasionado y, quizás, un poquito exasperado.

Rebel, con esa mezcla de confusión y entusiasmo que lo caracterizaba, giró su cabeza,

buscando alguna traducción en los rostros familiares.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, su voz teñida de una esperanza cautelosa.

—Que está feliz de dar su bendición —mintió Rain, con una sonrisa que no llegaba a los ojos, observando cómo la sonrisa de Rebel se expandía hasta casi romperle la cara.

—E merda! Merda! —continuó Romeo, casi como un mantra, su frustración y sorpresa convirtiéndose en el coro de fondo de esta peculiar escena matutina.

Raven, por su parte, parecía haberse teletransportado a otro plano de existencia, su shock tan profundo que ni siquiera la vibrante vida que llenaba la sala lograba hacerle reaccionar.

—Feliz, dice —se burló Rain, su tono cargado de ironía mientras celebraba internamente la pequeña revuelta que se cocía—. ¡Estoy feliz!

—Ah, es que suena a mierda… —soltó Rebel con una franqueza que dejaba poco a la imaginación, su ceño fruncido en una expresión de duda y escepticismo.

—¡Qué va! —le aseguró el sheriff, con una convicción que rozaba lo cómico.

Tori intercambió una mirada cómplice con Raider. Ambos sabían muy bien lo que estaba diciendo Romeo y sabían que la "feliz" bendición estaba más cerca de una maldición en dialecto italiano.

—¡Gracias, suegro! ¡Prometo que la haré muy feliz! —exclamó Rebel, avanzando con los brazos abiertos hacia Romeo, solo para recibir un cate en la cabeza, un gesto de afecto tan italiano como el expreso matutino.

—E merda! —repitió Romeo, las palabras saliendo con una mezcla de resignación y amor frustrado.

Rebel, interpretando mal el gesto, se acercó de nuevo para darle un beso en la cabeza, declarando su amor filial con la descarada audacia de un verdadero sinvergüenza.

—¡Lo mato! —amenazó Romeo, su voz finalmente clara para todos— Io sono il capo!

—Ah, no, de capo nada —intervino Raven, entrando en la conversación con la serenidad de quien ha aceptado su destino—. Te negaste, ahora déjalos en paz con su restaurante.

—¡¿Pero qué restaurante ni qué ocho cuartos?! —estalló Romeo, su confusión añadiendo otra capa de comedia al drama familiar.

—El de ellos, claro —apuntó Rain, como si estuviera explicando algo obvio a un niño pequeño.

—Claro… —murmuró Romeo, su mirada pasando de Rain a Raven, como si buscara comprensión en este mar de locura— Tú sabes lo que nos espera, ¿verdad? —señaló hacia la pareja, esa parejita que prometía revolucionar no solo su familia sino todo lo que se les pusiera por delante.

Raven suspiró, un sonido cargado de resignación y cariño.

—Lo sé… ¡Lo peor es que lo sé! —exclamó, aceptando su destino con la gracia de quien sabe que, al final del día, el amor siempre triunfa, incluso en las circunstancias más cómicas y caóticas.



Capítulo 26

Los días pasaron, uno tras otro, en un abrir y cerrar de ojos, como si el tiempo tuviera prisa por algo.

Las semanas siguieron el mismo ritmo frenético, y en ese ir y venir de momentos, todo comenzó a asentarse en una especie de normalidad nueva y reconfortante.

Tori, nuestra protagonista, ya casi no necesitaba la silla de ruedas para moverse, pero aún seguía apoyándose en muletas para caminar. Era consciente de que todavía le quedaba un largo camino por delante para recuperarse del todo, pero estaba decidida a conseguirlo.

Paso a paso.

Muleta a muleta.

No dudaba de ello. Ni por un segundo. Y mucho menos dudaba de él, el mejor rehabilitador del mundo, o al menos eso es lo que ella pensaba cada vez que veía los avances en su recuperación.

"—Lo mismo me dedico a esto —había dicho él con una sonrisa cómplice, como si fuera el secreto mejor guardado del universo.

—Jamás —había respondido ella, con un tono de broma que escondía un deje de seriedad—. Deja esas manos solo para mí. Tú toca a los demás de otra manera. Rajándoles el cuerpo, por ejemplo.

Raider, al escucharla, no pudo evitar soltar una carcajada."

Pero sí, se dedicaría a eso, porque ya estaba trabajando en el hospital de Greenville como traumatólogo jefe.

Las cosas, contra todo pronóstico, iban viento en popa.

Raven y Chloe, felices como lombrices en tierra húmeda. Rain y Camila, felices como perdices en día de fiesta. Romeo y Beth, felices como pez en el agua. Raider y Tori, felices como niños con zapatos nuevos. Hasta Sylvester y su mujer parecían haber encontrado la fórmula de la felicidad eterna. Y, por supuesto, Trevor y Kevin con sus eternas solterías eran también felices.

Y luego estaban Rebel y Riley… Esos dos eran harina de otro costal.

¡Tenían a todo el mundo hasta el cogote con sus idas y venidas!

Señor, qué santísima paciencia había que tener con ese par de almas libres y corazones indomables. Menos mal que, con la vuelta a la ciudad y el hecho de que Rebel, al tener novia, había decidido retomar con ganas los estudios, las cosas parecían ir por un buen camino.

Anda y que se tiren los trastos allí, pensaba más de uno.

Y todos también.

Si de las veinticuatro horas que tenía el día, se pasaban veintitrés peleando y una haciendo las paces, mejor que lo hicieran lejos de oídos sensibles.

Cosas de la vida.

Y del amor…

Como decía, todo estaba bien, dentro de lo que cabe.

Tori a veces tenía pesadillas, remanentes de un pasado que se resistía a quedar atrás, pero bueno, sabía que era algo normal en el proceso de sanar no solo el cuerpo, sino también el alma.

En cuanto a su accidente…

No había pruebas concretas de que hubiera sido nada más que eso, un desafortunado accidente.

Aunque el misterio de los girasoles seguía en el aire.

Desde que ella y Raider hicieron las paces, de repente, no llegó ningún girasol mal. Por ello, todos pensaban que el admirador secreto era él, pero que no lo quería admitir por vergüenza o lo que fuera.

¿Quién más, sino, conocería dónde residía ella?

Podría ser él, claro, el principal sospechoso en cualquier trama de amor y misterio. Quizás había mandado a alguien a hacerlo en su nombre mientras estaba lejos, un cómplice en este juego de admiración secreta y girasoles.

Era lo más lógico.

Raider, por su parte, se mantenía firme en su inocencia. Insistía en que no, que sus manos estaban limpias en este asunto de los girasoles misteriosos. Pero al final, tal vez cansado de las miradas acusadoras o simplemente por divertirse un poco con el misterio, optó por dejarlos creer lo que quisieran.

A fin de cuentas, ¿qué más daba?

Después de todo, en la vida a veces necesitamos esos pequeños misterios, esos pequeños gestos que nos recuerden que hay magia en lo desconocido.

Y si el precio de esa magia era un poco de incertidumbre y teorías conspirativas sobre quién podría ser el admirador secreto, pues bienvenido sea.

Tori estaba bien, eso era lo único que importaba.

Así que, mientras el misterio de los girasoles seguía sin resolverse, la vida continuaba. Pero siempre, siempre, con ese toque de misterio que hace que el corazón se acelere un poco, preguntándose qué sorpresas nos deparará el mañana.

Tori permaneció ajena a todas estas teorías y conjeturas.

Mejor así, pensaban todos, sería haberla preocupado para nada y, para que su rehabilitación fuera exitosa, la necesitaban centrada y tranquila.

Así que, en resumen, todo bien. Todo en su lugar.

O al menos, todo tan bien como podía estarlo en esta montaña rusa llamada vida, donde lo único seguro es que siempre habrá una subida después de cada bajada.

Y viceversa.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó Raider, con esa expresión de preocupación que tan bien le caracterizaba, negándose rotundamente a dejar a Tori ir a hacerse las radiografías sola.

Era evidente que le costaba separarse de ella, incluso por unos minutos.

—Muy bien —aseguró ella con una sonrisa tranquilizadora, intentando infundirle un poco de calma—. Ve a atender al paciente, yo te esperaré en tu despacho, leyendo alguna de esas revistas de hace años que tienes por ahí.

Raider resopló, con ese gesto tan suyo que mezclaba resignación y ternura.

—Tendría que haberme esperado a que estuvieras completamente recuperada para volver a meterte en el ajetreo del trabajo.

Tori enarcó las cejas con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Yo no lo he esperado para volver a escribir —le recordó, con un brillo desafiante en los ojos.

—Y menos mal, best-seller —dijo él, con todo el orgullo del mundo resonando en su voz, como si estuviera hablando de su propio logro.

Y era así como lo sentía.

Tori se tapó la cara con las manos, abrumada y emocionada porque su segunda novela, ya lanzada tanto en librerías digitales como físicas, se había catapultado al número uno en ventas.

Todo un sueño hecho realidad, algo que ni en sus más locas fantasías había imaginado. Sobre todo, después de lo que había vivido en los últimos tiempos.

—Ahora tengo la tensión y la presión por la última parte —suspiró ella, buscando el lado negativo en medio de su éxito.

Era su forma de mantenerse en tierra, de no dejar que el éxito le subiera a la cabeza.

—¿Qué tensión? —él se acercó a su oído, agachándose, su aliento caliente rozando su piel— Ya nos desharemos de ella. Además —sonrió al ver que le había provocado un escalofrío—, tenemos muchas posturas que probar para que puedas escribir sobre ellas, ¿no?

—¡Raider! —rio ella, dándole con el puño en el hombro, juguetona y avergonzada al mismo tiempo.

Era increíble cómo ese hombre siempre encontraba la manera de hacerla sonrojar.

Raider le dio un beso tierno y ella lo recibió con todas las ganas del mundo, sus labios moviéndose en perfecta armonía.

—Venga, no hagas esperar a tu paciente más. Te espero aquí, soñando con ese beso de despedida.

—Está bien —dijo él, claramente sin ninguna gana de separarse de ella. Le dio otro beso, esta vez un poco más largo, un poco más difícil de terminar—. Te quiero, nena —susurró sobre sus labios, como si fuera un secreto solo entre ellos y no lo supiera el pueblo entero.

—Yo a ti también —sonrió ella, viéndolo alejarse.

No pudo evitar resoplar, divertida, al ver cómo se chocaba con alguien por no quitarle los ojos de encima.

Raider siempre tan despistado cuando se trataba de ella.

—Lo siento —dijeron varios hombres al unísono, mientras él se disculpaba y seguía su camino.

—Tori…

—¡Spencer! —lo saludó ella al verlo acercarse.

—Tiempo sin saber de ti. ¿Cómo estás?

—Bien —sonrió ella, con una luz especial en los ojos—. Cada día mejor. ¿Y tú? ¿Cómo va todo?

—Bien. Trabajando mucho, ya sabes. Venía a recogerte, ¿una radiografía, verdad?

—Sí —sonrió ella, levantándose de la silla con un poco de esfuerzo, apoyándose en las muletas que se habían convertido en sus fieles compañeras últimamente.

—Por aquí —dijo él con una sonrisa cómplice.

Tori, que ya había dominado el arte de moverse con muletas, avanzaba con una seguridad encomiable. Sin embargo, el destino tenía otros planes. De repente, como si una fuerza invisible le jugara una mala pasada, trastabilló, perdiendo por un momento esa seguridad que la caracterizaba.

Spencer, que estaba a su lado, no tardó ni un segundo en cogerla por el brazo para estabilizarla.

—Yo puedo… —comenzó a protestar Tori, intentando recuperar su independencia.

—Tranquila, yo te ayudo. Es mi trabajo, después de todo —respondió él con una voz que destilaba profesionalidad.

—Auch —se quejó Tori de repente, sintiendo un pinchazo agudo en el brazo donde Spencer la sostenía.

Y, como si ese pinchazo fuera el preludio de una tormenta, empezó a sentirse mareada. El mundo a su alrededor comenzó a girar, los colores y formas se mezclaban en un torbellino de sensaciones confusas.

—¿Estás bien? —preguntó el celador, su voz teñida de preocupación.

—Sí… —susurró ella, intentando aferrarse a un hilo de convicción, aunque por dentro sentía que su cuerpo y su mente estaban en desacuerdo.

Todo le daba vueltas, como si de repente se encontrara en medio de un carrusel desbocado.

—Vamos a sentarte… —pero antes de que pudiera terminar la frase, su voz se fue desvaneciendo, como si se alejara a la distancia.

Para Tori, Spencer ya sonaba demasiado distante, como si hablara desde el otro lado de un túnel largo y oscuro.



Mientras tanto, en una esquina del hospital, Raider seguía con el ceño fruncido, perdido en sus pensamientos, claramente distraído.

—Espabila —Raven, con su habitual falta de paciencia, le dio un codazo en las costillas, intentando sacarlo de su ensimismamiento—. ¿Quieres estar a lo que estamos? Y eso es decidir el tratamiento para este hombre —dijo, con un tono de voz que no admitía réplicas, señalando las radiografías que tenían enfrente.

Era un paciente de urgencias de Raven, uno que seguramente necesitaría cirugía.

Pero Raider, incluso ante la gravedad del asunto, parecía tener el ceño aún más fruncido, la imagen delante de él algo borrosa en su mente, como si intentara enfocar una fotografía desenfocada.

—Spencer tenía un tatuaje —susurró de repente Raider, como si esa pequeña revelación hubiera encendido una luz en su cabeza.

—¿Qué? —Raven lo miró, confundido, frunciendo el ceño sin entender a qué venía ese comentario tan fuera de lugar, como si de repente el tema de conversación hubiera dado un giro de ciento ochenta grados sin previo aviso.

Tenía un tatuaje. Se lo había visto varias veces mientras trabajaba ahí, en esos momentos robados en que Spencer no era más que una sombra fugaz en el correr del hospital. Y antes, cuando se tropezaron…

Ese breve encuentro había sido suficiente para grabar la imagen en su memoria.

—¿Spencer? ¿El celador? —preguntó Raven, intentando encajar las piezas de ese

rompecabezas inesperado.

—Sí, exacto, ese mismo.

—¿Y qué más te da si tiene uno o diez tatuajes? —replicó Raven, no pudiendo evitar que un tono de incredulidad se colara en su voz, como si el número de tatuajes de Spencer fuera la cuestión menos importante del universo en ese momento.

—No, es solo… No sé, no consigo recordar qué es exactamente y tengo la sensación de que estoy perdiendo algo importante —Raider luchaba por encontrar las palabras adecuadas, como si intentara describir el color del viento—. Tonterías mías, seguro —terminó diciendo, aunque en el fondo, algo le decía que no eran tonterías en absoluto.

Una de las enfermeras que estaba cerca de ellos resopló.

—Ese hombre me da escalofríos —dijo entonces, bajando la voz como si compartiera un secreto oscuro y prohibido.

—¿Por qué? —preguntó Raven, que no quería en su hospital nada extraño, nada que pudiera perturbar la delicada armonía del lugar.

—No sé, tiene una mirada extraña. Además, a veces se obsesiona demasiado con las cosas. Por ejemplo, cuando tu hija estaba ingresada, no dejaba de mirar su habitación desde lejos —la mujer fingió que un escalofrío le recorría el cuerpo, dramatizando su punto—. Es muy raro.

—¿A Tori? —Raven frunció el ceño, su preocupación de padre superando cualquier otra consideración.

Entonces, como si las nubes se apartaran para dejar pasar un rayo de luz clarificador, la imagen mental de Raider se aclaró.

—Son tres girasoles —miró a Raven—. Tiene tatuados tres girasoles. Y antes se quedó hablando con Tori…

—¡Dios mío! —exclamó Raven con una mezcla de sorpresa y urgencia, como si de repente todo cobrara sentido y, sin perder un segundo, salió corriendo del lugar, siguiendo a Raider.



En el caos de mi mente, un rayo de claridad perfora la tormenta: la tengo, finalmente, en mis brazos.

Mi corazón late al ritmo de un tambor de guerra, cada latido un eco de mi determinación. No es de noche; el sol brilla afuera, testigo indiferente de mi acto de amor desesperado.

La saco fuera del hospital, mi mente tan enfocada como nunca antes. Sí, le he pinchado un sedante, un pequeño truco aprendido de mi trabajo como celador.

Las voces en mi cabeza, por una vez, se alinean, todas gritando en un unísono frenético de

aprobación.

La luz del día no me detiene, no hay sombras en las que esconderse, pero no importa. Todo mi ser se centra en ella, en su seguridad, en hacerla mía completamente.

No puede ser de otro, no después de todo lo que hemos pasado, no después de que la perdí una vez.

Eso no volverá a suceder.

Mis pasos son firmes mientras la saco por la puerta trasera, un camino que he planeado con meticulosidad obsesiva. Cada mirada, cada gesto calculado para evitar ser vistos. Ella está en mis brazos, hermosa y vulnerable, confiando en mí sin saberlo. Y yo, dispuesto a cargarla hasta el fin del mundo si es necesario.

No hay dudas en mi mente, no hay remordimientos. Solo la pura, indomable necesidad de hacerla mía, de protegerla de un mundo que no la merece.

La llevo hacia mi coche, cada paso un mantra, una promesa silenciosa de amor eterno, de devoción sin límites.

Sé que algunos dirían que estoy loco, que lo que hago es un crimen. Pero en mi mundo, en este universo que hemos creado juntos, es el acto más puro de amor.

Ella me pertenece, como yo le pertenezco a ella, en una simbiosis perfecta de deseo y necesidad.

Así que aquí estoy, cumpliendo mi destino, arrastrando mi única verdad a través de la luz cegadora del día. Porque ella es mi luz, mi oscuridad, mi todo.

Y nada, ni nadie, nos separará jamás.



Capítulo 27

A Raider se le congeló la sangre en las venas cuando, de repente y sin previo aviso, un disparo rasgó el silencio, resonando a lo lejos como el presagio de una mala nueva.

Instintivamente, siguió la dirección del estruendo, y con el corazón martilleando contra su pecho como si quisiera escapar, salió apresuradamente del hospital. Lo que sus ojos encontraron al llegar al origen del tumulto casi lo hace tambalearse, sus piernas temblaron y estuvieron a un tris de no sostener el peso de su cuerpo y su angustia.

—¡Quieto ahí! —exclamó Rain con autoridad, quien, con una agilidad sorprendente y una maniobra rápida digna de un experto, logró derribar al hombre al suelo, retorciéndole el brazo en un gesto que denotaba no solo habilidad sino una furia contenida— ¡Maldito hijo de puta! —rugió el sheriff, con un tono que helaría la sangre al más valiente.

Sentada en el suelo, mareada y llorando, abrazada a Kevin como si fuera su único salvavidas en un mar de desesperación, estaba Tori.

La escena era desgarradora.

—Dios, nena —Raider, sin poder contenerse y con el alma en vilo, corrió hacia ella como empujado por una fuerza desconocida.

Se paró a su lado, y con un movimiento fluido, se dejó caer en el suelo de rodillas. Con una delicadeza que contrastaba con la tensión del momento, le quitó a Kevin de los brazos y la estrechó contra él, buscando en ese abrazo algo de calma en la tormenta.

—Dime que estás bien —la separó ligeramente de su cuerpo, comenzando a mirarla y a palpar cada centímetro de su ser con manos temblorosas, buscando alguna herida, algún daño, algo que su corazón se negaba a aceptar—. Por favor, dime que no te pasó nada —su voz, desesperada y rota.

—Estoy bien —logró balbucear ella, que seguía muy mareada— Yo… Fue él —susurró, mientras sentía que todo seguía dando vueltas, que tenía que cerrar los ojos y descansar.

—¡Una camilla! —gritó Kevin.

Fue el mismo Raven quien ayudó a la enfermera a acercar una.

Llegó hasta su hija.

—¿Pero qué demonios ha pasado? Tori, cariño, ¿estás bien?

Entre Raven, Raider y Kevin, tumbaron a Tori en la camilla. Raven se dispuso a hacerle un chequeo.

Raider, como si un volcán de odio y furia hiciera erupción en su interior, miró a Spencer y se abalanzó contra él, quien ya se encontraba esposado y sometido por su padre. La fuerza con la que lo hizo fue tal que los tres hombres terminaron en el suelo.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Raider, perdiendo toda compostura, dejando salir a ese médico que parecía haber sido consumido por la locura en ese instante— ¿Qué le has hecho? ¡Si le pasa algo, te mato!

En ese preciso momento, Kevin llegó justo a tiempo para agarrar a Raider por la cintura, intentando controlarlo, mientras que Rain, con la destreza que lo caracterizaba, cogía al detenido y lo alejaba de su hijo, quien en ese estado de furia ciega, era un peligro incluso para sí mismo.

—¡Déjame! ¡Suéltame! —gritaba Raider, luchando contra el agarre de Raven, su voz era un torbellino de rabia y desesperación.

—Dejadlo, a ver si me mata y así se pasa la vida en la cárcel, lejos de ella —se burló el detenido, con una risa maníaca y desquiciada, mientras la sangre manaba de su nariz y labio, testimonio de la violencia recibida—. ¡Ella es mía!

—¡Tuya y una mierda! ¿Eso es lo que quieres? ¿Separarme de ella? ¡Soltadme, dejadme que le rompa la maldita boca! —la amenaza en la voz de Raider.

De repente, como si de una película de acción se tratara, un puño voló por el aire con la precisión de un misil y se estampó con toda la fuerza del mundo en la mandíbula de Spencer.

El impacto fue tan fuerte que casi se podía oír el eco de la conexión a través del estacionamiento.

—Tranquilo, ya lo hice yo por ti —dijo Romeo, sacudiendo su mano en el aire, intentando disimular el dolor que le provocó el golpe.

Había puesto toda su fuerza en aquel puñetazo, tanto que su puño dolía como si hubiera golpeado una pared.

—¡Capo! —gritó la panda de ex-mafiosos que lo seguían, celebrando el acto de justicia callejera como si acabaran de presenciar el golpe ganador en una pelea de boxeo de campeonato.

Rain, por su parte, puso los ojos en blanco ante el espectáculo. Se preguntaba en qué momento su vida había dado un giro tan surrealista.

¿Pero a qué demonios venía todo eso?

¿Desde cuándo las calles de su pueblo se había convertido en el escenario de una película de gánsteres?

¿Y qué demonios hacía todo el mundo allí, ya que estamos?

—¡Déjame! —gritó Raider, intentando liberarse con desesperación, queriendo alcanzar a Spencer antes de que metieran al desgraciado en el coche de policía.

La furia y el impulso de venganza aún bullían en su interior, una tormenta sin control.

—¡La estás asustando, joder! —exclamó Kevin, sorprendido de su propia fuerza al lograr contener a semejante fuerza de la naturaleza que era Raider en esos momentos— ¡Piensa en Tori, ella te necesita! —sus palabras eran un recordatorio, un llamado a la razón en medio del caos.

Fue como si esas palabras actuaran como un interruptor, apagando o encendiendo algo dentro de Raider. De repente, su mirada se suavizó y se dirigió hacia Tori.

—Dios mío, nena —intentó moverse hacia ella, un impulso nacido de la necesidad de asegurarse de que estuviera bien, pero Kevin lo evitó, todavía preocupado por lo impredecible de su estado.

—Déjame ir con ella —le pidió, su voz cargada de una súplica genuina, un deseo profundo de estar al lado de Tori, de protegerla y asegurarse de que no le pasara nada.

Suspirando profundo y con un palpable alivio, casi como si se le hubiera quitado un peso de encima, Kevin observó que Raider, por fin, parecía haber recobrado un ápice de cordura en aquel caos emocional y mental en el que se había sumido.

Con gestos lentos y cautelosos, como quien maneja un artefacto extremadamente delicado, Kevin, finalmente, decidió soltarlo, no sin antes asegurarse de que realmente estaba en un estado más calmado y menos propenso a salir corriendo como un loco otra vez.

Raider, por su parte, no perdió ni un segundo. Como impulsado por un resorte, corrió, o más bien, se lanzó hacia la camilla donde su suegro, ese hombre que ya tenía una jeringa en la mano, estaba inyectándole a Tori lo que Raider esperaba fuese algún tipo de elixir milagroso.

Con la urgencia pintada en cada trazo de su expresión, Raider no dudó ni un momento en correr con ellos hacia el interior del hospital, empujando la camilla como si de ello dependiera cada respiro de Tori.

Rain, después de asegurarse de que Spencer estuviera bien asegurado en el coche patrulla, le dio órdenes estrictas a Kevin para que se lo llevase directo al calabozo, sin detenerse por nada ni por nadie. Observó cómo el vehículo se alejaba, con las luces parpadeando, una señal de que la justicia estaba en marcha.

Con las manos firmemente posadas en las caderas, se giró con una mezcla de frustración y curiosidad palpable en su expresión. Su mirada se clavó en Romeo, que parecía tan fuera de lugar en esa escena como un pingüino en el desierto.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —la situación era tan surrealista que Rain se encontraba luchando por mantener el control de su paciencia.

Romeo, con esa serenidad que lo caracterizaba, incluso en los momentos más tensos, se encogió de hombros ligeramente, como si la respuesta fuera la cosa más obvia del mundo.

—Iba con los chicos a ver las últimas reformas del restaurante —que, por cierto, les iba muy bien, tan bien que podían hacer unas cuantas obras—, cuando vimos que algo pasaba —explicó, gestualizando hacia sus acompañantes que asentían con la cabeza, como un coro de mafiosos reformados en una obra de teatro poco convencional—. ¿Casualidad?

—No, capo. ¡El destino te necesitaba aquí! —exclamó Piero con una vehemencia que rozaba lo teatral.

—Madre mía —suspiró Rain, quien por un momento pensó que aquel comentario llevaba más

verdad de la que le gustaría admitir.

Y es que él, definitivamente, no tenía ninguna cita pendiente con el destino en aquel lugar.

Pero mientras patrullaban la zona, más por aburrimiento que por deber, Kevin, su mano derecha, decidió llamar a su madre. La buena mujer le contó que estaba en el hospital para una analítica de sangre, nada del otro mundo.

Sin embargo, Rain, en un intento por escapar del tedio, decidió acompañar a su compañero para que comprobara que todo estaba bien.

Justo estaba aparcando el coche patrulla cuando una pareja, que desentonaba completamente con el paisaje urbano, captó su atención. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la chica era Tori y que no estaba precisamente disfrutando de un paseo romántico, dado que alguien la estaba arrastrando más que acompañándola.

Rain no lo pensó dos veces. Se bajó del coche y llamó a su sobrina, intentando disimular la preocupación que le corría por las venas. Pero el hombre, lejos de calmarse, aceleró el paso, convirtiendo una situación tensa en un verdadero thriller de acción.

La cosa se complicó tanto, que Rain tuvo que recurrir a su arma cuando ese loco no mostró signos de querer soltar a Tori.

Un disparo al aire fue el último recurso de un tío desesperado por proteger a su familia, demostrando que no hay nada más peligroso que un hombre dispuesto a todo por los suyos.

Rain albergaba la esperanza de que el incidente no fuese más que un susto y que Tori se encontrase bien.



—¿Cómo está? —preguntó Rain al ver entrar a su hijo en la cocina.

Era de noche, sí, y como solía pasar a menudo, estaban allí congregados, como si la cocina fuese el escenario de uno de esos reality shows donde nunca pasa nada bueno, pero todos siguen viendo.

—Dormida. Chloe está con ella —dijo Raider con esa cara de pocos amigos que solía poner cuando el tema era serio, y luego miró a Raven—. ¿Cuánto tiempo le durará el efecto del sedante que le inyectaste? —le preguntó.

—Toda la noche, seguro. No te preocupes, le vendrá bien dormir. Lo necesita —respondió Raven, con esa seguridad de quien sabe lo que hace.

Porque al despertar esa tarde, Tori lo hizo gritando, como si hubiera visto el fantasma de la dieta perfecta, y sufrió una crisis de ansiedad cuando los recuerdos de ese hombre llegaron a su mente, como un mal episodio de telenovela que no puedes dejar de ver.

—Ha tenido que pasarlo mal al recordar lo del accidente. Ese loco… —Rebel bufó, poniendo cara de quien se ha comido un limón pensando que era una naranja— ¿Cómo se le ocurre provocar algo así?

—Está perturbado —dijo Rain, que ya tenía un primer informe psicológico de él, y probablemente también el manual de "Cómo lidiar con psicópatas para dummies".

—Y obsesionado con ella —dijo Rebel.

—Desde siempre —suspiró Raider, recordando cuando eran niños.

Claro que nunca imaginó…

—Eso no es excusa —dijo Romeo—. ¿Sabéis lo que les hacen a los locos en la mafia?

—A los locos y a los no locos —bufó Rain—. Vaya ejemplito vas a poner, capo.

Romeo gimió, como si le hubieran dicho que tenía que levantarse temprano un domingo.

—Capo, y una leche —pero desde que le pegó al loco ese, no dejaban de llamarlo así. Todos. Los ex-mafiosos y esa panda de capullos que lo acompañaban esa noche.

—¿Y tú? —preguntó Rebel, mirando a su primo cuando tomó asiento, después de servirse una taza de café bien cargado, como si eso fuera a solucionar todos los problemas del mundo—. ¿Estás bien?

Raider negó con la cabeza. No, no lo estaba, como si estar bien fuera una opción en ese momento.

—Tengo que estarlo por ella —dijo, aunque lo había pasado mal, el miedo aún le atenazaba el cuerpo.

Rain colocó su mano sobre el hombro de su hijo con una firmeza que transmitía seguridad y confianza, ejerciendo un apretón que era un gesto de apoyo.

—Está bien —le aseguró— Y ese loco no saldrá de la cárcel en mucho, mucho tiempo, nunca, si depende de mí. Así que dedícate a ella, a hacerla feliz. Ya os toca, ¿no crees?

Sí, les tocaba.

Después de años de separación, de angustia y de batallar contra miedos y dolor, ya era hora de ser feliz.

Más tarde, cuando fue a verla, se deslizó bajo las sábanas y la rodeó con sus brazos.

—Zev… —susurró ella, atrapada en el limbo del sueño.

—Estoy aquí, nena —le respondió él—. Siempre estaré aquí —le besó la cabeza con ternura —. Duerme —susurró—. Nadie te hará daño mientras estés conmigo —era una promesa, un voto de protección eterna.

—Te quiero —murmuró ella en un susurro apenas audible.

Él sonrió, emocionado.

—Yo también te quiero, nena.



Epílogo

—Estoy embarazado.

Sí, sí, has leído bien.

No es ningún error de imprenta ni un lapsus loco de esos que se cuelan cuando menos te lo esperas.

Esa fue exactamente la frase que rompió el silencio, resonando en el aire con una mezcla de sorpresa y cierta incredulidad cómica.

¿Que quién soltó semejante bombazo?

A ver, déjame darte una pista a ver si lo pillas…

Romeo, nuestro italiano favorito, el mismo que podría ganarse la vida haciendo catas de croissants si no fuera porque casi se atraganta con cada bocado. Sí, sí, el muy tragón estuvo a punto de pasar a mejor vida, todo porque un croissant le jugó una mala pasada.

¿Te imaginas? Morir por un croissant, sería para morirse… de risa.

Bueno, pues en medio de ese drama panadero, va alguien y suelta la perla.

Sí, querida lectora, apuesto a que lo has adivinado ya.

—Bueno, técnicamente estamos embarazados —rectificó Rebel, apretando con fuerza la mano de su chica como si tratara de transmitirle toda la calma del mundo, aunque en su interior estuviera haciendo malabares con la noticia—. Otra vez.

—Me cago en la leche… —gimió Raven, con una expresión que era un poema, mientras daba cabezazos contra la mesa como si intentara despertar de un sueño especialmente bizarro.

—*La madre che ha partorito* —consiguió articular Romeo, finalmente, entre la incredulidad y un intento fallido de buscar explicación lógica a lo inesperado de la situación.

El resto del grupo, bueno, se podría decir que imitaron a estatuas con una precisión digna de museo, porque vaya cuadro. Nadie sabía muy bien qué decir o hacer, y el silencio se llenó de un montón de emociones flotando en el aire, esperando a ver quién se atrevía a romperlo.

—Mamá… —susurró Riley, con una vocecita que casi se perdía entre el caos emocional del momento.

A Beth le costó unos segundos, quizás fueron horas en su percepción, salir de su estupor. Pero cuando lo hizo, vaya si lo hizo con estilo.

—¡Felicidades! —exclamó, con un entusiasmo que parecía nacer directamente del alma, mientras intentaba, sin mucho éxito, dormir al otro bebé que tenía en brazos.

El pobre, con apenas cuatro meses de vida, ya se estaba enterando de que su familia era

cualquier cosa menos aburrida.

—¿Pero les ha dado tiempo? —preguntó Romeo, aún en modo susurro, como si el secreto pudiera mantenerse en un círculo íntimo en una habitación llena de gente.

—Al parecer sí —rio Rain, porque de ese par, la verdad, ya se esperaba cualquier cosa.

Era como si estuvieran suscritos a una telenovela de esas que no necesitan guionistas porque la realidad supera la ficción, con giros argumentales en cada esquina y sorpresas que ni el mejor director de cine podría imaginar.

Y ahí estaban ellos, ni siquiera habían soplado treinta velas en sus tartas de cumpleaños y ya contaban con un bebé y otro en camino, dos pequeños huracanes que revolucionarían, seguro, no solo sus vidas, sino también las de toda La Mansión.

—Menos mal que lo ganan bien… —suspiró Raven, intentando buscar el lado práctico de la situación.

Porque, claro, mantener a una familia que parecía estar en constante crecimiento no era precisamente barato.

Y su cuenta corriente, por ende, sufría.

—Pero nosotros no ganamos para dolores de cabeza —añadió Romeo, soltando la frase con esa mezcla de sarcasmo e ironía que lo caracterizaba, haciendo un juego de palabras tan suyo que reflejaba a la perfección el sentir general.

Era como si cada nuevo anuncio de embarazo viniese con un paquete adicional de aspirinas para el resto.

—Os estamos escuchando —intervino Rebel, con un tono que oscilaba entre el reproche y la diversión.

Era parte del show, después de todo.

—Ya, bueno, pues a ver si os sirve de algo —gruñó Romeo entre dientes, aunque en el fondo, muy en el fondo, estaba tan emocionado como todos.

Babeaba por su nieto, y lo haría por los que llegasen.

—Dejadlos ya —se quejó Chloe, alzándose de su asiento con esa elegancia que la caracterizaba, para felicitar a la parejita con un abrazo que quería ser de todo menos protocolario — ¡Otra vez abuela! —exclamó, con una mezcla de alegría y resignación pintada en el rostro.

Y es que, en el fondo, no sabía si reír o llorar, porque ser abuela nuevamente significaba un sinfín de pañales más, más biberones y el doble de noches en vela.

En fin, qué se le iba a hacer.

La vida en La Mansión nunca había sido aburrida, y con la llegada de un nuevo miembro, seguro que las aventuras, desventuras y momentos de ternura iban a seguir escribiéndose en cada rincón de ese hogar tan peculiar.

¡Bienvenidos niños al mundo!

Ahora, a prepararse para las nuevas historias que estaban por venir, porque algo decía que iban a ser legendarias.



Mientras tanto, en otro lugar del mundo, celebrando otro aniversario de casados más, totalmente ajeno a cualquier cotidianeidad mundana, Raider experimentó una oleada de confusión mezclada con una pizca de decepción al palpar el vacío a su lado en la cama.

Con el ceño fruncido, abrió los ojos un poco, solo para ser testigo de la silueta de su mujer, Tori, recortada contra el cristal de la ventana, bañada por la luz de la luna en su esplendor nocturno, completamente desnuda.

La visión era, sin exagerar, hipnótica, lo más impresionantemente hermoso que sus ojos habían tenido el placer de observar en su vida.

Con la cautela de un felino, se deslizó fuera de las sábanas, dejando al descubierto su propia desnudez, y avanzó hacia ella con pasos silenciosos, movido por un imán invisible que parecía tirar de él hacia su presencia.

Al envolverla con sus brazos desde atrás, una sonrisa genuina y un tanto traviesa se dibujó en su rostro al sentir cómo ella, tras un breve momento de sorpresa, relajaba su cuerpo contra el suyo y colocaba sus manos sobre los brazos de él, que la rodeaban con un calor protector alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —inquirió él, su voz teñida de una suave preocupación.

Ella respondió con un asentimiento, un gesto simple, pero cargado de significado.

En ese asentimiento había historias, batallas libradas y vencidas, oscuridad superada.

Las pesadillas que una vez los habían acosado, las consecuencias de los actos de un demente ahora condenado a pudrirse tras las rejas por años venideros, la lucha de Tori contra una incapacidad temporal que desafió su movilidad, y los rencores y años perdidos en desencuentros…

Todo eso quedaba ahora en un pasado lejano, casi como si perteneciera a otra vida.

Ahora, lo único que existía era el presente entre ellos, el amor inquebrantable que habían decidido forjar día tras día, dedicándose a recuperar cada momento perdido, cada caricia no dada.

Cada palabra de amor no pronunciada.

—Me encanta mirar el mar de noche —compartió ella, revelando un pensamiento que, aunque conocido por él, nunca dejaba de ser especial.

—A mí me encanta mirarte a ti —replicó él con una sinceridad que trascendía las palabras, girándola entre sus brazos para capturar sus labios en un beso que era tanto una promesa como una declaración, un beso que viajó con intención desde sus labios hasta el cuello, despertando la piel a su paso.

—¿Y quererme? —indagó ella, coqueta.

—Siempre —respondió él, su voz resonando con la firmeza de una promesa antigua, una de esas que se tallan en el corazón y en el alma, inamovibles, eternas.

Era una palabra sencilla, pero cargada de un significado infinito, como si en ese "siempre" cupieran todos los momentos vividos y todos los que estaban por venir.

—Hmmm… Yo también te quiero —confesó ella.

—Lo sé —afirmó él, un brillo de felicidad iluminando sus palabras.

No era arrogancia, sino una confianza profunda en el amor que compartían, el reflejo de una certeza absoluta, de saberse amado tan completamente como él la amaba a ella.

—¿Y… follarme? —la pregunta de Tori, directa y sin rodeos, arrancó una carcajada a Raider.

—Follarte y hacerte el amor son mis dos pasiones favoritas, nena —declaró con una honestidad brutal, sus palabras un reflejo de la dualidad de su relación: pasión ardiente y amor profundo.

—Me alegro —dijo ella, mientras sus manos se elevaban, trazando el aire con gracia antes de posarse alrededor del cuerpo de él—. La mía eres tú.

—Se me acaba de poner dura la polla con solo escucharte —gimió.

Tori, lejos de sorprenderse, soltó una sonora carcajada.

—Me había parecido que la tenías dura de antes —respondió, su comentario impregnado de esa poca vergüenza que la caracterizaba.

—Pues sí, la verdad —admitió él, sin rodeos, ¿para qué mentir?

En un movimiento fluido, Raider levantó a Tori en peso. Ella, por instinto, enroscó las piernas alrededor de la cintura de él. Juntos, cayeron en la cama, pero el abrazo, lejos de romperse, se intensificó.

—Creo que voy a hacer mis dos cosas favoritas —anunció él, su voz cargada de una promesa de placer y amor.

—¿Las dos? —preguntó ella.

—Sí, nena. Siempre hago las dos —respondió él—. Follarte y amarte siempre van de la mano.

Y sin más preámbulos, procedió a demostrárselo.

—Cariño… —susurró ella, con una voz tan suave y dulce que parecía acariciar el aire tranquilo de la habitación, momentos después, cuando los dos estaban cómodamente enredados en las sábanas, a punto de dejarse vencer por el abrazo cálido y reconfortante de Morfeo.

La luz de la luna se filtraba por la ventana, bañando la habitación en un resplandor plateado que hacía que el momento pareciese sacado de una de esas películas románticas que ambos solían ver los domingos por la tarde.

—Nena… —susurró él, más dormido que despierto, su voz era un murmullo ronco, arrastrado, como si luchara contra el peso del sueño que intentaba cerrarle los párpados.

Estaba tan sumergido en ese estado de semi-consciencia que apenas podía discernir dónde terminaba el sueño y comenzaba la realidad.

—Creo que es la hora.

—¿La hora de qué? —la pregunta salió entre confusa y curiosa, mientras intentaba abrir los ojos, luchando contra la neblina del sueño que lo mantenía atrapado en sus redes.

—De adoptar un bebé —ella lo dijo con tanta certeza y convicción que parecía que había estado pensando en ello durante horas, días, quizás incluso meses, esperando el momento perfecto para sacar el tema.

Había sido así, al fin y al cabo, hacía tiempo que pensaban en ello.

Y, al parecer, había llegado el momento de llevarlo a cabo.

Y con esa frase, la escritora superventas, con su imaginación siempre en marcha y su corazón siempre dispuesto a abrazar nuevas aventuras, consiguió que el médico, que hasta ese momento había estado flotando en las dulces aguas del sueño, no volviera a dormir.



El diario de Raider

“Hoy pasó algo que no me gustó: Spencer le dio un beso a Tori.

La verdad es que Spencer no me cae nada bien, me parece un tonto. Sentí que tenía que hacer algo por mi prima, así que cuando vi a Spencer, hice como que no fue a propósito y lo empujé. Se cayó y se llenó de zumo, ¡bien hecho, por tonto!

¿Quién se cree para besar a Tori así como así? Voy a estar pendiente, esto no se va a quedar así.

Se la tengo jurada…”

“Soy el único en mi clase que todavía no ha dado un beso.

Y es que las chicas... puaj.

Pero no creo que sea gay porque con los chicos me siento igual. Esto me está empezando a preocupar.”

“Hoy casi me da algo, como diría mi tío Raven, casi me da un jodido infarto. Tori vino y me preguntó si ya había besado a alguna chica.

¡Venga ya! Eso no se pregunta.

Menos mal que ni respondí, porque luego me dijo que no puedo besar a nadie más, que mi primer beso tiene que ser para ella.

Esta niña está fuera de sí…”

“Hoy he intentado besar a una chica. Tengo trece años, así que ya tocaba. Pero…

¡Qué asco! No he podido.

Creo que nunca podré…”

“Hoy Tori ha llegado de la nada y ¡bam!, me ha plantado un beso en la mejilla.

¿Está flipando o qué?

Y como si nada, suelta que ahora somos novios. Yo, claro, rollo "¿pero qué me estás contando?".

Pero dejé que se lo creyera. Porque mejor que todos crean que es así, porque como algún otro intente algo con ella, lo dejo KO.”

“Creo que ahí estaba el problema...

Me ha costado la vida darme cuenta, pero ¿ha sido siempre así? ¿Siempre ella?

Es la primera vez que la veo de verdad, como mujer, y sí, ya es toda una mujer.

Joder, estoy en un lío gordo...”

“Hoy Tori tenía su primera cita con un chaval. Clave: tenía, porque no he dejado que sucediera.

El tipo llegó a la cafetería donde habían quedado, pero no entró. Le he metido un susto de muerte antes.

¡Así se hace, Raider!”

“Hoy Tori ha cumplido los dieciocho. Flipas, cómo vuela el tiempo, ¿no?

Ha entrado a mi cuarto, se ha acercado... Yo ahí, muriéndome por dentro porque algo raro flotaba en el aire. Y de repente, zas, me planta un besazo. Intenta salir pitando después de eso, pero…

Ah, no, cariño, después de eso ya no hay vuelta atrás.”

“Estoy loco por ella. No entiendo cómo no lo he visto antes…”



Adiós, Carmichael

“Si estáis leyendo esta carta, significa que mi premonición se ha cumplido. Si no es así, os sugiero que la destruyáis de inmediato.

Como os estaba diciendo, si esta misiva ha llegado a vuestras manos, es porque Raider y Tori finalmente están juntos, tal como lo imaginé.

¿Acerté, no es así?

Siempre he creído en el dicho que afirma que el diablo sabe más por viejo que por diablo.

Ese par estaba destinado a unirse desde el principio.

He mantenido siempre la convicción de que nada en la vida ocurre sin una razón. Vosotros tres no entrasteis en mi existencia por casualidad.

La razón, creáis en ella o no, era salvarme.

Aunque constantemente me decís que yo fui quien os salvó, no tenéis idea de la profundidad del abismo del cual me rescatasteis.

Quiero agradeceros, profundamente, por haber sido una parte tan significativa de mi vida. Sé que mi partida es inminente, pero me voy en paz, sabiendo que os dejo en buenas manos.

Sobre todo, me reconforta saber que os tenéis los unos a los otros, y mi deseo es que siempre sea así.

Espero que Raider y Tori, esas dos almas gemelas, permanezcan unidas, a pesar de los desafíos que puedan enfrentar. Estoy convencido de que el amor que se tienen superará cualquier obstáculo, y sé que contarán con vuestro apoyo incondicional.

Después de todo, lo que más deseáis es la felicidad de vuestros hijos.

Hasta mi último suspiro, quiero creer que solo juntos encontrarán la verdadera felicidad. No solo confío en esto, sino que también apuesto por ello.

Y aunque aún son jóvenes, hay algo en Rebel y Riley que me hace pensar que podrían seguir el ejemplo de Raider y Tori.

Desde el más allá, haré lo posible por guiarlos en ese camino. Son las almas más puras que he conocido, y mi mayor deseo es que encuentren la felicidad.

Como la habéis encontrado vosotros.

Raven, Rain, Romeo… Me despido, esperando que pase mucho tiempo antes de que nos reencontremos.

Por favor, vivid una vida plena y feliz. Y ojalá la viváis juntos.

Y quiero que sepáis algo que olvidé mencionar antes, cuánto os quiero.

Gracias, por todo lo que habéis sido para mí.

Carmichael.”

FIN

NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame… Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)

09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)

10 — La seducción del Highlander

11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

12 — Para mi desgracia, mi jefe

13 — Todo por sentir

14 — Toda una vida

15 — Un lugar para refugiarse

16 — No callaré para siempre

17 — Cambiaste mi vida

18 — Sin mirar atrás

19 — Te protegeré siempre (FBI 4)

20 — Mi lugar eres tú (Relato Navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Novela corta)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven. Serie La Mansión 1

30 — Rain. Serie La Mansión 2

31 — Romeo. Serie La Mansión 3

32 — Un jefe por Navidad (Novela corta)

33 — Raider. Serie La Mansión 4

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Recopilación Relatos navideños